



EL LEGADO DE UNA TRADICIÓN FAMILIAR



MANUEL TAMAYO

TOMO I

Desde 1910 hasta 1969

Datos y apuntes para un
trabajo de redacción
novelado

- 1) Fundamentado en una historia familiar, profesional y social.
- 2) Se agradecen sugerencias
- 3) No sacar copias
- 4) Despues de leerlo y analizarlo, devolverlo al autor.
- 5) Se elaborará un segundo Tomo de 1970 al 2024.
- 6) De este trabajo saldrán algunos libros.
- 7) Agradezco la participación

Manuel Tamayo

GRATITUD INFINITA

a personas buenas

En los años mozos de una Lima mazamorrera

Si el Perú es un país de los contrastes por sus siete regiones distintas, Lima lo es más. Se puede decir, *sin temor a equivocarse*, que en la capital del Perú se encuentra de todo, desde las cosas más sencillas a las más increíbles que uno se pueda imaginar.

Lo podrán comprobar en esta pequeña historia, *que como dicen las películas*, está basada totalmente en hechos reales. Es más, todo lo que está escrito es real, incluso alguno podrá encontrar parte de su propia historia.

Además, *es importante decirlo*, que para poder escribir lo que van a leer ha sido necesario tener más de 70 años. Ha estas edades se puede adquirir la *patente de corso* para decir lo que, *siendo más joven*, no quedaría bien decirlo.

La edad, cuando has tenido personas buenísimas que han intervenido en tu vida, te da una suerte de prestigio para decir cosas que levantan el ánimo, con un fundamento serio en la realidad.

Las afirmaciones positivas, *que son constantes*, no son campanillas que suenan por un instante y luego se callan. Hay un fondo de alegría que sale como la lava de un volcán, porque hay una caldera encendida que no se puede apagar.

En la introducción de un libro que escribí el año 1992, cuando tenía 44 años y que se llamó “*Los cantos de sí a Dios*”, decía que “*en mi cabeza sonaba como una música de fondo que recogía vivencias y experiencias propias y de muchas almas. Era como un archivo interior que me empujaba a la ilusión de escribir algo para entusiasmar a la gente*” (1)

Este libro sale a la luz el 2024, muchos años después, pero recoge los mismos sentimientos que son como *“la presentación de unos regalos inmerecidos junto a una responsabilidad de dar más, que obliga a desentrañar del fondo de las almas no se sabe qué cultivo, que sigue germinando sin parar. Es una acción de gracias que no para y que nunca parará”* (2)

La gratitud es infinita porque no para nunca, ahora mientras escribo aparecen nuevos motivos para agradecer y seguirán apareciendo en el futuro y tal vez serán de un valor bastante más grande.

Quienes lean estos escritos, estoy seguro, no podrán sustraer un sentimiento de emoción, que será más bien una acción de gracias. El Señor nos bendice de muchas maneras y en todas las épocas de nuestra corta existencia. Sus bendiciones están dadas desde planos inclinados para que nos acerquemos más a él, quitando de nuestra vida todo lo que pueda ser estorbo y poder cumplir con la misión que el mismo Señor nos encarga. Esto hicieron los seres queridos que saldrán en esta historia y que vivieron en el siglo que hemos pasado.

Los años mozos de una Lima mazamorrera pintan el estilo de unos chicos que fueron endulzados por sus padres y abuelos en una sociedad donde la familia siempre fue el núcleo central y donde era fácil encontrarse con el barquillero, el turronero, el que vendía algodones dulces de colores, o el que estaba con las melcochas a la salida de los colegios, o el vendedor de tofes junto a los tranvías; y por supuesto, en la casa no faltaba la mazamorra morada, de naranja o de leche, que nos preparaban nuestras madres y los alfajores, tejas y *kinkones*, que siempre estaban a la mano, cuando éramos niños.

Nuestros años mozos sí que fueron mazamorreros en una Lima bastante señorial, que fue, *a la sazón*, la ciudad de las flores. Disfrutamos de sus calles y avenidas con casonas amplias de bellos balcones en el centro, o los bellos jardines de los hermosos parques, o de las casas cuando recorríamos la av. Arequipa o Salaverry por ejemplo.

La historia que les voy a contar se inicia en la Lima cuadrada, cuando sus habitantes no llegaban todavía a un millón, era cuando se podía circular por las calles sin que existiera un tráfico infernal, de chicos jugábamos pelota en

los parques hasta que llegara el patrullero y subíamos al tranvía a la volada sin que nadie nos dijera nada.

Éramos libres para jugar a las escondidas, ladrones y celadores, la gallina ciega o para hacer bailar nuestros trompos y tener nuestros bolsillos llenos de canicas y las figuritas para llenar los álbumes de futbolistas o estrellas de cine. Otras veces juntábamos trozos de películas para agüeitarlas por un visor, los más formales colecciónaban estampillas. Así era la Lima de nuestros años mozos.

Recordemos juntos lo que había en nuestras casas y en nuestra ciudad, en esta Lima que se fue y que tantos recuerdos nos trae.

Esta es una historia más entre miles o millones. Las historias son diferentes, son distintas las experiencias, pero tienen algo común y por eso todos podemos disfrutar al recordar esos años de coexistencia.

Empezaré contándoles esta historia con una referencia, *lógica y llena de gratitud*, a quienes debo mucho y que le da sentido a todo lo que viene después. Me refiero a mis padres y abuelos.

El que escribe una historia, *aunque sea muy pequeña*, tiene que empezar de atrás. Mirar a los antepasados es descubrir valores, sobre todo en las personas buenas que nos han querido mucho.

No se puede soslayar y dejar de lado las vidas ejemplares de los que nos han precedido y nos han dejado una herencia de amor, que a veces tardamos en descubrir, pero cuando somos conscientes de ese legado, quisiéramos corresponder con creces. Amor con amor se paga. Es una deuda muy grata y es también la motivación principal de estos escritos.

(1) “Los cantos del Sí a Dios” *Manuel Tamayo, Chiclayo, 1992, p. VIII*

(2) “Los cantos del Sí a Dios” Manuel Tamayo, *Chiclayo, 1992, p. XVI*

LIMA EN LOS INICIOS DEL SIGLO XX

Al final de la primera década del inicio del siglo XX nace en la calle San Marcelo, frente a la Iglesia del mismo nombre, mi padre: Manuel Tamayo Vargas, hijo de Augusto Tamayo Moller y Bertha Vargas Moller. Le pusieron Manuel por el tío recientemente fallecido. (3) Era el 24 de diciembre de 1910.

Al poco tiempo de nacer un pequeño temblor remeció el ambiente y la abuela Guillermina cogió a Manuel recién nacido para ponerlo a buen recaudo entre sus brazos. (4)



Parroquia de San Marcelo, al frente la Casa de Pedro Beltrán y al lado la casa de la Familia Tamayo Moller.

En los inicios del siglo XX

En la segunda década del siglo el ambiente político en el Perú estaba un poco movido porque habían recrudecido los problemas limítrofes con Ecuador, se estuvo a punto de iniciar una guerra, pero gracias a Dios no llegó a estallar. Desde 1908 estaba de presidente Don Augusto B. Leguía, cuyo período terminó en 1912.

En 1910 abrió sus puertas la famosa joyería Murguía en el jirón de la Unión, el más importante de Lima. La bebida de “sabor nacional” empezaba a circular por nuestras calles.

En esos años salieron a la luz los primeros cuentos de Abraham Valdelomar y Jorge Chávez logró en Europa una gran hazaña que puso bien alto el nombre del Perú: fue el primero en cruzar los Alpes con un aeroplano mientras en el mundo aparecía el Jazz para los amantes de la música.

Al año siguiente, 1911, Don Augusto Tamayo Moller logra otra hazaña para el Perú en el mundo de las comunicaciones. Se empezó a instalar en el cerro San Cristóbal, con la Compañía Alemana Telefunken, la primera estación de radiotelegrafía que permitía la comunicación entre Lima e Iquitos, que tuvo lugar en 1912. El presidente Leguía estuvo en la ceremonia de inauguración.

(3) *Manuel Oswaldo Tamayo, Médico de gran fama fallecido prematuramente en 1909.*

(4) En la casa de San Marcelo vivía Guillermina Moller Sojovallejo con sus hijos Manuel (3), Victoria, Mercedes, Amelia y Augusto con su esposa Bertha Vargas Moller (*que eran primos hermanos*). En el mismo vecindario y frente a la casa vivían Juan Sologuren con Rosa Tamayo (*su segunda esposa porque enviudó de la primera, Carmen Eurauzquin Ordoñez*) y sus 5 hijas: Carmela, Juana, Cristina, Graciela y Herminia, todas del primer matrimonio. Van a tener una relación constante con los Tamayo especialmente Carmela, que le gustaba sacar a pasear a Manuel por las calles de Lima.

En los primeros años de la segunda década del siglo XX el mundo caminaba con cierta presunción por efecto del racionalismo reinante en los ámbitos intelectuales. Se pensaba que el hombre ya había llegado a un nivel de madurez suficiente dentro de la civilización contemporánea. En esos años, se creía que el hombre con su razón podía dominarlo todo.

En abril de 1912 se construyó el Titanic, un poderosísimo trasatlántico, que era un orgullo para la ingeniería naval. En la ceremonia previa al viaje inaugural quien dio el discurso de rigor tuvo la infeliz idea de afirmar en público, con mucha vehemencia y entusiasmo, que la Nave, que había sido construida con la tecnología de punta era tan segura que no la podía hundir ni Dios. El orgullo y la presunción duró unas horas porque la flamante Nave se estrelló con un *Iceberg* en el viaje inaugural y murieron cientos de pasajeros. (5)

En 1914 ocurrió un hecho singular, Doña Carmela Sologuren y Doña Amelia Tamayo Moller, que solían sacar a Manuel a pasear, con su abriguito de piel y su bastoncito señorial, tuvieron que pasar unos momentos de apuro por unas ocurrencias inesperadas del niño engreído.

Muy apuesto iba el niño Manuel, con sus tres años, cogido de las manos de las tías, caminando a buen ritmo por las calles de Lima. La prisa no era de él sino de las piadosas tías que querían escuchar el Sermón de las 3 horas en una iglesia local durante la semana santa.

Al llegar al templo el niño se fijó en un pordiosero que estaba sentado junto al portón de entrada, rasgando una guitarra medio rota y entonando una canción cuya estrofa repetía sin parar, para conseguir dádivas de los fieles.

Cuando estaban a punto de entrar el niño se suelta de las tías y se acerca al pordiosero que seguía cantando sin parar. Se detuvo unos minutos delante de él que fueron suficientes para que grabara en su memoria el estribillo de la canción que el pordiosero repetía. Había sido tan grande su impresión que no quería moverse de allí.

Las tías al ver al niño distraído le dieron un buen jalón para que entrara rápido y así poder alcanzar la banca de la primera fila para escuchar el sermón cómodamente.

(5) En Noviembre de ese mismo año Bertha Vargas Moller de Tamayo da a luz a un bebe que se llamará *Berthita*, como su mamá. La familia estaba contenta con los dos hijos pequeños que ahora eran una pareja.



Manuel, Bertha y Augusto Tamayo Vargas

De pronto, sin mayor aviso ni preparación, no tuvo mejor ocurrencia que ponerse a cantar a todo pulmón la estrofa que se había aprendido: ***“Llévame al Cielo como consuelo porque en la tierra no lo hago yo”***

El padre predicador empezó puntual con la atención de toda la feligresía que llenaba la iglesia. El niño Manuel, que estaba en la primera fila sentado entre las tías, todavía llevaba en el rostro la impresión del pordiosero cantor.

El sacerdote detuvo su prédica, los fieles que miraban asombrados al niño cantor, *que no levantaba un palmo desde el suelo*, no tuvieron más que sonreír con ternura y comprensión.

La estrofa no caía mal dentro del sermón, porque apuntaba a las mismas consideraciones del predicador. En cambio, las tías ruborizadas por la audacia del chiquitín se esforzaban en taparle la boca disimuladamente para que el artista espontáneo interrumpiera su canto.

El niño no tuvo más remedio que ceder su turno conquistado con su inocente espontaneidad, para que el padre continuara con el sermón. En casa de los Tamayo todo iba muy bien, los niños iban creciendo con el cariño de todos.

La primera guerra mundial

En el mundo las cosas no fueron tan bien, porque en esa misma década empezó la primera guerra mundial que dejó millones de muertos. El poder de la razón no pudo detener ese flagelo para la humanidad, que diezmó la población europea. (6)

La guerra mundial se extendió hasta 1918 y dejó más de 10 millones de muertos. Un año antes, en 1917, había estallado en Rusia la revolución de los bolcheviques, inspirada en la filosofía de Karl Marks.

La extensión de la Primera Guerra Mundial supuso un giro decisivo en la historia del socialismo. Para Lenin, la guerra no era más que una «*conflagración burguesa, imperialista y dinástica... una lucha por los mercados y una rapiña de los países extranjeros*». Los socialistas organizaron una conferencia que se oponían al conflicto bélico, para impugnar definitivamente al sector revisionista.



Lenín

(6) En el primer año de la guerra, cuando se empezaba a extender el conflicto por toda Europa, la casa de los Tamayo Moller en Lima, vio nacer otro varón que llevaría el nombre de su papá: Augusto, y sería el último de los hermanos. Se hicieron famosos en el ambiente familiar Manuelito, Berthita y Augustito. Así los llamaron siempre y más tarde los ponían como modelo de corrección y buena conducta.

Un mes después de la abdicación del zar, en abril de 1917, Lenin llegaba a la estación Finlandia de Petrogrado, tras atravesar Alemania en un vagón blindado proporcionado por el estado mayor alemán. A pesar de las disputas políticas que originó su negociación con el gobierno del káiser.

Lenin fue recibido en la capital rusa por una multitud entusiasta que le dio la bienvenida como a un héroe. Pero el jefe de los bolcheviques no se comprometió con el gobierno provisional y, por el contrario, terminó su discurso de la estación con un desafiante «*Viva la revolución socialista internacional!*».

Lenin lanzó entonces la consigna: «*Todo el poder para los soviets*», pese al evidente desinterés de los mencheviques. Lenin fue nombrado jefe de gobierno y lanzaba su famosa proclama a los ciudadanos de Rusia, a los obreros, soldados, campesinos, ratificando los grandes objetivos fijados por la revolución: construir el socialismo en el marco de la revolución mundial y superar el atraso de Rusia.

Mientras se extendía el imperio socialista de Rusia en Portugal, durante las mismas fechas, en el año 1917, aparece la Virgen María a los tres pastores Lucía, Francisco y Jacinta. Les dice que los hombres deberían rezar el Santo Rosario y hacer penitencia, además les anuncia el fin de la primera guerra mundial, el advenimiento de la segunda en tiempos de Pio XI, que estaría precedida por una señal en el Cielo.

Pide la consagración universal de Rusia a su Sagrado Corazón, para que los errores de Rusia no se extiendan por toda la tierra y anuncia para después, un tiempo de paz en el mundo. La noticia del milagro del sol, ocurrido en Fátima ante cientos de espectadores, se difundió en los principales periódicos que dieron la vuelta al mundo.

El colegio de los Tamayo Vargas

Mientras ocurrían esos acontecimientos universales los hermanos Tamayo se alistaban para ir al colegio. Manuel había empezado sus primeras clases en el colegio de la Inmaculada, y de pronto cuando estaba cursando los primeros años de primaria, toda la familia tuvo que viajar a la ciudad de Arequipa por un trabajo importante que D. Augusto tenía que realizar en la

“Blanca Ciudad”. Manuel es matriculado en el Colegio San José, que es también de los jesuitas y allí continúa sus estudios.

En Arequipa pudo conocer la tierra de sus padres y apreciar las obras de su abuelo, el Ing. Augusto Tamayo Chocano que había intervenido, junto con Meiggs, en la construcción del ferrocarril Arequipa-Mollendo el año 1871. El abuelo también fue alcalde de Arequipa, implantó el tranvía e intervino en la construcción de los portales de la plaza de armas de la ciudad, murió trabajando en las minas de Caylloma.



Augusto Tamayo Moller, Bertha Vargas Moller y sus hijos Manuel, Bertha y Augusto

Los tres hermanos pequeños pasaron muchos días en las pampas de Cachendo, entre Mollendo y Arequipa, donde se levantaba otra torre telegráfica. Las vivencias de Augusto fueron plasmadas en unos escritos suyos que aparecieron años más tarde:

“Había olor a aceitunas y de resina de la madera de las paredes. Estaba allí también la estación de Ferrocarril en que íbamos a Moquegua y habría otro olor a fruta y un sonar repiqueante de ese nombre eufónico de una ciudad a la que llegaría mi padre como a la fuente de su progenie. Cuando muchos años después viajé hasta Ilo en plan de reencuentro con mi pasado desconocido – todavía en aquellos barcos de mi infancia- se podía apreciar la vida antigua descolorida, como unas páginas de Proust, una postal de esas de álbumes “art nouveau”, con filos gastados, un existir estancado, un mundo de abandono que parecía poético entre el puerto con sus casas envejecidas y su mar encantado, donde destacaban los restos de otro de los mismos barcos de pasajeros, encallado, como si el pasado se hubiera detenido a los ojos vista” (7)

Por esos años se funda en Lima la Universidad Católica, el 24 de marzo de 1917 por el padre Jorge Dintilhac de la Congregación de los Sagrados Corazones y reconocida oficialmente por el Estado Peruano esa misma fecha, mediante una resolución suprema firmada por el presidente José Pardo y Barreda.

Sus primeras facultades fueron la de letras y la de Jurisprudencia, que comenzaron a funcionar en el Colegio La Recoleta, ubicado en la plaza Francia, en el centro de Lima. Frente a La Católica y en la misma plaza Francia viviría Manuel, más tarde en sus años de juventud.

Los estragos de la guerra

No hay que olvidar que en esos años los estragos de la guerra tuvieron una repercusión universal, algunas situaciones fueron favorables pero otras no.

En plena Primera Guerra Mundial, el 4 de febrero de 1917 entró en vigencia un decreto del Imperio Alemán por el cual sus buques y submarinos hundirían todos los barcos de países neutrales que transporten abastecimientos a Francia e Inglaterra. Al día siguiente el buque peruano *Lorton*, capitaneado por Frank Sanders, que navegaba en aguas españolas, fue torpedeado y hundido con las 2200 toneladas de salitre que llevaba.

(7) Del libro de Augusto Tamayo San Román: "Historia de los Tamayo en el Perú", Argos, Lima, p. 364.

El gobierno del presidente José Pardo y Barreda, mediante el canciller Francisco Tudela y Varela y nuestro embajador en Berlín Von der Hyden exigió una indemnización para los propietarios de la nave (*Sociedad Rocca y Miller*), el desagravio a nuestra bandera, castigo a los responsables del ataque y garantías para los buques mercantes del Perú durante la Guerra.



El gobierno alemán se negó rotundamente alegando que el buque tenía inscripción inglesa, tenía capitán norteamericano y llevaba insumos para la fabricación de explosivos. El Perú respondió que la *Lorton* era peruana desde abril de 1914 (*antes que estalle la Gran Guerra*), el capitán Sanders estaba nacionalizado peruano y el salitre era distribuido como fertilizante para el mercado de un país neutral como España.

Como Alemania no dio las satisfacciones que el Perú exigía, en 1918 el presidente José Pardo, rompió relaciones diplomáticas con el Imperio y tomó posesión de sus buques mercantes en nuestros puertos. Es de resaltar que rompimos relaciones diplomáticas, pero no le declaramos la guerra a Alemania. Esto solo se hizo en febrero de 1945 durante la Segunda Guerra Mundial.

Actividades estudiantiles

Cuando los Tamayo Moller volvieron a Lima Manuel continuó sus estudios en el colegio de la Inmaculada, situado en La Colmena, a unas pocas cuadras de su casa. La casa de san Marcelo la habían dejado en 1926.

Ahora vivían en la calle Angares, entre La Colmena y Alfonso Ugarte.

Berthita, la hermana de Manuel, estudió en el colegio León Andrade, que estaba muy cerca de San Marcelo y de La Colmena. Cuando demolieron el colegio pudieron construir las primeras cuadras de la avenida Tacna. Ella también tuvo excelentes calificaciones y por aquellos años quería ser religiosa de la comunidad del Sagrado Corazón, pero Dios tenía otros planes distintos para ella.

Berthita conversaba muchas horas con su mamá que era muy piadosa. Un día la mamá le confió un secreto y le pidió su colaboración. *“Mira Berthita, le dijó enseñándole un viejo devocionario, con este libro he pedido todos los días al Señor para que uno de mis hijos sea sacerdote y no lo he conseguido, te lo dejo a ti a ver si tú tienes más suerte que yo con tus hijos”*

Berthita que años más tarde se casaría con Hernán Bresani, estaba dispuesta a cumplir con el encargo de su mamá.

Manuel y su hermano Augusto, tuvieron en el colegio las mejores calificaciones y distinciones. Manuel egresó de la Inmaculada en 1928 para ingresar luego a la Universidad de San Marcos donde estudió Letras y Derecho. Fue profundizando en sus estudios universitarios como humanista y fue creciendo en él una gran sensibilidad por la justicia de los pueblos y de cada persona en particular. Lleno de inquietud juvenil simpatizó con algunas ideologías de izquierda que prometían la solución de los problemas sociales y de las desigualdades existentes. Los excesos de juventud propios de la edad le llevaron a tener inquietudes revolucionarias.

En aquellos años difíciles su preocupación por el bienestar de las personas le costó dos sablazos en la toma de la universidad y una herida de bala en una manifestación universitaria.

Después entró en un período de más serenidad y quizá con los años se fue cumpliendo en él, la famosa frase que inmortalizó Winston Churchill: *“si de joven no eres comunista es que no tienes corazón, pero si de mayor sigues siendo comunista es que no tienes cabeza”*

Una fuerte crisis económica

En 1929 hay una crisis financiera en los Estados Unidos que va a tener una repercusión universal. Al año siguiente, en 1930, el Perú sufrió los estragos de esa crisis.

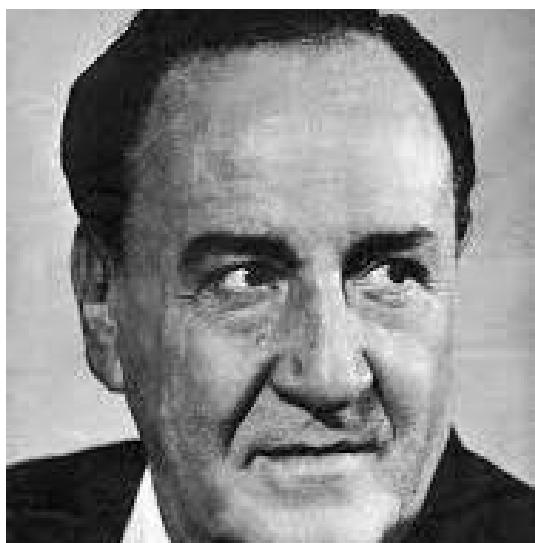
En octubre de 1929, los precios de las acciones que se cotizaban en la Bolsa de Valores de Nueva York sufrieron una estrepitosa caída. Esto es lo que se ha conocido como el crack de *Wall Street*, que tuvo graves repercusiones en

la economía norteamericana y mundial. Como consecuencia del crack, en el Perú se redujeron las inversiones extranjeras, de origen norteamericano principalmente, así como el valor de los productos de exportación. La paralización de muchas obras públicas, la quiebra de bancos y empresas, y el despido de muchos trabajadores trajeron consigo desempleo y descontento social.

El 22 de agosto de 1930 se sublevaba en Arequipa el comandante Luis Miguel Sánchez Cerro, y Leguía se vio obligado a dimitir el 25 de agosto ante una Junta Militar que él mismo había constituido. Era el fin del Oncenio.

Los meses que siguieron a la caída de Leguía fueron de mucha inestabilidad y abundaron en revueltas y desórdenes públicos. La convocatoria a elecciones atrajo mucha oposición, en vista de la intención de Sánchez Cerro de querer ser candidato sin dejar la presidencia de la Junta. En consecuencia, disolvió a la Junta Militar y se constituyó una Junta Nacional de Gobierno, en medio de fuertes convulsiones políticas y sociales, bajo la presidencia de David Samanez Ocampo.

Aunque se presentaron cuatro candidatos, sólo dos tenían posibilidades de triunfo. Uno de ellos era Víctor Raúl Haya de la Torre, líder del APRA, partido con gran fuerza política entre los obreros y las clases medias empobrecidas, en especial en el norte del país. De otra parte se hallaba Sánchez Cerro, apoyado por la Unión Revolucionaria, por los sectores populares que se identificaban con su origen humilde, y por los sectores más



conservadores (*los militares, la oligarquía y la Iglesia Católica*), que desconfiaban del APRA. La reñida contienda electoral le otorgó la victoria a Sánchez Cerro.

Un problema generado por los habitantes de la localidad de Leticia, en el territorio cedido a Colombia por el Tratado Salomón-Lozano (1922), puso al Perú en pie de guerra. Con tal motivo se ordenó la movilización de las tropas. En abril de 1933, después de una revista militar, Sánchez Cerro fue asesinado por un joven aprista. Como no existían las vicepresidencias, el Congreso designó al general Óscar R. Benavides para que completara el mandato inconcluso.

En los años siguientes, se crearían nuevas unidades de estudio; en 1932 se habían creado el Instituto Superior de Ciencias Comerciales, el Instituto Femenino de Estudios Superiores, y el Instituto de Idiomas; en 1933 se creó las facultades de Ingeniería y de Ciencias políticas y económicas; en 1935 se creó la Escuela de Pedagogía y; en 1936 la Escuela Normal Urbana. (8)



Años difíciles para los Tamayo Vargas

Los años fueron pasando. En 1936 fallece Augusto Tamayo Moller a los 61 años de edad. Manuel con 25 años es el mayor de todos y toma la responsabilidad de cuidar a su mamá y a sus hermanos. A la muerte del padre los 3 hijos son mayores de edad y tienen los estudios casi concluidos. Manuel seguirá la carrera judicial. Augusto continuó con los estudios de letras y literatura. *Berhita*, como mujer, sigue un secretariado.

Al terminar sus estudios Manuel se recibe de abogado con la tesis: “*Aspecto contractual del derecho de trabajo*”. A partir de allí inicia su carrera judicial, siendo nombrado *Juez de paz* en Ica, el año 1941.



Manuel Tamayo Vargas

La década de los años 40 no fue nada fácil. Empieza con un potente terremoto el 24 de mayo que destruyó Chorrillos derrumbando el 80 % de sus viviendas, el Callao también quedó seriamente afectado, sobre todo La Punta que fue invadida por olas gigantescas producidas por un maremoto.



Terremoto en Lima. 1940

(8) Las hermanas Sologuren, que frecuentaban tanto la casa de los Tamayo Moller también se habían mudado a una zona cercana, entre La Colmena y Alfonso Ugarte. La tía Carmela que se había casado con

Víctor Barrios vivía a escasas cuadras. Las hijas de Carmela Lucy y Estela, pequeñas todavía, pasaban siempre por la calle Angaraes para ir a ver a sus tías que vivían en Alfonso Ugarte. Siempre que podían se detenían en casa de los Tamayo porque les llamaba la atención unas enormes conchas de caracol de colores, que al margen de su belleza tenían la particularidad de transmitir el oleaje del mar cuando las colocaban en sus oídos.

En 1939 había ganado las elecciones Manuel Prado Ugarteche, un banquero de reconocida familia de la sociedad limeña, hijo del ex presidente Mariano Prado, que durante la guerra con Chile de 1879, se fue a Europa con los dineros del estado bajo el pretexto de comprar armamento, pero que nunca llegaron al Perú. Pronto tuvo que confrontar un conflicto limítrofe con Ecuador por las aspiraciones territoriales ecuatorianas de tener un acceso al Amazonas.



Manuel Prado Ugarteche

El breve conflicto armado terminó con una guerra relámpago llevada a cabo por las fuerzas peruanas que repelió a las fuerzas invasoras ecuatorianas y traspasó la frontera ocupando 15 ciudades y poblados ecuatorianos. La operación incluyó el bombardeo de las ciudades ecuatorianas Santa Rosa y Machala seguida por la cuarta operación paracaidistas en el mundo, durante el asalto de Puerto Bolívar.

Después del alto al fuego, las negociaciones de paz entre Perú y Ecuador culminaron con la firma del Protocolo de Río de Janeiro de 1942, que ratificó las fronteras, previas al conflicto.

Segunda guerra mundial

El mundo se encontraba nuevamente en guerra. La Segunda Guerra Mundial fue, hasta el momento, el conflicto armado más grande y sangriento de la historia universal en el que se enfrentaron las Potencias

Aliadas y las Potencias del Eje, entre 1939 y 1945. Fuerzas armadas de más de setenta países participaron en combates aéreos, navales y terrestres. Por efecto de la guerra murió alrededor del 2% de la población mundial de la época (*unos 60 millones de personas*), en su mayor parte civiles.

Como conflicto mundial comenzó el 1 de septiembre de 1939 (*si bien algunos historiadores argumentan que en su frente asiático se declaró el 7 de julio de 1937*) para acabar oficialmente el 2 de septiembre de 1945.

Parecía increíble que las grandes matanzas se realizaran en los países que se consideraban más civilizados.

La victoria de los Aliados y el término de la Segunda Guerra Mundial, reforzaron la relativa tendencia democrática del Perú y en las elecciones de 1945 fue elegido, *por mayoría abrumadora*, Luis Bustamante y Rivero, un liberal y jurista internacional que se alió con el Partido Aprista. Era la primera vez, que el APRA formaba parte del gobierno con un ministro de economía aprista y un Congreso dominado por el APRA.



José Luis Bustamante y Rivero

El débil gobierno de Bustamante tuvo muchos aciertos relacionados con el desarrollo del país, pero fue políticamente débil. En poco tiempo la economía se fue abajo y los enfrentamientos políticos resurgieron. Las colas por los productos de primera necesidad se hicieron frecuentes, la inflación adquirió niveles nunca antes vistos y los conflictos laborales desestabilizaron el gobierno.

Riva Agüero y la Universidad Católica

Antes, en 1942, la universidad católica cumplía 25 años y recibía el título de «Pontificia, otorgado por el papa Pío XII. En 1944, al fallecer el pensador peruano José de la Riva-Agüero y Osma, quien decidió dejar su herencia a la Universidad Católica del Perú, la Universidad recibe el Fundo Pando (*un*

terreno de 45 hectáreas), varios inmuebles en el centro de Lima y terrenos rurales en Lima y Pisco.

De esta manera, José de la Riva-Agüero se convierte en el principal benefactor de la universidad hasta la actualidad, “*para el sostenimiento de la universidad Católica de Lima, a la que instituyo por principal heredera y para los demás encargos, legados y mandas, que en mis testamentos cerrados establezco, pongo como condición insustituible y nombro como administradora perpetua de mis bienes, una junta que será al propio tiempo la de mi albaceaigo mancomunado, por indeterminado plazo que se lo concedo y prorrogo de modo expreso*” (9)

Matrimonio de Manuel

En 1944 Manuel deja Ica y vuelve a Lima para ocupar el cargo de relator del 3er. Tribunal correccional de la Corte Superior de Lima. Ya no vive en la calle Angaraes, está ahora con su mamá y sus hermanos en la plaza Francia, frente a la Iglesia de la Recoleta y la Universidad Católica.

Uno de los balcones de su casa daba al edificio Belén donde vivía con sus padres Teresa Pinto-Bazurco Alcalde, que era la enamorada de Manuel, con ella reiniciaría ahora, que está establecido en Lima, un romance más intenso y harán planes para casarse.

Cuando estaba en esos afanes una noticia penosa paralizó, por un tiempo sus proyectos futuros: la muerte de su mamá, Doña Bertha Vargas de Tamayo. Era el año 1945, el año que concluye la segunda guerra mundial.

Dos años más tarde, cuando había pasado el luto y todos estaban más serenos, contrae matrimonio con Teresa Pinto-Bazurco Alcalde, en la Iglesia de Santiago de Surco y se van a vivir juntos a un pequeño departamento en una bocacalle de la avenida Venezuela, a una cuadra del cine City Hall. Ese mismo año Manuel es nombrado Agente Fiscal en Lima.

En Julio de 1948 nace, en la maternidad de Lima, su primer hijo que se llamará también Manuel (10)

Al poco tiempo Manuel y Teresa se mudan a una casita situada en la calle Carlos Arrieta 290, en Barranco, muy cerca del zoológico y de avenida Grau por donde pasa el tranvía.

(9) Carlos E. Carpio Ramirez, *Ánalisis Jurídico Interpretativo de las Disposiciones Testamentarias de Don José de la Riva Agüero y Osma*, Boletín del Instituto Riva Ágüero, PUCP, n21, Lima 1994, p39.

(10) *Manuel Tamayo Pinto-Bazurco, que es sacerdote y Doctor en Ciencias de la Educación y Sagrada Teología.*

El papá de Teresa, Moisés Pinto-Bazurco Gutierrez, que fue capitán de Navío en la marina de guerra del Perú, visita con frecuencia la casa de Barranco, para ayudar a Teresa que está en cinta y porque Manuel ha caído enfermo con una severa pulmonía. En Marzo de 1950 nace el segundo hijo, que llevará el nombre del tío y del abuelo: Augusto (11)



Manuel Tamayo Vargas, 1950, sufre de una pulmonía

(11) *Augusto Tamayo Pinto, abogado y Fiscal Superior, casado con Zoila Neyra.*

1950 - 1955

**CARLOS ARRIETA
BARRANCO**

La calle Carlos Arrieta tenía solamente dos cuadras y en la última estaba nuestra casita de número 290.

La fachada era un pequeño arco cubierto con un portón de madera de dos hojas que a su vez tenía una puertita pequeña para entrar, el resto era una pared blanca que colindaba con la casa del vecino que tenía el mismo diseño y tamaño.



Carlos Arrieta 290, Barranco

Cuando caminábamos hacia la avenida Grau, que es por donde pasaba el tranvía, la calle parecía larga y mucho más por la noche cuando los faroles colgados que la atravesaban, dibujaban con el haz de luz su propia sombra en el suelo, que se movía constantemente por el viento. Era divertido tratar de pisar la sombra en movimiento.

Por el otro lado de la calle, lo que sería la tercera cuadra, se encontraba un pequeño mercadillo que servía para el escaso vecindario presente, pues éramos muy pocos.

Detrás de nuestra casa había un pampón bastante grande que era aprovechado, durante las fiestas, por un circo nacional que traía hasta leones. Todavía recuerdo el rugido de esos felinos un día que me quedé solo en la casa con mi papá enfermo de neumonía y mi mamá estaba en la maternidad porque Augusto, mi hermano, nacía. Era el año 1950.

A la casa se entraba por la puertita del portón. Si se quería abrir el portón podría entrar, con las justas, un solo carro que ocuparía casi todo el jardín.

Cuando recién llegamos el jardín era más grande, al poco tiempo se construyó una habitación más, que luego se convertiría en el *living* y que funcionó mucho tiempo con un suelo de cemento puro que iba de pared a pared.

En el techo se veían las vigas y en la central estaba instalado un tubo *neón* de luz blanquecina, que tardaba en encender haciendo sonar el motorcito, con un volumen que llegaba a incomodar.

El jardín había quedado reducido a menos de la mitad, por eso entraba con las justas el *Morris minor* que se estacionaba allí. A esa habitación de suelo de cemento se podía entrar por una amplia puerta que daba al jardín. La “*lluvia de oro*” que llevaba años con la casa había logrado treparse al techo de esa nueva construcción y se dejaba caer por la puerta y por la ventana de entrada.

Estando en el jardín una mañana, en una de esas lecciones que me daban para aprender a caminar, hubo un descuido y me fui a toda velocidad y sin control contra los muros del jardín donde al llegar, de una forma natural, estampé las manos en la pared para no golpearme, con tan mala suerte que con una de ellas apachurré a una araña y la maté.

Fue tan grande la impresión y el susto que el episodio se me ha quedado grabado en la memoria. Ya no recuerdo que caminara otra vez por ese lugar de la tragedia.

La casa por dentro era un tanto oscura. Al lado del *living* estaba el único dormitorio que era grande y espacioso. Tenía una enorme ventana que daba precisamente al *living* (antes al jardín) y permanecía cerrada con una cortina, había otra ventanita larga, pero de escasos centímetros de altura, que estaba situada al borde del techo y era como una claraboya, solo se veía el cielo a no ser que alguien transitara por el techo y se asomara por allí.

El cuarto tenía dos puertas, una que daba al pequeño *hall* de la entrada antigua y la otra, más grande, que no tenía hojas y estaba abierta, daba a un pequeño comedor con ventanitas largas en el techo (*era por donde entraba la luz*), con una puerta a una minúscula cocina, otra al baño y una tercera a la ducha. Qué frío daba transitar por las mañanas entre el baño, la ducha y el dormitorio.

Todos dormíamos en la misma habitación. Éramos sólo tres hasta que llegó Augusto. Cuando crecimos un poco nos mudamos a la avenida Uruguay en Lima.

En el pequeño *hall* de la antigua entrada había una lámpara en el techo que siempre estaba cargada de polillas que atraídas por la luz morían allí. Había una mesita pequeña pintada de rojo que era utilizada como planchero.

Un día se quedó la plancha encendida y grabó en la mesa una huella negra que nunca más se borró. En una repisa de la pared habían colocado un radio blanco que le costaba calentar antes de poder sintonizar con el dial alguna emisora. Solo llegaban las más potentes.

Aún recuerdo un comercial que en aquella época se repetía con frecuencia: “*Camay embellece desde la primera pastilla, Camay, Camay*”.

Con este ejemplo se puede comprobar la fuerza persuasiva de las propagandas.

A esa casa venían a vernos algunos familiares y amigos. No pasaban del *living* que daba al jardín. Allí eran las reuniones que se prolongaban hasta horas avanzadas. Cuando me mandaban a dormir las despedidas, uno por uno, me parecían interminables.

Luego en la cama sentía el murmullo de las conversaciones. “*Que tanto hablaban las personas mayores*” y así me quedaba dormido hasta el día siguiente sin despertarme para nada.

La mayor parte del día la pasaba en el jardín y mi tentación era la puerta de la calle. Me sentía importante cuando me acercaba a ella y mucho más cuando daba un paso hacia la calle. El mundo exterior iba siendo cada día más atractivo.

Cuando salíamos todo lo hacíamos a pie. Me agarraban fuerte de la mano y me sentía totalmente conducido por las veredas y jardines. Los carros me parecían enormes y señoriales. Me llevaban con mucha frecuencia al parque donde estaba la panadería. Aún recuerdo el olor de los panes recién salidos del horno.

Me gustaba estar en ese sitio viendo como salían calentitos y como los metían en las bolsas con una habilidad tremenda. Me impresionaba ver el horno y los *canastones* llenos de pan caliente. Por mi, me hubiera quedado allí todo el día.

Cuando mi mamá me llevaba para comprar el pan aprovechaba para hablar por teléfono; en la casa no había. Pocas casas tenían teléfono. En la panadería había uno (no existían todavía las casetas de teléfonos públicos), que era de ellos y cobraban la llamada. Muchas veces había que esperar un buen rato para que den línea.

Mientras ella resolvía sus llamadas, yo feliz, observaba el teje y manejo de la panadería. Si no había éxito con ese teléfono, mi mamá acudía a la casa de la Señora Mendoza, que estaba frente a la nuestra.

Ella tenía un teléfono que me llamaba mucho la atención, porque era de mesa (casi todos los teléfonos eran de pared) y tenía un cordón muy largo que se enrollaba cuando alguien estaba hablando y era divertido ver cómo se las ingenia para desenrollarlo sin que pierda el hilo de la conversación.

La plaza donde estaba la panadería era bastante grande y tenía unos *Ficus* enormes que la hacían bella, aunque las veredas y pistas estaban un poco deformes por las raíces de estos árboles potentes.



Al frente estaba la botica que tenía un enfermero que ponía inyecciones. Era solicitado sobre todo por mi papá que había tenido una neumonía.

El tema a mi me quedaba un poco lejos, era cuestión de adultos. Solo me tocaba de cerca cuando el Doctor Llosa venía a ver a los niños, Augusto estaba recién nacido. Lo veía fundamentalmente a él y de paso me hacía alguna revisión que no me gustaba nada: “*¡abre la boca!, ¡dí a!...*” y me hacía toser para verme la garganta.

Tampoco me gustaba que recetara los tónicos para crecer: “*Emulsión de Scolth*”. Menos mal que nunca me recetó “*aceite de hígado de Bacalao*”, era la amenaza de mi mamá si no quería comer la comida. El Doctor Llosa venía en un *Dodge* azul del año 1953, carro del año que me llamaba mucho la atención.

Me gustaba mucho cuando íbamos al parque confraternidad o a la laguna de los patos. Alguna vez fui con mi abuelo materno.

Tengo grabada la imagen de su pie ensangrentado. El de broma me decía que le había pisado un tranvía, pero la verdad es que tenía un *juanete* que no le dejaba caminar y tenía que quitarse el zapato.

En uno de esos paseos con él me compró algo que yo nunca había tenido: un globo largo y en forma de conejo. Todos los globos que había tenido eran redondos y éste me pareció maravilloso y muy original.

Una de las particularidades que tenía era que no lo podía inflar con tanta facilidad., con las justas podía con una primera parte y era muy meritorio lograr inflar las orejas.

La diversión estaba más en inflarlo que en jugar con él. En esto último tenían ventaja los globos redondos.

Otro día nuestro abuelo nos trajo una caja con plátanos de Guayaquil. Me llamó mucho la atención porque estaba acostumbrado a los de la *isla*, estos eran enormes, casi de mi tamaño. Mi abuelo venía con frecuencia en el tranvía desde su casa de la avenida Uruguay.

Otros días íbamos de paseo a la laguna que estaba llena de patos y se podía pasear en bote por el contorno de un restaurante del mismo nombre que estaba en medio como si fuera una isla.

Había un verdadero bosque de araucarias que descendía por la quebrada de Armendáriz, me gustaba recoger sus hojas que eran como chicotes que se desasían en las manos y que alguna vez utilizaba para jugar.

Muchas veces entré al zoológico. A esas edades todo me parecía grandioso y más si iba comiendo barquillos (que era lo que habitualmente me compraban) y cuando visitaba a los monos les convidaba.

Era tan divertido verlos comer que alguna vez me quedé con un solo barquillo para mi.

Me llamaba la atención la carreta blanca de helados *Nizza* que tenía varias campanitas que sonaban con el movimiento de la carreta, sin embargo me compraban helados D'Onofrio.

Con 4 ó 5 años los helados eran gigantescos, tanto como el algodón dulce que al meter la cara para comer quedaba impregnado de su caramelo y casi no llegaba a saborearlo, se acababa enseguida.

Otro día me llevaron al parque Salazar con un barquito que me habían comprado. Tenía un pequeño motorcito y al ponerlo en el agua de la pileta se me escapó al centro y me quedé muy preocupado. Luego me tranquilicé porque regresó hacia la orilla.

Cuando volvíamos a la casa caminando desde el parque Salazar temía que me bañaran con agua porque el primer recorrido lo habíamos hecho en tiempo de carnaval (tuvimos que escondernos tras los carros para que no nos mojaran) y a mi se me quedó ese recuerdo.

Nuestros primos hermanos, hijos de mi tío Ernesto y mi tía Hildergard, se habían mudado también a Barranco y vivían en una casita que estaba a unas cuadras de la nuestra., por donde Laynez tenía su casa.

Laynes era famoso en todo Lima porque tenía los camiones para las mudanzas y nosotros los usamos en distintas ocasiones para trasladarnos a Lima.

Pepe y Tito eran mayores que yo y me hacían conocer lo que estaba fuera del portón de nuestra casa: los vecinos más próximos.

Por esas cosas de la vida, al vecino de al lado le llamaban también “*puchito*” que era el apelativo que tenía mi tío Ernesto. Yo jugaba con la coincidencia gastándoles bromas a mis primos. Las bromas que un niño de cuatro años puede hacerle a otro que tiene 6.

Los vecinos tenían una terraza que habían construido en la calle frente a la puerta de su casa. Era una estructura de madera cubierta con plantas.

Destacaba una parra de uvas vistosas que eran nuestra tentación. Con los vecinos no hubo mayor trato. Eran solo nuestros comentarios y observaciones que para nosotros era todo un mundo fantástico y divertido.

Más hermanos en los Tamayo Pinto - Bazurco

La familia fue creciendo. Nacieron dos más con un año de diferencia: Guillermo y Teresa (1952 y 1953). Para esos nacimientos nos fuimos a Lima y luego volvimos otra vez por muy poco tiempo a nuestro querido Barranco.

Mi padre es nombrado Juez de menores y miembro de la comisión de redacción de la Revista del Foro, en 1952. Teresa nuevamente está en cinta y el 26 de junio nace el 3er hijo varón que se llamará Guillermo (12) para recordar a la abuela Guillermina.

Cuando estaban en todos los ajetreos de la educación de los niños Teresa vuelve a quedar en cinta y esta vez le llegó el turno a la mujercita que llevó el nombre de la mamá: María Teresa, (13) que nace en 1953.

Desde esa casa fui por primera vez al colegio. Me llevó mi papá en el *Morris*, me senté adelante, iba perfectamente uniformado con mi cuello y mis puños almidonados, una corbata *michi* cogida por una liga y una maleta de cuero que olía rico con mi cartuchera y mis libros y cuadernos nuevos forrados de color amarillo oscuro jaspeado y con una etiqueta donde mi mamá había escrito mi nombre.

El libro en el que aprendí a leer tenía figuritas de colores. Todavía recuerdo la lectura de un viaje en tren que repetía el estribillo: “*chuqui chuqui por el*

riel" al leerlo en voz alta imitábamos los sonidos que hacía el tren y nos divertíamos con eso.

Al poco tiempo de entrar en el colegio nos mudamos para Lima. Era el año 1955. Nuestros primos hermanos se mudaron a la casa de Carlos Arrieta y nosotros veníamos a visitarles desde Lima. Habían hecho algunas modificaciones, un cuarto más y una pequeña cocina que colocaron casi a la entrada. Después ya no volvimos más.

(12) *Guillermo Tamayo Pinto-Bazurco, Ingeniero Civil, Casado con Gladys Caballero, Tiene 4 hijos.*

(13) *Teresa Tamayo Pinto-Bazurco de Figuerola, tiene tres hijos varones. El último es sacerdote. Ella falleció el 2008.*

Mi familia materna

Solo conocí a mi abuelo; Moisés Pinto – Bazurco y viví con él durante la infancia. Al único tío abuelo que conocí fue a Alejandro.

Ellos eran 5 hermanos. Mi abuelo Moisés era el mayor, le seguían Oscar, Alejandro, Austrejilda y Celinda. Mi abuelo tuvo 6 hijos: Ricardo, Ernesto, Rosa, Teresa, Juan y Oscar. Teresa era mi mamá Y conocí a Ricardo, Ernesto y Juan. Rosa y Oscar murieron jóvenes. Con ellos no teníamos mayor trato con excepción de Ernesto y su familia, que nos frecuentaban bastante.

Mi abuelo fue Marino y se retiró de Capitán de Navío. De niño quería también ser marino, pero la vida me llevó por otros caminos.



Mi abuela materna con sus hijos: mi mamá y mis tíos

1956 - 1959

ENTRE BELÉN

Y BARRANCO



Había que tener fuerza para abrir la potente reja del portal de entrada. Menos mal que la cerradura estaba siempre engrasada y la llave no corría el peligro de romperse. Al entrar, unos pocos escalones nos llevaban pronto a la escalera de mármol blanco.

En el pequeño trayecto entre la reja y las escaleras pasábamos por dos puertas negras y espigadas. Una era la de Ángel, el portero, rechoncho y risueño, de uniforme comando y hablar premioso, y la otra era la que conducía a la azotea pasando por las puertas “falsas” de los espaciosos departamentos.

Muchas veces subíamos por allí con afán de travesura ya que era empinada y bastante lúgubre, ideal para asustar a los más pequeños o escaparse de las reprimendas de Ángel, que siempre quería corregir nuestras impertinencias infantiles.

En la pared lateral, antes de las puertas, estaba el anaquel con los nombres de todos los que vivían en el edificio “Belén” (Landazuri, García-Naranjo, Yori, Molinari, Manrique, Honorio Delgado, Lastres, Pinto...etc.).

El primer tramo de la escalera de mármol terminaba en un gran ventanal que daba a un tragaluz interior. De allí salían dos escaleras con curva que terminaban en el mismo pasillo del segundo piso. Seguía la escalera para el tercero con el mismo diseño. Los grandes ventanales permitían que todo estuviera muy bien iluminado y gracias al esmero de Ángel, los pasillos se veían limpios y elegantes.

El pasillo del segundo piso era amplio, con mucha luz y daba vuelta al edificio pasando por la puerta de cada departamento. Eran 5 y daban a cuatro calles distintas.

El nuestro era de los más grandes y ocupaba con sus ocho balcones toda la calle Paraguay. Con mucha frecuencia y bastante descaro montábamos bicicleta dando vueltas por esos pasillos internos del edificio. Lo hacíamos cuando Ángel no nos podía ver. Al día siguiente se daba cuenta por las huellas que dejaban las llantas en los pisos encerados. Venía entonces la protesta, luego la prohibición.

Nosotros, niños aún, manteníamos el perfil bajo hasta que pasara un poco de tiempo y se enfriaran las cosas, para luego poder volver nuevamente a nuestras andanzas. Otras veces, como muchos niños, nos hacía gracia tocar los timbres de los vecinos y salir corriendo. Menos mal que a todos les caíamos bien.

Nunca tuvimos problemas de vecindad. Muchas veces tocamos también el timbre de Ángel con afán de molestarlo.

Nuestra casa era el departamento 6. El primero de la izquierda al terminar la escalera. Tenía dos puertas grandes de madera, con reja y vidrio esmerilado.

En la parte superior de la puerta, dentro de la casa, estaba pegada una estampa votiva. No recuerdo de que santo sería. Era un papel ovalado, viejo y muy gastado que no estaba a nuestro alcance.

El hall de entrada era oscuro. A la izquierda, en la primera esquina, lucía un viejo radio rectangular con un dial en forma de reloj que cuando prendía aparecía una lucecita color naranja y se demoraba un siglo para encontrar sintonía. Lo lograba después de muchos ronquidos. En el dial aparecían las frecuencias de diversas emisoras locales e internacionales. Nunca acertamos a saber cómo funcionaba la antena.

En la pared izquierda y muy cerca del techo colgaba el imponente gobelino que estaba, como la estampa de la puerta, descolorido por el tiempo y eso que allí no le daba el sol. Era un dibujo de personajes decimonónicos en un parque con glorietas y casas antiguas.

Debajo del gobelino lucía el piano-pianola de la casa Brandes con sus dos faroles que nunca funcionaron mientras estuvimos allí. Para nosotros, los niños, era más un instrumento de diversión que de arte.

No era precisamente la disciplina musical lo que nos caracterizaba. Con frecuencia abríamos la tapa para ver el mecanismo de las clavijas y los fuelles. Nos divertía mucho el movimiento de los rollos de papel picado que hacían mover las teclas. Con el tiempo, fueron desapareciendo hasta que no quedó ninguno. No se si nosotros fuimos los únicos culpables de esas pérdidas. Sí recuerdo que había un armario lleno de esos rollos y otro que tenía discos de 78 revoluciones. Todo desapareció como por encanto.

Sin embargo, con el piano algunos pudimos hacer nuestros *pininos* para sacar alguna canción e impresionar a los amigos que invitábamos a la casa.

El hall tenía una extraña particularidad: era un lugar de paso que invitaba a descansar. Allí estaban los sillones bajos de madera blanca y cojines rojos y verdes, que eran bastante confortables. También había una alfombra roja que duró muchos años.

En el tiempo de Navidad sobre el piano colocábamos el Nacimiento. Un cerro con papel cartón pintado de verde, una pequeña cabaña y las figuras del misterio. Luego se fueron añadiendo unos elegantes Reyes Magos en sus esbeltos camellos, algunos pastores y muchos ángeles colocados como guardianes en la puerta de la cabaña.

En la falda del cerro fabricábamos, con un espejo, la laguna, para los patos, disimulada con el musgo y el pasto artificial que venía en unas bolsas. Nuestra mamá se encargó de poner luz en la cabaña utilizando un foco cubierto con papel celofán de colores. Ella nos instruía para no acercar el foco al papel.

Haciendo el nacimiento aprendíamos que la Navidad era la fiesta más importante. En una Navidad pusimos en el nacimiento el tren eléctrico que nuestro papá nos trajo de Alemania.

El 24 de diciembre era además el cumpleaños de nuestro papá. Lo preparábamos con mucha ilusión motivados por nuestra mamá. Con ella salíamos a comprarle los regalos y el 24 por la mañana nos acercábamos a su cama para saludarlo y entregarle los regalos.

Nuestro papá se despertaba con una gran sonrisa y mientras abría los regalos nos acariciaba y agradeciendo esas muestras de cariño se le escapaba un gesto de “desacuerdo” con nuestra mamá: “*¡Qué barbaridad!*”, “*¡Amor, ¿no has debido hacer este gasto?*” Ella sonreía y sabía que eran solo pequeñas muestras a un esposo y a un padre que merecía mucho más.

Nosotros estábamos felices al ver felices a nuestros papás y al mismo tiempo aprendíamos el valor de los gestos y el esfuerzo por hacer agradable la vida a los demás en la propia familia.

Cuando salíamos a las tiendas del centro de Lima, como buenos niños pensábamos en nosotros mismos. Nos encantaba ir a Oeshle a ver los juguetes. También nos llevaban al portal de Botoneros para ver en el ático de una tienda a una banda de músicos fabricada con maniquíes y que tocaba villancicos.

Luego hacíamos un recorrido por los nacimientos de las principales iglesias. Nos gustaba más el de santo Domingo, porque era gigantesco. Nuestra mamá nos compraba un papel carta tipo cebolla para que le escribíramos al Niño Dios. Luego nos acompañaba hasta el correo, en el jirón de la unión, para depositarla en un buzón que decía: “Al Cielo”. La noche del 24 nos acostábamos temprano y al día siguiente nuestros regalos amanecían en la sala.

La puerta de la sala estaba en el hall al otro extremo de la puerta de la calle. Dos hojas de vidrio catedral esmerilado y pavonado con un tono medio verdoso impresionaba al que entraba. Al abrirlas de par en par se apreciaba un hermoso salón con tres balcones.

Cada balcón tenía una puerta de dos hojas asegurada con un cantol y cada hoja una ventana vertical de tres vidrios separados por un pequeño marco de madera, en los verticales unas visagras sujetaban las contraventanas que cerrábamos por las noches. Encima de las puertas de cada balcón había otra ventana horizontal de vidrio color verde con naranja oscuro que le daba a la sala una tonalidad señorial. Estas se abrían y se cerraban con una varilla que recorría el marco de la puerta.

La sala estaba decorada con la elegancia de las casas antiguas. Una hermosa alfombra con dibujos en azul y negro ocupaba casi toda la habitación.

En las paredes había anaqueles empapelados con dibujos de tono suave en celeste y blanco, que hacían juego con la alfombra y las cortinas de terciopelo azul oscuro adornada con encajes de flores de colores vivos.

Un tremó tapizado de color guinda con dibujos de flores lucía en una esquina que hacía vértice con dos grandes espejos enmarcados.

Al otro extremo una jardinera con un espejo más grande y vistoso. Los jarrones chinos, que duraron poco, estaban cerca de la jardinera y al lado de una lámpara señorial que representaba un árbol con piñas. Estaba cubierta por un techo de tela con flecos de imitación vidrio. Las luces eran las piñas.

Las paredes estaban bien aprovechadas con una variedad de cuadros: el de Juana de Arco hecho por la tía Rosa, los de las escenas griegas enmarcados en pan de oro y el retrato de los abuelos.

Colocada en una mesita alta de mármol estaba la lámpara que llamábamos “la mujer de las tres luces”. Para lucir bien estaba de araña de la sala. Tenía unas lámparas de vidrio como copas alargadas y un plato amplio en el centro con adornos dorados.

Había además, unas cinco sillas muy elegantes, que tenían el mismo tapiz del tremó y unos cojines tipo gobelino con escenas de paisajes. Algunos muebles como las sillas y el tremó se fueron deteriorando con el tiempo y entraron otros más modernos.

En la sala encontrábamos los juguetes el 25 de diciembre y nos poníamos a jugar sin que hubiera ninguna prohibición o limitación.

Toda la casa estaba a nuestra disposición y nosotros preferíamos la sala y el comedor para nuestras actividades lúdicas.

A través de la puerta de vidrio de la sala simulábamos el cine. Uno se colocaba por el otro lado y trataba de hacer figuras a través de los vidrios pavonados. La alfombra tenía unas líneas gruesas en los bordes del contorno que para nosotros se convertía en una pista para hacer carreras con nuestros carritos, los tirábamos por las líneas y ganaba el que no se salía.

En otras ocasiones jugábamos con los globos, o a los vaqueros, también tiros al arco con una bola de plástico o a los palitroques. La casa debió ser un verdadero loquerío, porque además invitábamos a nuestros amigos.

En otros momentos la sala se reservaba para las visitas. Solíamos cerrar las puertas para poder pasar sin que nos vieran. Cuando nuestro papá cumplió 50 años hubo una gran celebración. Se contrató a *“Ou rendez vous”* vinieron con sus mozos para atender a los invitados que fueron bastantes. Nosotros observábamos todo desde los pasillos.

La sala tenía una puerta lateral que daba al comedor. Era también de vidrio esmerilado. El comedor tenía forma de rombo. Del techo bajaban unas cadenas que sostenían una araña bastante original, sus luces eran como racimos de uva color verde, y el centro un plafond con luz blanquecina.

En los laterales estaban, frente a la mesa por ambos lados, el aparador y el auxiliar con sus espejos ovalados y su mesa de mármol. Encima del aparador lucía una panera de cobre en forma de sirena y un recipiente de vidrio con jugo para el que quisiera tomar.

El pan no estaba en la panera sino al lado de ella en una bolsa blanca dentro de una canasta de mimbre, venía de la Marina de Guerra todos los días junto con la carne. Un marinero las traía por la puerta falsa en una bolsa azul con una numeración. La bolsa estaba lacrada con un alambre de plomo. Todos los días se hacía el cambio de bolsa con los nuevos alimentos.

El resto lo comprábamos en la plaza o en la proveeduría de la marina, que estaba todavía en el Callao, luego pasó a la av. Salaverry en el antiguo hipódromo.

En la panera en forma de sirena se guardaban las medicinas y alguna que otra servilleta. Muy cerca estaba la campana de vidrio para cubrir los queques y las tortas que nunca faltaban.

Desde 1958 teníamos un televisor “Emerson” de 17 pulgadas. En la azotea se tuvo que poner la antena que bajaba y entraba por el balcón del comedor. Al otro lado estaba un reloj de pared de la casa Welch.

El suelo del comedor era de madera como el de la sala y el hall. ¡Cuantas horas hemos corrido alrededor de la mesa del comedor! en medio de nuestros juegos y travesuras.

En una época se convirtió en el circuito para el carro rojo de carrera que también llevaba el número 6 y el triciclo pequeño.

Después entró allí la bicicleta que la hacíamos recorrer también por la sala y los pasillos. ¡Eran así nuestras “travesuras” infantiles.

En la mesa del comedor teníamos nuestros sitios. Nuestro abuelo se sentó siempre en la cabecera, dándole la espalda al televisor. Nosotros nos colocábamos para ver la televisión.

En 1958 empezó la Tv. en el Perú. Al poco tiempo tuvimos nuestro primer aparato. La programación del primer canal empezaba a media tarde y todos estábamos allí para ver:

“*El Niño del circo*”, “*Jim de la selva*”, “*Los patrulleros del Oeste*”, “*Los lanceros de bengala*”, “*Rin Tin Tin*” y muchas otras más.

Los años del departamento 6 fueron los de los juegos infantiles. No salíamos mucho a la calle y la pasábamos en grande jugando allí. (14)



El balcón que daba al dormitorio de Manuel, Augusto y Guillermo

(14) Desde los balcones podíamos observar una variedad de paisajes: El edificio Central estaba enfrente y en el primer piso la Agencia n. 1 del Banco de Crédito. Al frente, en la av. Uruguay, estaba el grifo de Brigñeti, un señor barbudo que solía echar latas de agua a la vereda para refrescar en tiempo de verano. Al lado estaba el servicio de vulcanización de llantas pegado a "Mosi" la tienda que vendía bicicletas "Hercules". En la esquina estaba la tienda de muebles elegantes "Canziani" y al frente, ya en el jirón de la Unión, las famosas "Escuelas Americanas" de mecanografía. En la esquina del jirón de la Unión con Pachitea estaba la farmacia Villena que luego se llamó Belén. Regresando para la casa por la Av. Uruguay nos encontrábamos con el kiosco de periódicos. También se alcanzaba a ver, desde los balcones de la casa, los grandes ventanales del auditorio del colegio SSCC Belén con sus amplias cortinas y los techos del cine República que quedaba en Carabaya.

Había un teléfono adosado a la pared del pasillo. Para llamar había que esperar un buen rato para que nos dieran línea. Los niños para hablar por teléfono teníamos que pararnos en una silla. El número era 11356. A los pocos años cambiaron el teléfono por otro más moderno. Esta vez el número fue 35783 y después 45783.

Nuestro abuelo Moisés, el papá de mi mamá había sido Marino, se jubiló siendo Capitán de Navío. En un ropero de su habitación tenía unas espadas elegantes, un sombrero de tarro, otro más pequeño tipo bombín, los uniformes de marino y mucha ropa negra. Mi abuelo guardaba un luto estricto desde que murió nuestra abuela. Delante del ropero había tres sillas de madera antiguas con ternos negros.

Delante de las sillas estaba la cama de fierro y con somier. Encima de la cabecera había una pintura de arte colonial que representaba a la Virgen María. Las paredes estaban empapeladas con flores color rojo pálido. Del techo colgaba un cordón que se perdía a media altura. La luz venía de una lámpara roja que estaba encima de una mesa de noche. Frente a la cama, a la izquierda había un tocador con sus cajoneras, banquito y un espejo ovalado. Al lado estaba una imagen del corazón de Jesús en una urna con vidrios.

Había imágenes de ángeles y santos y una especie de porta florero de madera cuadrado y negro. A la derecha y tapando una puerta clausurada que daba a la sala estaba un mueble que se convertía en escritorio, lleno de cajoncitos. Dentro se encontraban plumas para escribir con tinta, secadores de tinta, forros de libro de color marrón jaspeado que vendían en el colegio de la Inmaculada, algunos números de la revista: “Bloque Latino” (*ensayos escritos por mi abuelo*) y fotografías.

Tenías nuestro dormitorio al fondo de la casa. Todas las camas eran con somier y seguramente de tanto saltar en ellas les hacíamos algún hueco haciendo saltar algún alambre. Nos acostábamos después de hacer nuestras tareas escolares.

Todas las mañanas estaba encendido y sintonizado en Radio Reloj. Servía de alarma para apurarnos y llegar puntuales al colegio. También escuchábamos en ese receptor los partidos de fútbol narrados desde el Estadio Nacional.

Así fue nuestra casa de la Av. Uruguay, grande y pequeña a la vez. La casa de nuestra infancia y primera formación. La casa que nos vio crecer.

Las salidas a la calle desde la Av. Uruguay marcaron vivencias inolvidables. Al colegio fuimos de diversas maneras. Los primeros años los mayores estudiábamos inicial en el colegio de la Inmaculada que quedaba en la av. Petit Thouars, muy cerca del cine Canout en Miraflores.

Nuestro papá nos llevaba en el Morris negro que tenía y nos regresábamos en la Góndola del colegio hasta la casa. Era una verdadera aventura. El viaje nos parecía larguísimo. Alguna vez que nuestro papá no pudo llevarnos fuimos en el Buick de nuestro tío Juan. Un enorme carro que iba más de

prisa que el Morris y nos llamaba mucho la atención junto a los relatos “exagerados” que escuchábamos de nuestro tío que nos quería impresionar.

Cuando la Inmaculada se fue a Moniterrico, nos parecía lejísimo y ese fue el motivo para pasarnos al colegio de La Recoleta, que estaba frente a la casa en la misma av. Uruguay. Mi hermana Teresa, que estaba en el Belén solo tenía que cruzar la pista, el colegio también estaba al frente.

Mi papá tenía un Morris Minor, allí entrábamos todos como sardinas, incluso alguna vez metíamos a nuestros primos, que eran muy delgaditos para ir de paseo a la playa, la Herradura o La Punta, que era donde íbamos habitualmente.



En el verano de los primeros años, cuando no teníamos carro íbamos a la playa en los tranvías. Nos bajábamos en Chorrillos y por la escalera llegábamos hasta “Agua Dulce”, donde alquilábamos una carpa para cambiarnos.

Al terminar subíamos otra vez la escalera y almorzábamos en un restaurant que tenía unos espejos altos donde nos pasaban una jarra grande de porcelana con agua y una toalla para lavarnos las manos.

Antes de irnos pasábamos por un pequeño parque en el mismo malecón que tenía unos floreros negros, grandes y muy originales, otras veces íbamos a la

glorieta que está cerca del puente de madera. De regreso tomábamos nuevamente el tranvía.

En otras ocasiones íbamos a “La Punta” en un tranvía mucho más veloz. En la playa solíamos ir al muelle donde se pasaba un poco de frío. En la playa de la punta había una cuerda para sujetarse. Como era de piedras entrábamos en zapatillas cogidos de la soga para disfrutar de los tumbos del mar. Nuestros papás nos vigilaban desde “El Refrigerador”. Así se llamaba a una terraza que había en la misma playa que hacía sombra y dejaba pasar el viento.



Cuando tuvimos movilidad hacíamos los mismos recorridos en el verano, aunque ya no íbamos a Agua Dulce sino a la Herradura

Los fines de semana en invierno salíamos a Huampaní. Íbamos para almorzar. Nuestra mamá llevaba una canasta y dentro unas tazas con arroz y huevo duro. Solíamos quedarnos haciendo camping en el primer parque de Huampaní.

Después del almuerzo iniciábamos una caminata hasta la piscina para luego volver. Alguna vez entramos al golfito. Más tarde, cuando pasaron los años, regresamos cuando se instaló el trencito y los chachi karts.

A media tarde nos íbamos algunas veces al parque de Chosica para ver un partido de fútbol y comer picarones, otras veces al parque de Chaclacayo donde estaban los columpios. Años antes íbamos a Chosica en el autovagón que tomábamos en Desamparados.

En Chosica, nos llamaba la atención “La casa del loco Asín” en la falda del cerro y la caída de agua de Moyopampa.

En las temporadas de cometas las volábamos en la entrada de Chaclacayo en una zona que estaba urbanizándose y daba al río.

Regresábamos de los paseos al caer la tarde y entrábamos a Lima por 28 de julio en La Victoria.

Por la noche nos alistábamos para ir a Misa, a San Pedro en el centro de Lima, o a la Recoleta, cuando no había mucho tiempo, algunas veces a San Francisco de Barranco para recordar los tiempos de Carlos Arrieta.

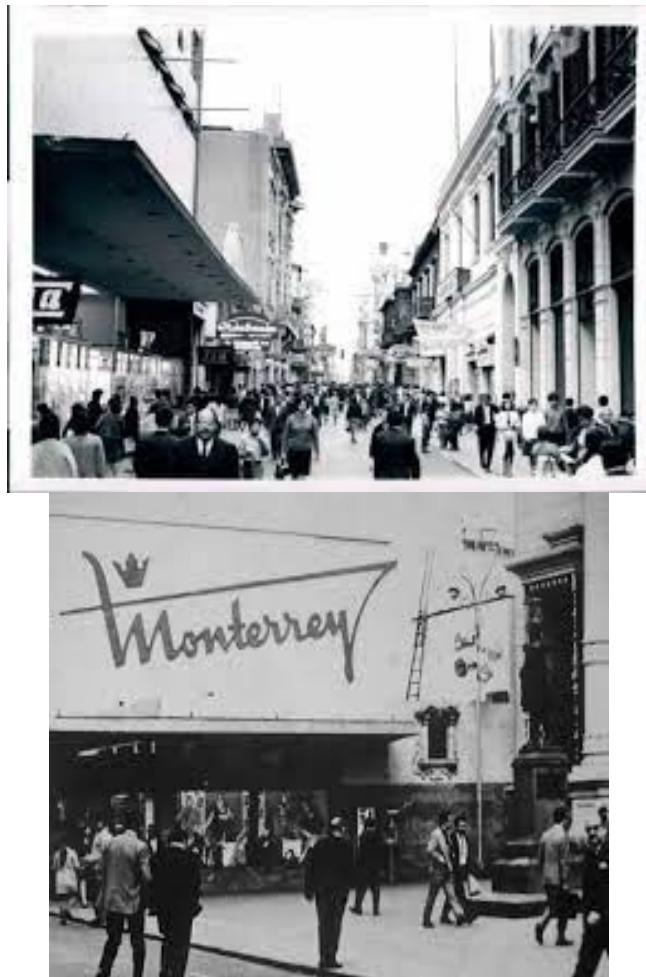
Otros años íbamos a Misa al mediodía, a Santo Domingo. Nos sentábamos en la parte de atrás donde había una lámpara votiva con muchas velas encendidas.

Los fines de semana de los veranos solíamos ir a Pucusana o a Ancón. En Ancón mi papá llegó a comprar un terreno con la ilusión de tener una casa de playa. Estaba situado en la zona de “La Colina”.

Luego por distintas circunstancias no prosperó. En otros momentos del año salíamos con mucha frecuencia para hacer compras. Muchas veces con nuestra mamá recorriamos las principales tiendas de Lima.

Andábamos por el jirón de la Unión para ir a comprar los uniformes del colegio en “Ternos Alfa”, las camisas en las tiendas “Anchor”, los *Overall* en “Campeón” y los libros y cuadernos en “Studium”.

En aquellas salidas no faltaban los helados de la botica francesa, en una primera temporada y después los barquillos con helados de maquina en “Monterrey”, “Tía” o “Monoprix de París”.



Otras veces íbamos a conseguir la mantequilla Laive a unas oficinas que quedaban encima del cine san Martín. Eran las oficinas de un señor Panizo, que nos vendía la mantequilla.

En otras ocasiones nos acercábamos en el Morris a recoger las cajas de leche Gloria a una casa señorial en Campo de Marte.

Las salidas al centro eran también para hacer los pagos en los Bancos, sobre todo al Internacional (*donde trabajaba nuestro tío Hernán*) y al Wiesse en Carabaya, o el crédito de las tiendas Sears en el jirón de la Unión.

Nuestra mamá caminaba siempre muy de prisa. Era rápida para las compras, pedía todos los descuentos y los conseguía.

Como todos los niños visitábamos con relativa frecuencia al dentista, el Dr. Villanueva Lazo, que tenía su consultorio en el jirón Ica en la esquina con el

jirón de la Unión. Para que nos portáramos bien nos compraba unos cuentos pequeñitos al lado de “La Prensa” en la librería “La Familia”.

Por la noche, a la hora de comer, nuestra mamá nos lo leía los cuentos en voz alta. Otras veces nos llevaba por Pachitea hacia el mercado Guadalupe donde se compraban los víveres.

En el “chino” de la mitad de la cuadra era parada obligatoria para compras más pequeñas. Siempre tiraba el sencillo sobre la madera para comprobar su autenticidad.

En la esquina con Carabaya estaba la panadería “La Mundial” y muy cerca de allí, frente al cine “República”, la casa de los Vivas, que eran vecinos y amigos nuestros del colegio. Nos visitábamos constantemente.

En Pachitea había de todo: ferreterías, tiendas de electrodomésticos, zapaterías y una buena peluquería. Todo estaba cerca y a la mano. Saliendo de la casa, camino al colegio había un quiosco donde comprábamos nuestros chistes. Teníamos una buena colección.

Por el otro lado estaba la Plaza Francia desde donde se iniciaba el jirón Camaná por la calle de “La Amargura”.

En la plaza Francia estaba la Iglesia de la Recoleta y la universidad Católica. Cerca de allí estaba la cochera donde guardábamos el carro por las noches.

Todo estaba muy cerca, incluso la Penitenciería, (la cárcel), a dos cuadras. Era como un castillo con un muro alto de piedra y el contorno de ladrillo. Lucía bastante bien para ser la cárcel.

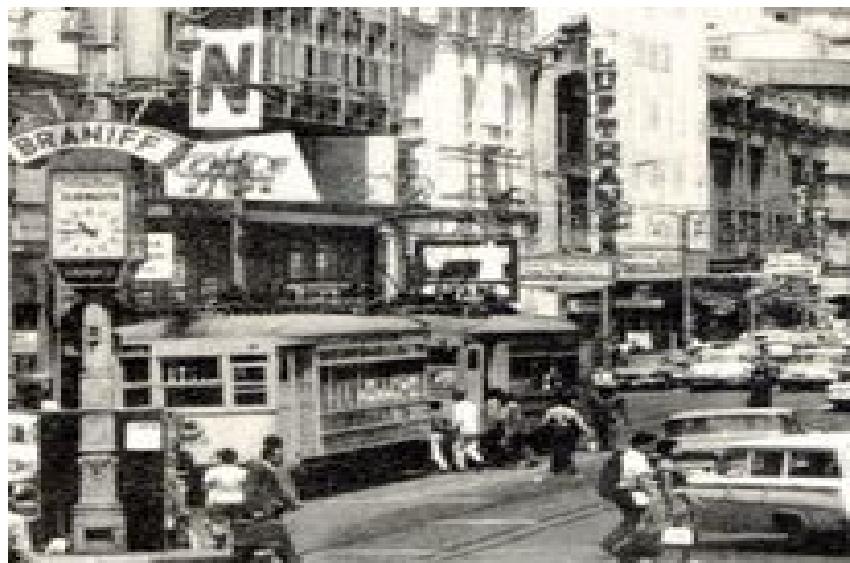


Cárcel de Lima (Paseo de la República)

Desde allí se divisaba el Palacio de Justicia. En aquellos años por el paseo de la República pasaba el tranvía. Cuando salíamos a montar bicicleta con Ismael de la Puente y sus papás, que nos acompañaban y vigilaban avanzábamos hasta el teatro “La Cabaña” y radio “Victoria”. En ese parque, detrás del museo de arte, seguíamos montando a nuestras anchas.

Los años siguientes íbamos con los Vivas caminando desde la casa hasta el Estadio Nacional para ver los partidos de fútbol de primera división.

Salir en tranvía era algo que hacíamos con relativa frecuencia, sobre todo para ir a Barranco. Lo tomábamos en Nicolás de Piérola al lado de la Compañía de Teléfonos o en la calle contigua. Al subir los vendedores ambulantes de maní salado y dulce nos ofrecían sus productos. También vendían pasas. El boletero iba uniformado con terno. Tenía una insignia en el pecho y una gorra tipo militar. El tranvía de La Punta se tomaba en La Colmena frente al hotel Bolívar.



Otras veces salíamos en el carro a la Alameda de los descalzos. Era un lugar de paseo. Era la oportunidad además de visitar a un hermano de la Salle (Graciano) que vivía en un convento en esa zona. Era encargado del Hogar de Menores y amigo de nuestro papá. Muchas veces le consiguió entradas para ir a los toros.

Fuimos a ver corridas muy interesantes con los principales diestros españoles. A nuestro papá le gustaban mucho las corridas. Solamente cuando el picador hería al toro, gritaba: ¡basta!, ¡basta!, mientras nuestra

mamá se tapaba los ojos. A ella no le gustaba, iba para acompañar a nuestro papá. A nosotros nos gustaba todo.

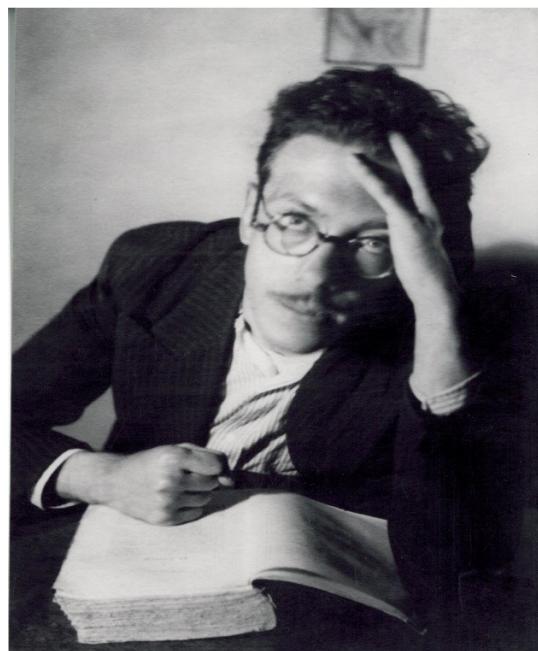
Estuvimos en Acho cuando ganó el “Escapulario de Oro” Antonio Bienvenida. El hermano Graciano nos invitó alguna vez a “Hermelinda Carrera” que era a la sazón como la cárcel de mujeres jóvenes

Un día cualquiera dentro de casa

Las luces de la sala estaban encendidas y las puertas cerradas, se oía el traqueteo ágil de la máquina de escribir, una *Remington* portátil que mi papá usaba para hacer sus trabajos de Juez. Merodeando con mi curiosidad infantil intentaba ingresar cuando veo a mi mamá en el pasillo gesticulando para que no haga bulla, cogiéndome del brazo me dice como contándome un secreto: *“Papá tiene mucho trabajo...”*

Me llevó hasta la cocina donde estaba habitualmente ella. Allí, mientras encendía las hornillas, podía elevar más la voz para darme las explicaciones.

“Es muy minucioso en su trabajo, quiere tenerlo impecable, siempre sacaba 20 en el colegio, era el número uno, y ahora todos le preguntan a él porque es el que más sabe y alguno le quiere copiar..., ¡pobre papacito!... No ha dormido nada y tiene que terminar su trabajo hoy...”



Manuel Tamayo Vargas

Escuchaba, con orgullo de hijo todo lo que me decía mi madre y trataba de imaginarme como era eso de que “*es muy minucioso en su trabajo*”. Enseguida me daba la respuesta yo mismo: *¡es que mi papá es el mejor!* Era la certeza natural que todo niño tiene con los logros de su padre.

Mi madre le había preparado una taza de café y unas galletas con mantequilla. Con mucha discreción y casi *a pie juntillas*, se acercó a la sala por la puerta del comedor. Yo voy detrás, refugiándome en sus faldas para alcanzar a ver cómo era la intensidad del trabajo de mi papá.

Ella abre la puerta y entra; yo no me atrevía a pasar y medio escondido *aguaito* por la rendija de la puerta entre abierta; el ambiente estaba cargado con el humo del tabaco negro que papá solía fumar. Mi mamá no tiene dónde dejar la taza y el plato porque el escritorio estaba lleno de libros y expedientes. Oigo la conversación.

-Amor, no fumes tanto. Mira cómo está el cenicero, ¡lleno de puchos!

○ No te preocupes que ya estoy acabando... me falta un informe.

-Te vas a intoxicar con este humo. (abre la puerta de uno de los balcones para ventilar).

○ Ya amor (coge la taza de café y bebe unos sorbos)

○ -Comete también estas galletas que te he preparado

○ déjalas allí no más (hace un sitio entre los papeles)

-Pero cómetelas... el café solo no es alimento y además con el cigarrillo....

○ Ya amor, déjame pues, que ya voy a terminar.

-Si pues, porque te tienes que acostar, anoche no has dormido nada y acuédate que has tenido una neumonía... ya no deberías fumar, tus pulmones deben estar negros....

Salió de la sala y yo la seguí nuevamente a la cocina.

Mi madre se dedicaba ahora a preparar la comida para todos. La veía con prisa y algo fatigada. En esos días no había empleada de servicio y aunque estuviera, ella siempre estaba en la cocina viendo la comida de cada uno.

Mientras preparaba todo, seguía su conversación.

“No me gustan nada los amigos de papá que vinieron el otro día. ¡Todos fumaban!, no se podía ni entrar a la sala y ¡pobre papacito!, se esmeraba en servirles un whisky y ellos tomaban sin parar y papá tenía que estar allí con ellos... ¡no me gusta ni un poquito que le hagan tomar a papá!”

Mi padre tomaba muy poco, nunca le vimos emborracharse, algún día después de alguna reunión estaba un poco picadito pero no como algunos amigos, que no tenían escrúpulos, y le daban al licor hasta marearse y perder el control.

La noche estaba avanzada, me fui al *hall* y me senté en el sillón al lado de la radio, medio distraído intenté encenderlo, tardaba en calentar y al intentar sintonizar con el dial se oyó algo parecido a un trueno. Mi mamá salió corriendo desde la cocina.

“*Schtz... ¡no hagas bulla! ...Si sabes que papá está trabajando.... ¡apaga eso...!, ¡vete al cuarto!...*”

Salí corriendo para el dormitorio, me tumbé en la cama, cogí el último libro que me habían regalado “*La isla del tesoro*”, le tenía especial simpatía por sus tapas duras a color y algunos dibujos que me llamaban la atención, leí unas cuantas páginas y me quedé dormido. Me despertó el grito de mi madre que nos llamaba a todos para que vayamos a comer.

“*¡Manueliito....gatíiito....!*”

Gatito era mi hermano Augusto, parece que le resultaba más fácil decir *gatito* que *Agustito*. Yo me reía porque en la casa había también un gato. A la lista de llamadas se había incorporado *Guillermito*, que a la sazón tenía la friolera de 3 años. Más tarde *Guillermito* le parecía muy largo y terminó llamándolo *Wilito*. Teresita era la menor y contaba sólo con 2 años.

Durante las vacaciones

Me desperté con la fuerte luminosidad que entraba a través de la ventana. Eran las vacaciones de verano del año 1956. En los pies de mi cama estaba mi *short* azul y un polo de rayas rojas y blancas. Usábamos medias blancas y sandalias. Mis hermanos vestían igual, solo variaba el color de las rayas del polo.

El desayuno servido en una mesa contigua a la cama era un plato de *Quaker*, pan con mantequilla y una taza de leche. Tomaba mi desayuno a toda velocidad porque quería empezar a jugar cuanto antes. Por ser el mayor determinaba el plan de juego y mis hermanos se sumaban.

Encima del ropero estaban los regalos que nos habían hecho en Navidad: *cartucheras y pistolas, sombreros de cowboy*, soldaditos de plomo y un juego de *palitroques*. Desde muy temprano disponíamos las cosas para

poder jugar sin interrupción. Utilizábamos toda la casa, aunque nos habían dicho repetidas veces que no entráramos a la sala de visitas. A nosotros se nos olvidaba y las visitas nos encontraban jugando.

No parábamos hasta que mamá nos llamaba porque estaba lista la comida. Así se nos iba el día, entre comer y jugar, aunque mamá también nos hacía rezar. Los domingos todos juntos íbamos a Misa sin faltar.

Los años anteriores habían estado muy movidos entre Lima y Barranco con los nacimientos de Guillermo y Teresa, que estuvieron muy pegados, y sus respectivos bautizos.

Cuando estábamos en el colegio de la Inmaculada Augusto y yo, íbamos en las famosas góndolas que tanta ilusión nos hacía, eso quedó en el pasado y también la gorrita azul y el cuello almidonado.



De la Inmaculada recordaba la última actuación en el *Paraninfo* cuando a mí me tocó hacer el papel de violinista, alquilaron un violín y una peluca y formé parte de un concierto, fue mi primera actuación, no hice nada más que tocar el violín, sin saber tocar, solo hacía los movimientos que me habían enseñado.

Le tenía especial aprecio a mis libros de *Kinder* y *Transición* con los que había aprendido a leer, estaban forrados de color caramelo y llevaban una etiqueta muy grande con mi nombre escrito por mi madre con una letra también muy grande y clara.

El ambiente de verano, este año, estaba bastante movido. Eran las elecciones presidenciales pero para nosotros los niños, todo era para la diversión.

Mi padre me dijo que votaría por Lavalle, que era un distinguido abogado limeño que vivía en un caserón de la avenida 28 de Julio de Miraflores. Al pasar por su casa en el *Morris* negro nuestro papá nos decía: “*¡Miren! esa es la casa de Lavalle*” Como es lógico yo también lo elegí como el candidato de mi preferencia; para mí bastaba que mi padre lo admirara.

La campaña política debió ser como las demás. Como no existía la televisión los candidatos organizaban sus mítines en las plazas públicas y competían en la oratoria. Al vivir en el centro de Lima estábamos cerca de todos los escenarios: *la plaza san Martín, el paseo de la república, la Colmena, etc.*

Nuestros primos de la rama materna venían constantemente a la casa. Ellos eran mayores que nosotros y ejercían cierta presión en nosotros, sobre todo en mí, que era el mayor de los hermanos. Cuando llegaban, me sentía más importante.

Fue grata mi sorpresa cuando descubrí que ellos también eran partidarios de Lavalle y además repetían un *trabalenguas* que incluía a todos los candidatos que se presentaban a las elecciones presidenciales.

El *trabalenguas* que favorecía a Lavalle era el siguiente:

Lavalle Presidente, Prado su sirviente, Belaunde se funde, Noriega se friega, Castillo es un pillo, Boza, ni su esposa.

Lo aprendí de memoria y lo repetía por todas partes. En el colegio lo coreábamos a todo pulmón y en la casa quería imponerlo a mis hermanos pero no tuve suerte con Augusto, que para hacerme la oposición se hizo partidario de Belaunde. No le gustaba nada el *trabalenguas*.

Haya de la Torre estaba prisionero en la embajada de Colombia de la av. Arequipa. Odría, era el presidente, (*ese año terminaría su ochenio*), y lo perseguía para meterlo en la cárcel (*persecución política*).

A Víctor Raúl no le quedó otra opción que exiliarse en la embajada de un país amigo de los apristas.

Los niños suelen aceptar las cosas como vienen; nos divertíamos a nuestra manera con los políticos de turno aprendiéndonos frases de sus discursos o remedando alguna mueca pintoresca.

Además, en ese verano el ambiente político se mezclaba con el carnaval. Los calores de marzo eran para jugar con agua, y nosotros, que vivíamos en un departamento que tenía 8 balcones que daban a la calle, no podíamos perder la oportunidad para mojar a la gente que pasaba por abajo. Esa era una gran diversión.

Nuestros primos mayores más avezados que nosotros, nos enseñaban mejores estrategias para mojar mejor y divertirnos más.

Mi padre, enfocaba las fiestas de otra manera y nos llevaba a ver el *Corso* de Miraflores y los bailes de Carnaval en el parque de Barranco, y los clubes Terrazas y Regatas.

No éramos socios ni entrábamos a los clubes, solo veíamos desde fuera. Mi madre era la que se encargaba de señalarnos los disfraces más originales y los movimientos más importantes de los bailes.

El día del *Corso*, volvíamos pronto a la casa para verlo pasar desde los balcones. Salían de la avenida Larco en Miraflores, recorrían toda la avenida Arequipa, entraban por Wilson y seguían luego por el jirón de la Unión hasta la plaza San Martín. Desde la casa se veía el Jirón de la Unión. Mi madre se fijaba mucho en las reinas de belleza y nos decía cuál era la más bonita, a nosotros nos llamaba la atención los *muñecones* gigantes (*hombres en zancos*) que tenían un aspecto muy divertido.

Después de comer nos íbamos pronto a la cama, solíamos estar mucho rato acostados antes de dormir, con la luz de la bombilla encendida. Nunca supe a qué hora se apagaba. Nuestra mamá pretendía que nos durmiéramos pronto. Para mis hermanos menores era más fácil y a mí me costaba un poco más. Como sabía que papá y mamá se irían al cine, algunas veces me hice el dormido y así no se quedaban preocupados y podrían irse pronto.

Cuando salían sentía en el fondo la ausencia de los dos, pero conforme pasaba el tiempo, me iba animando con la ilusión de que ya llegarían, hasta que por fin, escuchaba la puerta y al comprobar que eran ellos, me ponía muy contento y enseguida me quedaba dormido.

Siempre fui el primero en levantarme con excepción de mi mamá que ya estaba de pie y trabajando en la cocina.

Después de vestirme me iba a la sala y me sentaba allí con mis juguetes esperando que mis hermanos llegaran.

Al poco tiempo se organizaba un recreo: *guerra de soldaditos o palitroques, vueltas a la mesa del comedor con el carrito a pedales, o los juegos tradicionales: la pega, la gallina ciega, ladrones y celadores.*

No faltaban las travesuras y peleas que hacían renegar a nuestra madre y nos amenazaba con darnos un correazo o jalarnos de las *mechas*. Yo me gané bastantes *pellizcos*. ¡Qué bulla debimos meter con nuestros chillidos!

La alegría de ir al mercado

Me gustaba acompañarla a mamá cuando iba al mercado. Ella me contagiaba una alegría especial que tenía cuando compraba para la familia. Iba siempre con prisa y me apuraba. No terminaba su recorrido hasta no comprar todo lo que se había propuesto y cuando lo tenía todo, la prisa era para llegar a la casa.

Mi abuelo compraba siempre el ron de quemar en una tienda que estaba a una cuadra del mercado de Guadalupe en una transversal de *Azángaro*.

Mi madre en el mercado, conocía muy bien los puestos de sus *caseritos* que parecía que la estaban esperando. Solíamos llenar dos bolsas grandes de papel que comprábamos en el mismo mercado (*era un papel grueso, medio acartonado, color cemento y llevaba un asa de pita gruesa, como una soguilla delgada*).

Al salir del mercado no dejábamos de entrar al *chino* de la mitad de la cuadra, para comprar galletas y algo de sal. El *Chino* vendía de todo y tenía una gran habilidad para hacer los paquetes y amarrarlos con una pita. Las cuentas las hacía con un trozo de lápiz que llevaba en la oreja y escribía en trozo de papel arrugado y arrancado de cualquier manera.

Mientras mi madre hacía las compras yo estaba distraído fijándome en todo lo que hacía, pero sin pensar en lo que estaba haciendo. Años después descubrí que compraba las cosas pensando en cada uno de nosotros. También cuando cocinaba tenía en cuenta las particularidades de cada uno que luego salían en los platos diferentes.

Otras veces completábamos las compras del mercado con algunos productos importados conseguidos en la Proveeduría de la Marina que a la sazón estaba en el Callao, en la base naval. Esas compras las hacíamos algún sábado por la mañana.

El recorrido por la avenida Venezuela le gustaba mucho a mi padre porque gran parte de la avenida estaba cubierta por una hilera interminable

de *Ficus* entrecruzados que hacían como un túnel natural dejando ver el paisaje por los lados.

Se veía en el horizonte el Colegio Militar Leoncio Prado que estaba a bastantes kilómetros, algo de la Perla y la isla San Lorenzo. Era además una avenida refrescante y nada calurosa.

Por esas ironías de la vida había una especie de monumento que tenía encima de una peana un carro totalmente chocado y abajo la inscripción: *Despacio se va lejos*, como presagiando la cantidad de accidentes que tendría Lima en el futuro.

Pocos años más tarde mi padre nos llevó a casa de Sebastián, un campesino que había sido *sirviente* de la familia una temporada en que mi papá y sus hermanos vivieron en el campo, cuando eran niños. Mi padre lo recordaba con mucho cariño y quiso llevarnos a nosotros para que le conociéramos.

Sebastián vivía en una chacra que quedaba en la av. Venezuela. En esos años no había casas, todo era campo. Nos invitó a almorzar. Al llegar hicimos un recorrido por la chacra, nos enseñó sus vacas y algunas gallinas que tenía en un corral. Su casa era toda de adobe y tenía una habitación grande que hacía de sala y comedor y un cuarto donde dormía. No tenía baño. Cocinaban en un patio exterior al lado de la casa.

Sebastián nos invitó un suculento almuerzo muy bien servido. Quedamos muy contentos y agradecidos; también sorprendidos de que mi padre tuviera amigos como Sebastián. Aprendimos una buena lección.

Volviendo al verano de 1956 había un personaje parecido a Sebastián que venía con frecuencia a visitarnos a la casa, se llamaba Marcelino, era un electricista oficial de la Marina y ahijado de mi padre.

Se llevaba muy bien con nosotros, nos contaba de su vida en los buques de la armada y entraba también en nuestros juegos infantiles. Seguramente mi padre le daba cada vez una buena propina.

Mi papá tenía un gran sentido de la inclusión y no temía que sus hijos pudieran tener contacto con personas de todos los ambientes sociales, siempre que éstas fueran buenas, mi mamá era la que se encargaba de advertirnos cualquier irregularidad que pudiera haber en las conductas de las personas que se acercaban a nosotros y explicarnos también las distintas situaciones por las que podían pasar. Nosotros aprendíamos a distinguir, comprender y querer a las personas.

Los primeros cines y películas

Entre los juegos y las visitas que nos hacían a la casa, el verano se nos iba volando, hay que añadir, (*a todas esas actividades de las vacaciones*), el cumpleaños de algún amiguito al que asistíamos con una ilusión muy grande porque no faltaban los juegos, el típico lonche de *torta y gelatina* y en ocasiones la película.

Los que tenían una mejor situación económica se podían dar el lujo de ponernos en su casa alguna película de 16 milímetros, (*alquilaban la película, la máquina y el operador*). A las mamás les gustaba que viéramos dibujos animados pero nosotros preferíamos las de *Vaqueros*.

En el *Paraninfo* del Colegio de la Inmaculada que estaba en La Colmena vi por primera vez en 1955 unos cortos del *Gordo y el Flaco*.

Cuando *Armas Solf*, (*un amigo del colegio*) nos invitaba a su cumpleaños pasaban en su casa de la calle *Zepita* unos cortos de *Abbott y Costello* y dibujos animados de *Walt Disney*, (*El Pato Donald, Tribilín, Pluto...*), en cambio en la casa de *Navea* (*otro compañero*) que vivía en la calle *Huaylas* de Chorrillos, jugábamos todo el tiempo *indios contra vaqueros*, yo siempre me las ingeniaaba para ser *vaquero*, porque veía que para *indio* escogían a los más estrambóticos o a los que tenían poca personalidad. Como era lógico en aquellos años, siempre tenían que ganar los *vaqueros*, por eso nadie quería ser *indio*. Pasaba como en el fútbol, nadie quería ser arquero, porque nos perdíamos las oportunidades de meter goles. Así es la vanidad infantil y también la de los adultos.

Otro *amiguito* del colegio era *Pepe Gómez*. Su papá, (*fue luego mi padrino de primera comunión*), era muy amigo de mi padre, desde el colegio. Vivía en Miraflores, a dos cuadras del *Marsano* y cerca de la línea del tranvía, en un viejo caserón un poco destalado. Aunque no tenían recursos económicos no escatimaban esfuerzos para las celebraciones de los cumpleaños. En las fiestas infantiles contrataban títeres y magos.

Recuerdo que *Manuel Romaña*, otro amigo de mi padre, le gustaba divertir a los niños y en aquella ocasión, *en casa de Pepe Gómez*, intervino como mago espontáneo; nos sentó a todos en el suelo y al pronunciar las palabras mágicas *adabra cadabra, pata de carnero y cabra*, hizo que un bastón se sostuviera sin que nadie lo cogiera.

Yo estaba muy cerca y alcancé a ver el hilo fino que sostenía el bastón. Percibir aquello me produjo un estremecimiento interior. Me fastidiaba un poco haberme dado cuenta y no poder creer en la magia. Me sentía cómplice de alguien que estaba “engañoando” con un truco a los otros niños que miraban asombrados. Nunca nadie me quitó esa contradicción interior, más

tarde en mi casa, trataba de sujetar un bastón con un trozo de hilo, para poner en práctica con mis hermanos menores el *truco* que había aprendido en la fiesta infantil.

Los retazos de moral de aquella primera reacción se me habían olvidado por completo. Es interesante observar cómo en la misma naturaleza hay unos principios morales que necesitan ser reforzados por la educación.

Los cortos de cine que había visto en el colegio y en las fiestas infantiles no eran suficientes. Ir a una sala de cine, para ver una película de estreno, se convirtió para mí en una meta que tenía que llegar pronto, me parecía que era un lugar importante donde iban mis padres por las noches, dejándonos a nosotros dormidos. Ya era la hora de reclamar los derechos de asistir a una película como Dios manda.

Le pedía a mi papá con insistencia que me llevara al Cine. Quería ir con ellos por las noches en vez de irme a la cama a dormir.

En uno de esos reclamos, que hacía desde mi lógica infantil, mamá me interrumpió:

— “*¡Estás loco! Los niños no van a películas de mayores. A esas horas no hay ningún chico en el cine. Los niños obedientes se acuestan temprano...*”

Mi padre quiso suavizar las cosas y dejar una puerta abierta a mi esperanza.

— “*Si te portas bien iremos a matinée...*”

Me quedé más tranquilo con la intervención de mi papá, aunque me daban muchas ganas de ir a los cines donde iban ellos. No por la película, que ni sabía cuál era y me traía sin cuidado, sino por el hecho de ir a los cines de estreno y por la noche. Me parecía que eso daba prestigio y me haría sentir más grande.

Mis padres solían ir a los cines que estaban más cerca de la casa. Iban con frecuencia al **Metro** y al **Tacna**, para ver los grandes estrenos de la **MGM** y de la **Paramount**, asistían también al **Colón** para ver películas italianas que le agradaban mucho a papá, otras veces iban al **Central**, o al **Excelsior**, dos cinemas con una pantalla gigante, también les gustaba el **Biarritz** y **Le Paris**, que estaban muy cerca de la casa. En cambio, no iban al **República**, que estaba más cerca, porque las películas no eran tan buenas.



Cine Tacna

Cine Teatro San Martín



Cine Tauro

Cine Colmena

Preferían las salas de estreno, que para la función de noche eran más seguras, aunque algunas veces se escaparon al **Capitol**, cuando la película valía la pena.

Siempre sabía a qué cine habían ido ellos. Me interesaba estar al día en esos controles que alimentaban mi afición. Cuando ellos iban por primera vez a una sala me tenían que contar cuál era su capacidad, cuántas localidades había, de qué color era el telón, si la pantalla era muy grande...y grababa muy bien en mi memoria todo lo que me decían.

Cuando más tarde fui a esos cines lo pude comprobar porque tenía fresco lo que me habían contado mis padres. Así ocurrió por ejemplo con el **Alhambra** y el **Ambassador**.

Mi interés por las salas de cine era tan grande que papá me regalaba los boletos usados. Llegué a tener una buena colección de entradas y de *tikets* de las localidades. Me servían para jugar al cine con mis hermanos. Les hacía pasar al living con los boletos usados y tras los cristales pavonados de la puerta, les presentaba “mi película”; otras veces reflejaba mis dedos haciendo figuritas en la pared con la intervención de una bombilla, como lo había aprendido en las fiestas infantiles de mis amigos, que hacían todo tipo de figuras, moviendo los dedos entre el foco encendido del proyector y la pantalla.

Otra diversión, relacionada con el cine, era la de juntar fotogramas de diversas películas. Me habían regalado un visor de plástico que agrandaban un poco la figura y sobre todo le daban luz, me daba la impresión que estaba en el mismo cine viendo la película. Con ese aparatito hacía circular a los mejores artistas de *Hollywood*.

Quiero subrayar que no tenía preferencia por ninguna película en particular, ni con ningún tema relacionado con el cine, cosa que sí ocurría con algunos compañeros que, aunque eran muy niños, mencionaban los nombres de las películas y colecciónaban algunas escenas que podrían considerarse prohibidas por la censura, al estilo de *Cinema Paradiso*. Esta costumbre de algunos compañeros la encontré más adelante, en *La Recoleta*, cuando estaba ya en cuarto o quinto de primaria. (15)

De la existencia de las películas y de los artistas fui enterándome a través de mis primos y por la cartelera que salía en el periódico. Me llamaban mucho la atención las películas que estaban dando en los cines de Lima, aunque no vería la mayoría de ellas, ni podría entender los argumentos.

Abrigaba la esperanza de que algún día mi padre me llevaría a ver una película “de verdad” porque los dibujos animados y las de vaqueros de las fiestas infantiles me parecían inferiores.

(15))Volviendo al recuerdo de los fotogramas, las colecciones que tenía en el verano de 1956 era de mis grandes artistas, sobre todo los *cow boys*, *Roy Rogers con su caballo “Tigre”*, *Gene Autry,..., el Llanero solitario*, *John Wayne*, también estaban *Oliver Hardy y Stan Laurel (el gordo y el flaco)*, *Charles Chaplin*, *Jerry Lewis*, y los legendarios *Charlton Heston*, *Kirk Douglas*, *Gregory Peck*, *Anthony Quinn*, *David Niven*, etc.

El año anterior había ido al cine ***Orrantia*** para ver dibujos animados, “*El festival de Tom y Jerry*”. Mi insistencia en que me llevaran a matinée tuvo efecto en ese verano de 1956.

Por fin llegó el día soñado. Mi padre decidió llevarnos a ver una película completa. Entramos al cine ***San Isidro***, que era más pequeño que

el **Orrantia**, yo creía que si se trataba de una película más larga, el cine sería más grande, pero no fue así.

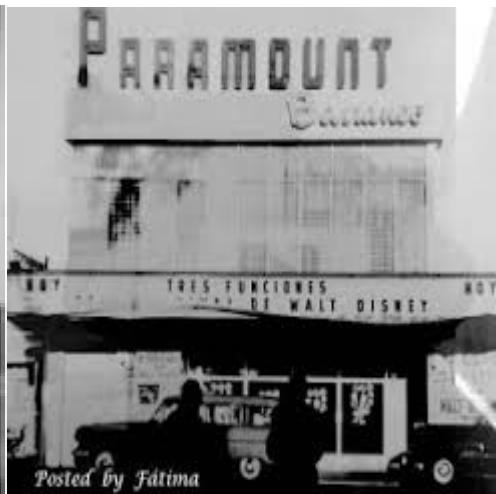
Me llamó la atención que el **San Isidro** tuviera en la platea una localidad que se llamaba *lateral* (*a los costados de la platea y separada por un muro*). Ese día de mi primera matinée vi “*La gallina de los huevos de oro*” una película cómica, pero en una pantalla que me parecía inmensa, comparada con la que tenían en el colegio, que era bastante pequeña, o la de la matinal de los dibujos animados. Desde esa vez me empezó a gustar la forma en que los cines daban inicio a las películas, *que la sala se vaya oscureciendo poco a poco, que las cortinas se abran en el momento que sueltan la imagen...* Más tarde, con los años sabía muy bien cómo eran los procedimientos y particularidades de cada sala de cine. (16)

(16) *En los años sucesivos empecé a ir a los distintos cines hasta que logré conocerlos muy bien. El **Tacna** tenía unas cortinas color oro y unos punto de luz que le daban una tonalidad elegante, el **Lido** tenía un telón rojo con pliegues que se elevaba en vez de correr, el **Central** me gustaba por los enormes paneles laterales parecidos a los del Cine **Barranco**, el **Le Paris** tenía unas lámparas muy simpáticas en la escalera que se deslizaba hacia la platea y en las paredes laterales, el **Metro** me gustaba por la inclinación que tenía la platea y sus numerosos asientos y el **San Martín** me parecía altísimo y enorme, tenía platea alta y una galería a la que llegué a subir sólo para ver cómo se veía la película desde esas alturas, tenía una capacidad tan grande como la del **Diamante** que conocí bien porque allí se hicieron durante muchos años las clausuras de “*La Recoleta*” y más tarde se proyectaron las primeras películas de Cinerama. Al **Roma** lo recuerdo con cariño por el jardincito que tenía debajo del escenario, al **Pacífico** por sus asientos reclinables de la mezzanine y su cortina color oro que se deslizaba haciendo sonar las argollas que la sostenían, el **Colón** y el **City Hall** me parecían una iglesia por sus arcos y relieves, el **Capitol** y el **Exelsior** por sus enormes pantallas panorámicas, el **Roxy** porque tenía una araña en el centro que cambiaba de colores, el **Glory** por el relieve de sus paredes, el **Rivoli** por su sobriedad y por ser el cine tradicional de la generación de mi papá, el **Arequipa** por sus palcos y galerías, como el **Olimpo** de La Victoria, el **Mariátegui** por su olor a cancha y porque era ideal para ir de matinée lo mismo que el enorme **San Felipe**, el **Bijou** era una miniatura al lado de los otros cines, cosa que no me gustó, porque prefería los cines grandes y elegantes. Del **Colmena** me gustaba la pantalla que era un marco muy grande y el sonido de sus equipos pero no me gustaba que se entrara por delante, el **Leuro** me caía muy bien por ser el cine de los chicos y porque vendían en la puerta unos chocolates “*vrovy*” muy ricos, el **Marsano** y el **Canout**, por sus escenarios y sus tramoyas, el **Monumental** por sus mayólicas verdes, el **Porvenir** por su enorme y gigantesca fachada, el **Tauro** por su modernidad y elegancia, el **Country** porque se parecía al **Central** y al **Barranco** pero en pequeño, el **Drive in** porque se comía rico. El **Majestic** porque olía a mar.*

Más tarde con los años, procuraba no perderme los principales estrenos. Hasta ahora recuerdo en qué cine vi las películas que más me impresionaron. (17)



Cine Orrantia (San Isidro)



Cine Paramount (Barranco)

(17) En el **Orrantia**: “El Festival de Tom y Jerry”, en el **San Isidro**: “La gallina de los huevos de oro”, en el **Barranco**: “El Bombero atómico”, en el **Tacna**: “El Tonto del batallón” (Lalo y Lelo), varias de Jerry Lewis como; “El profesor distraído”, “Tú, mi conejo y yo”, “El terror de las Chicas”, “Los pájaros” de Hitchcock, “El pequeño ruiseñor” en el **Central**: “Kukulí”, en el **Lido**: “Los Cañones del Navarone”, “Patton”, “El analfabeto” en el **Diamante**: todas las de Cinerama: “Esto es cinerama”, “Vacaciones con cinerama”, “Las siete maravillas del mundo” en el **Metro**: “Ben Hur”, “Operación cupido”, “La noche de las narices frías” en el **Mariategui**: “Pepito as del volante”, “Hatari”, “Las sandalias del pescador” “El mundo está loco, loco, loco”, en el **Glory**: “Madre india”, en el **Rivoli**: “El legado de una madre”, “Ricardo corazón de León” “Ivanhoe”, en el **Ritz**: “Sisi emperatriz”, “El manto sagrado” en el **Tauro**: “El Cid”, en el **Colón**: “El Rey del Twist”, en el **San Martín**: “Yo pecador”, en el **República**: “La conquista del Oeste”, en el **Cápitol**: “Los diez mandamientos”, “Espartaco” “Un violinista en el tejado”, en el **Exelsior**: “El gran escape”, “La historia más grande jamás contada”, en el **San Felipe**: “Huckleberry find”, en el **Drive in**: “Tarzán”, en el **Paramount** de Barranco (que luego fue el **Premier**): “Anastasia”, en el **Marsano**: “Peter pan”, en el **Arequipa**: “El panadero y el rey”, “Tora, Tora, Tora” “Pearl Harbor” en el **Roma**: “Motín a bordo”, en el **Petit Thouars**: “Scaramuche” en el **Venecia**: “Marcelino pan y vino”, en el **Colmena**: “El día más largo del siglo”, en el **Alfa**: “Quo vadis”, en el **Ambassador**: “La fuga de los caballos blancos” en el **Pacífico**: “El último tren”, en el **Idolo**, “la vuelta al mundo en 80 días”, “el 7 machos” En el **City Hall**: “Paralelo 38”, en el **Country**: “El último bucanero”, en el **San Antonio**: “El niño y el toro”

Estamos en marzo de 1956. Recordaba más arriba que los niños de 7 años preferíamos las películas de *Vaqueros*, que estaban recargadas con balas y

flechas, caballos al galope montados por hábiles jinetes, que podían hacer piruetas y disparar desde posturas increíbles, incluso de pie sobre la silla.

Los enemigos eran los indios que morían a mansalva y los malos, o facinerosos que no respetaban la ley.

Las *cowboyadas*, representaban un extraordinario *show* de las habilidades de nuestros héroes infantiles que eran valientes y simpáticos, llegaban a tiempo para salvar a los buenos de los peligros de los malos y motivaban en la platea los *urras* y los aplausos del público infantil.

Nunca se nos ocurrió situar a esas películas en un contexto histórico o cultural. Nos parecía bien lo que estaban haciendo porque defendían lo bueno y tenían todas las virtudes del *héroe* que pone sus extraordinarias y casi *divinas* cualidades, al servicio de las causas justas.

A nosotros de niños nos parecía, *porque así nos lo hacían ver*, que los *indios* estaban en extinción, que eran un remanente de un pasado atrasado y que ahora la cultura y la modernidad la traían los buenos y simpáticos vaqueros del Oeste. En nuestros pensamientos infantiles no había ni la más mínima malicia, tampoco un rechazo a grupos sociales determinados, aceptábamos las cosas como venían y nada más.

Estando claras las nociones del bueno y del malo la violencia de esas películas era inocua. Nosotros mismos jugábamos con nuestras pistolas y flechas sin llevar dentro ningún tipo de resentimiento social, era una especie de deporte, un juego sano que no despertaba, al menos en la mayoría, sentimientos de agresividad. Se trataba de ser el campeón, la estrella o el ganador. La violencia seria y peligrosa estaba muy lejos de nosotros, era tan lejana que nos podría parecer que no existía.

El día de las elecciones

Llegó el día de las elecciones presidenciales. Mi padre no votaba porque en esos años los magistrados estaban excluidos de la política y por lo tanto del sufragio electoral. Acompañamos a mi mamá para que votara. Le tocaba en el cuarto piso del Ministerio de Fomento y Obras públicas, que quedaba en la av. 28 de Julio. Estaba a varias cuadras de la casa.

Fuimos toda la familia caminando por la av. *Wilson* hasta llegar al Ministerio. Empezamos a subir las escaleras, que a nosotros nos encantaba y que a mi papá le preocupaba porque mi mamá estaba en cinta. Ella no se

quejaba, al contrario, jugaba con nosotros que manifestábamos nuestra satisfacción cada vez que conquistábamos un piso.

El regreso fue también a pie, con una paradita en el parque *Neptuno*, para corretear entre las bancas a través de los jardines. Era un día de sol, el rojo del muro de ladrillo de la penitenciaría contrastaba con los geranios sembrados en el contorno, parecía un castillo encantado, escenario ideal para enriquecer nuestra imaginación y nuestros juegos.

Al llegar a la casa trepamos la escalera con todas las energías de nuestra infancia, tratando de llegar el primero. A mi no me costaba mucho por ser el mayor. En esas habilidades me sentía el campeón y no tuve mayores competencias. Los primos hermanos que nos visitaban (*mayores que yo*) eran hábiles en otros campos. No subían rápido las escaleras pero sabían deslizarse sentados en el pasamanos. Como ellos no entraban en mi competencia yo tampoco entraba en la de ellos y nunca aprendí a bajar las escaleras de esa manera.

La afición a las marcas y modelos de carros

Mis primos tenían otras habilidades, se sabían las canciones de moda que daban en la radio y conocían muy bien las emisoras más famosas, cosa que a mi no me interesaba, al menos en esos años de primaria. En cambio, despertaron mi curiosidad la afición que tenían por los automóviles.

A pesar de tener 7 años aprendí muy bien las marcas y modelos de los carros que había en Lima. En 1956 Lima no llegaba al millón de habitantes y el parque automotor era muy pequeño. En aquellos años tener un auto era un lujo que no estaba al alcance de todos. Muchos no sabían manejar y el carro tampoco estaba en los proyectos, ni en los presupuestos de la mayoría.

Mi padre, con mucho esfuerzo, consiguió comprarse un **Morris** de segunda mano y mi tío Ernesto, (*el papá de mis primos mayores*), se compró un **Hillman**, también de segunda mano. Me gustaba mucho el **Studebaker** que tenía mi tío Augusto, era un carro americano de dos puertas, grande y de aspecto deportivo.

Los mejores carros del mercado eran los americanos, que circulaban en Lima y eran más caros y más lujosos. Los europeos empezaron a entrar en el mercado como carros baratos, para los que no podían comprarse un americano, con las excepciones de las grandes marcas, que casi no se veían en Lima, como los **Mercedes Benz**. Con el paso de los años los europeos

fueron mejorando y pasaron a ser los carros de mejor calidad. En Lima no aparecían todavía los carros japoneses.

Por influjo de mis primos me volví un fanático de los modelos y marcas de automóviles, no me importaban los motores, ni las carreras de la formula 1; este tema nunca lo dominé.

Me interesaban los carros que estaban en la calle, las marcas y los modelos. Me caía bien el médico pediatra que nos visitaba porque tenía un **Dodge** azul marino, muy elegante; también el **Oldsmobile** 1955 de mi tía Delia, pero me gustaba más el **Chevrolet, Bell Air**, 1956, que tenía nuestro vecino *Landazuri*, me encantaba la combinación de los colores negro y rojo en ese modelo.

Aunque era más antiguo me caía muy bien el **Ford Victoria**, de dos puertas, del año 1952, aunque en 1956 ya circulaba en Lima el **Ford Farlaine**, yo prefería el **Mercury**, simplemente porque podía correr a 200 Km por hora y porque tenía un modelo más aerodinámico. Le decía a mis papás que cuando sea grande me iba a comprar un **Mercury**.

Como todo niño entré en competencia de carros con mis hermanos, mis primos y mis compañeros de colegio. Defendíamos a rabiar nuestras marcas. Desde primero de primaria pedía que me regalaran los carritos **Dinky Toys**, y así podía tener mi **Mercury** para hacerlo competir por el borde de las veredas.

Mis primos eran partidarios de los **Dodge** y también de los **Desoto y Plymouth**. Yo solo me defendía con el **Mercury** y mi hermano Augusto defendía el **Ford**.

Yo le decía (*lo había oido en el colegio*), que **Ford** significaba: *Fabricación ordinaria, reparación diaria*. Mi hermano se quejaba y acudía a mi papá para que aclarara las cosas. Mi padre era partidario del **Rambler**, soñaba con comprarse uno. Lo vendían en la misma tienda que los **Morris**, en el primer piso del edificio *Raffo* donde vivían los Bresani, nuestros primos hermanos.

Mi padre había aprendido a manejar cerca de los 40 años. No era partidario de comprar un carro americano por la dificultad de manejarlo.

El **Rambler** le gustaba mucho pero siempre señalaba el modelo compacto: **American**. Como a mí me gustaban los carros grandes le discutía y le quería demostrar que era mucho mejor el **Clasic**, que era el modelo grande, aunque prefería que comprara un **Chevrolet**, porque sería más asequible a papá por ser más barato que los **Mercury, Lincoln o Pontiac**, que eran los carros de mi preferencia.

Los **Chevrolet** y los **Ford** eran los carros americanos más baratos, luego el **Dodge**, se sumó a la lista de los económicos. En los años siguientes las marcas americanas empezaron a sacar otros modelos y algunos crecieron en tamaño, otros fueron más compactos y salieron también los modelos deportivos.

Mi tío Juan, que vivía con nosotros se había comprado un **Buick** de 1950, un enorme carro, muy elegante y fuerte, que era la “envidia” nuestra y la de mis primos. Mi madre nos hablaba de un **Hudson** que tuvieron ellos en la década de los 40, y que le hubiera gustado tener un **Nash** una marca estaba en extinción y había sido remplazado precisamente por el **Rambler**.

El **Hudson** había desaparecido junto con el **Imperial**, al menos, en el mercado de Lima no existían. Mi conocimiento de las marcas y modelos fue aumentando cada día más hasta que se estancó en 1959. (18)

(18) Los **Ford** los vendían en la casa Ferrand de la av. Wilson, los **Chevrolet** en la casa Castellanos, también en la Wilson, cerca de 28 de Julio, Los **Buick**, junto a los **Cadillac** y **Oldmobile** los vendían en la calle Guzmán Blanco, Los **Dodge**, **Desoto** y **Plymouth** los vendían en la Peruvian, que quedaba en La Victoria, Los **Mercury** y **Lincoln** en la av. México, también estaban los **Pontiac**, los **Studebaker**, y los modelos que se fueron multiplicando en 1958 y 1959. Por ejemplo, llamó mucho la atención el **Chevrolet Impala** que aparece en 1959 y los modelos deportivos que empezaron a extenderse por todo Lima, por ejemplo: **Ford Thunderbird**, **Ford Mustang**, **Chevrolet Covair**, **Pontiac Tempest**, **Edsel**.... Los carros europeos entraron con más fuerza con modelos pequeños y compactos: **Fiat**, 500 y 124, **Volkswagen escarabajo** y **karamanguía**, **Taunus**, 12m y 17m, **Morris** y **Austin Mini minor**, **minor** y **Oxford**, y empezaron a difundirse las marcas europeas como: **Opel**, **Cónsul**, **Peugeot**, **Citroen**, **Renault**, **MG**, **Vauxhall**, **Alfa Romeo** y muchas otras. Entonces los Americanos empezaron a sacar sus modelos compactos y reducir el tamaño de sus automóviles tradicionales. Aparecieron entre otros: **El Ford Falcon**, **el Mercury Comet**, **el Chevrolet corvet**, **el Dodge Dart**...etc.

De vuelta al colegio

Me entraron escalofríos cuando oí decir a mi madre: *-faltan 15 días para que empiece el colegio.* Ella también vivía la emoción de nuestros traslados y había llegado el momento de preparar las cosas.

Mi madre llevaba la voz cantante de todo, con sus acostumbrada prisa y papel en mano nos llevó hasta *Ternos Alfa* en el jirón de la Unión para comprarnos nuestros uniformes. Entramos al fondo de la tienda y nos probamos los *ternitos* de color gris, esta vez el saco tenía solapa y los pantalones cortos terminaban encima de la rodilla.



Manuel Tamayo, Francisco Navarro, Luis Pérez Traverso

La corbata azul la vendían en el colegio. Llenos de paquetes retornamos a la casa. Todo el día miraba mi uniforme esperando el primer día de colegio para ponérmelo ya. Mi madre me iba diciendo cuanto tiempo faltaba.

A mi madre no se le pasaba nada, nos tenía embelesados con la novedad del colegio y aprovechaba esas circunstancias para que nos portáramos bien.

Augusto y yo nos sentíamos grandes porque estábamos en el colegio y veíamos a Guillermo y a Teresa como bebes que todavía les faltaba mucho camino por recorrer. Nos jactábamos frente a ellos porque en *kindergarten* y transición nos habían enseñado a leer y algo de números.

Otro día nuestra madre nos volvió a pedir a Augusto y a mí que la acompañáramos porque faltaban hacer otras compras. Recorrimos de prisa todo el jirón de la unión y llegamos hasta la calle Mantas donde estaban las zapaterías. Entramos en una que tenía pintadas las figuras de *Mickey Mouse* y el Pato *Donald* y allí nos compraron nuestros zapatos negros para ir al colegio.



Estoy con mis padres, mi hermano Augusto, mi tía Bertha y mis tíos Augusto y Aída

A la salida le pedimos a mamá para entrar a la casa Montori, que vendía juguetes y estaba frente a la zapatería. Ella, que siempre estaba apurada nos dijo que faltaban hacer otras compras para el colegio y que no había tiempo para ver juguetes, que más bien pensáramos que tendríamos que ponernos a estudiar porque iban a comenzar las clases.

Cruzamos la calle y entramos a *Fleichman* donde compró unos hilos para hacernos las marcas en los uniformes, de allí retornamos por el Jirón Cailloma y entramos en la casa *Noriega* donde nos compraron nuestra ropa de educación física, camiseta roja y short azul, que eran los colores de La Recoleta; en el himno del colegio que luego aprendimos cantábamos: “...en el doncel del Cielo impone siempre su rojo y azul...”

Solo quedaban los libros y los cuadernos. Yo no quería que llevar la misma maleta que tenía en la Inmaculada. A mí me parecía que colegio nuevo era también maleta nueva. Me incomodaba que algún alumno dijera que mi maleta pertenecía a otro colegio.

Mi madre me aseguraba que las maletas valen para todos los colegios. Yo me había fijado que las maletas que llevaban los niños de la Recoleta tenían asa y las que nosotros teníamos eran para llevarlas colgadas en bandolera. Ese año no conseguí que me compraran una maleta nueva con asa.

—“¿No te das cuenta hijito de todos los gastos que tenemos ahora con el cambio de colegio?”

Siempre las palabras de una madre llaman a la reflexión.

En abril había entrado a *La Recoleta* junto con mi hermano Augusto, a él lo pusieron en Transición y estuvo a su cargo la Sra. María, a mí me pusieron en primero de primaria, con otra señorita a nuestro cargo.

Entramos por la puerta principal que estaba en la esquina de Wilson y Uruguay. Me impresionó mucho el cuadro de los premios de excelencia que era lo primero que se veía en el hall de entrada. El Padre Alfredo, que era el director nos había recibido antes con mucho cariño en su despacho, que estaba al salir del *hall* la primera puerta a la izquierda.

Con los miedos normales de los comienzos empezamos nuestras clases. Mi aula estaba en el patio al lado de la av. Wilson, la señorita encargada nos hizo sacar nuestros *memorandum*, era una agenda donde teníamos que anotar nuestras tareas y donde la profesora podía poner algunas observaciones.

Nos habían dicho que el idioma principal sería el francés, a mi madre le hacía ilusión porque era el que le habían enseñado en el Belén. Hay que anotar que en aquellos años no existía una mayor exigencia para los idiomas. Nos enseñaban lo elemental.

Para nosotros era fácil ir al colegio porque solo teníamos que cruzar la calle. Mi mamá nos llevaba todos los días y algunas veces íbamos con la empleada de la familia Yori, *vecinos nuestros*, que tenía el encargo de llevar a Ricardo, que tenía la misma edad que mi hermano Augusto y estaba también en La Recoleta. Yo ya me quería independizar porque creía que ya podía ir solo y no necesitaba que me llevaran, cosa que conseguí en poco tiempo y que me sirvió para poder asistir a mis reuniones de Lobatos y Acólitos.

Me resultó fácil conocer, en poco tiempo, todo el colegio. Me llamó mucho la atención el museo con animales disecados. Era una habitación grande y antigua del segundo piso, estaba llena de escaparates y de pequeñas vitrinas. Para entrar había que pedir la llave, siempre estaba cerrada y había un olor que era una mezcla de formol con la falta de ventilación, no había mucho orden y se notaba bastante descuido. A los niños nos daba un poco de miedo quedarnos encerrados allí.

Un miedo agradable era pasar corriendo por el túnel que cruzaba la avenida Uruguay, se convirtió en un juego divertido para mi y para todos mis compañeros de clase.

Nos llevaban a la parroquia para asistir a las Misas que se celebraban en la Iglesia de la Plaza Francia y también cuando nos pasaban filminas o películas, en la sala de proyección estaba debajo del convento de los sacerdotes. Era una sala antigua de techo alto que tenía en medio una columna. Los vidrios de los grandes ventanales estaban cubiertos con un cartón pintado. El color de la sala era crema, en la pared estaba colgada una pequeña pantalla de cine y en el otro extremo, una mesa alta con el proyector de 16 mm.

En el segundo piso del colegio, encima de las oficinas del Padre Ministro y del Padre Ecónomo estaba la Capilla, daba para la av. Wilson, tendría una capacidad para 50 personas. Una vez a la semana nos llevaban para oír Misa y en ocasiones teníamos allí los ensayos litúrgicos y las confesiones.

En 1956 nos prepararon para nuestra primera confesión. Para nosotros era un acontecimiento que indicaba cierto nivel de hombría, había que vencer ciertos temores y no tener vergüenza para decir los pecados. Era como lanzarse por primera vez a la piscina. La segunda vez ya no costaba tanto.

El P. Armel Becket, pequeño de estatura, era muy hábil con los niños y se encargaba de la formación espiritual de primaria. Se ocupaba también de los Lobatos y de organizar la preparación de las primeras comuniones y de las confirmaciones. Por esos motivos en 1956 me tocó tenerlo muy cerca. Por mis notas y porque le pareció oportuno me invitó a ser Lobato y acólito.

Para mi todo era nuevo. Me había enterado que los acólitos tenían acceso a unas revistas de *Vidas ejemplares*, y a los desayunos que daba el colegio después de las Misas y que en los Lobatos el P. Armel contaba unos cuentos fabulosos. Eran motivaciones atractivas para mi en esos años de infancia.

La primera Comunión y la Confirmación formaban parte de la programación que estaba establecida en el colegio, allí todos seguíamos lo que estaba estipulado, en cambio para ser Lobato y Acólito había que inscribirse y hacer méritos, cosa que lo hacía más interesante, al margen de los privilegios que se podían recibir.

En la casa nuestros padres nos ayudaron en todo para que nos adaptáramos bien al nuevo colegio. Mi padre me preguntaba con frecuencia si estaba contento. El quería darnos lo que realmente nos gustaba y nos decía que nos daría lo que le pidíramos —*siempre que se pueda*.

Mi madre admiraba y valoraba mucho los deseos de mi padre, pero nos educaba para que seamos responsables y no pidiéramos sin considerar la situación en la que nos encontrábamos. Mi padre solo tenía el sueldo de Juez de Menores, que era muy poco y tenía cuatro hijos y uno en camino.

Mi madre, estaba muy contenta porque iba a hacer mi primera comunión; me compró rápidamente un *misalito*, que habían pedido en el colegio, donde estaban las oraciones de la Misa en castellano y latín y un apéndice con algunos cánticos. Ella conservaba un librito suyo de cánticos religiosos y me entrenaba con él. Aprendí a cantar mis primeras canciones religiosas: *"Tu reinarás.... Oh Buen Jesús... Venid y vamos todos con flores a María..."*

Ella me había enseñado antes a santiguarne y las oraciones principales, *el Padrenuestro y el Avemaría*. Me hacía ver que pronto iba a recibir a Jesús.

Yo quería saber qué se sentía y a qué sabía la hostia. Ella, con paciencia me explicaba todo:

—“Jesús está en la hostia, se le recibe con recogimiento, abres bien la boca, sacas la lengua y el sacerdote coloca allí la hostia que es el Cuerpo de Jesús, luego cierras tu boca, no se te ocurra mascar, la dejas allí y solita se deshace. Así Jesús pasa al fondo de tu alma. ¡Te tienes que portar bien porque vas a recibir a Jesús!”



Día de la primera comunión

Mi madre

Me enseñó unas estampas antiguas de primera comunión que conservaba en su librito. Un día la acompañé a la casa *San Martí*, frente al Banco de

Reserva, allí vendían las imágenes clásicas de arte Sagrado, los nacimientos para la Navidad, el árbol y las luces de colores.

Escogimos unos modelos de estampa y los llevamos a *Colville*, para imprimir el nombre y la fecha de la Primera Comunión.

Por estas circunstancias especiales de llegar al colegio como alumno nuevo y empezar mi preparación para recibir tres sacramentos (*Confesión, Comunión y Confirmación*), noté que en *La Recoleta* me estaban enseñando con más profundidad los fundamentos de la Religión.

El P. Armel era un sacerdote muy piadoso y se esmeraba en la preparación religiosa de los niños. Con las filminas nos enseñaba el catecismo y la vida de los santos.

En ese año, con ocasión de la primera comunión, consiguió que tuviéramos devoción por *San Tarcisio*, el niño que fue mártir por defender La Eucaristía.

Como la preparación para la Confirmación era paralela, nos hablaba de ser soldados de Cristo y quería para nosotros un liderazgo cristiano inspirado en los *Corazones Valientes*, organización de los *Misioneros Seglares de los Sagrados Corazones*, que tenía su origen en Francia.

También nos hacía sentirnos útiles a la Iglesia colaborando con la colecta de las Misiones. A cada uno nos entregaba una alcancía para que la llenáramos.

Como niños, competíamos en quién la llenaba primero, le pedíamos a nuestros papás y a las visitas que iban a la casa, que colaboraran con nosotros. Lo más importante era tener llena la alcancía para ganar la competencia.

El Padre Armel, que intentaba formar nuestras conciencias, nos hablaba de la indigencia de los niños pobres de las misiones y nos motivaba para que seamos generosos con nuestras propinas.

Consiguió también que tuviéramos una gran afición por la revista católica *Avanzada*, que estaba dirigida fundamentalmente a los niños; allí aparecían las aventuras de *Coco, Vicuñín y Tacachito*, que eran historietas que reflejaban la ejemplaridad de una vida coherente en virtudes; además en aquella revista aparecían concursos y retos para vivir bien la vida cristiana.

Había una hoja donde se marcaba el tiempo dedicado a la oración, a los sacrificios o a las buenas acciones que se habían hecho en el día.

El P. Armel dedicaba lo mejor de su tiempo y sus energías a los acólitos. Quería que las ceremonias litúrgicas salieran muy bien, con la dignidad y el decoro que deberían tener.

Nos decía que a Dios había que darle lo mejor y que contaba con nuestro esfuerzo y nuestra capacidad. Para ser acólito había que tener buenas notas. Si alguno tenía una jalada era separado de inmediato y no podía volver hasta que estuviera invicto.

El mismo padre se encargaba de enseñarnos a ayudar Misa y a contestar todas las oraciones en latín y de memoria. Nos sacaba de alguna clase y nos llevaba al local de los acólitos que estaba en el segundo piso, al lado de la escalera que daba al túnel. Allí nos instruía hasta que aprendiéramos bien. Si hacían falta más ensayos nos hacía ir los sábados por la tarde y también los domingos. Íbamos con gusto porque aprendimos que esa dedicación de tiempo a Dios, valía la pena.



Estoy con otros acólitos mayores del colegio SSCC Recoleta

Dameson, Tamayo, Hugget, Larrea

Ganamos el concurso nacional de acólitos del Perú

Yo me sentía útil a mi colegio y a la Iglesia, el padre valoraba mi disposición y para mí era muy importante su consideración.

Ayudando a Misa pude pasar también la especialidad de *Acólito* que tenía en los Lobatos.

La Señora *Valdizán*, que era la mamá de un chico de *La Recoleta* mayor que yo le vendió a mi mamá el uniforme de Lobato de su hijo que ya le quedaba pequeño. Me alegró ponérmelo por primera vez, me sentía más importante.

Desde el primer momento me lo tomé muy en serio, quería hacer la promesa cuanto antes y pasar todas las pruebas y especialidades. (19)

Mi madre estaba contenta con mi ingreso a los Lobatos, vivía mis ilusiones y preparaba lo que pudiera necesitar para cumplir con mis compromisos. Gracias a ella pude cumplir con todo.

Asistía a todas las sesiones sin faltar, en el local Scout. *Estaba entrando al colegio a la izquierda, después del despacho del Padre Director, había una puerta con una escalera que daba a un sótano.*



En el local Scout, cada patrulla tenía sus armarios y cajones y los Lobatos nos sentábamos en unas bancas para tener nuestras reuniones y escuchar los cuentos del P. Armel.

Eran sobre el Lobo y San Francisco de Asís, o las aventuras de un niño explorador, que imitando San Francisco, era amigo de la naturaleza y de los animales.



Manada de Lobatos, Año 1959



(19) El uniforme era una chompa verde oscura y un pantalón corto de color azul marino, las medias eran negras y llevaban unos flecos amarillos. Encima de la chompa iba una pañoleta verde con borde rojo. En el brazo derecho de la Chompa decía (a la altura del hombro): Lima n. 1 y debajo irían las especialidades que se pasaran, en el otro brazo iba el color de la seisena. Cuando se hacía la promesa se ponía en el gorro la imagen de un Lobo. En la gorra verde, con bordes amarillos iba en el centro la imagen del Lobo y a los lados dos estrellas que se colocaban al pasar las pruebas correspondientes.

El Lobato era un niño que debía obedecer a la Ley de la manada y hacer una buena acción cada día. En las sesiones nos preguntaban si habíamos hecho nuestra buena acción diaria. Yo decía que ayudaba a mi mamá en las tareas

de la casa o iba a comprar el pan, cosa que era verdad y me alegraba doblemente, por mi mamá y por cumplir con la buena acción.

Como buen sacerdote el padre Armel nos enseñaba a rezar. Las sesiones las empezábamos y terminábamos haciendo una oración:

“Dulce y Buen Señor mío, enséñame a ser humilde y generoso, a imitar tu ejemplo, a obedecer a mis padres, y a seguir el camino que ha de llevarme al Cielo junto a Ti. Amén”.

Preparación para la primera comunión

Para prepararnos bien nos llevaron, *a toda la clase*, a un retiro en la casa parroquial de Chaclacayo, (20).

En el Ómnibus del Colegio, conducido por el venerable Demetrio fuimos con el P. Armel cantando durante todo el viaje hasta Chaclacayo. Entramos a la casa parroquial en fila por el portón del garaje y nos dirigimos de inmediato a un aula donde el padre nos dio unas indicaciones.

Mi preocupación ese día era el almuerzo. Era la primera vez en mi vida que almorzaría fuera de mi casa y no sabía cómo iba a ser. No me preocupaba la comida sino los procedimientos. Temía no saber hacerlo bien sin tener a mamá cerca. Tan grande debió ser mi preocupación que no presté atención a las indicaciones que estaba dando el padre del programa que tendríamos que cumplir. Ese primer día estaba totalmente distraído. Antes de entrar a la Iglesia el padre entregó a cada niño una libretita en blanco (21).

Pasamos a la Iglesia donde nos dieron unas charlas del catecismo y ensayamos la ceremonia de la primera comunión. Después, en rigurosa fila nos dirigimos hacia el comedor para el almuerzo.

(20) Era de la comunidad de los Sagrados Corazones. La Arquidiócesis de Lima le había encargado la parroquia a los padres de Congregación. Junto a la parroquia los padres construyeron un convento y una casa parroquial.

(21) La libretita era para escribir los sacrificios que podíamos hacer. Como no presté atención a las indicaciones, devolví la libreta en blanco al final del día, sin haber anotado ningún sacrificio. El Padre no me dijo nada y así se quedó la libreta para siempre.

Recuerdo que el olor a comida era intenso pero mi preocupación seguía siendo la misma, hubiera preferido no almorzar y pasar hambre que la vergüenza de no saber qué hacer en el comedor.

Antes de entrar se pasaba por un corredor entre el muro de la calle y la iglesia, estaba tan distraído que me di de bruces contra un poste causando el alboroto de mis compañeros que se reían despiadadamente de mi y yo me sentía en la *hoguera de la inquisición*.

Entré al comedor abatido con el dolor del porrazo y la angustia de no saber qué pasaría. Una vez dentro vi que todo era igual que en la casa. Nos sentaron en unas mesas y unas señoritas se encargaron de hacernos comer. Se me pasaron todos los temores.

Salimos pronto y pude comprarme con mi propina un helado en el carretillero de *D'Onofrio* que estaba en el portón, me refresqué con un delicioso *Buen humor* de Chocolate para terminar mi primer día de retiro. Regresamos a Lima y al día siguiente volvimos. Todo fue normal. Había ganado en experiencia y me sentía muy contento y preparado para recibir la Primera Comunión.

Prado, Presidente

Había pasado rápido el primer semestre del año. Las elecciones presidenciales las ganó Manuel Prado y Ugarteche. Los apristas, que habían decidido apoyar a Hernando de Lavalle, dieron un giro hacia el partido Democrático Peruano y le dieron el triunfo a Prado que haría su segundo gobierno.

Con su estilo característico Prado solía saludar y sonreír a la gente aunque recibiera *pifias*, era muy elegante y señorial en sus modos. Vivía a unas cuadras de nuestra casa en la calle *Amargura*, del jirón Camaná y frente a la casa de la familia de su esposa, Clorinda Málaga. Era un caserón tipo colonial que ocupaba casi toda la cuadra, estaba al lado de la librería **Studium** donde comprábamos algunos libros del colegio. (22)

(22) Eran los de la editorial **Bruño** o **FTD**, (en esos años “Studium” todavía no imprimía libros, era solo librería), los cuadernos los comprábamos en **Minerva**, y los libros de Francés en la Alianza francesa de la av. Wilson.

A Prado le gustaba mucho salir de Palacio y viajar en *Calesa* con escolta. Iba por las calles con todas sus galas llamando la atención por donde pasaba

y sin importarle mucho el tránsito, que era muy escaso en aquellos años. Al regresar a Palacio lo hacía por el jirón de la unión.

En la casa de la av. Uruguay sentíamos las cornetas de los Húsares de Junín y salíamos corriendo para ver pasar al presidente por la calle *Juan Simón* que se veía desde los balcones. Los caballos de paso hacían sonar sus herraduras en el pavimento mientras los jinetes procuraban no desentonar la marcha que tocaban mientras abrían el paso a los corceles que jalaban la calesa descubierta con el Presidente que saludaba a diestra y siniestra, sin perder el tiempo. Sentíamos la emoción de ver al presidente pasar.

Confesión, Comunión, Confirmación y toros

Se acercaba el mes de Octubre y mientras los carteles anuncianaban la próxima corrida de toros de la feria del Señor de los Milagros, en el colegio anuncianaban nuestra primera confesión. Tenía una mezcla de ilusión y de miedo tal vez semejante a la que tendrían los toreros que venían para la feria. La primera comunión y la confirmación la haría antes de las corridas y por lo tanto la primera confesión tenía que ser ya.

Estaba preocupado porque en la libreta de sacrificios no había escrito nada. Pensaba que esa limitación podría impedir mi primera comunión. Grande fue mi sorpresa cuando una mañana cualquiera, sin previo aviso, me dicen que era el día de mi primera confesión.

Esa mañana no tuvimos clases y fuimos directamente a la capilla donde estaba el sacerdote esperando. Seguí en la fila a mis compañeros como quien va al cadalso para la ejecución, nos sentaron en primeras bancas de la capilla y pasaríamos a confesarnos por orden de lista; para mí era un pequeño alivio porque era de los últimos. Al fondo de la capilla, al lado de un reclinatorio se había sentado el confesor, el *P. Ignacio Aldasoro* (23)

(23) *Años más tarde, como suelen hacer los religiosos, cambió el nombre de Ignacio por el de Andrés. Cuando estuve en 5to. de media este sacerdote, ya anciano, fue el Jefe de División de nuestra clase. Mi promoción lleva su nombre.*

Los primeros de la lista pasaban impertérritos por el confesionario; trataba de girar la cabeza para ver con el rabillo del ojo lo que les estaba pasando

mientras se confesaban, veía que decían algo y yo pensaba que no tenía nada que decir, había ensayado algo, pero se me había olvidado, solo se me ocurría decir en ese momento que me había portado mal con mi mamá pero no me acordaba en qué.

Mientras cavilaba sin éxito, la lista seguía avanzando, los que ya se habían confesado conversaban afuera alegremente y yo les envidiaba. Quería estar ya en la situación en la que se encontraban ellos.

Cuando me llegó el turno me levanté de la banca y me dirigí hacia el confesionario. Me parecía que estaba lejísimos. Con un andar desgarbado por la emoción caí de hinojos frente al sacerdote y oí que me decía: *Ave María Purísima*. No contesté nada. Después aprendí que había que contestar: *sin pecado concebida*.

El padre me invitó a decir mis pecados y yo lancé la frase que tenía preparada: *me he portado mal con mi mamá...* con la sensación de haber soltado un pecado muy pesado. *¿Qué más?* me preguntó el sacerdote.

Para mi era bastante y suficiente lo que había dicho, no se me ocurría nada, no habían ensayado otra frase... me quedé mudo. El sacerdote me dio un consejo corto y me absolvió.

Me sentí liberado. Salí pisando fuerte de la Capilla para hacerles ver a mis compañeros que había triunfado en mi primera confesión.

Esa primera experiencia me dio fuerza y ánimo para volver a la siguiente con una mejor preparación y una buena dosis de serenidad. En las siguientes confesiones no tuve ningún problema.

Ya estaba listo para la primera comunión. Me llevaron nuevamente a *Ternos Alfa*, para comprarme mi terno blanco para el día de la ceremonia. Fui con mi papá porque mi mamá iba a cumplir los 9 meses de gestación, luego llamó a *Umeres* para que me hiciera unas fotografías del recuerdo, fuimos a su casa de Breña y estuve posando con mi terno blanco que llevaba un lazo en el brazo izquierdo. Me dieron además para adornar la foto un misal y un rosario blanco.

Llegó el día de la primera comunión, los acólitos mayores ayudaron la Misa y se quedaron a desayunar con nosotros en uno de los sótanos del colegio.



Primera comunión 1056

Mis padres estaban felices en la ceremonia realizada en la Iglesia de la Recoleta, antes del desayuno nos hicieron una foto general en el jardín del convento, luego pasamos por el túnel con nuestros gritos y correrías habituales y más emocionados porque habíamos hecho la primera comunión. Regresamos a casa para el almuerzo y por la tarde había que estar nuevamente en la parroquia para la ceremonia de la Confirmación, con el Obispo de Huacho, que era de los Sagrados Corazones.

Mi padre le había pedido a su amigo Jacinto Gómez para que sea mi padrino de Confirmación. Llegó a la casa a primera hora de la tarde y traía un regalo para mi. Lo abrí de inmediato, era un reloj de cuerda.

Mi padre me ayudó a ponérmelo en la muñeca, era el primer reloj de mi vida. Me parecía que me habían hecho un regalo muy fino y costoso. En aquella época los relojes costaban caros.

Mi padrino me miraba sonriente al verme feliz con el reloj que yo contemplaba sin quitar la vista de él. *—¿Supongo que sabes ver la hora?* me preguntó y yo asentí con la cabeza sin mucha seguridad. Era un reloj distinto al *Cyma* de mi papá, que era el que yo conocía. Este tenía un *secundero* muy largo que me desconcertaba. Pero como *“a caballo regalado no le mires el diente”* yo estaba muy contento con mi reloj.

Ya era la hora de ir a la iglesia para la ceremonia. Bajamos por las escaleras de mármol de la casa y nos dirigimos hacia la plaza Francia. Esperamos en la puerta del convento que nos hagan entrar. Las familias se dirigieron a la Iglesia. Nosotros entramos con nuestros padrinos y ocupamos las primeras bancas. Llegó el obispo y empezó la ceremonia.

Con mis compañeros compartíamos una preocupación: ¿cómo será la mano del Obispo? Dentro del rito de la Confirmación estaba prevista una cachetada que el obispo debía dar a cada uno y que representaba la fortaleza que el soldado de Cristo debía tener para soportar las adversidades. Nunca pudimos ver al obispo hasta el día de nuestra Confirmación.

Cuando entró al altar todas nuestras miradas se dirigían hacia su mano derecha. En ese momento nos parecía a todos que la mano era enorme y que además tenía un anillo que podría hacer más dolorosa la cachetada. Solo esperábamos ese momento. Antes los mayores nos habían gastado algunas bromas diciéndonos que había obispos que pegaban muy fuerte.

Me consolaba lo que me había dicho mamá: *-los Obispos son muy buenos con los niños, no dan cachetadas, hacen cariñito...* Desde luego que no se me ocurría decirle a mis compañeros lo que me había dicho mamá; me parecía que ese comentario era femenino y debía quedar en la intimidad de la familia, a mí me daba seguridad, pero con mis compañeros prefería hablar de la fuerza de los golpes.

Después de la cachetada todo fue felicidad, nos regresamos a la casa. Augusto, Guillermo y Teresa me miraban como si me hubiese transformado. Yo tenía que hacer esfuerzos para portarme bien y no desprestigiarme frente a mis hermanos.

Había recibido una cantidad de estampas de mis compañeros que eran como el testimonio de haber cumplido con algo muy importante, que además me hacía mayor y responsable. Mi madre me lo recordaba: *“...como tú has hecho la primera comunión....”* y añadía alguna buena acción que debía realizar y luego le decía a mis hermanos: *“¡pórtense bien para que puedan hacer su primera comunión!”* y así lograba que comieran toda la comida y que se acostaran temprano.

El 18 de Octubre, cuando salía la procesión del Señor de los Milagros mi madre estaba en la Maternidad de Lima y ese mismo día nació Roberto. Fuimos todos al hospital. Después de estar correteando por los jardines nos dejaron entrar al cuarto de mi mamá, que estaba en el segundo piso. Allí pudimos ver por primera vez a Roberto.

El 28 de Octubre almorzamos temprano para ver pasar la procesión del Señor de los Milagros desde los balcones de la casa. Mi madre se había puesto su hábito morado. Me llamó la atención el detente que tenía prendido en el vestido, solo había visto otro a mi abuelo que lo llevaba en el cuello, como escapulario; no era del Señor de los Milagros sino del Corazón de Jesús, tenía además en su habitación una urna con una imagen de yeso del Corazón de Jesús.

Mi madre me había contado que un presidente quiso entronizar el Corazón de Jesús en la Ciudad de Lima y que Haya de la Torre hizo una campaña en contra con los apristas y consiguieron que no se entronizara.

A la vuelta de los años me enteré que los motivos de fondo eran políticos y no religiosos.

Las multitudes empezaban a llenar la avenida Uruguay. Era la señal de que el anda del Señor estaría muy cerca. Mi abuelo y mi mamá estaban pendientes para hacernos rezar frente al anda. Mi papá salía al balcón y muy respetuoso de persignaba mientras mi mamá se ponía de rodillas y hacía la señal de la Cruz en los rostros de los más pequeños: Guillermo y Teresa.

Al bebe, (*Roberto*), que estaba en la cuna, lo ponían cercano al balcón para que estuviera presente de alguna manera. En ese día de fiesta y oración el premio para el festejo era el turrón de Doña Pepa que no podía faltar en la mesa.

La Recoleta había cumplido un año más de existencia y lo celebró con el almuerzo de exalumnos y una divertida *kermés*.

Después las clases siguieron con normalidad. Se acercaba el fin de año. En esas circunstancias el Banco Comercial del Perú hizo una incursión en el colegio para fomentar el ahorro de los niños. Me abrieron mi primera libreta de ahorros con una cantidad mínima que puso mamá. Luego me olvidé de la libreta para toda la vida.

Mi atención se centraba en las actividades que organizaba La Recoleta. Siempre me gustó mucho el colegio. No me hacía tanta ilusión que vinieran las vacaciones. En el colegio me divertía bastante y más en las reuniones con los Lobatos y con Los acólitos.

Al Padre Armel le tenía bastante admiración al ver el esfuerzo y dedicación que ponía en nosotros. Nos había preparado muy bien para la primera comunión y se esmeraba para que seamos buenas personas. Luchaba por mantener un buen nivel en los Lobatos y en los acólitos. También admiraba

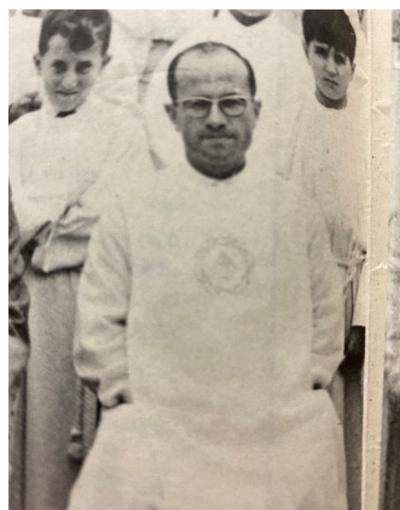
a los otros sacerdotes del Colegio porque los veía siempre activos y piadosos.

Un día que estaba leyendo historietas en el local de los acólitos con otros compañeros se me ocurre decirle a uno de ellos: *cuando sea grande voy a ser como los padres del colegio.* – *¿De verdad?* me respondió como si se hubiera escandalizado.

Su actitud me preocupó y pensé que habría dicho algo fuera de lugar. Traté de minimizar: *¡quizá!, ¡no se!* y me dice al verme dubitativo: *¡vamos a decírselo al Padre!* Le contesté con un rotundo NO que me salió del fondo del alma, y me quedé preocupado. Añadí con tono de amenaza: *¡No se te ocurra decírselo!* Luego pasó lo que tenía que pasar. A ese compañero le faltó tiempo para contárselo al P. Armel.

Al día siguiente, después de las clases, se me acerca el P. Armel y me pide que vaya al local de los acólitos. Al llegar al segundo piso me coge del brazo y caminando por el pasillo me dice: *–Manuel, ¿me han dicho que tú cuando seas grande deseas ser sacerdote?* Sus palabras me golpearon el alma y solo atiné a decir: *¡Mentira padre!* Pensaba que si le decía que sí hablaría con mis padres para que me metieran al convento y esa idea me parecía terrible.

Estaba arrepentido del comentario que le había hecho a ese compañero al que le dejé de hablar una larga temporada porque me indignó su falta de lealtad al haberme acusado.



P. Armel

El P. Armel al ver mi reacción me tranquilizó: “*¡No te preocupes! ¡Yo voy a rezar por ti para que sea lo que Dios quiera!*” y nunca más me volvió a tocar el

tema. Me quedé tranquilo y me prometí a mi mismo no decirle nunca a nadie un comentario semejante. Luego me olvidé del tema para siempre y nunca más salió.

En el colegio estaba feliz. Al igual que mis compañeros de clase, participaba en todos los juegos que se ponían de moda: *las canicas* que jugábamos en el patio del colegio. Tenía mi bolsillo del pantalón lleno de bolitas y entre ellas alguna *lechera* y algún *cholón* que no podía faltar.

Jugábamos a los *ñocos* con todas las técnicas establecidas: *trompis, chalaca de tu tamaño...*

Con el trompo ocurría lo mismo. Me quería conseguir uno con punta de acero para poder ganar en el juego de *Cocina*.

Los pintábamos con los colores más atrevidos y chillones: “*sáli, no pierdo por otro*” y lanzábamos en trompo sobre los que estaban en el suelo con fuerza para que continuara bailando y poder así hacerlo trepar a la mano y tirarlo contra otro.

Aprendimos también *el avión* que consistía en hacer bailar el trompo directamente en la mano sin que tocara el suelo. Cuando sonaba el timbre los trompos y las *huaracas* iban al bolsillo del *overall*, hasta el siguiente recreo.

En La Recoleta las clases empezaban por la mañana a cinco para las ocho y terminaban a un cuarto para las doce. Almorzábamos en nuestras casas.

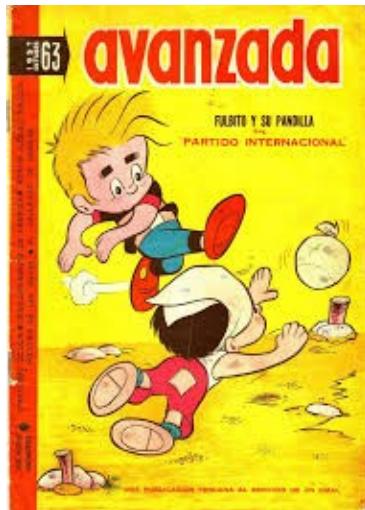
Nosotros lo teníamos fácil porque la casa estaba al frente. A pesar de la cercanía por la mañana llegábamos con las justas y corriendo, en cambio por la tarde el tiempo era más holgado.

Mi padre también venía de su trabajo para almorzar con nosotros. Todos coincidíamos a la hora del almuerzo. Antes de salir para el colegio por la tarde mi papá nos daba un sol de propina. Las clases vespertinas empezaban a las dos y veinte y terminaban a cinco para las cinco.

En la puerta del Colegio había un carretillero de *D'Onofrio* cargado de golosinas, también estaba la máquina que fabricaba el algodón dulce y el turronero que vendía alfajores y manzanas acarameladas.

No faltaba el vendedor de trucos que además hacía una demostración que jalaba una numerosa concurrencia. Antes de entrar había que pensar si gastar allí la propina o no y como *en la variedad está el gusto*, escogía cada vez algo distinto. (24)

La propina siempre la gastábamos en comer alguna golosina. Por muchos años pensé que esa era la finalidad. Nunca se me ocurrió comprar con mi propina un *Chiste (Revista de historietas)*. Mi padre nos daba aparte para que nos compráramos los chistes en un kiosco que también estaba frente al colegio, en la av. Uruguay. (25)



(24) La bolsita de “municiones” costaba S/. 0.50, el Sublime: S/. 0.50, el chocolate “Princesa”: S/. 0.25, los chocolates Olímpico o Alí Baba: S/. 0.60, la bolsita de perdigones de Chocolate: S/. 0.80, las lentejas de Chocolate: S/. 1.00, los toffes S/. 0.10 c/u, los caramelos: S/. 0.05, las pastillas violetas: S/. 0.50, las Frunas: S/. 0.50, el helado cono de imperial: S/. 0.25, el helado Chupete BB: S/. 0.50, el Eskimo o el Buen Humor: S/. 1.00, el dulce de algodón: S/. 0.20, los turrones o alfajores: S/. 0.50, las manzanas acarameladas: S/. 0.50. Dentro del Colegio había un kiosco que era también una alternativa para gastar la propina, allí un pan con palta costaba: S/. 0.50 igual que el pan con huacho o con relleno, en cambio el pan con jamón y la butifarra costaban: S/. 1.00. En vaso de Crush del dispensador costaba S/. 0.50, en cambio la gaseosa en botella, Pepsi, Bidú, Spur Cola, Pasteurina, Kola Inglesa, Coca Cola, Crush, costaban: S/. 0.80. También se podía comprar Chicles Mazuca que venías con banderitas para colecciónar, o los sobreritos con caramelos y figuritas para pegarlas en un álbum, costaban: S/. 0.20.

(25) **Mis chistes preferidos eran:** “El Pato Donald”, “La Pequeña Lulú”, “Roy Rogers”, “Superman”. **Augusto prefería:** “Miky Mouse”, “Tom y Jerry” “Gene Autry” “Batman” “El llanero Solitario”. **Guillermo y Teresa aún no sabían leer en 1956.**

En 1956 aprendí a conversar por teléfono con mis amigos del colegio. Como el teléfono de la casa estaba en la pared del pasillo y a una altura a la que no podía llegar utilizaba una silla para pararme en ella.

Las sillas más cercanas del teléfono eran las de la sala pero a mamá no le gustaba que me trepara en ellas porque eran finas. Debería ir hasta el cuarto para traer una de madera. La sacaba del cuarto de mi abuelo



Mi abuelo, Moisés Pinto Bazurco

Mi abuelo estaba todo el día en la casa con una bata. Se sentaba en un extremo de la mesa en las comidas y por la noche veía la televisión.

Conversaba con mis tíos Ricardo que venía todos los días al almuerzo y Juan que entraba y salía de la casa. Ricardo era Agente Fiscal y Juan empleado de la corte. Tenía un carro Buick Special que a mi me parecía gigantesco y un amigo de apellido Somocurcio que tenía un carro de lujo.

Mis amigos del colegio

Venían a la casa para jugar. Mi mamá preparaba gelatina y unos *petit panes* con mantequilla o mermelada que había comprado en Solari. Otras veces iba al cine con mis amigos.

Un día recibí una tarjeta de invitación para un cumpleaños. Era la primera tarjeta que recibía de La Recoleta. Era el cumpleaños de Luís Plaza Roca, me invitaba a su casa en la calle *Almirante Güise 940, Jesús María*.

Al ver la tarjeta me llené de entusiasmo y mamá me dijo antes de que me haga más ilusiones: “*Tu terno del año pasado ya no te queda*” tenía razón mi terno beige (*casi blanco*) había pasado para Augusto y yo no tenía terno para ir al cumpleaños.

En esa época a las fiestas y cumpleaños siempre se iba con terno. Protesté airadamente. Me parecía frustrante la posibilidad de no asistir. En esos casos sabía que tenía que acudir a mi papá para que solucionara el impasse. Así fue.

Mientras mi mamá me llevaba rápidamente por la calle para comprarme el terno me iba recordando todos los gastos que habían hecho ese año con motivo de la primera comunión y por el nacimiento de Roberto y siempre terminaba diciéndome: “*que bueno que es papacito que quiere lo mejor para ti*” Yo me sentía feliz de tener un papá tan bueno.

Esta vez no fuimos a ternos *Alfa*, fue una sastrería de la plazoleta san Agustín en el jirón Camaná. Me compraron un terno azul de pantalón corto y saco sin solapa. La camisa de cuello almidonado quedaba muy elegante. Salí de la sastrería con mi terno puesto porque ese día mi tía Delia nos había invitado a su casa de la calle *Dos de mayo en San Isidro*, para celebrar un cumpleaños.

Fui con mi flamante terno nuevo y Augusto se puso el que había heredado de mi, a Guillermo le pusieron un saquito blanco que era de un terno más antiguo y Teresa fue con su vestidito. Al llegar la tía Delia nos alabó por nuestra elegancia y mamá nos daba indicaciones para que no correteáramos mucho porque podríamos malograr nuestra ropa. (26)

(26) En aquella celebración había mucha gente: *Natalio Banchero, Rodolfo, Pepe Aramburu, La Ñaña, Bertha, La Gordita, Mis tíos Augusto y Aída, Hernán y Bertha, mi tía Delia, mi tía abuelas: Delia (mi madrina), Victoria, Blanca. Mis primas hermanas: Aída, Cecilia y Lilian.*

La semana siguiente fue el cumpleaños de Luís Plaza. Antes de que me llevara mi papá en el *Morris* salimos con mi mamá al *Chino* de la mitad de la cuadra y compramos una escopeta que disparaba un corcho que estaba cogido con una pita. La envolvimos en papel de regalo y me llevaron al cumpleaños.

Mi papá me dejó en la casa y me dijo que me estaría recogiendo hacia las 7.00 pm, eran las 4.00 pm. La casa era bastante grande tenía dos pisos y un inmenso jardín con unas luces verdes que lo hacían más elegante. Habían invitado a un buen número de niños de mi clase.

Casi todos fueron con sus nanas y yo me sentía un poco huérfano. Ellos en cambio querían deshacerse de tantos cuidados y protecciones. Propusimos jugar *ladrones y celadores* con la mala intención de escaparnos de la vigilancia de las nanas.

Nos metimos por todos los rincones de la casa, incluso por lugares que no estaban permitidos. La nana del anfitrión ponía en grito en el cielo. Yo estaba con mi eterno nuevo y me habían puesto unas medias blancas relucientes. Dentro de las estrategias del juego mi escondite estaba en el jardín, detrás de unas plantaciones de plátano, sin darme cuenta que ese lugar estaba fangoso y sucio.

A los diez minutos del juego mis medias estaban negras y mis rodillas totalmente sucias, igual que mis manos y parte de la cara. Cuando llegó la hora cantar el *happy Britday* las nanas me miraban con espanto y decidieron llevarme al baño para lavarme.

Menos mal que hicieron lo mismo con otros compañeros que estaban tan impresionables como yo. Buen tiempo pasamos en las limpiezas antes de probar la torta.

A las 7.00 pm llegó mi papá para recogerme y al verme cómo salía se llevó las manos a la cabeza: *¡Pero hijo!, ¿dónde te has metido?, no le va a gustar nada a tu mamá.* Y así fue, al llegar a casa mamá me reprendió: *“¡Qué barbaridad, este chico!....”*

El bautizo de mi hermano Roberto

Mis primos vinieron para el Bautizo de Roberto en la Iglesia de La Recoleta. Fue casi de noche. Entramos con nuestros ternos al *Baptisterio*. Tito y Pepe vestían igual, con un terno blanco de pantalón corto.

Ellos eran bastante más grandes que nosotros en estatura. El Padre nos dio a cada uno una vela y nos entró un ataque de risa en plena ceremonia. Al terminar lo fuimos a celebrar a la casa. Al poco tiempo llegó la Navidad con nuestros regalos y al año siguiente nos fuimos a vivir a Barranco.

Una nueva casa en Barranco

En la puerta de la av. Uruguay tomamos un taxi “*Desoto*” color oscuro, muy espacioso por dentro y con una lamparita roja (el cartel de taxi) encendida sobre el tablero. Augusto y yo nos sentamos delante y atrás estaban nuestros papás con Guillermo y Teresa, que eran todavía muy pequeños y Roberto un bebe recién nacido.

El taxi nos llevó –yo me fijaba bien- por República de Panamá y entró por el Ovalo Balta a Nicolás de Piérola donde estaba nuestra nueva casa que se había alquilado. Era algo provisional porque nuestro papá había comprado ya un terreno en la urbanización “*El Sausalito*” en la frontera sur de Barranco colindante con Chorrillos. La casa en la que íbamos a vivir ahora era un segundo piso que estaba en la esquina de Nicolás de Piérola con la avenida Grau. La entrada era por Grau 994.



Llegamos de noche prácticamente a dormir. Entramos casi directamente a nuestras habitaciones, debería ser como las 9.00 pm y a mi me parecía medianoche.

A la casa se entraba por una puerta estrecha que abierta daba con una empinada escalera de madera. El timbre de la calle estaba demasiado alto para nosotros. Me divertía mucho saltar para poder tocarlo y el cordón que había en el pasamanos para abrir la puerta desde arriba (no existían los mecanismos eléctricos que hay ahora).

Al llegar al segundo piso nos encontrábamos con un amplio *hall* de bastante luz. A la izquierda había una puerta de vidrio transparente de dos hojas, era el comedor, también bastante iluminado por las tres ventanas que daban para la avenida Grau.

Desde ellas observábamos los álamos cuyas hojas estaban al alcance de la mano y los tranvías que pasaban por la mitad de la avenida., al frente había una gran mansión rodeada de jardines y con un gran palomar.

Recibíamos muchas menos visitas que en Uruguay. Un día por la tarde nos visitó nuestro tío abuelo Alejandro pinto-Bazurco. Creo que fue la única vez que lo vi. Lo recuerdo cómodamente sentado en uno de los confortables con un enorme pantalón sujetado con tirantes. Su aspecto de mayor llamaba la atención, venía desde La Perla donde estaba su casa. Al poco tiempo murió.

Otro día nos visitó nuestro tío Augusto Tamayo. Recuerdo que llegó tan tarde que nos encontró en la cama. Pasó a saludarnos antes de que nos quedáramos dormidos. Viviendo en Barranco tenía la sensación de estar en una casa de campo fuera de Lima.

Era verano y andábamos bastantes ligeros de ropa, con un short y polos de colores.

Al poco tiempo empezaba el carnaval. Nos compraron nuestras pistolas de agua y por primera vez un chisquete de eter (mi mamá le tenía miedo). No faltaban los plumeros y las serpentinas. Allí, en la nueva casa jugamos el carnaval mejor que en Uruguay, desde las ventanas mojábamos a la gente que pasaba por abajo y muy pronto nos hicimos amigos de nuestros vecinos de abajo.

Abajo había una bodega grande que también vendía helados, golosinas y gaseosas. Era una familia de chinos. Los chicos eran de nuestra edad. Vicente (Chicho) el primogénito, era mayor que nosotros, luego venía Eduardo, y Pirula (una chiquita pequeña). Con los hombres hicimos migas para compartir nuestros juegos.

Ellos nos hacían pasar a la trastienda donde vivían. Tenían allí un columpio colgado de una viga y muchos chistes para leer.

Nosotros los hacíamos pasar a nuestra casa y construimos con ellos un club que colocamos en un techo falso que había en el descansillo de la escalera de servicio. Era como el Club de Tobi porque no permitíamos la entrada de mujeres. Chicho y Eduardo nos prestaban sus bicicletas que nos parecían enormes y nosotros les prestábamos nuestros patines.

En Barranco los mayores aprendimos a montar bicicleta por la vereda de la avenida Grau. En poco tiempo nos dábamos la vuelta a la manzana, unos en bicicleta y otros en patines.

Por Nicolás de Piérola nos íbamos hacia el colegio San Luis, una cuadra antes volteábamos a la derecha, allí estaba la panadería y en frente la carnicería. Me encantaba ir a comprar el pan (siempre me gustaron las panaderías) en cambio la carnicería no me hacía mucha gracia. No me gustaba coger la carne cruda con la mano, aunque admiraba a mi mamá que

manejaba muy bien el cuchillo para sacar los pellejos de la carne y luego la golpeaba con una piedra y la dejaba lista para la sartén.

En la casa del vecino había un hombre enyesado que era el terror de nuestra hermana Teresa. A nosotros nos llamaba mucho la atención el aspecto que tenía, (quizá fue la primera vez en ver a alguien en esas circunstancias) y que nuestra hermana se asustara era para nosotros motivo de intriga y la oportunidad para echar más *leña al fuego* y asustar a Teresa, que no quería ni mirarlo.

De la ventana de nuestra habitación, que daba sobre Nicolás de Piérola, se alcanzaba a ver el cine *Paramount*, que luego se convirtió en el *Premier* de Barranco, al lado y frente a nuestra casa estaba una tiendita de jugos que hacía unas papas rellenas deliciosas (luego tuvo fama en todo Lima).

Me daba mucha pena ver desde la ventana de mi cuarto a unos niños (deberían ser del barrio) jugando fútbol descalzo en la pista (*hay que pensar que no había tráfico. Por Nicolás de Piérola pasaban muy pocos carros*). Pensaba como sería jugar descalzo y veía en aquellas personas algo de virtud.

De estas contemplaciones y reflexiones nunca dije nada, tampoco cuando descubrí que mi mamá iba a Misa todos los días a primera hora de la mañana y luego llegaba a la casa para atendernos a nosotros. Iba a un convento de monjas de clausura que estaba a dos cuadras de la casa.

Marcelino, el ahijado de mi papá, también nos visitaba. Tal vez en las casas de Barranco se encontraba con más libertad para vernos y compartir con nosotros una tarde. Nos caía bien y nunca nos cuestionamos el motivo de su presencia. Nuestro papá nos dijo que era su ahijado y eso nos bastaba. Cuando pasaron los años ya nos dimos cuenta que era un ahijado pobre que venía a visitar a su padrino. Ya no lo hemos vuelto a ver ni sabemos de su existencia.

Todas las salidas que teníamos con nuestros padres eran como un gran paseo. Por las noches acompañaba a mi papá a guardar el carro, la cochera estaba en la cuadra 10 de la Av. Grau, era grande y bonita, con una puerta metálica y un buen candado. Estaba acostumbrado a ver la cochera de Lima que era de inferior calidad. Al lado de la cochera estaba la peluquería. Siempre iba con mi papá y mis hermanos. El peluquero, como suele suceder en muchas peluquerías, tenía el radio encendido.

Algunas noches, durante el verano, nos llevaban a tomar helados en la misma calle del cine teatro Barranco, en la heladería Venecia (allí probamos por primera vez los helados de máquina. Era la gran novedad). La heladería tenía una terraza fuera con sillas verdes y cremas de metal, un techo de madera con plantas encima y unas mesas redondas del mismo color que las sillas. Al frente estaba el parque confraternidad donde estaban los columpios. Algunas tardes parábamos en el parque.

Nuestros papás se sentaban en una banca mientras nosotros correteábamos y subíamos a los columpios, alguna vez se acercaban para ayudarnos, sobre todo cuando algo nos daba miedo (un tobogán demasiado alto, etc.)

Los años de primaria en el colegio

Andábamos por el patio de cemento y asfalto con nuestros overoles para no ensuciarnos. Los recreos eran un correteo total. Había como 17 sacerdotes que circulaban por el colegio. Desde nuestras aulas veíamos parte del convento, la otra estaba al lado de la Iglesia en la plaza Francia

El P. Francisco Le Corno, era un sacerdote anciano que nos llamaba la atención. Lo veíamos siempre con los brazos cruzados y su largo hábito blanco cuidando a los niños en el patio de transición.

Un día nos dieron la noticia, el P. Francisco había fallecido. Nos llevaron al velorio pasando por el túnel hasta la plaza Francia para rezar delante de sus restos mortales. Nunca había visto en mi vida a una persona muerta. No me atrevía, pero un profesor, no recuerdo quién era, nos cargó a uno por uno para que viéramos su rostro. Me impresionó mucho. Hasta ahora recuerdo la cara del padre dentro del ataúd.

En 1956 habían llegado de Francia tres padres jóvenes: *Gregorio Baudouin, Hervé Thomazo y Enrique Olier*.



Padres de SSCC en el Colegio de La Recoleta, Lima, Perú

La clausura del año escolar la hacíamos en el flamante cine Diamante de la avenida Brasil. Recuerdo que el padre Enrique me eligió junto a otros compañeros para cantar y bailar “*Dans le marine*”. Nos vistieron de marineritos y tuvimos que bailar y cantar delante de un público numeroso. Para nosotros era todo novedoso y muy emocionante.

Aprendíamos con gusto, y se nos quedaba en la memoria, las canciones infantiles en francés que nos enseñaba con tanto esmero. Como no recordar hasta hoy: “*En passant par la Lorraine avec mes sabots, rencontrai trois capitaines avec mes sabots dontaine oh, oh, oh, avec mes sabots...*”

La cantábamos a pleno pulmón y con un entusiasmo infantil desbordante.

Lo mismo sucedía con “Pulgarcito” que además estaba de moda por las películas de Joselito que veíamos en los cines: “*Il était un petit navire , Il était un petit navire Qui n'avait ja-ja-jamais navigué ... *Ohé ohé ohé ohé matelot, Matelot navigue sur les flots*”.

El P. Enrique tenía un numeroso repertorio de canciones infantiles que aprendíamos en las clases de canto y luego en los paseos las cantábamos una y otra vez. Algunas las recordamos más como: *“Entre San Juan y San Pedro hicieron un barco nuevo El Barco era de oro, sus remos eran de acero”*.

También nos gustaba cantar, bailar haciendo gestos divertidos con la canción de los tres alpinos: *“... que venían de la guerra”*

En esos años de primaria los estudios se combinaban con las actividades lúdicas. Aprendíamos los cursos en una gruesa enciclopedia que traía: *el niño y la salud, castellano, botánica, geografía, historia y aritmética*. También teníamos un libro de lectura con simpáticas historietas y algunas poesías. Hasta ahora recuerdo retazos de un poema infantil:

“con su hijo muy ufano, cierto día un pavo real, presentose una paloma Madre humilde de un corral. ¡Oh qué bello es tu hijo!, majestuoso el pavo dijo, tus feúchos se avergüenzan de lo bello que es mi hijo”.

Después de las clases cuando tocaba el timbre salíamos al patio que nos parecía gigantesco, era de cemento y asfalto, rodeado de unos árboles que estaban al lado de la vereda. Muchas veces utilizábamos los bordes de la vereda para jugar nuestras carreras de carritos. Frente a la vereda formábamos filas para ingresar a las aulas.

Después de algunas indicaciones nos desplazábamos con riguroso orden, algunos tenían que subir hasta el segundo piso. Las aulas eran altas, con grandes ventanales de vidrios pavonados que dejaban pasar la luz que entraba por los laterales e iluminaban todo, no era necesario encender la luz eléctrica.

El edificio de dos pisos ocupaba toda la cuadra de Wilson y Uruguay. Cada edificio tenía una amplia escalera. A las aulas entrábamos haciendo fila pero luego, cuando sonaba el timbre para el recreo, salíamos en estampida para ganar un lugar preferencial en el patio, los que estaban en el segundo piso bajaban las escaleras como podían, saltando los escalones o deslizándose por el borde que había al lado del pasamanos.

El patio era grande, si uno se colocaba en el pasillo, donde se encontraban las aulas, podía apreciar el reloj del Colegio de Belén que estaba enfrente, a la espalda de nuestro colegio, también veía un gran portón por donde entraban, de vez en cuando los buses y una *combi* Mercedes Benz de color guinda y crema, que era de los misioneros seglares de los Sagrados Corazones. Esos vehículos se guardaban en un garaje contiguo al colegio en la calle Rufino Torrico (hoy se llama Jacinto López).

Mirando el portón a la derecha había una hilera de cuartitos de baño que ocupaban toda la pared del fondo hasta el patio de transición. En ese lado del patio y cerca de una estatua del Sagrado Corazón de Jesús teníamos recreo los de primaria.

A la izquierda del portón estaba el quiosco de Moisés. El quiosco estaba siempre muy surtido y era muy concurrido en los recreos. Los mayores conseguían que se les atendiera primero y los más chicos teníamos que esperar (*así era el colegio: los más grandes hacían respetar su jerarquía*). Moisés tuvo que traer un ayudante, un muchachote alto, más joven que él y que tenía un vistoso y divertido bigote. Nunca supimos su nombre, le llamábamos simplemente *bigote*.

Muy cerca del quiosco había una poza de arena para los saltos y unas barras y paralelas para hacer ejercicios. En la pista de salto fabricábamos los ñocos para jugar canicas.

Más allá, cerca de la esquina del edificio que daba a la avenida Uruguay estaban los almacenes que guardaban las cornetas, los tambores, las banderas y los fusiles que se usaban para el desfile de fiestas patrias. Y en la misma esquina la cocina. Cuando pasábamos por allí nos quedábamos prendados con el olor de la comida que estaban preparando para los padres que vivían en el segundo piso. De vez en cuando veíamos al Padre Sebastián que era el encargado de la cocina.

Desde las aulas podíamos observar cómo se paseaban los sacerdotes por el pasillo de su comunidad rezando, *en estricto latín*, el oficio divino. Si nos acercábamos más podíamos percibir el movimiento de sus labios.

La energía infantil

Nosotros en el patio corríamos todo lo que podíamos sin cansarnos y con toda la energía que tienen los niños pequeños, *hacíamos cadenas, jugábamos a ladrones y celadores, también algún partido de fulbito o quinela en los tableros de basket.*

Nuestra actividad lúdica era incansable. Cuando alguien nos invitaba a su casa jugábamos sin parar. Nuestros papás nos habían comprado los juegos que estaban de moda en aquellas épocas. No existían los electrónicos de hoy.

En nuestros cumpleaños nos regalaban unas buenas pistolas con sus cartucheras, algunas eran de fulminante, otras disparaban corchos o ventosas que se pegaban en el blanco para hacer puntería. Poco a poco, *a base de regalos*, completábamos el equipo para jugar *vaqueros contra indios*.

Nos vestíamos de *cowboys* con sombrero, espuelas, la estrella de *Sheriff*, o de indios con plumas y ataviados con arcos y flechas. Queríamos emular a los vaqueros de las películas del Oeste que veíamos en los cines o en los chistes que nos compraban: *Roy Rogers, Gene Autry, Hopalong Cassidy, el llanero solitario, Red Rider, etc.*

Como olvidar los grandes combates que se organizaban en casa de Coco Pastor en la avenida Brasil. Jugábamos a *vaqueros contra indios* desde las 4.00 pm hasta que venían a recogernos, alrededor de las 7.00 pm y no queríamos salir para seguir jugando.

Llevábamos una buena maleta que pesaba un montón. No era para menos, dentro de ella estaba *la enciclopedia, el libro de lectura, los cuadernos, un block de apuntes y el memorandum* que usábamos a diario para las tareas y avisos. También teníamos nuestra cartuchera llena de *lápices, lapiceros, colores, tarjador, borrador y hasta tinta china y compás para las clases de dibujo*. Dentro de la maleta tenía que entrar el *overall*, que protegía nuestro uniforme de las revolcadas y tropezones que ocurrían siempre durante el recreo.

Los útiles escolares, cuando estaban nuevos, tenían un olor muy agradable, después de un tiempo predominaba el olor a viruta que despedían los lápices tarjados que estaban en la cartuchera o el olor a goma cuando ésta se

derramaba un poco dentro de la maleta. La usábamos para pegar los recortes en los cuadernos o las figuritas que colecciónábamos para llenar los álbumes que comprábamos en el quiosco.

Las carpetas que usábamos tenían un agujero para el tintero y una hendidura para la pluma. Eran antiguas y de principio de siglo, cuando todavía llevaban tarros de tinta y plumas con un buen secante; nosotros no solíamos usar las plumas de *tinta mojada*, existían ya los bolígrafos de marca *automático*, que eran los corrientes o el *paper mate* que era más fino y estaba de moda junto al tradicional Parker, que era el modelo clásico preferido por todos.

En las aulas siempre había un crucifijo y las imágenes con los sagrados corazones de Jesús y de María. Tampoco faltaban las láminas colgadas de los cursos de ciencia y un mapa de Palestina para las clases de religión.

La llegada de la televisión al Perú

Cuando estábamos en tercero de primaria llegó la televisión al Perú. Primero canal 7 con sus programas en vivo que transmitía desde el piso 20 del ministerio de educación. Al principio nos llamó mucho la atención. Estábamos acostumbrados a la radio, a oir música o a escuchar algún programa cómico como el del Zorro Iglesias o el de la Chola Purificación. Para chicos solo había una *radio novela* que escuchábamos de vez en cuando: “Poncho Negro”

Cuando se instaló Canal 7 la gente se amontonaba en las tiendas donde se vendían los primeros televisores para poder ver las primeras imágenes televisadas en el Perú. Se transmitía con una sola cámara a un cantante delante de una cortina que era presentado por un animador. No había más. Después de la novedad ya no nos interesó más ese canal, que agarró una línea cultural y educativa.

Cuando llega Canal 4 nos prendimos al televisor porque pasaban las primeras series que vimos en nuestra vida: *Jim de la selva, los lanceros de bengala, los patrulleros del Oeste, Rin Tin Tin, el niño del circo*.

Después llegó Panamericana con el canal 13 para entregarnos: *Lassie, Maverick, Cheyenne, Furia, Bonanza, entre muchas otras*. Tampoco nos perdíamos los programas de Pablo de Madalenoitia y de Kiko Ledgard. Era una televisión sana y llena de valores positivos. No existía la televisión basura.

Más tarde apareció en Canal 9 con radio El Sol que tenía su local a pocas cuadras de la Recoleta y canal 2 con Radio Victoria en un edificio de la última cuadra de la av. Tacna. Rara vez veíamos esos canales que tenían una programación reducida que no nos llamaba la atención.

La televisión no supuso un peligro para nuestros estudios. En los hogares había disciplina y el colegio nos ofrecía otras alternativas para aprovechar el tiempo que eran atractivas.

No dejábamos de participar de las actividades que se organizaban, como la famosa kermés recoletana, que preparábamos con tiempo, o los paseos de los lobatos, que eran frecuentes, o cuando nos llamaban para que participáramos en actividades de ayuda social o con los acólitos para ayudar en las Misas que el P. Armel organizaba en la capilla del colegio, en la Iglesia de la Plaza Francia o a la hermosa iglesia del colegio SSCC Belén.

En las fiestas religiosas importantes, como el día de los Sagrados Corazones, o en el aniversario de la toma de la Bastilla, *el 14 de Julio*, teníamos Misa en la Iglesia de la Recoleta.

Recuerdo que asistían también los bomberos con sus vistosos uniformes y alguna que otra autoridad importante. Otras veces se organizaban Misas y procesiones en el patio. Como no recordar los desayunos: *cocoa, chancay y sublime*, que nos repartían a todos.

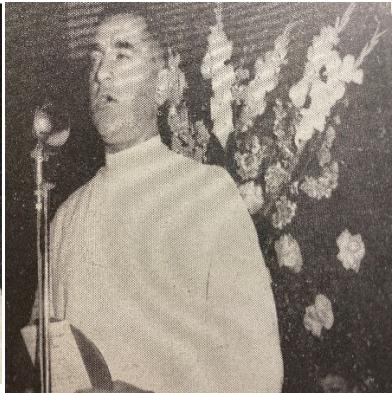
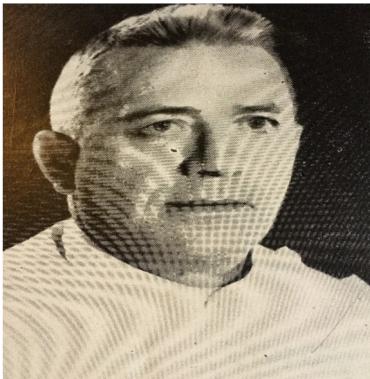
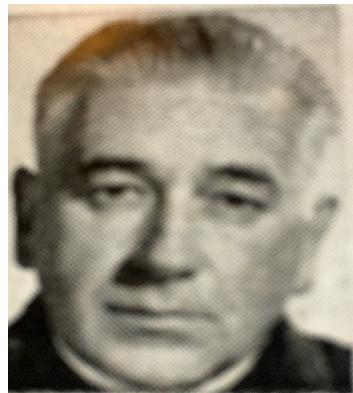
Los padres y profesores

En los primeros años primaria se ocupaban de nosotros las señoritas que estaban a cargo de nuestra aula. Ellas estaban casi todo el tiempo con

nosotros. Los sacerdotes entraban para enseñarnos francés o religión. También había unos profesores laicos para los años más avanzados de primaria.

Tuvimos con nosotros a un profesor de apellido Thosch que llegaba en un Hillman cuadrado que estacionaba en el patio del colegio y nos contaba unos cuentos interesantísimos.

Vestía muy elegante, era alto, usaba unos anteojos sin montura que le daban aspecto hombre culto y profundo. Nosotros a su lado éramos unas *piltrafas*.



P. Andrés Aldasoro

P. Marcos Lepage

P. José Thomas

Desde niños le teníamos mucho afecto al Padre Anselmo Le Thieis, nos parecía muy viejito, era como un *abuelito* con un hablar *balbuceante* poco claro y algo monótono, sin embargo, para nosotros era un santo varón que nos acompañaba de vez en cuando a los paseos, era amante de la naturaleza y profesor de geografía. Lo notábamos cercano y se ganó desde el primer momento la confianza de todo el salón.

En cambio, al Padre José Thomas le teníamos un poco de miedo porque usaba “métodos” antiguos para corregir a los alumnos, pero era una bellísima persona, con mucho sentido común y muy amigable.

Hoy se han *satanizado* de un modo exagerado, a mi modo de ver, los antiguos métodos de educación. Se dice que maltrataban al alumno porque estaban convencidos que “la letra con la sangre entra”.

Las cosas no han sido, en la mayoría de centros educativos, como las pintan ahora. Como si los sacerdotes hubieran sido personas desalmadas y crueles. Nosotros estamos muy agradecidos de los educadores que estuvieron a nuestro lado, nos trataron con mucho cariño, en un ambiente donde se combinaba la libertad con la disciplina.

Los métodos para la época cumplieron con su función. En primaria cuando nos portábamos mal en clase, la señorita nos arrodillaba en una esquina contra la pared y si persistíamos en nuestra mala conducta nos obligaba a poner los brazos en cruz sin bajarlos.

Otras veces cogía una regla y nos daba en los dedos. Si nos botaban de la clase y nos cogía un sacerdote fuera podía jalarnos las patillas o darnos una bofetada.

Tal vez llorábamos un poco, pero luego se nos pasaba y nos olvidábamos enseguida del incidente. Si en casa nuestros papás se enteraban de nuestra mala conducta también nos castigaban con un buen *cocacho* o sin dejarnos salir para jugar.

La Recoleta tenía el sistema de los arrestos dejándonos en clase una hora más antes de la salida y a los que cometían más faltas los hacían venir el domingo para quedarse en un aula a estudiar.

Nuestros papás estaban de acuerdo y nosotros nunca nos fuimos contra los profesores porque se usaran esos métodos.

Está claro que hoy no se pueden usar, la mentalidad ha cambiado completamente. No quisiera juzgar opinando si la educación está mejor o peor que antes, solo estoy exponiendo lo que vivimos y lo agradecido que estamos con la mayoría de nuestros profesores. (27)

(27) Casi todos los sacerdotes de la congregación vivían en el convento anejo a la Iglesia de La Recoleta, unos pocos tenían sus habitaciones en el edificio de la Avenida Uruguay que ocupaban la mitad del segundo piso de la escalera a la derecha. La mayoría eran franceses, solo había 3 peruanos, dos sacerdotes, los padres Gustavo Habersperger y Héctor De Cárdenas y el hermano Lucio.

El padre Héctor que era jefe de división en media, se ganó la simpatía de sus alumnos que lo querían mucho. El Padre Gustavo era muy bueno con todos, no tenía condiciones de educador pero era muy comprensivo y acogedor. Muchos querían confesarse con él, igual que con el P. Anselmo.

Al hermano no lo pudimos tratar como tampoco a la mayoría de sacerdotes que veíamos siempre con mucho respeto y admiración como el Padre Guenolé Louarn que era el Ministro, Estanislao Kaspezak el económico y otros padres mayores como Lázaro Rouy, Nicolás Bilger, Huberto de Meringo, Luciano Metzinger, Luis Dalle, Gabriel Beltrán. Más tarde, cuando estábamos en media, pudimos tratar al P. Marcos Le Page que era el jefe de los Boy Scouts y a otros que se incorporaron después, los padres Pedro, Hubert Lansiers, José Luis Ramírez, Alberto Lanata y Gastón Garatea, que llegó como hermano cuando nosotros salímos del colegio y al Padre Andrés Aldasoro, nuestro Jefe de división en 5to de media.

Pasaron muchos profesores laicos en nuestros años de primaria, algunos enseñaban solo en media pero los veíamos pasar. A nosotros nos enseñó el profesor Cáceres que por su pequeña estatura se quedó con el mote de *mediopucho* y el profesor Hijar enseñaba aritmética y luego continuó enseñando en Monterrico; de vez en cuando entraban al aula el Profesor Larrea, que solía estar en la secretaría del colegio y *Mañuco* que promocionaba sus vuelos en avioneta y se hizo querer porque nos trataba como *campeones*.

Unos años muy movidos

Especialmente 3ero y 4to de primaria fueron años muy movidos para mí porque nos cambiamos de casa dos veces. La primera vez nos fuimos a vivir

a Barranco y un año después nos regresamos a Lima porque mi papá hizo un largo viaje por Europa para asistir a un congreso en Bruselas. En esos años se viajaba fundamentalmente en barco.

Mudarnos a Barranco nos llenaba de emoción. Era la ilusión de la nueva casa y la cercanía a las playas lo que motivaba principalmente nuestra alegría; detrás de mi, *que tenía 10 años*, venían 4 hermanos más. ¡Todos felices con la novedad!

La dificultad era la distancia, *que en esos años parecía más*, si se iba en tranvía desde Barranco se pasaba por chacras hasta enganchar con el paseo de la República recién a la altura del Estadio Nacional. El carro iba directamente por Larco y tomaba la avenida Arequipa sin tráfico. De todos modos, parecía lejos, además en esa época los carros fallaban, con relativa frecuencia, en el arranque y había que darle a la manivela, o se bajaba una llanta con mucha facilidad, algunas veces reventaba, porque todas tenían cámara.

Alternábamos el tranvía y el carro para ir hasta el colegio. Cuando subíamos al tranvía, el pasaje costaba 15 centavos, le pedíamos a mi mamá (*era la que nos llevaba*) que nos comprara maní dulce, que lo vendían, en el mismo tranvía, en unas bolsitas junto a los *toffee Brovy*, que se pegaban en los dientes y luego teníamos que ir al dentista con las muelas picadas.

Los fines de semana jugábamos en el parque confraternidad donde correteábamos a nuestro gusto. Allí estaban los columpios, los toboganes y una laguna con los patos que nos parecía enorme, había botes para alquilar.

En el verano bajábamos en el funicular a la playa para jugar con nuestros baldes y lampas junto al mar bajo la mirada atenta de nuestros padres. Tampoco nos perdíamos las fiestas del Carnaval. Con tiempo nos alistábamos con *las pistolas de agua, los globos, los chisquetes, las serpentinas y el agua marciana* para divertirnos en el barrio.

El viaje a Europa de mi padre

Nuestra estancia en Barranco fue corta, porque mi papá tuvo que viajar a Europa, él mismo lo contaba en un artículo que escribió:

“Recibí una invitación para asistir a un congreso de Jueces de menores que debía realizarse en Bruselas y mi mujer me animó a que fuera. Hubo que hilar muy delgado para financiar el viaje... con gran coraje me lancé al viaje, no obstante que no había estado bien de salud. Mucho pesar sentí separarme de los míos;... El viaje en barco, tanto de ida como de vuelta resultó encantador”

Mi padre se embarcó en el Marco Polo el 31 de Mayo de 1958, (28) todos fuimos a despedirle, y pudimos acompañarle toda una tarde dentro del barco, antes de que salga. Regresó el 22 de Agosto que era santo de mi mamá y con varios regalos para ella y para nosotros. Nos trajo un tren eléctrico de Alemania y a mi hermana Teresa le compró una muñeca bastante grande que hablaba. Nosotros, los hermanos hombres, *que éramos tres*, le destrozamos la muñeca por tratar de descubrir que era lo que le hacía hablar.



El Marco Polo

El viaje, para mi padre, aunque bastante sacrificado por la estrechez económica y la pena que le daba separarse de nosotros, fue para él inolvidable. Cada día recogió unas notas y nos dejó un grueso volumen de sus memorias recordando, con lujo de detalle, todos los lugares por donde había pasado.

Fueron tres meses seguidos y la mayor parte del tiempo la pasó Navegando. Resulta paradójico que le tocara viajar en el mismo camarote con tres

sacerdotes salesianos. A mi me quiso llevar, pero dejar tres meses el colegio no era posible.

En el viaje hizo muchas amistades, pudo jugar ajedrez y armó buenas y divertidas partidas, el resto del tiempo lo pasó leyendo novelas o viendo alguna película que solían pasar en los viajes. (29)

Varios recorridos los hizo por tren y otros en automóvil. Siempre estuvo pendiente de mi mamá y de nosotros. A donde iba buscaba cartas. En Lima yo veía a mi mamá “devorarse” las cartas con mucha emoción, nos la leía a todos y ella las volvía a leer una y otra vez. Mis padres se amaban mucho y siempre estaban pendientes uno del otro.



Mis padres se querían mucho

(28) En ese mismo barco, el *Marco Polo*, llegaron los primeros sacerdotes para la Prelatura de Tauritos un año antes, el 25 de setiembre de 1957.

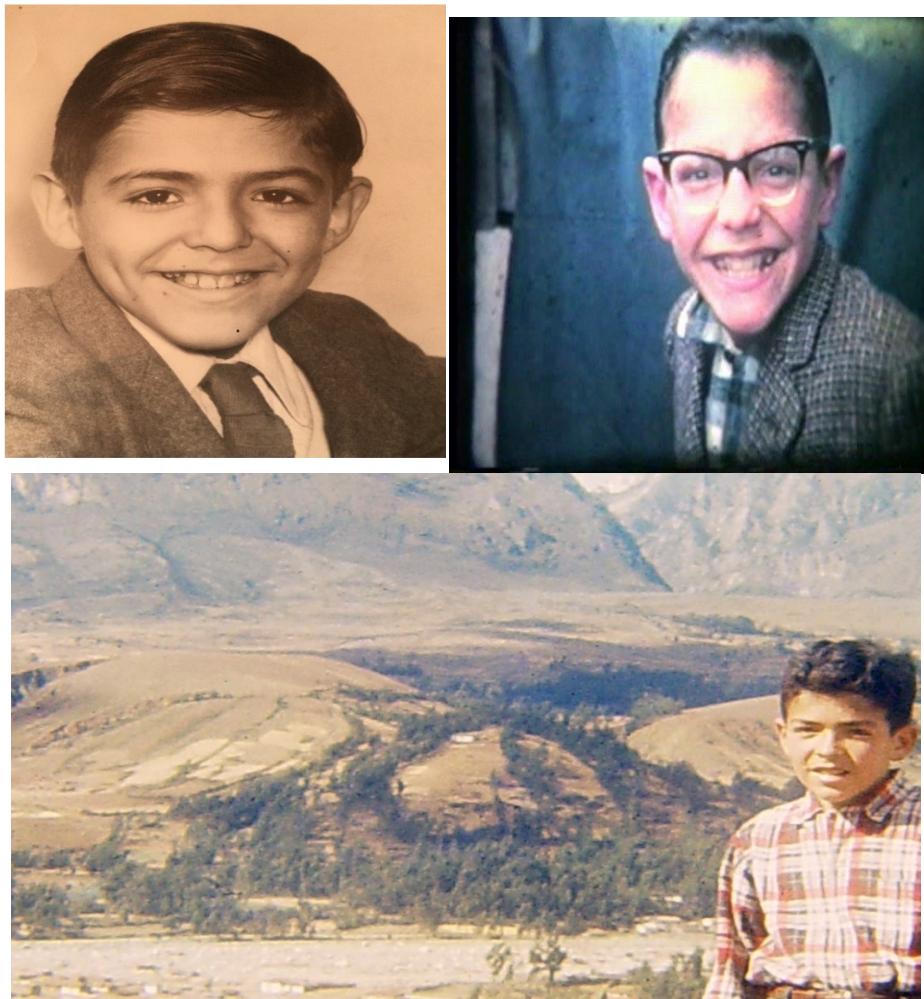
(29) Recorrió varias ciudades de distintos países, pudo conocer Panamá, Buenaventura, La Guaira, las islas Canarias y luego Barcelona, Madrid, viajó por la Costa Brava y la azul, conoció Marsella y continuó hasta Italia, desembarcó en Génova y llegó a Roma, luego Nápoles, Capri, Perugia, Florencia, Venecia, Turín, París, Bruselas, Colonia y luego regresó saliendo de Génova.

LOS GLORIOSOS

AÑOS 60

Quienes cumplimos 12 años en 1960 pudimos disfrutar en nuestra infancia de una década inolvidable, tal vez la mejor de la historia, aunque entiendo

que es muy opinable; sin embargo, no faltan razones para demostrar las grandes bondades de ese período que hemos vivido con tanta alegría.



Los tres mayores: Manuel, Augusto y Guillermo

Era un tiempo de cambio y de esperanza. Diez años antes habían concluido las guerras más grandes que azotaron el mundo. En la década de los 50 tuvo lugar la reconstrucción de los países destrozados por esas contiendas bélicas y en los 60 empezó una modernización en todos los niveles de la sociedad.

El querer renovarse trajo también serios problemas al rechazar sin más lo que se consideraba tradicional y clásico y querer iniciar un período nuevo con rupturas y revoluciones. Se cometieron muchos errores en los aspectos ideológicos y doctrinales que luego, con el paso de los años, hubo que resarcir.

Podría aventurarme haciendo un análisis de esa década gloriosa pero no es mi intención entrar en la historia o en la sociología; los párrafos anteriores son solo una introducción para situarme en algunas vivencias significativas de nuestros años infantiles y juveniles, ocurridas en los ámbitos donde nos tocó vivir, *la casa, el colegio y luego, la universidad*.

Niños de 5to. de primaria

En 1960 entré a 5to. de primaria y usábamos todavía pantalón corto. Nos sentíamos grandes en los ambientes escolares porque éramos los mayores en toda primaria. Mis hermanos estaban en 4to y 3ero de primaria. Roberto recién tenía 4 años de edad.

Los que estábamos en 5to de primaria mirábamos a los más pequeños como inferiores y defendíamos nuestro derecho de ser tratados como superiores, así de sencilla era la ley infantil y la aplicábamos a raja tabla. En el patio, donde teníamos nuestro *ubi*, éramos los amos y señores, organizábamos nuestros juegos y decidíamos quién jugaba con nosotros.

También dentro del mismo 5to. había líderes, que estaban bien repartidos en las distintas actividades.

Los que jugaban fútbol ejercían en los recreos un liderazgo en la cancha, había que pasarles la pelota a ellos para que hicieran los goles.

Los que éramos *Lobatos* teníamos otro liderazgo que dependía del grado que se poseía por haber pasado pruebas o especialidades.

Los que recibían más propinas eran más poderosos y se jactaban de ello a la hora de ir a comprar golosinas en el quiosco; igual los que tenían buena voz, ejercían su autoridad en el coro del profesor Piña, un español que puso al coro de La Recoleta en el primer lugar de los coros escolares de Lima.

En 5to de primaria pertenecía a la primera voz (*voices blancas*) y me parecía que era la mejor de todo el coro, la que llevaba la melodía.

También surgían liderazgos de conductas marcadas por las broncas y controversias. Todo era muy divertido y a la vez interesante. Fue mi modo de entrar en el mundo en los gloriosos años 60.

Un nuevo local de mi colegio en Monterrico y los 50 de mi papá.

Los padres del colegio nos habían hablado ya del gran proyecto del nuevo colegio en Moniterrico, nos ilusionaban más las canchas y la piscina que los nuevos edificios.

En el local de Lima mis hermanos y yo teníamos la ventaja de tener la casa frente al colegio, irnos a Moniterrico nos parecía un viaje larguísimo, aunque en esos años no había el tráfico de ahora y se llegaba enseguida, atravesando las chacras que cruzaban la av. Javier Prado hasta la hacienda Camacho y el Golf de los Incas donde se encontraba el nuevo local.

En 1960 mi papá cumplió 50 años. Fue una celebración espectacular en el departamento de la Av. Uruguay donde vivíamos. La gente ocupaba los ambientes del Hall, la sala y el comedor. Mis hermanos y yo observábamos con curiosidad desde el oficce, porque la cocina estaba muy trajinada con la servidumbre y los mozos que pasaban con fuentes de comida y copas de champagne. (30)

Con los amigos de mi papá no tenía mayor relación, salvo con Manuel Romaña y Jacinto Gómez. El hijo de Jacinto Pepe, era de mi edad y coincidimos en la misma clase cuando estaba en colegio de la Inmaculada. Con él hicimos varios paseos e íbamos a su casa de Miraflores con bastante frecuencia, en esos años asistíamos a la Misa dominical en la Iglesia de la Medalla Milagrosa del parque central de Miraflores.



(30) Estaban los amigos y colegas de mi papá. Recuerdo a Merino Reina, que era ministro de justicia, a Domingo García Rada y a Félix Portocarrero, que eran vocales, a la señora Cebrián que era secretaria de mi papá, Estaba Adolfo Bustamante, primo de mi papá, Jacinto Gómez, amigo y padrino mío de confirmación, Sarita Ríos, Luis Cuadros, Waldo Neves, Manuel Romaña, mi tía Delia Banchero, mis tíos Hernán y Bertha, Lucha Aguilar, mi tía Blanca, Onolulude, mi tía Victoria, y muchos otros que no recuerdo.

En 5to de primaria hicimos muchos paseos y campamentos con los Lobatos. Frecuentábamos Chocas y Trapiche en la carretera a Canta. Ahora está totalmente poblado: Fuimos hasta Santa Rosa de Quives siempre capitaneados por el P. Armel, jugábamos a las quitarnos las colitas (unas tiras de tela que las colocábamos en la cintura a modo de cola y nos enfrentábamos para ver quién le quitaba la cola al otro primero.

Otro juego interesante que podía ocuparnos toda la mañana era la búsqueda del tesoro que nosotros lo llamábamos: juego de pistas y el gavilán que consistía en cruzar por una zona sin que el gavilán te atrape.

La actividad lúdica en los Lobatos era abundante y combinaba con alguna charlita que nos daba el padre y la Misa diaria. El Padre siempre nos facilitaba la confesión y era normal que comulgáramos todos los días. Nosotros la pasábamos en grande y competíamos pasando pruebas para ganar una especialidad y poner una insignia más en el brazo.



Como buenos Lobatos procurábamos hacer una buena acción cada día y cumplir siempre con nuestro Lema que era: "Siempre lo mejor" Competíamos entre nosotros y al mismo tiempo nos apoyábamos y sobre todo nos sentíamos protegidos por el P. Armel.

A la vuelta de los años redescubrimos lo importante que es el liderazgo de una persona buena que tiene autoridad porque es buena y un niño encuentra allí la libertad y la alegría. Con las personas buenas no hay miedos y se aprende mucho.

A mis padres les encantaba que estuviéramos en los Lobatos, en esos ambientes sanos donde fuimos creciendo para ser en el futuro personas de bien.

Todo el colegio contribuía con la educación que nos daban en la casa. Ese año los padres del colegio nos llevaron a ver Molokai en el Cine y Ben Hur. Las grandes producciones cinematográficas de los gloriosos años 60 contribuyeron con nuestra formación en valores humanos y cristianos. Marcaron en mí una etapa importante de la infancia y en los inicios de la adolescencia.

En mi casa vivía feliz con mis padres y hermanos, salíamos de paseo en el Morris de mi papá a Huampaní en invierno y a la herradura o La Punta en verano. Ese año mi papá había comprado un terreno en Ancón que después tuvo que venderlo.

Dentro de mi casa como hermano mayor organizaba los juegos. Con mi propina compraba gaseosas y queques y se los vendía a mis hermanos menores a un precio mayor. Les explicaba que el ir a comprarlos y poner un capital tenía también un precio. Mis hermanos me compraban y yo podía ganar algunos centavos más.

Mis padres me habían regalado una bicicleta y yo estaba feliz con ella, primero daba vueltas por los pasadizos del edificio y luego, cuando tenía más experiencia, la sacaba por las calles del vecindario, siempre por la vereda, tampoco había mucha gente que circulara; la plaza Francia era un lugar donde iba con frecuencia.

Los fines de semana nos juntábamos con la familia de Ismael de la Puente, un amigo de mi hermano Augusto que era vecino, y salíamos a montar bicicleta por el paseo de la República y el parque de la Exposición, *¡cuantas vueltas dimos por el Teatro la Cabaña y el museo de arte!*

Otro día me animé con los de mi clase a ir hasta Cieneguilla en bici. En otra ocasión, *no me acuerdo cómo*, llevamos la bicicleta a La Punta y pude montar feliz por los malecones y las calles.

1960 fue para mí un año de intensa actividad. Mi papá había comprado una guitarra color marrón oscuro con clavijero de madera y cuerdas de metal. Con él aprendí mis primeras canciones: *Sobre las olas, la Reina de España...* y luego me solté aprendiendo algunos acordes para cantar las canciones de moda.

También habían comprado para la casa un *tocadisco* de color blanco y azul. Poco a poco fui colecciónando mis discos de 45 rpm que tenían dos canciones grabadas.

Mi papá, *fue un gran amante de la música italiana*, compró un *long play (33 rpm)* de Emilio Pericoli que escuchábamos hasta la saciedad.

En el pequeño televisor *Emerson* de 17 pulgadas colocado en el comedor veíamos el *Hit de la Una*, un programa que se daba a la hora del almuerzo después del noticiero del mediodía.

Nuestro abuelo Moisés llegaba puntual ver las noticias y allí empalmábamos nosotros y mientras era el almuerzo veíamos a los artistas invitados. Uno de ellos fue el argentino Fernando Borges que puso de moda una simpática y *pegajosa* canción: *La del vestido rojo* que todo Lima cantaba, y nosotros también.

Al programa acudían con cierta frecuencia los artistas peruanos que estaban de moda: *Pepe Miranda, Joe Da Nova, César Altamirano* y otros. Se pusieron de moda varias canciones, entre ellas *La pera madura, Siempre balanceándonos* y *Despeinada*. Me acuerdo mucho de haber visto en ese mismo programa al *duo dinámico*, con sus famosas baladas que dieron la vuelta al mundo, como: “*esos ojitos negros...*”

Con papá fui varias veces a la peluquería *Fénix* de la colmena, al él le gustaba cortarse el pelo allí cuando no podía ir al club de la Unión, nosotros íbamos más a *La Mundial* en Pachitea o a *El Sol*, en la av. Uruguay.

En la Colmena quedaba también el consultorio de un dentista, que ahora no recuerdo su nombre, estaba justo en la esquina de Nicolás de Piérola con Azángaro, sobre la empresa de ómnibus *Turismo Expreso Pullman* que iba a Chosica. En esa esquina también estaba el paradero de los colectivos para Chosica y al lado la empresa *Perú Express* que iba al norte con buses modernos y *Nor Pacífico* que se jactaba de ser la más veloz.

De la sala de espera del dentista se podía ver el parque universitario y el movimiento de la gente por la colmena, era una zona bastante agitada, casi todos los mitines de protesta se hacían en el parque universitario, frente a la Universidad de San Marcos. La Colmena siempre estaba llena de gente.



Cuando pasábamos al consultorio del dentista había, al lado de la puerta, un esqueleto humano completo que nos llamaba la atención. Con aquel dentista estuvimos una corta temporada, a mi mamá le gustaba más el dentista que nos atendía a toda la familia y tenía su consultorio en el jirón Ica, se apellidaba Villanueva Lazo, a él acudíamos con frecuencia. Con mucha facilidad se nos picaban las muelas por los caramelitos de *pera* que nos comprábamos o las *frunas* y *toffes* que se pegaban en los dientes.

En 5to de primaria tenía varios amigos, pero estaba más cerca de Fernando Rojas y Guillermo Miro Quesada. Nos juntábamos en el recreo y nos pusimos de nombre *los tres mosqueteros*.

Fernando me invitaba a su casa de Jesús María, para ir tenía que tomar en la avenida Alfonso Ugarte el *José Leal* y me llevaba por la av. Salaverry, me bajaba después del *Sophianum*, frente al hipódromo de San Felipe y pasando la pista llegaba rápido a la calle Roma donde vivía Fernando.

Me pasaba la tarde en su casa y algunas veces nos íbamos al cine San Felipe que me parecía enorme. Guillermo Miro Quesada iba a mi casa a tomar lonche, y después íbamos a matinée a los cines del centro. Recuerdo el día que fuimos al cine Colón para ver al rey del Twist, **Chubby Checker**, que se había puesto de moda en Lima.

Con otros amigos del barrio, que también estaban en el colegio, como Ricardo Vivas, nunca nos perdíamos un partido de fútbol en el estadio nacional. Recorríamos a pie desde la av. Uruguay donde estaba nuestra casa, *él vivía en Carabaya, a dos cuadras, frente al cine República*, todo el trayecto por el Paseo de la República, hasta llegar al estadio, tardábamos como media hora.

Como mi amigo tenía pases siempre fuimos a Occidente. En otras ocasiones iba al fútbol con papá y mis hermanos, sobre todo para los encuentros Internacionales. Recuerdo haber visto jugar en Lima al Real Madrid con el famoso *Alfredo di Stefano*, para mi el mejor jugador de todos los tiempos.

Entre los paseos en bicicleta, la guitarra, las actividades de los lobatos, el cine y el fútbol se me pasaba toda la vida. Los estudios en 5to de primaria me parecían facilísimos, funcionábamos con una enciclopedia general y un libro de lectura, sin embargo veía con pavor que se acercaban los estudios secundarios y que ya no habría una sola enciclopedia sino un libro para cada asignatura.

Un día que estaba en la casa por la mañana tocaban la puerta y fui a abrir. Un hombre alto y joven preguntó por mi papá. Le pregunté, de parte de quien y me dijo Fernando Belaunde Terry. Yo no tenía ni idea, le dije: espere un momento y lo dejé fuera. Me fui corriendo a avisarle a mi papá que tenía una visita. Me preguntó si sabía quien era y le dije: Fernando Belaunde Terry. “¿y no lo has hecho pasar? me dijo tono de represión. Allí me di cuenta que había dejado fuera al candidato a presidente de la República.



Fernando Belaunde Terry

Los acontecimientos mundiales

Creo que en esa época los niños de 12 años estábamos más enterados de los acontecimientos que sucedían en el mundo que los niños de ahora que viven encerrados en un mundo virtual.

Los mayores de la casa eran muy adictos al noticiero de la televisión y era allí donde nosotros nos enterábamos de lo que pasaba.

Era fácil para mi retener en la memoria lo que veía en la tele, por ejemplo había un noticiero que se llamaba “*El Panamericano*” y el que transmitía las noticias era Ernesto García Calderón que siempre empezaba de la misma manera (31)



(31) “*El Panamericano* con noticias y comentarios sobre la actualidad nacional y mundial. Una versión imparcial y veraz de los acontecimientos más importantes del Perú y del mundo al servicio de la realidad y a la del interés público”

Me impresionó mucho cuando este comentarista de la *tele* falleció joven por una grave enfermedad.

Los niños no nos fijábamos mucho en el fondo de las noticias aunque sí nos enterábamos de lo que pasaba, por ejemplo sabíamos bien que Fidel Castro en Cuba había nacionalizado las empresas particulares y que Estados Unidos había iniciado un bloqueo.

También celebramos mucho el triunfo de J. F. Kennedy en las elecciones presidenciales de USA, porque era el primer presidente católico de los Estados Unidos. En nuestro continente nos llamó mucho la atención que Brasil pasó la capital de Río de Janeiro a Brasilia y en los periódicos aparecían las fotografías de la nueva capital y se veía que era una ciudad ultramoderna.

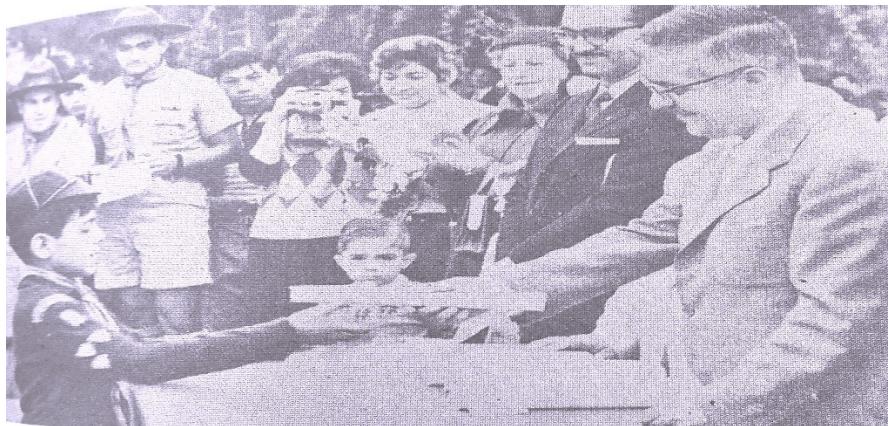
La ilusión infantil del escultismo



En 5to de primaria el año 1960 me sentía muy importante porque el P. Armel en los lobatos me nombró Jefe de toda la manada. Tenía en mi chompa tres galones que llevaba con orgullo y en uno de los brazos lucía todas las especialidades que había pasado.

Mi rival era Jorge Bernardini que era Jefe de la otra manada y también tenía tres galones. A los dos nos hicieron una foto en el jardín del convento de los Sagrados Corazones y luego la publicaron en el Boletín del Colegio. También me impresionó cuando Jorge murió joven.

El P. Armel nos tenía mucha consideración. En 5to de primaria me dieron el premio del mejor Lobato.



Ese año fuimos en dos ocasiones a Paramonga. El P. Armel tenía un amigo apellidado *Salmón de la Jara* y nos invitaba a pasar los fines de semana en la zona residencial, cercana a la fábrica de azúcar.

Dormíamos en unos catres de campaña en las aulas de un colegio local, todos los días asistíamos a la Misa que celebraba el Padre en la parroquia del pueblo, por las tardes usábamos las instalaciones del club para jugar pero también hacíamos excursiones.

Un día fuimos a las ruinas de Paramonga. *¡Que olor más fuerte a caña y a melaza había!* en toda la zona. Cada vez que huelo a melaza me acuerdo de Paramonga.

Para llegar hasta allí con todos los lobatos, en 1960, tomamos el expreso *Sudamericano*, al llegar a la agencia las señoritas de la boletería se empezaron a meterse con Ricardo Yori, (32) que estaba en 4to de primaria porque tenía ojos azules. Recuerdo que Ricardo se sonrojaba mucho y el P. Armel tuvo que acudir en su defensa.

Como mi mamá me había contado de las curvas y precipicios de *Pasamayo*, en el viaje estuve pendiente mirando por la ventana el mar, con el riesgo de marearme por las continuas vueltas que daba el ómnibus.

Al regreso me sentía un héroe por haber cruzado sin miedo por ese lugar tan peligroso.

Otro día fuimos con los lobatos de excursión a Santa Eulalia a la hacienda de los Masa, para esta vez sí contábamos con el ómnibus del colegio, casi siempre el chofer que venía con nosotros era Demetrio.

Por su honradez y buena conducta los padres le tenían mucha confianza. Él era además muy amigo de los niños. P. P. Armel viajaba siempre con una caja metálica, creo que podría haber sido de galletas. Recuerdo que era

cuadrada y tenía fondo. Dentro había un montón de cilindros pequeños, que eran los tubos desechados donde venían los rollos de fotos. El padre se quedaba con los cilindros y los utilizaba para guardar agujas, hilos y también insignias de los lobatos.

En mi casa, cada vez que iba de excursión, mi mamá me preparaba un maletín con algo de comida y siempre había una manzana; mi maletín olía fuertemente a manzana, era algo que me resultaba grato y entrañable.

Para llegar a la hacienda de los Masa en Santa Eulalia, había que caminar un poco. Era un terreno muy grande y adecuado para los juegos y pruebas que teníamos los niños. Al regreso cantábamos las canciones que el padre nos había enseñado: *“Ser lobato de la Recoleta, ¡que cosa tan rica!, ser lobato de la Recoleta, no hay cosa mejor!...”*

Ese año fuimos a las fogatas nocturnas en el Club hípico del la av. Salaverry que fueron inolvidables. A mi me resultaba todo muy fácil porque el ómnibus del colegio regresaba siempre al frente de mi casa y mis papás no me tenían que ir a recoger, pasaba la pista y ya estaba en casa.

A los 12 años me dieron la llave de la puerta de la casa y la llave de la reja del edificio. Mis papás confiaban mucho en mi y creo que, *gracias a Dios*, nunca les defraudé.

Diversiones en casa

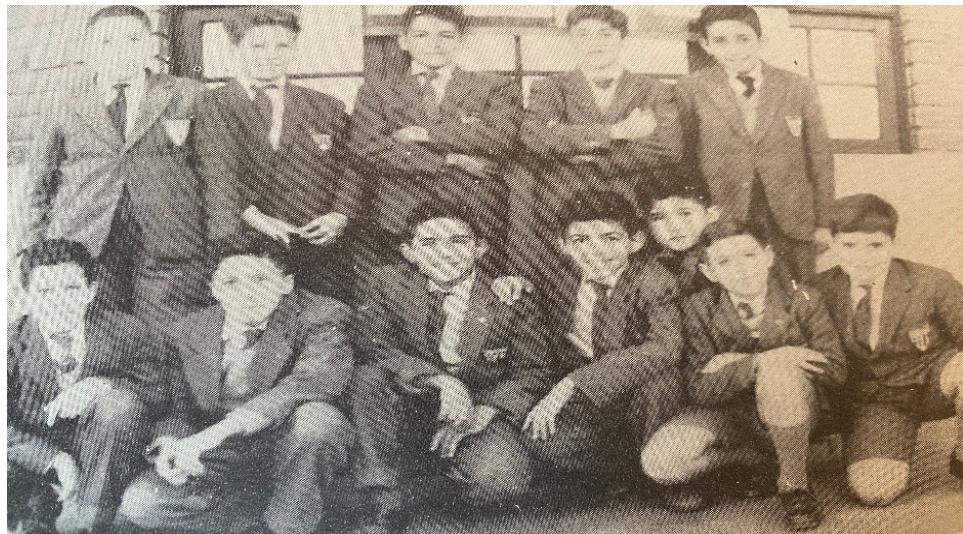
Del colegio siempre llegaba a la casa sobre las 6.00 pm para ponerme a estudiar hasta que estuviera lista la comida, como a las 7.30 pm. A esas horas en la televisión, que estaba en el comedor, daban *Jim de la selva, los patrulleros del Oeste, Furia, Lassie, Rin tin tin, los lanceros de Bengala*. Entre los hermanos nos peleábamos por las preferencias y siempre llegábamos a un acuerdo.

A partir de las 8.00 pm mi papá tenía las preferencias y él escogía programas como *Helen Curtis pregunta por 64,000 soles, o Scala Regala*, que eran de concurso, también le gustaba *Pablo y sus amigos*, que era cultural, o cómicos como el programa de Lucho Córdoba o el de Pepe Biondi, o las revistas musicales como *el festival cristal de la canción criolla o el Show de Muñoz de Barata*.

Todos estos programas los veía desde el principio hasta el final. A mi me encantaba ver la televisión al lado de mis padres, yo también disfrutaba de esos programas, sin embargo como niño me fijaba en cosas marginales que me distraían más, por ejemplo en el *Show de Muñoz de Barata* me aprendí de memoria la canción del producto que lo auspiciaba y hasta recuerdo la letra
(32)

A finales de Octubre íbamos a la plaza de Acho con papá para ver la corrida del Señor de los Milagros. Me instruía un poco con la cartelera de cada año aunque nunca llegue a tener una afición fuerte.

En 1960 Curro Romero ganó el escapulario de oro, y prefería a *Ordoñez* o a *Bienvenida* y después elegí a Su Majestad *el Viti*, unos años después, cuando llegó *El Cordobés* ya no iba a los toros y nunca más volví.



Compañeros del mural de 5to de primaria

(32) “Señora ama de casa, que no falte nunca en su hogar el alimento nutritivo, delicioso y rico al paladar, enriquecido con vitaminas, minerales contiene proteínas, está hecho a base de harina, la más rica, la más fina. Los fideos Nicolini tienen tantas vitaminas, que no falte Nicolini en su cocina”

1961 – 1965

LA ADOLESCENCIA EN CASA Y EN EL COLEGIO

Al terminar 5to. de primaria hicimos un campamento a Santa Eulalia con los Lobatos que pasaríamos en unos meses a la tropa Scout. Fue inolvidable y entrañable, participaron también algunos scouts mayores que ayudaron en la organización.

La linterna del Padre Armel iluminaba el cielo estrellado de Santa Eulalia. El haz potente destacaba en la noche despejada y parecía que llegaba a tocar los astros. *Esas son las tres Marias* apuntalaba señalando con la luz de la linterna, mientras nosotros, niños todavía, alzábamos el *pescuezo* para ver bien.

El padre no apagaba su linterna hasta que no aprendiéramos bien la lección. *Astronomía* era una de las pruebas que había que pasar para poder lucir en el brazo de la chompa una especialidad más de *Lobato*.

Por las tres María empezaba todo, estaban tan juntitas y tan alineadas que destacaban sobre las demás y al lado estaba el *Sirio*, una estrella que tenía un brillo especial que llamaba la atención, y muy cerca, *Marte*, el planeta rojo, que tardábamos más en reconocer.

El Padre nos hacía un recorrido por las constelaciones que nos dejaba deslumbrados. Era maravillosa la inmensidad y luminosidad del espacio y en la zona donde estábamos, se veía todo con una claridad espectacular. Millones de estrellas sobre nuestras cabezas, aunque las 3 Marías destacaban sobre las demás.

El Padre José, que había ido para confesarnos, nos sentó junto a los lamparines de *kerosene* que habíamos colocado en el centro. Con las linternas apagadas empezó una meditación dirigiéndose al espacio estrellado.

Nos habló con mucha fe de la Majestad de Dios creador, un Padre amoroso que nos quiere más que a todos los astros. En nuestros corazones infantiles se encendía la llamita del amor a Dios. Nos sentíamos muy bien y con deseos de ser mejores. Era cumplir con el lema que llevábamos en el gorro verde: “*Siempre lo mejor*”.

Al terminar la reflexión, alimentábamos la fogata con la leña seca que habíamos amontonado previamente y enseguida, Juan Carlos Romero, se lucía con el acordeón. “*la mar estaba serena, serena estaba la mar...*” cantábamos liderados por el P. Armel que llevaba con entusiasmo el ritmo de la canciones.

Al final de la noche, cuando la fogata languidecía, nos poníamos de pie, con el calor en nuestros rostros y el frío en nuestras espaldas, para rezar la oración de los *Lobatos*, “*Dulce y buen Señor mío...*”

En la mañana, junto a la bandera, recordábamos siempre la promesa que hicimos al ingresar:

“Prometo hacer siempre lo mejor que pueda para cumplir con mis deberes, para con Dios, mi Patria y mis Padres, obedecer a la ley de la manada y hacer una buena acción cada día”

En las vacaciones de 5to. de primaria a primero de media me preocupaba pasar de los lobatos a la tropa Scout.

El año 1961 hice que mi papá hablara en el colegio para que me permitieran ir a un paseo con los *Boys Scouts*. Al conseguirlo le pedí a mi papá que me comprara el uniforme en la oficina nacional de Lima que quedaba en la av. República de Chile.

Fuimos una tarde y había todo menos la camisa *Scout* que se había terminado. Como tenía muchas ganas de ir al paseo insistí para que me compraran una camisa beige, de una tela parecida en las tiendas *Anchor*, y así fue. Me fui con mi camisa remangada y estrené un puñal, que mi papá no me quería comprar pero terminé convenciéndolo. En ese paseo conocí de cerca al P. Marcos que era el Jefe de la Tropa de Lima.

Al final de las vacaciones estaba un poco nervioso porque entraría en Media y tendría que viajar hasta Monterrico cada día para ir al colegio. Mi papá se comprometió a llevarnos por la mañana y nosotros nos regresaríamos en el ómnibus al mediodía e iríamos también en el ómnibus del colegio por la tarde.

Me hacía mucha ilusión el colegio por las canchas deportivas. Mi afición por el deporte había crecido mucho con la bicicleta y los partidos de fulbito que jugaba con los amigos de Ricardo Vivas, íbamos a unas canchas de la escuela de militar en Chorrillos y a otras de Pueblo Libre.

Cuando ví el estadio del Colegio quedé encantado. También estaba feliz porque en 5to de primaria nuestro coro había ganado el concurso de coros escolares en Lima, el hermano mayor de Ricardo González Vigil era un gran tenor.

En el colegio de Monterrico

Recuerdo, *como si fuera ayer*, el primer día de clases en el Colegio de la Recoleta de Monterrico el año 1961, había sol, formamos en el patio, donde ahora hay construidas unas aulas de primaria, frente a los pabellones de media.

Todo el colegio se había mudado menos cuarto y quinto de media que quedaron en Lima. El P. José dirigió unas palabras y después de los cantos respectivos, *himno de Francia, himno del colegio*, pasamos a las aulas.

Yo era feliz en la clase de educación física y cuando el coro salía a cantar. A la parte académica le agarré un poco de alergia, sobre todo a las matemáticas. Me encantaban las actividades extracurriculares.

Ya estaba en los *Boys Scout*, además me metí al teatro, al atletismo, continuaba en los acólitos y cada día aprendía más canciones que procuraba acompañarlas con la guitarra.

El año 1961 fue el de las grandes producciones cinematográficas. Ya me creía más grande y hablaba con mis amigos de cine y de las grandes producciones.

Se estrenó *West Side Story*, con una música sensacional que llegó en un 33 rpm. Mi papá me compró un 45 rpm con la canción *María*, que me la aprendí enseguida. Cuando quise ir a ver la película me di con la sorpresa de que era para mayores y yo todavía estaba en los 12 años.

Me tuve que contentar con ir a ver *El Cid Campeador*, que se estrenaba en Lima ese mismo año. Recuerdo que fui con mi amigo *José Vilchez* a la matinée del moderno cine Tauro del centro de Lima.

En 1961 salió el primer hombre al espacio, fue el ruso *Yuri Gagarín*. Desde el colegio seguíamos las noticias y la carrera que hacían los rusos con los gringos por la conquista del espacio.

Después le tocó al americano. *Alan Shepard* fue el elegido entre los 110 pilotos militares de pruebas que aspiraban a protagonizar el primer viaje espacial tripulado de EE UU. Despegó a bordo de la 'Freedom 7' el 5 de mayo de 1961 desde Cabo Cañaveral (Florida), dentro del proyecto *Mercury*. La misión, suborbital, duró sólo 15 minutos.

En el colegio jugábamos tirando los caracoles que encontrábamos en el jardín como si fueran los hombres que salen al espacio.

En primero de media no me fue tan bien en las notas aunque aprobé todos los cursos con susto. En cambio, me preparé muy bien en los deportes y fui escalando posiciones.

En la tropa Scout hice mi primer campamento a Chocas, entre a la patrulla de los Lobos, mi lema fue "*Lobo audaz*"; el jefe de mi patrulla era Alberto Sarmiento. Fue un campamento estilo militar, muy estricto y exigente.

El P. Marcos con los de la *Staff* iban de patrulla en patrulla, con sus guantes blancos para hacer las revisiones de las ollas, pasaban el dedo y si los guantes se ensuciaban nos bajaban puntos.

Competíamos en preparar, antes que las otras patrullas, las respectivas comidas y al río teníamos que ir a lavar los platos, las jarras y las ollas. Por

las tardes se pasaban pruebas y se ensayaban los números para la fogata nocturna, todo puntuaba.

En las noches había que hacer guardia mientras se dormía y como era novato me hicieron una novatada, al cruzar por un lugar oscuro durante mi turno de guardia otros me asaltaron y me metieron en un costal dentro de un baúl, menos mal que no pudieron arrojarme al río como lo habían hecho con otros. Me dí un susto tremendo.

Aunque fueron fuertes las exigencias y duras las órdenes de los jefes yo salí muy contento de mi primer campamento con los *Boys Scouts*.



Augusto Tamayo y Jorge Bernardini

Aficiones que crecen

Cuando había una actuación en el colegio era de los primeros en ofrecerme para actuar. Tenía buena memoria para aprenderme bien los papeles que me tocaba representar. Mi afición al cine había crecido. Con un amigo decidimos conocer todos los cines de Lima y casi cumplimos con ese propósito.

Por otro lado pedía a mis papás que me regalaran en mi cumpleaños o en las Navidades todo lo que tenga que ver con el cine y la fotografía y así tuve varias cámaras fotográficas, un proyector de cine, una filmadora y también una grabadora. Soñaba con utilizar todo para hacer alguna película.

Junto al proyector me regalaron algunas películas de 8mm que guardaba como si fueran joyas, tenía una de *Abbot y Costello*, otra de *Chaplín* y también

del *gordo* y *el flaco*, tenía otra futurista de una nave espacial que despegaba con grandes luces. No duraban más de 5 minutos y las ponía repetidas veces. A mis hermanos, que eran más pequeños, les hacía funciones de cine colocando en el comedor las sillas como si se tratara de una sala de estreno, mis papás también acudían a esas sesiones. Cuando me regalaron la filmadora estaba feliz porque las películas eran a color.

Venía el rollo *Kodak* en unas envolturas amarillas de un grueso papel platinado. Había que meter el rollo en la filmadora con mucho cuidado para que no se velase. Al terminar de filmar, no duraba más de 3 minutos, el rollo volvía a su envoltura y se enviaba a los Estados Unidos para revelarlo, al cabo de 15 días llegaba la película para ser estrenada en casa.

Yo miraba los días del calendario ansioso de tener la película en mis manos y poder verla. La primera película que filmé fue el día de mi cumpleaños cuando invité a mis amigos al circo África de fieras que quedaba en la av. Bolivia a dos cuadras de mi casa.

Como me parecía lógico me gasté el rollo en tomar los números del circo, un podo de trapecio, algún payaso y se acabó la película.

Desde luego que no se me ocurrió filmar a mis amigos que habían venido conmigo al circo. Cuando me entregaron la película revelada estaba oscura y con excesos de movimiento, con las justas se podía apreciar algo.

Todavía no tenía la técnica que luego pude adquirir para las siguientes películas.

Mi padre no tenía una buena salud y estuvo internado por una afección pulmonar en el Hospital del Empleado. Fue un mes de visitas continuas al hospital, estaba en el piso 13 y para llegar allí había que pasar por todo un rito de permisos y de colas.

Se había creado recientemente la corte superior del Callao y mi mamá que estaba embarazada dio a luz a mi hermana Rosita.

Este año mi papá fue nombrado Vocal de la Corte Superior del Callao, ¡gran alegría en la casa! Fuimos todos el día de la juramentación y conocimos a los otros vocales que veíamos con mucha frecuencia en nuestra casa, especialmente a *Samuel Del Mar y Morla, Juan Arce Murúa y Francisco Velasco Gallo*. A mi papá se le veía feliz.



Mi mamá estaba en cinta y en Octubre nació mi hermana Rosa que llenó de alegría la casa.

Aprobé los exámenes de fin de año que eran escritos y orales con jurado de la calle (*así se llamaba a los representantes del Ministerio de Educación que tenían que estar presentes en los exámenes de los colegios particulares*) y pasé a segundo de media.

1962 Acontecimientos mundiales

El año pasó volando. Nos enteramos por el periódico de la terrible guerra en *Vietnam*.

En las noticias que nos llegaban todo era favorable a los Estados Unidos que también había puesto en órbita a *John Glen*, astronauta que dio tres vueltas a la tierra, algo grandioso.

En el colegio, con ocasión de la canonización de *San Martín de Porres*, se organizaron Misa de acción de gracias y nos hablaron bastante del santo moreno.

Nos sentíamos orgullosos de tener un segundo santo peruano después de *Santa Rosa de Lima*.

Ese año hubo un golpe de estado en el Perú. Manuel Prado fue derrocado por el General Ricardo Pérez Godoy que gobernó con una junta militar durante un año, convocó a unas elecciones que fracasaron y tuvo que volverlas a convocar para salir elegido Fernando Belaúnde Terry.

Aficiones musicales

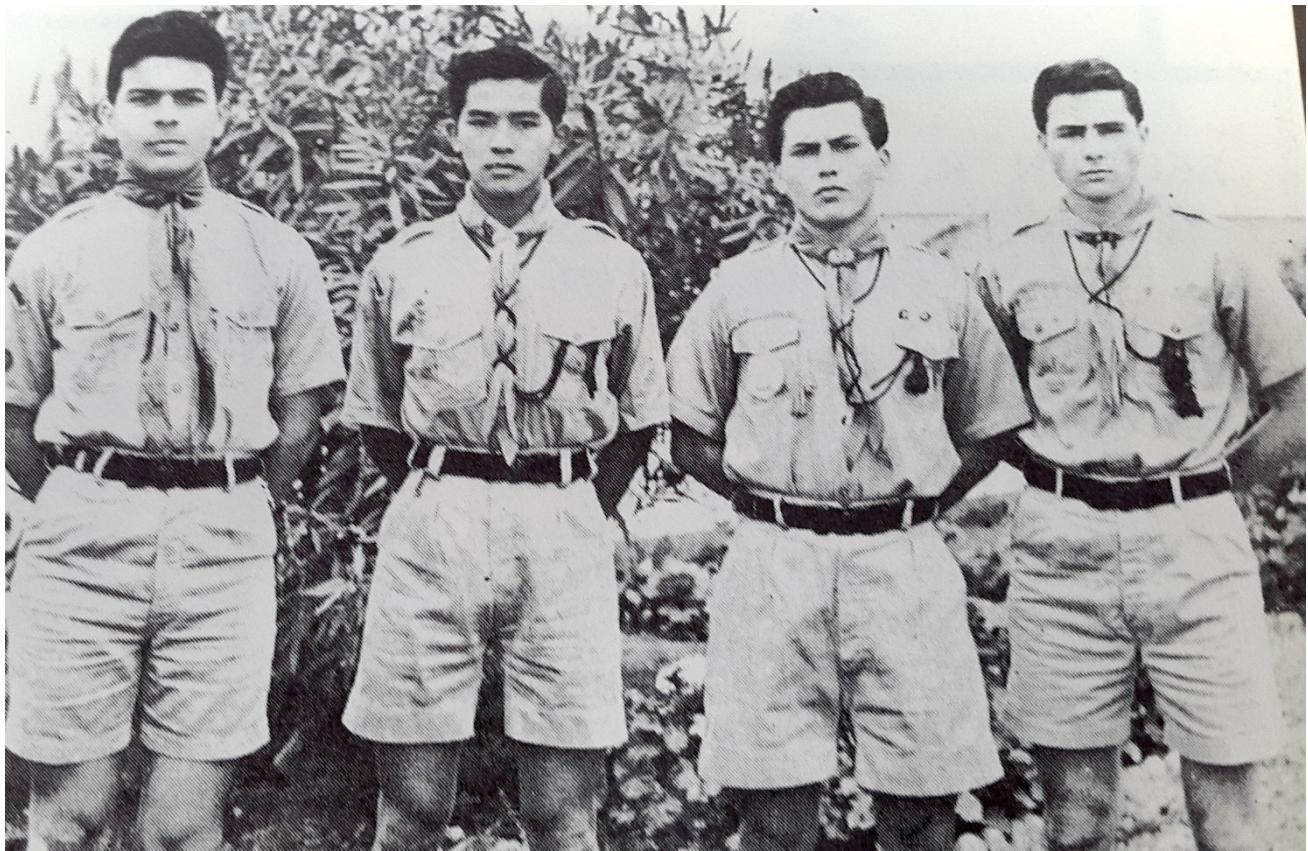
En segundo de media pasé a la segunda voz del coro, me gustaba más la primera. Como tenía facilidades para la música y hacía mis pinitos en el piano de la casa mi papá me inscribió en unas clases de piano que daba el profesor Piña en su casa de la av. Arenales.

Fui durante una temporada. El profesor lógicamente se empeñó en enseñarme música desde los inicios, me hacía solfear y leer en el pentagrama los tiempos para poder tocar mis primeros ejercicios, con la compañía del metrónomo.

A mi me parecía aburridísimo y me aprendí de memoria las piezas; cuando el profesor se dio cuenta se molestó conmigo y eso bastó para que me retirara perdiéndome esa gran oportunidad que ahora me gustaría tenerla; y entonces pase a esmerarme más con la guitarra que tenía en casa.



Profesor Piña



Con la tropa Scout

Ese año seguía en la tropa scout, muy ilusionado con las actividades que se organizaban. Hicimos varios campamentos a Cieneguilla, a mi me encantaba porque había un gran bosque y el río, medio seco pero con varios riachuelos, pasaba cerca.

Para los campamentos nos habíamos perfeccionado, *desde el punto de vista técnico*, con los báculos hicimos unas mesas consistentes, fabricamos con barro y adobes una buena cocina a leña y un horno, y para que funcionara bien nos conseguimos una lata grande de galletas (*antes las galletas venían en unas latas que tenían una tapa redonda*), la acomodamos como horno encima de la zona del fuego y funcionó muy bien.

Yo había comprado en el mercado los ingredientes para hacer la torta y nos lanzamos. Hubo éxito y les convidamos a los jefes para que la probaran, les gustó y nos subieron puntos.

El campamento fue durante las vacaciones de Fiestas Patrias, duraba una semana. Recuerdo que un día mis papás vinieron a visitarme, me dio mucha alegría que estuvieran allí.

Desde esa zona se veía la pista de bajada a Cieneguilla de los carros que venían de Lima. De noche las luces de los automóviles en movimiento le

daban al paisaje un atractivo especial. Una noche observamos, *por el movimiento de las luces*, que un carro había dado una vuelta de campana. Pudimos acercarnos para ofrecer nuestra ayuda, menos mal que no pasó de un gran susto.

Otro día acampamos en Salamanca de Monterrico. La zona del campamento estaba frente al molino de Chang en la carretera, que ahora se llama vía de evitamiento. Esos terrenos están ahora totalmente urbanizados.

Detrás de la pista había una acequia muy grande y una arboleda considerable, mucho más al fondo y al lado de un enorme tanque de agua se iniciaba, con unas pocas casas, la nueva urbanización *Salamanca de Monterrico*. Alrededor todo eran terrenos de cultivo.

Una noche, cuando ya estábamos en las carpas para dormir, después de haber tenido una fogata, llegaron dos camionetas que nos despertaron con sus potentes luces, eran los familiares de un compañero nuestro: *Miguel Wakeham*.

Segundo de media fue un año de asentamiento en los estudios escolares después de haber pasado por un difícil primero de media. Mis notas volvieron a recuperar los niveles altos sin que disminuya la dedicación al escultismo y al deporte.

En los buses del colegio

Regresábamos del colegio en un ómnibus más grande. Habían adquirido una nueva flota con los flamantes *Blue Bird*. Al chofer que nos llevaba le pusimos *Pancho Villa*, por los bigotes que le acercaban a la imagen del artista mexicano.

El profesor Larrea, que enseñaba lenguaje en primaria y fue secretario del colegio, nos cuidaba en los recorridos desde el colegio hasta nuestras casas. Eran cuatro viajes porque todos regresábamos a nuestras casas para almorzar.

Dentro del ómnibus existía la sociología peculiar de nuestro mundo escolar fuera de las aulas: *líderes que mandaban, gente que iba leyendo, otros que todo el tiempo conversaban y de vez en cuando manifestaciones colectivas ruidosas que podían incluir un apanado...*

Vivíamos con intensidad esas horas pasadas dentro del ómnibus siguiendo siempre el mismo recorrido, conocíamos perfectamente dónde se bajaba

cada uno, cómo era su casa y teníamos también nuestros amigos de los viajes.

Con un grupo de acólitos

En la semana santa el P. Armel convocó a un grupo de *acólitos* para ayudar en los oficios que se realizaban en la iglesia del colegio Belén, que estaba frente a la Recoleta. Primero eran los ensayos y a cada uno nos daban una función. Los ayudantes que acudían allí no eran realmente mis amigos, eran chicos *buenos*, pero que no “*mataban ni una mosca*”. Lo que motivaba mi presencia era sentirme lleno de un espíritu de amor a Dios difícil de describir. Pensaba que mi deber estar allí, superando “*vergüenzas*” frente a mis amigos, que luego me harían bromas burlándose de mi *piadosa* generosidad.

Algunos padres del colegio y las religiosas del Belén nos miraban con una *cara de bondad* que a mi no me gustaba mucho.

Ellas además nos ayudaban a revestirnos y se les escapaba comentarios *píos* sobre nosotros que a mi me ponían “*la piel de gallina*” no por miedo, era un rechazo a ese tipo de mentalidad que me parecía *cursi* y no iba conmigo.

A esos oficios venía el Cardenal Landazuri. Antes de empezar, en la sacristía, se dirigía a nosotros para animarnos a ser buenos cristianos y a seguir, si era nuestro camino, el sacerdocio; siempre le acompañaba el P. Ramiro, otro franciscano que era su familiar y secretario.

Terminados los oficios me iba corriendo a la casa. Muchas veces hice el propósito de no volver más, pero otra fuerza me hacía regresar.

Las amistades de 2do de media

En 1962 salía más de la casa para visitar a mis amigos, reforcé la amistad con Luís Pérez Traverso y alternábamos las invitaciones a nuestras respectivas casas, siempre con un lonchecito que preparaban nuestras mamás.

Ir a la casa del amigo era un pretexto para salir a la calle. Lucho Pérez vivía en Jesús María, me iba en el José Leal, unos omnibuses viejos que iban inclinados, y me bajaba frente al Ministerio de Salud en Salaverry a la altura de la calle 6 de Agosto donde vivía Lucho.

Algunas veces nos íbamos donde Daniel Moscol que vivía cerca para salir a jugar fulbito detrás del Ministerio de salud, o para ir al Estadio Nacional para el fútbol profesional, o al cine.

Con mucha frecuencia íbamos a la matinée del Mariategui. Cuando LUCHO venía a mi casa nos íbamos a los cines del centro que eran de estreno y más elegantes, también venían de vez en cuando, Jorge Pazos, Daniel Moscol y Hernán Pfluker.

A LUCHO le gustaban mucho los aviones a control remoto y nos íbamos al parque de la reserva con un modelo que él había armado y que los hacía competir con otros.

Con frecuencia acudíamos a los parques de diversión que por temporadas llegaban a Lima. Cuando se estrenó el *Bowling* de Miraflores empezamos a frecuentarlo durante una larga temporada y aprendimos a jugarlo bastante bien. Los fines de semana salíamos con nuestros papás de paseo a lugares más lejanos.

Un día la familia de LUCHO me llevó a un restaurante que está junto al viejo puente colgante de Chosica, en cambio con mis papás le invitábamos a él al *Rancho* para manejar los famosos *Chachi Karts*, o si era fiestas patrias al Circo Bismarck, que se había puesto de moda.

LUCHO me contaba que tenía una vecina que era su enamorada y que se llamaba *Janette*, me enseñó dónde vivía, pero nunca me la presentó y tampoco lo vi que saliera con ella. Ahora pienso que se trataba de un *amor platónico*.

En casa y con los amigos de la casa

Seguimos viviendo en el edificio Belén de la Av. Uruguay, las caminatas por el Centro de Lima eran constantes. Mi papá nos daba a cada uno dos soles de propina al día, que se iban en golosinas o en comprar algunas figuritas de colección.

Los fines de semana podíamos ir al cine, fundamentalmente a la matiné y en tiempos de fiestas patrias al circo, alguna vez fuimos al teatro Segura para ver las Zarzuelas con mi papá.

Mi padre salía con mi mamá, sus amigos de la corte y sus esposas, a reuniones sociales. Fue un tiempo muy grato para él y para todos nosotros. Mi papá se hizo socio del club Regatas Unión de La Punta y en el verano íbamos todos a la playa y a intentar bogar, nunca lo conseguimos.

Un compadre de mi papá, Miguel Pacheco Medina, que también era abogado, tenía una familia numerosa y tuvimos la oportunidad de salir con ellos. Eran chicos de Nuestra edad. Nosotros éramos 6, 4 hombres y dos mujeres y ellos eran 3 hombres y una mujer. Nos caían muy bien e hicimos amistad en poco tiempo, frecuentábamos su casa de la Av. Salaverry.

Cada vez que podíamos jugábamos un partido de fulbito los Tamayo contra los Pacheco, el papá de ellos también jugaba. Los partidos eran en La Punta en una loza de una casa abandonada o en la arena de las playas de Huacho, donde nos invitaba a ir algún fin de semana. Tenía un Dodge del año 59 que parecía un buque, luego se compró otro más compacto. Nosotros todavía nos manejábamos con en Morris minor de mi papá.

Durante años le reclamábamos a mi papá una casa con jardín, pero todavía no había la posibilidad de tenerla. Mi padre tuvo que vender el terreno de Ancón porque el municipio exigía la construcción de un muro, y como era muy caro mi papá lo tuvo que dejar.

Ese año fuimos a la feria del Pacifico con toda la familia. Estaba situada a la altura de la “Pera del Amor” al final de la Salaverry y en la av. del ejercito. Era algo que no nos podíamos perder. Nos encantaba.

Este año el profesor Piña que era el director del coro del colegio me cambió a la segunda voz. Nuestro coro tenía 4 voces: los niños de las voces blancas era la primera voz, luego venía la segunda, los tenores y los bajos. Como mi voz se había engrosado un poco ya no podía estar en la primera voz. Yo me sentía un poco más grande y orgulloso por no tener ya una voz de niño. También había crecido unos centímetros más.

El año se fue terminando y llegó la Navidad. A mi abuelo le diagnosticaron diabetes y tuvo que frecuentar el hospital Naval para sus chequeos.

El bazar y la proveduría, de la marina, cambiaron sus locales del Callao al antiguo hipódromo de San Felipe. El hipódromo se había trasladado a Monterrico.



En la segunda voz del coro

Lo que aprendí en el Escultismo

A los Lobatos entré cuando tenía 9 y allí aprendí a ser servicial, nos pedían hacer una buena acción cada día y nos esforzábamos en conseguirlo. Nos llevaban a visitar a los niños enfermos del hospital San Juan de Dios y les llevábamos golosinas, también fuimos en distintas ocasiones a *Reynoso*, población cercana al Callao que estaba a pocos metros del río, para hacer labor social.

Me incentivaron mucho para ser generoso con las personas afectadas por alguna limitación. El simple hecho de ir a esos lugares nos ayudaba mucho a ser personas que se preocuparan por los demás. Siempre queríamos ir para ayudar.

Cuando pasé a los Boys Scouts el año 1961 ya estaba bastante motivado para querer ayudar a los demás. Alternábamos nuestros programas de ayuda con los campamentos que hacíamos fuera de Lima. Allí nos instruían en la cocina, desde preparar un menú e ir a comprar los alimentos hasta construir

nuestras propias cocinas con barro y adobe. Manejábamos bien la lampa y el pico y luego teníamos que ir a buscar la leña y encender el fuego.

Los jefes revisaban y ponían puntuajes. Primero la carpa, debía estar bien recogida y ventilada, después la ropa ordenada junto a las frazadas. Nos revisaban si estábamos correctamente vestidos, si teníamos limpias las rodillas, las manos y las uñas, si estábamos bien peinados.

Luego revisaban las ollas y todos los utensilios que habíamos utilizado para preparar la comida, si los platos, vasos y cubiertos estaban limpios y ordenados. Todo puntuaba. Probaban la comida que habíamos preparado y le ponían una nota.

Por la tarde construíamos algo: una mesa, un puente, un horno y también puntuaba; por la noche terminábamos la jornada alrededor de una gran fogata, con canciones, números cómicos y juegos. Todos los chicos disfrutábamos mucho en esos campamentos de instrucción y formación.

En los campamentos, cada día, el sacerdote celebraba la Santa Misa y predicaba una homilía.

Puntuaba también la puntualidad. Al toque de un silbato teníamos que salir corriendo de la carpa a la hora de levantarnos para formar delante de la bandera y rezar las primeras oraciones de la mañana. Todos cumplían con lo establecido y nadie protestaba. Nos encantaba estar allí.



Guillermo y Augusto Tamayo
Ludovig

Wakeham, Varrarino, Rey, Barboza, Swoal,

Las generaciones actuales

Cuando hoy contemplo a los jóvenes veo muchas carencias: los niños que lo tienen todo son como unos príncipes exigentes y engréidos, y los otros, que no tienen una familia estable, y son pobres, con qué facilidad caen en el pandillaje y en la delincuencia.

Aunque hay excepciones y gente maravillosa, da mucha pena ver a miles de jóvenes en situaciones de egoísmo exacerbado, o de una sensibilidad enfermiza y algunos con una pobreza moral preocupante que ¡clama al Cielo!

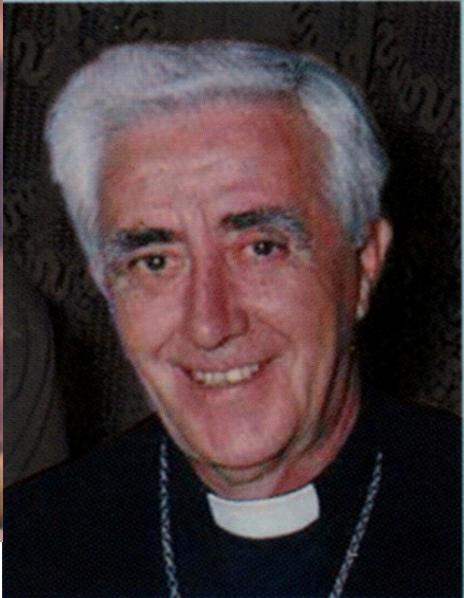
Es entonces cuando pienso que he sido afortunado por haber pertenecido en mi niñez y adolescencia a una manada de Lobatos y a una tropa Scout, con gente muy buena, que pusieron los cimientos para lo que más tarde, y dentro de la misma década, me encontraría. Como quisiera que hoy existiera algo parecido para que los niños y adolescentes puedan tener una sana y buena formación que les haga sensatos y buenos en la vida.

Al empezar el año 1963

En el verano de 1963 había terminado segundo de media en el colegio de los SSCC Recoleta. Hice un campamento con los Boys Scouts y salíamos con la familia a las playas como en otros años. En 1963, casi sin darme cuenta, cambió el rumbo de mi vida hacia algo mucho mejor que me llenó de alegría.

Gracias a Dios pude conocer el Opus Dei a los 14 años porque, en la década anterior, Víctor Morales Corrales, exalumno de La Recoleta, decidió un día confesarse y entró a la Iglesia de la Merced en el centro de Lima, buscando un confesor. Vio que en la primera banca estaba sentado un sacerdote y se dirigió a él.

Era el Padre Enrique Pélach, que años después fue nombrado Obispo de Abancay.



Víctor Morales Corrales

Mons. Enrique Pélach

El P. Pélach le dijo que él no era de esa Iglesia y que tenía que pedir permiso para entrar en un confesonario. Después de pedir los permisos correspondientes le atendió en un confesonario de la Iglesia y aprovechó esa ocasión para invitarlo por la residencia Los Andes. Al poco tiempo Víctor Morales empezó a ir por la residencia.

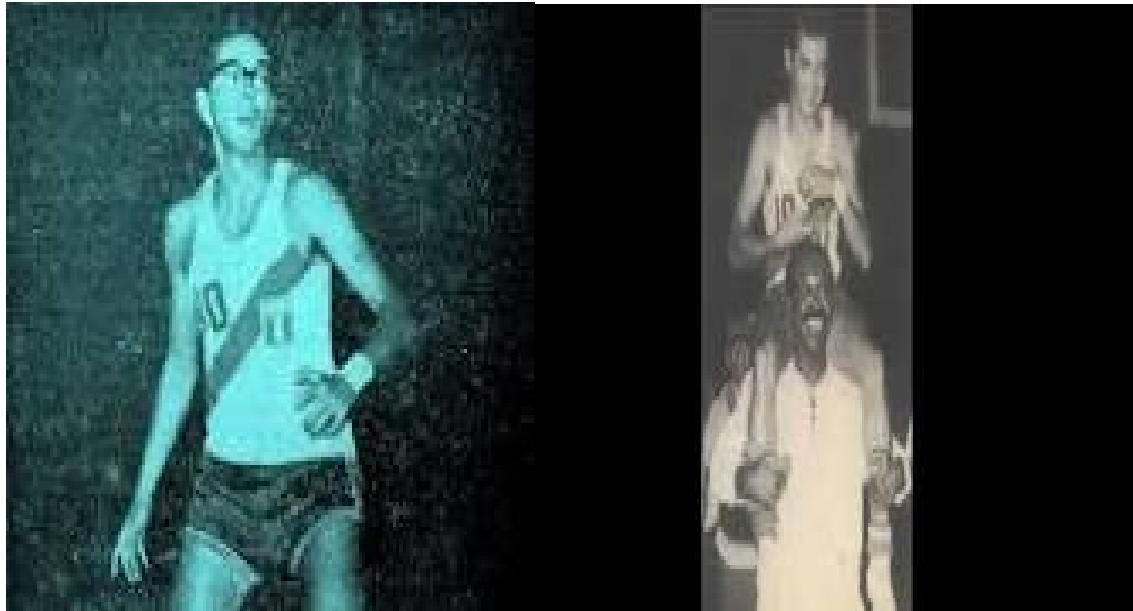
Víctor Morales tenía un compañero de clase que se llamaba Alfonso Pérez Traverso y de vez en cuando lo llevaba por Los Andes. Alfonso tenía un hermano menor que se llamaba Luis y era mi mejor amigo.

Con Luis salíamos a todas partes. Nos gustaba mucho ir al cine y al estadio nacional para ver los partidos de fútbol del campeonato nacional.

En el verano del año 1963 se organizó en Lima un campeonato sudamericano de Basket. El Perú participó con un equipo muy bueno capitaneado por Juan Luis Cipriani.

No nos perdimos ningún partido del campeonato y el Perú quedó en primer lugar junto a Brasil, que era el campeón sudamericano.

En abril, cuando empezaron las clases del colegio, mi amigo Luis me comenta que habían abierto una residencia en Lima y que si queríamos podríamos escuchar a Cipriani que iba a dar una charla. Fuimos por curiosidad varios de la clase y así conocí el Opus Dei.



Juan Luis Cipriani

Nicomedes Santa Cruz lleva en hombros
a Juan Luis Cipriani por el triunfo del Perú

A la primera charla que asistí, que la dio Juan Luis Cipriani, asistieron también mi amigo Luis, algunos compañeros que ahora no recuerdo y chicos de otros colegios que eran mayores que nosotros. Se veía que ya llevaban un tiempo asistiendo a los medios de formación. (33)

(33) Estaban Jaime, Paul y Miguel Cabrera Valencia, Guillermo Descalzi, Ricardo Colmenares, Max Claux, Pocho Varcárcel y otros más.

A los pocos días mi amigo Luis Pérez me llama por teléfono para invitarme a un paseo con el club Saeta a Santa Eulalia. Fuimos temprano con Luis a la residencia Los Andes. Tocamos el timbre y se demoraron bastante en abrirnos.



Luis Pérez Traverso



José Navarro Pascual

De pronto abrió la puerta Pepe Navarro. Me impresionó mucho porque tenía la cara embadurnada de pasta de afeitar y nos miraba como diciéndonos que habíamos llegado demasiado temprano. Nos hizo pasar a una salita pequeña donde había un ascensor y un ventanal enorme que daba a un jardín que tenía una pérgola.

Al asomarme a la ventana vi que a la izquierda había un magnolio gigantesco que había arrojado sus flores blancas en el piso del jardín, y al fondo, más allá de la pérgola logré divisar una cancha de fulbito. Me dio mucha alegría y me faltó tiempo para decirle a Luis lo que había descubierto.

Los dos nos alegramos mucho pensando en la posibilidad de que nos invitaran a jugar. Nos sentamos en unos sillones con unos cojines que se hundían, era divertido, al medio de esa salita había una mesita en forma de riñón y sobre ella dos ceniceros, uno en forma de pera y otro que tenía debajo una bolsa llena de balines que sujetaba el cenicero para que tuviera estabilidad en donde se colocara.

Al poco tiempo de estar allí apareció un chico estudiante del Markham, mayor que yo y muy hablador, era Jaime Cabrera y con un lenguaje super

veloz que lo caracterizaba (se le entendía la mitad) nos dijo que salíamos enseguida con otros chicos.

Apareció de inmediato Víctor Morales que haría cabeza en ese paseo, nos dijo que el director del club era Andrés Álvarez Calderón pero que esta vez no podía venir con nosotros.

Fuimos al centro de Lima en el expreso Miraflores y en La Colmena tomamos unos colectivos para Santa Eulalia. En el carro de ida iba con nosotros Víctor Morales, en el viaje nos dio a leer el reglamento del club.

Allí escuché por primera vez: Opus Dei. No tenía ni idea, Luis sabía un poco más por su hermano y él me completaba las explicaciones. Me sorprendió que a las 12 rezáramos el *Angelus*, tampoco lo conocía.

Con Luis Pérez empezamos a ir por el club saeta los sábados por la tarde, quedaba en la calle Diez Canseco de Miraflores, al lado estaba la casa de los Ferraro, en frente Monterrey y al otro lado la tienda Field de caramelos, galletas y chocolates.

Llegábamos a las 4.00 pm, Jaime Cabrera nos abría. Muy temprano venía Joseíto (*un niño pequeño hijo de José Miguel Flores Estrada*). El Club era muy pequeño tenía un hall donde estaba instalada una mesa de *ping pong*, al fondo había un patio muy pequeño donde cabía con las justas un aro de basket.

Nos entreteníamos entre las *quinelas* y el *ping pong* hasta que llegaba José Ramón de Dolarea y Calvar para darnos una charla de doctrina cristiana.

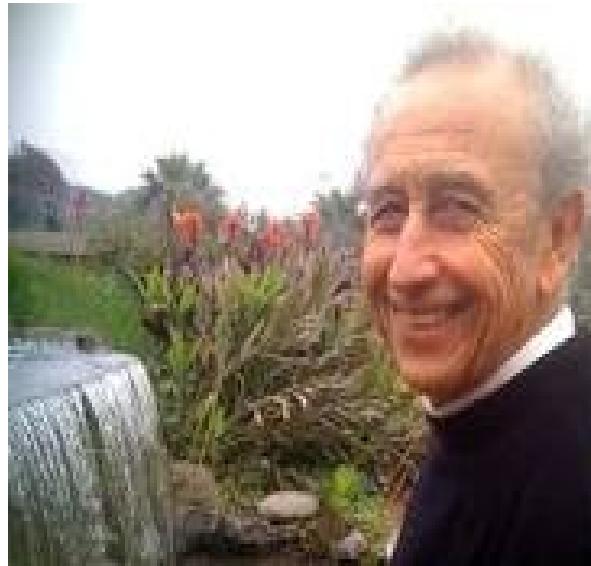
Dejábamos de jugar, nos lavábamos un poco y entrábamos a una pequeña salita que había donde se deban los medios de formación y se conversaba con la gente. José Ramón, vestido siempre con una elegancia que llamaba la atención se expresaba de un modo poético con una vibración que removía a todos.

Al terminar nos invitaba a una meditación que tendría lugar en Los Andes. Yo no quería ir a las meditaciones para no perderme los partidos de fútbol que se jugaban en el estadio Nacional por la noche. Un sábado que no había partido fui por primera vez, me gustó mucho y a partir de ese día no me perdí ninguna. Los partidos nocturnos del sábado por la noche pasaron a un segundo plano.



Conocí a dos sacerdotes españoles el P. Antonio Ducay y el P. Luis Tegerizo. La sotana negra tipo romano los hacía gigantes para mí. (34)

Me quedé más asombrado cuando vi al P. Vicente Pazos, que era más alto todavía y fue el que predicó la meditación. Después de la meditación nos sentamos a conversar y quedamos para volver al día siguiente para jugar un partido de fulbito. (35) Luis Pérez y yo nos alegramos mucho. (36)



P. Antonio Ducay Vela

(34) Además en la residencia vivía el campeón sudamericano de Basket Juan Luís Cipriani, que también jugaba muy bien al fútbol y un futbolista profesional, Andrés Álvarez Calderón Rey, el primero que se había hecho del Opus Dei en el Perú.

(35) *Esa noche estaba entre los asistentes Víctor Fioco, amigo de Alfonso Pérez Traverso y Carlos Aguirre, que eran mayores que nosotros (2). Después de la meditación nos sentamos en la salita del ascensor y fueron pasando los residentes: Guillermo Górbicht, Ricardo Palma, Lucho Quispe, Rafo León, Juan Carlos Arbaiza; no nos hicieron mucho caso, en cambio se acercaron otros que se quedaron con nosotros para conversar: Andrés Álvarez Calderón, Víctor Morales, Juan Luis Cipriani y Manolo Quimper.*

(36) *En la conversación que teníamos después de la meditación intervenían mucho los hermanos Cabrera. Paúl había terminado el colegio pero Jaime y Milky eran escolares todavía.*

Nos presentaron a unos ingenieros mayores que vivían en la casa: Ramón Mujica, Jorge Boladeras y Rafael Estartús. Jaime nos decía que eran genios que Ramón Mujica era un experto en Oceanografía y que Jorge Boladeras y Rafael Estartús habían inventado un aparato que se llamaba “*Bolatús*”.



Ramón Mugica y Jorge Boladeras

Nosotros intrigados queríamos conocer el invento y Jaime le iba poniendo más “cuento” a su relato exagerando la nota. Luego descubrimos que era un sistema de comunicación interna para ubicar a la gente, cada uno tenía su número que aparecía en la pantalla de varios lugares, con el sonido de un timbre, cuando se buscaba a una persona. Todo se ejecutaba desde portería. Víctor Morales tenía el número 34, Juan Luis el 12 y así cada uno el suyo.



Ing. Rafaél Estartús Tobella

Luis Pérez y yo regresamos el domingo por la tarde para jugar un partido de fulbito; estaban los residentes y jugaban también Ramón Mujica, Pepe Navarro y el Padre Antonio Ducay, nos sentíamos entre grandes. (37)

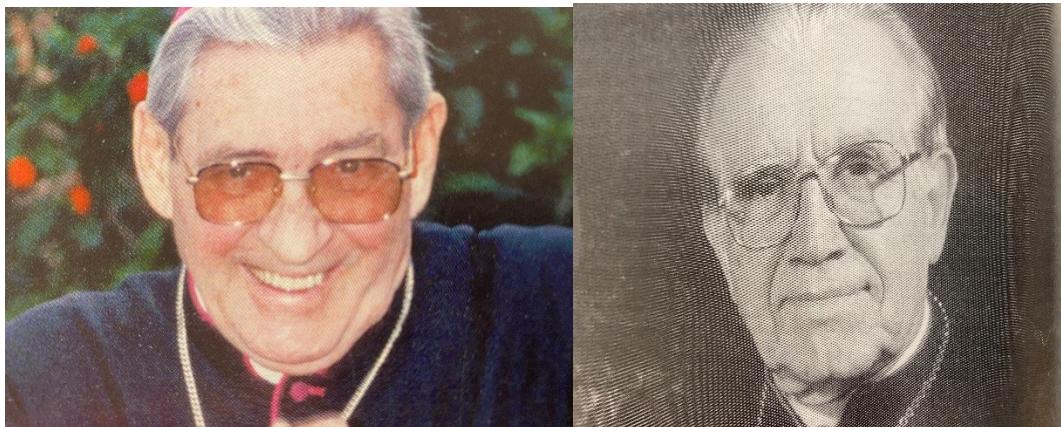
Eran partidos muy divertidos llenos de bromas y tomaduras de pelo. Los íbamos conociendo poco a poco en la cancha.

Un día me invitaron a una convivencia de fin de semana, era en la casa de los Montes de Peralta de Los Ángeles en Chaclacayo, en P. Antonio manejaba un Volkswagen antracita y el P. Tejerizo un Opel color verde claro.

Al llegar a la casa Manolo Quimper, un residente que estudiaba medicina, buscaba a “Óe” (así se llamaba el guardián) para asegurarse que no faltara el agua.

Eran dos edificios muy simpáticos que daban a un jardín donde había unos paltos y más abajo una piscina que tenía una cuerda en medio para separar, en el agua, la zona que nos tocaba a nosotros de la del vecino.

A la casa se subía por una pequeña escalera exterior y se entraba al living, el oratorio era una habitación muy pequeñita que estaba a la derecha del primer piso, cuando el tren pasaba retumbaban todas las ventanas y parecía un temblor. (38)



Mons. Ignacio María Orbegoso

Mons. Luis Sánchez Moreno

(37) Aparecieron de espectadores Don Lucho Sánchez Moreno y Don Ignacio, que metía vicio. Otro domingo los vi jugar Volley, allí se sumaban Jorge Boladeras y Rafael Estartús.

(38) En esa primera convivencia estaban David Bauman, Fernando Peschiera y todos los demás que he mencionado en los párrafos anteriores.

En el jardín, junto a los paltos, jugábamos unos agotadores partidos de fulbito. Admirábamos mucho el fútbol de Andrés Álvarez Calderón y de Juan Luis Cipriani.

Con los residentes de Los Andes no conversábamos mucho, ellos nos llamaban “*las piñañas*” porque José Ramón Dolarea cuando podía nos invitaba a tomar lonche al comedor.



José Ramón De Dolarea y Calvar

Como éramos muchos los chicos que acudíamos a la residencia, se dispuso que el lonche se pagara. Andy bajaba con unos tikets, y con dos soles

podíamos entrar al comedor, aunque José Ramón muchas veces nos invitaba sin que pagáramos nada.

En esos días fue el asesinato de Kenedy en USA, yo terminaba tercero de media en el Colegio de La Recoleta. En esos días conversé con los directores de la casa sobre la posibilidad de pertenecer al Opus Dei.

El 14 de Noviembre de 1963 pedí la admisión como numerario del Opus Dei, tenía 15 años de edad.

Ese día aparecieron todos los de la casa para felicitarme. A partir de ese día Lucho Pérez y yo invitamos a más compañeros del colegio para conocer Los Andes. (39). Al día siguiente aparecieron más chicos, mayores que yo que no conocía y unos residentes que vivían en Los Andes. (40)

(39) *Ricardo Estela, Jorge Pazos, Luis Zavala, Jorge Bernardini, Ricardo Yori que fueron por Los Andes en los dos últimos meses del año: noviembre y diciembre de 1963, también fueron mis hermanos Augusto y Guillermo. Luego en el verano empezaron a ir Pedro Drinot y Jaime Sarmiento.*

(40) *Víctor Fioco, amigo de Alfonso Pérez Traverso y Carlos Aguirre y los residentes Guillermo Górbicht, Ricardo Palma, Lucho Quispe, Rafo León, Juan Carlos Arbaiza;*

Un día, el Padre Pazos nos dio la noticia de la instalación de un nuevo centro para chicos jóvenes en Lima. Para todos era una novedad. El P. Pazos nos contó con lujo de detalles, cómo era y cómo tendría que funcionar. Nos sorprendió cuando sobre la marcha nos encargó buscar una casa adecuada, que reúna las condiciones, y que lo hicéramos con la ayuda nuestros amigos del colegio.



El P. Vicente Pazos con San Josemaría

Después de las fiestas de Navidad y año nuevo tuvimos para las vacaciones de verano, una actividad para aprovechar el tiempo, que combinaríamos con

los deportes y paseos que se organizaron para nosotros y una convivencia en Chaclacayo, a la que asistiríamos por primera vez.

Empezó el colegio en abril. Nos habían dicho que se venían los años más difíciles de media porque se juntaban muchas cosas y se tomaban las decisiones más importantes de la vida.

A fin de año había que decidir, por ejemplo, si se seguía ciencias o letras, para cursar cuarto de media. Además la mayoría cumpliríamos los 15 años de edad, que era como una etapa que marcaba el fin de la infancia y lo central de la adolescencia.

Los profesores nos hablaban de la crisis de la adolescencia. La verdad es que yo no sentí nunca nada especial. Pasé todo el año sin ser consciente de que tendría que pasar por alguna crisis o algún cambio. Para mí fue un año muy bonito y lleno de gratas impresiones y motivaciones que me entusiasmaban.

La Misa del inicio del año se celebró para todo el colegio en el garaje de los *omnibus* porque todavía no se había construido la capilla grande y en la que había no entrábamos todos. Recuerdo que la viví con intensidad, tal vez yo solo, estaba como en la mitad del garaje junto a los de mi clase. Esa Misa marcó una huella en mi alma que se podría traducir en una alegría especial que recuerdo siempre con gratitud.

Mi afición por los deportes

En el colegio había puesto *fierro a fondo* con el atletismo, todos los días me quedaba de 5.00 a 6.00 pm para entrenar 100 metros planos. Era de los mejores velocistas del colegio, además, como me gustaban las otras disciplinas deportivas, también me metía a competir.

Hice 110 con vallas, 400 metros planos, maratón de 5 km dando la vuelta al golf de Monterrico, jabalina, martillo y salto largo. También iba por las mañanas al colegio en el ómnibus de los choferes que salía de la plaza Francia.

A las 7.00 am estaba entrenando, luego me metía a la piscina y para las 8.20 estaba listo para empezar las clases.

El P. Hervé que era un hombre emprendedor había organizado y modernizado el boletín del colegio con un equipo de gente que él lideraba y también fue el fundador del *ADECORE*, que empezó con nosotros en la Recoleta.

Después de mucho entrenar gané la carrera de 100 metros planos. Un día nos llevaron a competir con el Colegio Leónicio Prado, porque eran los mejores en atletismo y también les ganamos.

El profesor Guerrero, que era mi entrenador, me inscribió en la Liga de Atletismo de Lima y me llevó a entrenar al estadio nacional. Era un ritmo bastante exigente. Yo admiraba a Gerardo Di Tolla que a la sazón era el campeón peruano de los 100 metros planos, ponía 10'5; yo llegué a poner 11'5 en mis mejores momentos.

En el estadio entrenaba Roberto Abugatás, campeón de salto alto y Fernando Acevedo, que luego batió el record de los 100 metros con 10,2 (se mantiene hasta la fecha).

Tenía que estar a las 2.00 pm para empezar a entrenar, de mi colegio iban también Beltroy, Castro, León Piqueras y otros atletas que ahora no recuerdo.

A finales de año Manuel Beltroy, que lanzaba bala, me animaba para que participemos de un campeonato bolivariano que se había organizado, pero para esas fechas yo me estaba retirando de los entrenamientos porque quería prepararme bien para la universidad y desistí de esa invitación. Así me fui alejando poco a poco del atletismo. En los años siguientes cumpliría solo con los campeonatos que se organizaran en el colegio.

Los sucesos mundiales

En el colegio mientras nosotros hacíamos malabares con el *yoyó* los americanos y los rusos que estaban en una *guerra fría* podían comunicarse con un teléfono rojo.

La Iglesia también hizo noticia porque el Papa Juan XXIII que había abierto el concilio Vaticano II fallece sin que se hubiera cerrado el concilio y es elegido en el cónclave el Papa Paulo VI.

Recuerdo que al llegar al colegio tuvimos una clase con el profesor Enrique Bernales que después fue congresista de la izquierda unida, ese día, vestido tan elegante como siempre, pronunció un discurso emotivo que nos impresionó: *“Juan XXIII el Papa bueno de figura rechoncha ha sido un Papa de transición...”*

Cuando murió Pio XII éramos demasiado *chiquillos* para sentir la muerte de un Papa. A los 14 años era diferente. Mirábamos con respeto las reacciones

de las personas mayores, en la casa había un silencio especial y en el colegio las misas y las expectativas de lo que sucedería luego.

Allí nos enterábamos de lo que era un cónclave, la fumata con el humo blanco, el papel de los cardenales, etc.

A nuestro flamante presidente Fernando Belaunde no le faltó la inspiración para hacer discursos brillantes sobre Juan XXIII. Al final del año conmovió al mundo el asesinato del presidente de los Estados Unidos J.F. Kennedy.

Aprendí a manejar carro

El año 1963 mi papá fue elegido presidente de la Corte Superior del Callao. Le dieron un Chevrolet *Biscaine*, del año 1958, con chofer, además del *Morris minor* que teníamos en casa.

Desde el inicio del año le había pedido a mi papá que me enseñara a manejar y no dejaba de insistirle con frecuencia. Mi papá lo quería hacer en el *Morris* pero en tiempo de vacaciones, siempre me daba largas.

Yo me había fijado bien cómo se manejaba y me parecía que para mí sería muy fácil. Me hice amigo del chofer del carro de la Corte. Él nos llevaba todos los días al colegio y un día lo convencí para que me enseñara a manejar.

Nos fuimos a una urbanización, de esas que habían construido solo las pistas y me dio el carro para dar mis primeras vueltas. Poco a poco me fui soltando hasta que me sentía seguro en el timón. Todavía no había salido al tráfico.

Cuando pasó el tiempo le pedí al *chofer* que me prestara el carro para dar una vuelta al golf de Monterrico. En aquella época no había casi carros. El *chofer* iba a mi lado y yo manejaba, allí aprendí a ir a más velocidad. Luego le dije que quería ir yo solo, sin que él estuviera al lado. Lo que de verdad quería era exhibirme frente a mis amigos del colegio sin tener en el carro a una persona mayor.

También aceptó mi propuesta y terminé metiendo en el carro a mis amigos para darles una vuelta al golf. Con ellos dentro aumenté la velocidad para impresionarlos.

Mi error fue cuando mi mejor amigo, Lucho Pérez, me pidió prestado el carro para hacer lo mismo con nosotros dentro. Él no había tenido tanto entrenamiento como yo en ese Chevrolet y al entrar al colegio se estrelló contra el muro rompió la máscara y el radiador y nos dimos un gran susto.

El *chofer* se preocupó muchísimo y yo más que él. Allí terminó la aventura del manejo del Chevrolet. El *chofer* asumió su responsabilidad como si él hubiera chocado.

Cuando llegaron las vacaciones mi papá me dijo: *¡ven que te voy a enseñar a manejar!*, mi mamá, que también quería aprender, se sumó a las clases, fuimos en el *Morris* al Campo de Marte por la noche, no había ningún carro.

Le cedí el primer turno a mi mamá que cogía por primera vez un automóvil. Estaba muy nerviosa y como era de esperar el carro se le *calaba* a cada rato y como no sabía coordinar el embrague con el acelerador lo hacía saltar constantemente.

Cuando llegó mi turno, (*mis padres no sabían que ya había aprendido en el Chevrolet*), me senté al volante con una gran seguridad y saqué el carro sin ningún sobresalto. Mis padres asombrados me decían: *¿y cómo sabes?* Yo solo contesté: *aprendí fijándome*. Me pareció que no quedaron muy convencidos, pero nunca me dijeron nada.



Morris minor

Descubrimientos y permisos de fin de año

Días antes de la Navidad invitaron a mis padres a un Triduo para familias en la Residencia Los Andes. Mis papás me hicieron todo tipo de preguntas: *¿quiénes son?, ¿a qué se dedican? ¿qué buscan?*

Los meses anteriores, cuando iba al club Saeta o a Los Andes habían visto solo el aspecto deportivo o tal vez cultural, pero ahora que los invitaban a

ellos y que yo tenía una propuesta para ir en el verano un mes a una casa de retiros les entró una preocupación que a mi me asustó un poco.

Mi mamá, que no perdía el tiempo, se escapó a la iglesia de La Recoleta para preguntarle a los sacerdotes sobre el Opus Dei. La atendió el P. Gustavo y le dijo que era algo muy bueno y querido por la Iglesia. Mi mamá se quedó muy tranquila.

A mi papá no le entraba en la cabeza que a un chico de tercero de media le invitaran a vivir un mes en una casa de retiro fuera de Lima. Me preguntaba: ¿y qué van a hacer allí tanto tiempo?, yo no salía de mis partidos de fútbol y de las charlas que se darían, tampoco sabía mucho más.

El único argumento que le convenció es cuando le dije que vayan al Triduo de Navidad para que conozcan a la gente que iba a ir conmigo en el verano.

Días antes del Triduo preparamos todo en Los Andes. Recuerdo haber ido a las tiendas de Miraflores para comprar adornos navideños que luego colocamos en el living con ayuda de todos.

Hicimos también el *nacimiento* escuchando villancicos. Me sentía muy feliz en ese ambiente tan acogedor y sano. Llegó el día del Triduo y llegaron mis papás a la residencia por primera vez.

Rápidamente hicieron *migas* con los directores y se encontraron familias conocidas que estaban allí, *Cipriani, Vela ochaga, Bustamante, etc.* La pasaron en grande y vieron que las personas que había eran de mucha valía. Se quedaron tranquilos y me dieron permiso para asistir al curso de verano.

Llegó 1964

En el Año Nuevo fui a la residencia universitaria Los Andes que estaba en la av. Pardo de Miraflores. Subí por una escalera externa del costado de la casa al departamento donde vivían los directores del Opus Dei.

Nos habían invitado a un par de chicos y a mi a una meditación. Llegué temprano y al entrar al pequeño oratorio vi que estaba Mons. Obrbegozo, el que jugaba fútbol con nosotros, sentado en una silla y mirando fijamente al

Sagrario. Ni siquiera se inmutó con mi presencia. Me acerqué para que me dijera algo pero nada, ni pestañeó. Me quedé con la impresión de que algo importante estaba haciendo.

La meditación la dio un sacerdote muy alto y muy serio que también me llamó la atención. Era el consiliario del Opus Dei en el Perú, el P. Vicente Pazos González.

En una de mis visitas periódicas a Los Andes, después de la acostumbrada meditación, el P. Pazos nos reunió a los jóvenes para pedirnos que buscáramos por San Isidro una casa que se estuviera vendiendo, porque se quería poner un nuevo centro del Opus Dei en Lima.

Con algunos compañeros de colegio, que tenían bicicleta, nos organizamos para hacer esos recorridos. Vimos muchas casas y traímos la información con los datos a Los Andes. En unos meses se decidió adquirir una que estaba en la av. Del Bosque y se le puso el nombre de la calle que estaba a un lado: Tradiciones.

A finales de enero nos fuimos a Chaclacayo a la casa que habían prestado los Montes de Peralta en la zona de Los Ángeles. Allí tuvimos el curso de verano que duró tres semanas. Mucho deporte: *fútbol, piscina*, bastantes charlas de formación y agradables tertulias con gente mayor que había venido de distintos lugares. Fueron días muy gratos e inolvidables.

Otros campamentos con los scouts

Las vacaciones se fueron volando. En el mes de febrero hice con los Boys Socuts otro campamento a Cieneguilla y en marzo fuimos al terreno Scout en Chosica a un campamento de guías de patrulla.

Nos instruían con el libro “Escultismo para muchachos” que me lo leí entero. Por las noches nunca faltaba la famosa fogata con juegos y canciones: “....ay jo yo remando voy, por el río mi canoa va, en la tarde fresca...”

Los que escogimos seguir una carrera de letras

Los últimos años del colegio se pasan rapidísimos, más cuando al inicio de 4to. de media nos preguntaban si queríamos seguir letras o ciencias. Hasta tercero de media quise ser marino pero en cuarto, pienso que por tradición de la familia paterna, me incliné por las letras.



Había en el colegio un profesor que se interesó mucho por nosotros para orientarnos hacia los estudios universitarios. Era el profesor de historia universal Juan Canal T.

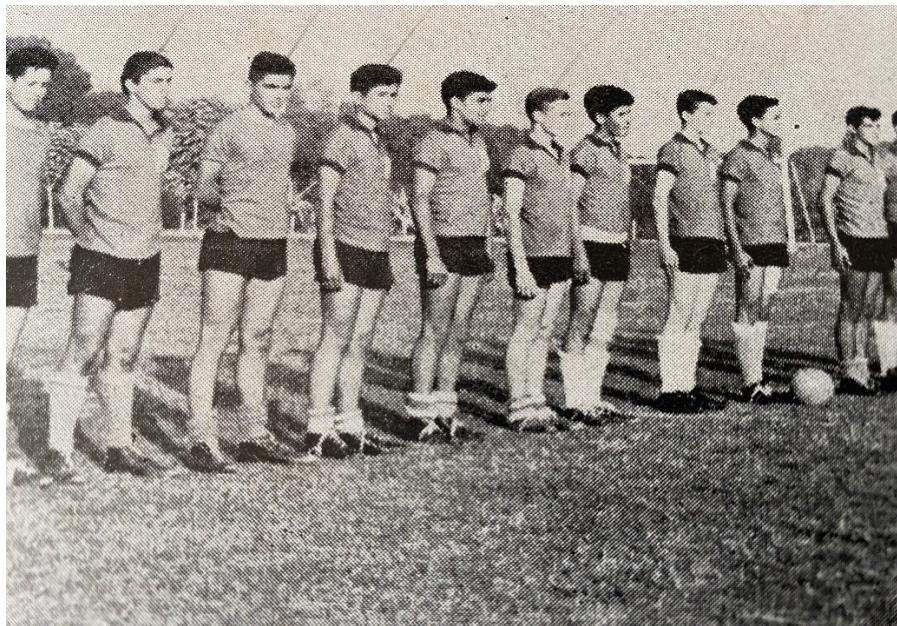
Nos invitaba a su casa donde teníamos sesiones culturales. Nos hizo leer muchos libros e intervenir en el teatro. Ensayamos una obra sobre los incas y la representamos en el colegio para todo el alumnado y los padres de familia.

Otro día fuimos con el profesor Canal a ver *Collacocha* al colegio de Guadalupe. La obra estaba de moda y era representada por los emblemáticos actores Luís Álvarez y Ricardo Blume. Nos encantó y empezamos a ensayarla. En el primer año de universidad tuve ocasión de representarla para un grupo de universitarios y profesionales.

La selección del colegio jugó contra Chile

En Lima se había organizado un campeonato sudamericano juvenil de fútbol. Vinieron equipos de diversos países y les dieron a cada uno una cancha para entrenar mientras se realizaba el campeonato.

Al equipo de Chile le tocó estar en el estadio de La Recoleta y esta circunstancia favoreció que la selección del colegio pudiera jugar contra Chile. Así fue.



Selección del Colegio SSCC 1964

Nos entrenamos bien, yo estaba en la delantera, aunque los jugadores más importantes eran los de quinto de media. Me acuerdo que Jaguande estaba en el arco y que Zepilli metió uno de los goles, yo hice lo que pude. En el Boletín del colegio aparece la foto y la noticia. Los chilenos nos ganaron 6-2, pero la pasamos en grande jugando ese partido con profesionales del fútbol.

Tragedia en el estadio Nacional

En los años anteriores era difícil que me perdiera un partido de fútbol en el estadio nacional, sin embargo, ese año, porque le había dado un giro de seriedad a mi vida, ya no fui a ver más partidos. Gracias a esa decisión no me encontraba en el estadio el día de la tragedia. Fue algo horroroso y espantoso. Más de 300 muertos. Jugaba Perú contra Argentina. Argentina nos ganaba 1 – 0 y a los dos minutos del final se produjo el gol peruano de Kilo Lobatón que fue eliminado por el árbitro Ángel Pazos.

La gente se irritó tanto que motivó a que una turba liderada por un delincuente, *el negro Bomba*, ingresara a la cancha para agredir al árbitro. La policía empezó a disparar gases lacrimógenos y la gente se dirigió a las escaleras para salir a la calle. Allí encontraron una trampa mortal porque las puertas del estadio que eran metálicas estaban cerradas. Los que llegaron primero murieron aplastados por la multitud.

Algunos acontecimientos mundiales de 1964

En aquellos años el marxismo se abría camino en Sudamérica. Con mi papá había acudido a casa de *Javier Heraud* en Miraflores cuando se cumplió un año de su muerte (*murió acribillado en puerto Maldonado*). Mi papá era amigo de su papá y a todos les dolió mucho su conversión a guerrillero y después su temprana muerte.

En Chile estaba Allende y se oía mucho del influjo de Cuba en las políticas de nuestros países. En el colegio nos prevenían y nos señalaban lo que estaba ocurriendo en la universidad de San Marcos que se había politizado bastante.

En el Perú se multiplicaban los partidos de izquierda, aparte de los tradicionales partidos comunista y socialista, se fundaron el Frente de Liberación Nacional (castrista) y el partido Social progresista.

En este último uno de los dirigentes era pariente mío: *Germán Tito Gutierrez Vargas*, Arequipeño y primo de mi papá. No parecía de ideas socialistas, vestía muy bien, era muy simpático y agradable en la conversación, asistía a las reuniones sociales y culturales. Era un verdadero *Gentelman*. Antes de su muerte me encontré con él en Teatro Municipal, cuando asistía con mi mamá a un concierto de la orquesta sinfónica nacional que dirigía *Leopoldo La Rosa*; se le veía muy bien, elegante, como siempre, y parecía más joven de la edad que tenía, frisaba los 80 años.

Con la tropa scout

Mis actividades extracurriculares me tenían totalmente ocupado. Me encantaban los *Boys Scouts*, en cuarto de media fui guía de los *lobos* cuando el escultismo había crecido y hubo que crear nuevas patrullas en el colegio.



Con la Tropa Scout Lima n. 1 del Colegio SSCC Recoleta

Acudía a todas las actividades que se organizaban: *dirigir tráfico, campamentos, visitas a hospitales, fogatas* y a las cenas anuales con los dirigentes, en hoteles importantes.



Recuerdo haber coincidido en el hotel Bolívar con *Miguel Aceves Mejía*, un artista de cine mejicano con quien nos hicimos unas fotos, también fuimos al viejo hotel *Maury* del centro de Lima cuando *Elías Mendoza* era Jefe Scout nacional.

Los fines de semana en el colegio aprovechaba para pasar especialidades, llegué a conocer los nombres de las plantas y árboles que había en el colegio.

Me alegró mucho cuando en una ceremonia en el parque *Kennedy* de Miraflores me dieron el cordón de *Caballero Scout*, delante de mis papás y una concurrida muchedumbre. A final de año estuve a punto de ir a un *Jambory* con Jorge Bernardini, pero me retiré de la tropa por los estudios de preparación para la universidad.

Nuestro conjunto musical: Los Coets

En música había progresado bastante, la guitarra la dominaba bastante bien y había aprendido a cantar las canciones del momento.

Con amigos del colegio formamos un conjunto de rock, que en esa época estaban de moda.



Banda LOS COETS: Castro, Tamayo, Echeandía, Otero, Venturo

Nos inspiramos en los *Doltons*, los *Shains* y en los *Saicos*, que eran los conjuntos que más se escuchaban y formamos “**Los Coets**”, que eran las

iniciales de nuestros apellidos: *Castro, Otero, Echeandía, Tamayo y la “s” del plural*; luego se sumaron al conjunto los hermanos *Venturo*, que ponían su casa de la av. Arequipa para los ensayos.

Tocábamos en diversos festivales o kermeses de los colegios y un día nos invitaron a salir al aire en Radio Nacional, esa fue la cumbre de nuestra banda que después, también por motivos de estudios, desapareció. Me impresionó mucho la muerte temprana del primer guitarrista de nuestro conjunto, Héctor Castro.

Desde luego que para poder estar en el conjunto mi papá me había regalado una guitarra eléctrica y un amplificador para mi cumpleaños de 4to. de media.

En la década de los años 60 del siglo pasado los cantantes y las canciones de moda estaban a nuestro alcance. En esos tiempos todos cantaban y muchos aprendimos a tocar guitarra para acompañarnos a cantar.

Fueron los años de la “Nueva Ola”. Los canales de televisión, *que eran fundamentalmente América y Panamericana*, traían a los artistas y a los conjuntos musicales más relevantes.

Así pudimos ver y seguir a los peruanos: *Pepe Miranda, Joe Danova, César Altamirano, Gustavo Hit Moreno, Pepe Cipolla*, y muchos otros más que destacaban en la radio y en la televisión.

El elenco de artistas extranjeros era numeroso y los había para todos los gustos. Mis amigos y yo aprendimos canciones de: *Leo Dan, Nino Bravo, Sandro, Leonardo Fabio, Enrique Guzmán, Julio Iglesias, Armando Manzanero, Palito Ortega* y muchos otros más, la lista sería interminable.

En años 60 todavía sonaban las canciones de *Pedro Vargas, Mario Clavel, Luis Aguilé, Antonio Prieto, Nat King Cole* y *Chubby Checker* que era el rey del Twist.

Recuerdo que cuando estaba en 5to de primaria fui al Cine Colón con un compañero de colegio para ver “*Twist Around The Clock*”. Todos aprendimos a bailar el twist, especialmente “*el twist del conejo*”

El radio transistor y los discos de 45 rpm

En los gloriosos años 60 se inventó el radio transistor. Para nosotros era grandioso, pasar de unos radios inmensos que no se podían mover, a otros que los podías desplazar a cualquier lugar; era algo fenomenal.

Los conjuntos musicales como *Los Doltons*, *los Shains*, *Los Saicos*, *los Iracundos*, *Mocedades* y muchos otros los escuchábamos todo el día en nuestros transistores. Además en casa colecciónábamos discos de 45 rpm que traían dos canciones de moda y eran fáciles de trasladar donde hubiera un **pick up**, que así se llamaba al tocadiscos.



Los *Long Play* de 33 rpm que traían más canciones eran más caros y más difíciles de trasladar. A las fiestas, *que eran en las casas*, cada uno llevaba una ruma de discos de 45 rpm. Las fiestas empezaban a las 6.00 pm y terminaban antes de medianoche. Eso era lo habitual.

En los transistores, que llevábamos a todas partes, sintonizábamos las emisoras juveniles: *Radio Miraflores*, *Radio 1160*, o *Radio Atalaya*, *que era el radio de la “nueva generación”*.

La Misa dominical y el Circo Bismark

Siempre que llegaba mi cumpleaños eran las vacaciones de Fiestas Patrias y en mi casa existía la tradición de visitar alguno de los circos que hacían su temporada en Lima.

En 1964 el mejor circo era el alemán Bismark que había puesto su carpa gigante en la Plaza Grau. Mi papá compró unas entradas para ir a la sesión de vermouth un domingo de julio. Me encantaba el circo y no me podía perder esa oportunidad.

Por la mañana de ese domingo nos habían citado en el colegio de La Recoleta para unas pruebas de atletismo. Desde temprano tenía la

preocupación de la Misa porque veía que me podía faltar el tiempo. Rápidamente averigüé una Misa tempranera por la tarde para poder estar en el Circo a las 7.00 pm.

Me dijeron que en la iglesia de Fátima de Miraflores había a las 5.30 pm. Me alisté, tomé el espresso Miraflores en la plaza San Martín y me bajé en la puerta de la iglesia. Para sorpresa mía estaba cerrada y en la puerta se veía el horario, la Misa estaba programada para la 6.30 pm.

Me entró un frío helado por todo el cuerpo. Mi familia me estaría esperando en la puerta del circo poco antes de las 7.00, si me quedaba a la Misa de las 6.30 no llegaba. Me encontraba entre la espada y la pared.

Con mucho dolor y sintiéndome un mal hijo de Dios tomé el ómnibus y me fui al circo, durante el viaje estaba apesadumbrado, pensaba que si no estuviera mi familia esperándome me hubiera quedado en la Misa y no hubiera ido al circo, pero no llegaba a consolarme, por otro lado tenía unas ganas tremendas de ir al circo.

Así viajé queriendo y no queriendo hasta que llegué a la puerta del circo. Mis padres creerían que fui a Misa a las 5.30, yo no les dije nada y entramos todos al circo.

Durante la función sentía el arrepentimiento y pensaba en otras formas de haber actuado para que no se me quedara la Misa. Me fue difícil disfrutar del circo e hice un propósito tan fuerte de no faltar nunca más a Misa, que creo que lo he cumplido hasta la fecha sin faltar una sola vez.

Viaje al Callejón de Huaylas

En las vacaciones de medio año, después de fiestas patrias, el club Saeta organizó con el P. Alberto Clavell, que recién había venido de España, un viaje por el Callejón de Huaylas con escolares.



Me apunté junto con mis hermanos Augusto y Guillermo. Fuimos en un camionetón *Chevrolet* unos diez chicos.



Manuel en el Callejón de Huaylas

Guillermo y Augusto con Raúl Osores.



Toda la expedición

El P.Clavell, muy ordenado, tenía todo previsto. Nos alojamos en una casa de Huaraz que era de los dueños de una fábrica de gaseosas. Íbamos felices de conocer la Cordillera Blanca y de subir hasta las faldas del Huascarán a la laguna de Llanganuco.



Hicimos muchas caminatas y jugamos, en altura, algunos partidos de fulbito. La pasamos en grande y los recuerdos quedaron grabados en los *slides* que tomó el P. Clavell.

Las clases de artes manuales en el colegio

¡Cuánto logramos aprender! teníamos buenos profesores en La Recoleta, el P. Marcos nos ponía música clásica para que la apreciáramos, recuerdo que llevaba una enorme grabadora y mientras escuchábamos *Pedro y el lobo*, el padre intentaba escenificar las secuencias orientando nuestro interés, otro día nos pidieron conseguir, en postales, las pinturas clásicas más famosas y nos tomaban el examen mirando las pinturas.

En profesor de artes manuales nos enseñó a fabricar y repujar billeteras y monederos con trozos de badana que comprábamos en el centro de Lima, también hicimos llaveros con tiras de plástico, aviones, como *el mosquito* o *el Ikaró*, que comprábamos en *Hobby Center* de la calle de la *Amargura*.

En otras ocasiones fabricábamos foders o porta retratos con cartón de paja y cuerina. Estos implementos los comprábamos en el jirón Azángaro, cerca de la Catedral de Lima y aprovechábamos la ocasión tomarnos un *lonchecito* con las ricas empanadas de la pastelería *La Virreyna*, que a la sazón estaba de moda.

En el colegio también nos enseñaron a fabricar cometas, *la pava* era la más fácil. Me acuerdo que me empeñé en fabricar un *barril* de mi tamaño y tuve que usar un *pabilo* grueso y unos guantes para no cortarme los dedos.

El tiempo empleado en estas manualidades era tremadamente formativo, desarrollaba el ingenio y la imaginación creadora y evitaba que estemos pensando en *tonterías*.

En la casa de la av. Uruguay todo seguía normal, mis hermanos iban creciendo y aprobando sus años escolares.

Algunas metas en el Opus Dei

Siguieron apareciendo actividades como consecuencia de los proyectos de crecimiento que había en Lima. Se notaba que había que crecer rápido y que nada nos podía detener.

Para empezar tuvimos que vender los boletos de la rifa de una camionetita *Citroen* cuyos fondos serían para la construcción de Larboleda, la primera casa de retiros de la región que se construiría de planta.

Habían regalado unos terrenos (*la familia de Manuel Aguirre Roca*), en una zona deshabitada, *antes de Chosica*, llamada el Pedregal, (*el terreno era muy rocoso y en bajada hacia al río Rimac*).

Se le puso Larboleda soñando en los árboles que se sembrarían en el terreno. Realmente nos parecía todo muy grande y queríamos que se hiciera cuanto antes. Las Obras estuvieron a cargo de “la oficina siniestra”, así le llamábamos al estudio de dos supernumerarios arquitectos Cucho Velaochaga y José Miguel Flórez Estrada que estaban unidos a Roberto Haaker que era un buen cooperador. Larboleda empezó a funcionar en el verano de 1965.

Este año, 1964, íbamos con frecuencia a Cañete. Salíamos en la “bolichera”, así se llamaba la camioneta de la familia Cipriani que nos prestaban para ir a una playa desierta que estaba a la altura del Km 120 de la Panamericana Sur. Se entraba por un arenal que tenía dibujadas las huellas de los carros hasta un acantilado. Allí dejábamos la camioneta y bajábamos por el arenal cargando las canastas de la comida, unos 100 metros hacia abajo.

Nos instalábamos al lado de unas rocas y marcábamos la cancha en la arena para empezar un partido de fútbol que luego resultaba interminable.

Alguna vez vino Mons. Ignacio Orbegozo, a la sazón Prelado de Yauyos, y con una *Land Rover* marcaba las líneas de la cancha. Después de un día intenso de playa, con almuerzo incluido, y bastante quemados por el sol, nos dirigíamos al obispado de Cañete, para jugar con el obispo, unos buenos partidos de *pin pong*.

Uno de esos días de playa Mons. Orbegoso nos invitó a jugar fulbito en una canchita de cemento y con paredes blancas que pertenecía a la hacienda Santa Barbará.

Después de la playa entramos al partido, jugaban todos los sacerdotes agregados con sus chirucas (*zapatos de montaña*), esa vez estuvo también Héctor Chumpitaz, que luego fue de la selección nacional de fútbol.



Héctor Chumpitaz

Fue un partido matador que empezamos a las 3.00 pm con un potente sol que reflejaba en las blancas paredes y terminamos exhaustos cuando se fue la luz, cansados y adoloridos por el empeño que poníamos para ganar. D. Ignacio, *con mucha astucia de su parte*, se las ingeniaba para no perder nunca.

Los otros días de nuestras vacaciones de verano, los dedicábamos a recorrer las calles de San Isidro en bicicleta buscando la futura casa de San Rafael de Lima. Los ciclistas eran: Miky Cabrera, Pocho Varcárcel, Jaime Sarmiento; luego se sumó Tony Gruther.

Luis Pérez, Pancho Navarro y yo alternábamos los campamentos Scouts que se organizaban en el verano con las salidas en bicicleta para buscar la casa.



En Los Andes José Ramón Dolarea nos esperaba con un fichero donde guardaba todos los datos que le alcanzábamos de las casas que habíamos visto. Solíamos llegar al atardecer.

No me costaba mucho venir todos los días al Centro; el trabajo que teníamos en Los Andes me divertía bastante. Mis papás estaban asombrados del interés que ponía en ir todos los días a la residencia, pero como era verano y vacaciones, se quedaban tranquilos al verme aprovechar el tiempo en algo sano y útil.

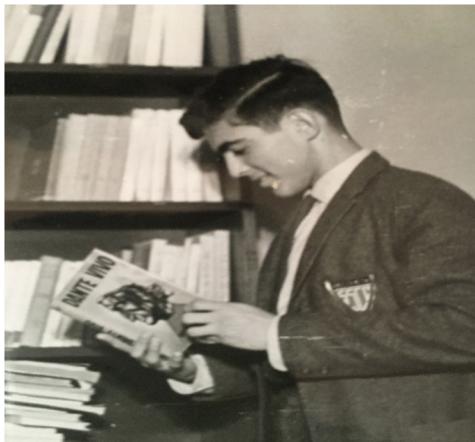
Cada día, cuando llegaba la noche, salía de Los Andes a las 8.30 pm, con Lucho Pérez para volver a nuestras casas, andando por la Alameda Pardo nos deteníamos en Solari, *la pastelería que estaba a una cuadra de Los Andes*, para comer alguna empanada y tomar una gaseosa, después seguíamos caminando hasta los colectivos de la Av. Arequipa que nos llevaban en 15 minutos hasta el centro de Lima.

Lucho se bajaba a la altura de Panamericana Televisión porque su casa quedaba en Jesús María y yo proseguía hasta la av. Uruguay donde quedaba mi casa. Llegaba para comer, ver un poco de televisión y acostarme. Al día siguiente temprano me dirigía nuevamente a Los Andes.

Los Sábados en Los Andes se predicaba una meditación para universitarios y escolares, los chicos llegábamos desde el Saeta capitaneados por José Ramón y Jaime Cabrera.

Ese año llegó a Los Andes el arquero del colegio La Salle: Arnaldo Chávez. Se había inscrito en un curso de orientación profesional que organizaba la residencia para los chicos de 5to de media.

A Lucho y a mi nos faltó tiempo para pedirle que nos enseñara a “*volar*” para atajar una bola en un partido de fútbol. Un fin de semana en la casa de los Montes de Peralta en Chaclayo hicieron una exhibición de “*voladas*” Arnaldo Chávez, Andrés Álvarez Calderón y Juan Luis Cipriani. Luis y yo hicimos nuestros *pininos*.



Manuel Tamayo

Luis Pérez Traverso

Ese verano a Lucho y a mí, nos parecía bastante intenso si lo comparábamos con los anteriores, casi todos los días alternábamos la búsqueda de la nueva casa con los paseos a la playa.

Solíamos ir con mucha frecuencia a Conchán, (*en esos años se llegaba en 20 minutos desde Miraflores*), salíamos por la mañana a las 10.30 y regresábamos para la hora del almuerzo, solo nos daba tiempo para un corto partido de fulbito y un chapuzón. Por la tarde: ¡a buscar la nueva casa en bicicleta!

A nosotros, que teníamos 15 años de edad, nos parecía que las actividades de cada día no dejaban tiempo para nada, sin embargo, grande fue nuestra sorpresa cuando nos preguntaron si queríamos ir de paseo a Chiclayo.

En Chilcayo estaba de obispo auxiliar Don Lucho Sánchez Moreno Lira y había que ir a visitarlo; para eso se organizó un paseo en “la bolichera” de la

familia Cipriani; esa vez nos acompañó el Padre Adolfo Rodríguez Vidal, que era *Misus* de Brasil, Paraguay y Perú.



Juan Luis Cipriani era el mayor de los chicos, se apuntaron también Pancho Navarro (*que era compañero mío de clase en La Recoleta*) y Tony Gruther (*de nuestra edad y alumno del Colegio Abraham Lincoln*)(5).

La camioneta la manejaba Juan Luis Cipriani, y en algunos tramos el P. Adolfo Rodríguez Vidal.

Después de un día de viaje llegamos casi de noche al obispado de Chiclayo donde nos recibió y nos atendió con mucho recato Mons. Sánchez Moreno. Se le notaba muy contento con nuestra visita.

Él había preparado, *con unos chicos que trataba*, una pequeña convivencia en una casona que estaba frente al mar en la zona sur de Pimental, muy cerca del muelle. Ocupamos el segundo piso.

La casa era vieja, parecía que se caía, olía a humedad por la cercanía al mar, se entraba por una escalera empinada de madera, al subir las baldas crujían tanto que parecía que se iban a romper.

Arriba había una sala bastante amplia con unos grandes ventanales desde donde se podía apreciar el mar que se veía inmenso perdiéndose en el horizonte.

El ruido constante de las olas, que golpeaban en la arena, era arrullador y gratísimo para todos. Allí se descansaba bien.

El viento que corría desde el mar hacia de ventilador y refrescaba el ambiente bajando la sensación de calor.

Los chicos dirigidos por Mons. Sánchez Moreno lo tenían todo preparado, entre ellos estaba Javier Cabrera, tenían un programa en una radio local que se llamaba *“La juventud que piensa y estudia”*

La convivencia, *que iba a durar dos días*, giró sobre los temas que se podrían tratar en la radio para ayudar a la gente joven en su formación doctrinal.

Nosotros tratábamos de combinar las charlas que nos daban con partidos de fulbito y vóley en la playa para terminar después con buen chapuzón en el mar.

Cuando regresamos de Chiclayo nos alistamos para ir a una convivencia en Chaclacayo, en la casa de los Montes de Peralta. Fueron también el P. Adolfo Rodríguez y el Paí Ramón Taboada, que en esos años era consiliario en Paraguay.

Buscando la nueva casa

Terminado la convivencia continuamos con la búsqueda de la casa en Lima y los paseos a la playa.

Después de un intenso recorrido por las calles de San Isidro por fin dimos con una posible casa que podría ser útil para nosotros. Enseguida se hicieron los trámites para comprarla.

La que habíamos encontrado era una que iban a demoler porque había estado abandonada mucho tiempo y se encontraba bastante deteriorada.

El Sr. Saloqui, su dueño, la vendía como terreno. Estaba situada en la esquina de la Av. Del Bosque con la calle Tradiciones.

Se le puso el nombre de la calle: Tradiciones, que recuerda la obra de un famoso literato peruano Ricardo Palma.



El jardín, que rodeaba la casa, era una auténtica selva, las plantas y la maleza se colaban por las puertas y ventanas; la avenida del Bosque hacía honor a su nombre, con gigantescos árboles tupidos que la oscurecían, se tenía la impresión de estar en un lugar bastante apartado de la ciudad.

Desde el segundo piso de la casa se podía apreciar el bosque de los olivos y varias casonas residenciales de importantes familias limeñas. De la terraza se veía la torre y el campanario de la parroquia de la Virgen del Pilar.

Estaba de párroco en esos años el P. Constancio Boyar, un pasionista que murió en olor de santidad, Ahora el pasaje de San Isidro que cruza el Olivar, lleva su nombre.

Los primeros chicos de Tradiciones, *éramos alrededor de 10*, estábamos felices de tener una casa para exclusivamente para nosotros.

El P. Pazos, en una tertulia, nos hizo ver la responsabilidad que teníamos: “*esta casa es de ustedes, ahora la tienen que sacar adelante*” lo afirmaba de un modo contundente y para nosotros era un reto que a nos entusiasmaba. (41)

Pronto nos organizamos para poder cumplir con esa importante misión. Yo iba desde mi casa, *en el centro de Lima*, al colegio todos los días con mis hermanos y por la tarde, al terminar el horario de clases, tomaba el ómnibus que me dejaba a unas cuadras de Tradiciones.

Al llegar me ponía a trabajar en los arreglos de la casa con los chicos que habían venido.

Cada día avanzábamos algo, pero nos parecía imposible terminar, porque estaba muy deteriorada, las maderas de los pisos levantadas, las ventanas no tenían vidrios, había que taparlas con periódicos viejos y en uno de los baños encontramos un gato muerto que olía horrible.

Las tareas eran tan intensas que algunos días tuvimos que pedir un permiso especial para faltar al colegio por la tarde y dedicarnos plenamente a esos trabajos.

Fue toda una historia con miles de anécdotas edificantes y muy divertidas. A los trabajos de instalación se sumó el P. Adolfo Rodríguez Vidal que hizo migas con Pancho Navarro.

Ambos se dedicaron a la construcción de la Sacristía transformando un closet del primer piso. Era una obra bastante laboriosa de carpintería.

A los pocos meses, en julio, Pancho pidió la admisión como numerario. Fue el primero de Tradiciones. Ese año vinieron muchos chicos por la casa, la mayoría eran escolares de diversos colegios de Lima.

El P. Ramón Taboada, *que solía quedarse unos días con nosotros*, tenía una gran sensibilidad artística, le gustaba mucho la pintura y dibujó sobre el dintel de la salita de la pérgola, donde se daban los círculos: “Duc in altum”

La inscripción nos recordaba la audacia que teníamos que poner en las labores apostólicas para que muchas más almas se acerquen a Dios y el paso de Don Ramón Taboada por Tradiciones.

La primera habitación que quedó lista para ser habitada fue la que estaba al fondo del segundo piso, era la única que tenía lunas en las ventanas y un enorme closet que ocupaba toda una pared.

Allí tuvimos las primeras charlas de formación y las tertulias, como no había cortinas tapábamos las lunas de las ventanas con periódicos para que los vecinos no *curioseen* desde sus casas.

Poco a poco fuimos avanzando para conquistar más habitaciones. Lo más difícil fue el porche, el jardín había invadido. Grande fue nuestra sorpresa cuando descubrimos que debajo de la tierra dentro del porche había un piso de adoquines muy elegante. Hicimos lo que pudimos para ponerlo todo a tono.



P. Adolfo Rodríguez Vidal

(41) En la residencia Los Andes se habían quedado: José Navarro, Ramón Mujica, Rafael Estartús, Andrés Álvarez Calderón, Víctor Morales Corrales, Juan Luis Cipriani. Federico Prieto y Juan Antonio Ugarte estaban en Europa. A Tradiciones vinieron a vivir: José Ramón Dolarea, Jorge Boladeras, Manolo Quimper y Don Antonio Ducay.

En el mes de junio recibimos una gran noticia: llegaría la administración, que se encargaría de los servicios de comida y limpieza de la casa. Rápidamente empezamos a trabajar delimitando bien las zonas, para que puedan funcionar sin ningún contra tiempo.

En esos meses teníamos que dejar la casa muy bien preparada. José Ramón, el P. Ducay y Jorge Boladeras salían a buscar en el mercado algún mueble o lámpara barata que pudiera venir bien para la casa.

Se contrató un carpintero para que hiciera un altar de madera con un diseño que había hecho Paúl Cabrera que era arquitecto. Nosotros procurábamos traer algo de nuestras casas.

Le pedía a mi mamá que regalara unas cortinas para las habitaciones, yo por mi cuenta conseguí una lámpara de techo que ya no se usaba en mi casa, y se colocó en una de las habitaciones de Tradiciones.

En un anticuario José Ramón compró unos braquetes que se colocaron en el hall de entrada y se quedaron allí muchos años; se pueden ver en las fotografías de la tertulia que hubo con San Josemaría el año 1974.

Mi papá me regaló una colección de lujo de la Biblia y la vida de los santos, que todavía se conserva, la guitarra que tenía en mi casa la llevé al centro y se colocó de forma decorativa en el descanso de la escalera.

El altar para el oratorio quedó simpático, era de color marrón claro y tenía en el centro la flor de Rialp. Para la pérgola, que estaba al fondo del jardín, se consiguieron unas redes grandes de pescadores, remos, el ancla y la hélice de un barco.

José Ramón, que fue el primer director, nos reunía con frecuencia en dirección para preguntarnos por nuestros amigos. Había que invitar a más chicos a las charlas y a las meditaciones. Intenté con más chicos de mi clase de La Recoleta (42)

(42) *Vinieron también Miguel Teixeira Rivarola, Ricardo González Vigil, Manuel Beltroy, Ricardo Estela, Pedro Drinot, Hernán Pflucker. Empezamos a invitar a los chicos de los años inferiores, todos de La Recoleta: Jaime Althaus, Raúl Osores, José Antonio Vallarino, Aldo Vegas, Alberto Pomar, Juanacho Estela, Jorge Borda, Dico Brambilla, Fernando Schwalb. Continuaban viniendo Raúl Osores, Alberto Pomar, Juan Estela, José Antonio Vallarino. A fin de año llegaron: Marcos D'Angelo, Jesús Alfaro, Ronald Escobedo, Jaime Chauca y otros chicos del Colegio Salesianos que estuvieron escasos meses en casa.*

Nuevos refuerzos

Al poco tiempo llegaron a Lima dos sacerdotes jovencitos: el P. Alberto Clavell y el P. Joaquín Diez.

El P. Alberto Clavell venía con el cartel de campeón nacional de natación y llegaba dispuesto a subirse a todos los cerros de la Cordillera de los Andes.

El P. Joaquín Diez, que no tenía el porte atlético de D. Alberto llegaba de Soria. Ambos se quedaron en Tradiciones, que era la única que había en toda la región, aunque el P. Diez tras labores apostólicas con muchachos.



P. Joaquín Diez Esteban

Ing. Ignacio Benavent Trullenque

Sería como las 5.00 pm de un día soleado del mes morado, estaba haciendo mi oración de la tarde en Tradiciones y sonó el timbre de la puerta. Al abrir encontré a un Señor joven con anteojos que me saludó con apuro y pasó a preguntarme dónde había Misa; le indiqué que a las 7.00 en Pilar, que era la parroquia, estaba a unas pocas cuadras.

Ese Señor joven era Ignacio Benavent Trullenque que acababa de llegar de Madrid para quedarse en el Perú.

Otro día de Octubre, *cuando la primavera apretaba y el jardín estaba radiante por el colorido de las flores*, encontré a José Ramón, *sentado en las sillas metálicas que se sacaban al jardín*, conversando con una persona que yo no conocía; al verme me pidió que me acercara para presentarme a Javier González, que había venido de México para trabajar en el Perú.

Noviembre y diciembre de ese año, fueron como un trampolín para dar un buen estirón.

Yo terminaba cuarto de media y el año siguiente sería el último del colegio, tenía que pensar en la carrera que iba a seguir en la universidad, al mismo tiempo tenía una enorme ilusión para que mucha gente joven se acercara a Dios a través del apostolado del Opus Dei.

Recordando las impresiones de aquellos tiempos iniciales, *cuando la mayoría estábamos alrededor de los 16 años de edad*, sentía como si hubiera logrado una gran conquista.

En las tertulias, *que eran constantes*, nos hablaban del Fundador del Opus Dei y de los primeros de la Obra, con nombre y apellido, yo me los imaginaba como un bloque de personajes de primer nivel: de gran categoría humana y con un afán grande de ser santos, que estaban al lado de Mons. Escrivá.



Y efectivamente fue así. Vivíamos la vida de todos y procurábamos no perdernos ninguna tertulia para no estar desfasados.

Cuando nos anunciaban que iba a visitarnos alguno de los primeros teníamos una gran expectativa, dejábamos todo para estar presentes en la tertulia.

Ellos nos contaban algo de Mons. Escrivá o los comienzos en algún país.

Todo sonaba a una aventura impresionante y emotiva que llenaba mi cabeza de ideales de expansión. Quería que mis amigos del colegio participaran, con los mismos sentimientos que yo tenía de todo esto.

Recuerdo la buena *pinta* y la voz grave de Don Antonio Torreia y la simpatía y gracia de Don Florentino Pérez Embid, cuando le dijimos para ir a visitar el “infiernillo” se negó u nos dijo que él prefería ir al “cielillo”. Ambos pasaron por Tradiciones en 1964.



Florentino Pérez Embid

En esos meses, *antes del año siguiente*, nos pidieron que busquemos tiempo para ir a trabajar los fines de semana a Cañete. Era para preparar la casa que ocuparían los ingenieros que vendrían para instalar unas escuelas radiofónicas en la Prelatura de Yauyos.

Ya nos habían contado en las tertulias la historia de Yauyos que nos sonaba a una aventura cuajada de sucesos milagrosos.

Los protagonistas eran para nosotros unos héroes que estaban logrando la conquista y expansión del cristianismo en los lugares más perdidos del Perú.

Además, esas historias estaban llenas de anécdotas divertidas y de buen humor de gente de mucha categoría humana que vivían en medio de las grandes dificultades de esos lugares desolados donde abundaba la ignorancia de los pobladores y de la escasez de recursos materiales, hasta de lo más elemental.

Nosotros desde Lima, en las tertulias, disfrutábamos con la chispa de humor de Mons. Orbegoso y las ocurrencias del P. Juan Francisco Oñaidía (Don

Fanfi), que estuvo de médico en Madre de Dios. Años más tarde se ordenó sacerdote y predicó la homilía de mi primera Misa que celebré en el Colegio Gaztelueta de Bilbao.



**El P. Juan Francisco Oñaindia
predicando en mi primera Misa Agosto, 1974**

Antes de que se acabe el año salíamos los fines de semana para Cañete con la camioneta de la “oficina siniestra” cargada de muebles, lámparas, etc. Y algún otro carro. Eran viajes “relámpago” de ida y vuelta para arreglar la “casa de la escalera” donde irían a vivir los ingenieros que vendrían el próximo año de España y eran agregados. La casa estaba situada frente a la catedral y era prácticamente una escalera con algunas habitaciones.

No dejábamos ningún día sin ir por casa, después del almuerzo teníamos tertulia en la pérgola de Tradiciones.

Los chicos llegábamos después del almuerzo, para tomar una taza de café al inicio de la tertulia. Las conversaciones eran muy divertidas y a la vez apostólicas; contábamos cómo nos había ido con la gente que tratábamos.

Cuando les hablaba de mis conversaciones con mi amigo Cristobal Brambilla Dico se reían porque tenía un gran parecido al famoso torero “El Cordobés” y les parecía que era un poco travieso y poco serio.



Jaime Althaus (menor)

Jaime Althaus (mayor)

En cambio, me preguntaban mucho por Jaime Althaus vivía en la calle Pallardelli, en el Olivar de San Isidro, a pocas cuadras de Tradiciones, venía puntualmente a la charla que daba José Ramón, era muy comedido y el primero de su clase. Ahora es un destacado y conocido periodista.

Ese año, por primera vez, celebraríamos el Triduo de Navidad en Tradiciones, fueron mis padres y los papás de los demás chicos.

El oratorio se llenó, hubo que poner las sillas de la sala de estudios y algunas familias tuvieron que escuchar las meditaciones de pie en el hall de entrada.

La recepción fue en el jardín iluminado por unos reflectores y luces de Navidad que colocamos entre las plantas.

El 25 de diciembre hubo una gran celebración de la Navidad con la entrega de regalos. A muchos nos regalaron las famosas agendas Luxindex

(43) También fueron por Tradiciones Pedro Durand, Hugo Garavito, Aldo Borasino, David Bauman, Ricardo González Vigil.

1965: el año de mi promoción escolar

A mi abuelo le gustaba ver en la televisión una serie que se llamaba “*Las memorias de Winston Churchill*” era un documental sobre la segunda guerra mundial.

Algunas veces me sumé interesándome un poco en la historia universal, aunque había visto ya muchas películas de guerra elaboradas por los americanos que llenaron las pantallas de nuestro cine con sus argumentos convincentes.

Aquel año además nos impactó el fallecimiento repentino de Churchill que llenó los titulares de muchos diarios y los espacios de los noticieros televisivos.

Mi abuelo era un hombre un poco enigmático no podíamos saber lo que estaba pensando y cuáles eran sus planes, a mí me parecía que ya no tenía ninguna meta; vivía con nosotros dentro de una especie de auto aislamiento, no se metía con nadie, muy silencioso en sus manifestaciones y con una rutina dentro de la casa que era conocida por todos: *sus comidas, sus medicinas, las horas en su cuarto mirando por la ventana hacia la calle y sus programas preferidos de la televisión*.

Nos hubiera gustado tener una mejor comunicación con él para tener un recuerdo más familiar o de integración histórica (*hablo en plural porque era igual con todos*). La discreción era su estilo y para nosotros, *niños todavía*, era la imagen del aburrimiento. No supimos o no nos enseñaron estar a su lado de una manera activa y elocuente.

Le teníamos un respeto estoico, sin manifestaciones sentimentales, tal vez él mismo generó esos modos con la mentalidad militar que traía de la marina de guerra como contralmirante.

En la relación con sus propios hijos, *mi mamá y nuestros tíos*, era expeditivo y directo, sus tonos parecían los de un parte militar.

En los últimos años de actividad se había dedicado a la política, tenía la idea de unificar América en un solo bloque latino. Nosotros éramos muy niños para hablar con él de esos temas.

En casa vivía su jubilación, salía muy poco, iba a Misa todos los días a la iglesia de La Recoleta que estaba a una cuadra de la casa, los sacerdotes de los *Sagrados Corazones* le dejaban entrar junto al Presbiterio, otras veces iba a San Francisco a reunirse con sus amigos que eran Caballeros de Colón, institución a la que él pertenecía.

Algunas mañanas lo vi, *y me llamaba mucho la atención*, pasar las cuentas de un rosario cuando estaba de pie frente a la ventana mirando la calle. Nunca me habló del tema, tampoco le pregunté, así éramos de discretos.

A los 16 años no dejaba de inquietarme esa aparente lejanía o distancia silenciosa que se había hecho costumbre en la relación con nuestro abuelo materno. Cuando me encontraba sentado en la sala para hacer un rato de oración, *porque así lo había fijado en mi horario desde tercero de media*, meditaba sobre este modo de relacionarnos que teníamos en casa y que se estaba convirtiendo en un estilo propio de la familia.

Más preocupación me causaba un tío soltero que vivía en nuestro mismo departamento y que tenía su habitación frente a la del abuelo; *ya me he referido a él en otras ocasiones*, para precisar que era más impredecible y con un carácter difícil que atemorizaba.

Es muy probable que padeciera de alguna enfermedad psicológica. En esos tiempos las personas con dificultades vivían en sus casas. No era costumbre llevarlos al psicólogo o psiquiatra, salvo en casos extremos. Ahora se resuelven las cosas de otra manera

Las últimas vacaciones antes de 5to. de media

En las últimas vacaciones que me tocaron, antes de empezar el colegio, recibo una llamada telefónica del P. Gastón Garatea Yori.

Me informaba que en la tropa scout querían contar conmigo para las actividades de ese año. Yo le recordé que había renunciado a la tropa por razones de estudio.

Al padre no le pareció bien lo que le dije y me recordó que yo había sido nombrado *caballero scout* y que además era *recoletano* y que no podía quitarme de en medio por la responsabilidad que tenía.

Le agradecí su interés e insistencia, pero le reiteré la decisión que había tomado de dejar la tropa. No parecía muy convencido con lo que le dije y me pidió que lo volviera a pensar.

Yo tenía mucho cariño, admiración y agradecimiento a los *Boys Scouts*, pero seguí firme en la decisión que había tomado de retirarme para estudiar.

Asistí en las vacaciones a un nuevo curso de verano, en un Centro del Opus Dei, con estudiantes de distintos colegios y universidades.

Unos sacerdotes dictaban cursos de filosofía. Me llamó mucho la atención la maleta de libros que se llevó para esa ocasión, aunque yo solo llevé un curso de introducción.

En 5to. de media iba a llevar un curso de filosofía. En las clases que me dieron en el verano me enseñaron una terminología que no conocía: *el ser, el ente, la potencia, la causa, la materia prima, la sustancia, etc. etc...*

El curso se realizó por primera vez en una nueva casa de retiro llamada *Larboleda* que estaba recién construida.



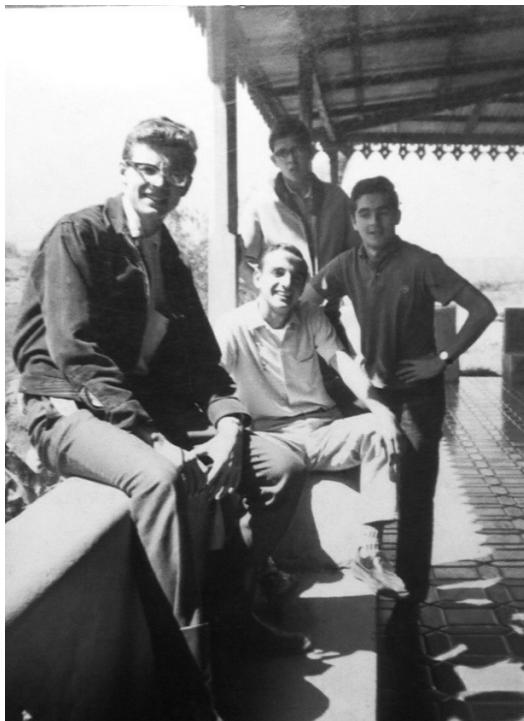
El terreno se había conseguido en una zona llamada *El pedregal* muy cerca de Chosica y el año anterior se había rifado una camionetita *Citroen* que habían donado para conseguir dinero para la casa de retiro. Como el curso del año pasado las clases y charlas se alternaban con el deporte: *fulbito, volley, piscina*, en un ambiente familiar muy grato. El curso duró 25 días.

Exultaciones y angustias

Cuando la adolescencia me trajo algunos momentos de nerviosismo y de temor tenía todavía las inquietudes de un escolar: los estudios del último año y la cercanía de la universidad.

La responsabilidad por los estudios estaba mezclada con un sentimiento vanidoso de “mayoría de edad”, especialmente cuando me encontraba en el colegio, lo mismo le pasaba a mis compañeros, éramos los de 5to de media, la promoción saliente.

Todo era importante para nosotros en ese año. Jactanciosos y vanidosos pisábamos fuerte sacando pecho y con algún libro bajo el brazo, (*a nadie se le ocurría llevar maleta de los libros y la mochila todavía no se había puesto de moda en esos años*).



Nuestros libros escolares ya no llevaban el forro azul de otros años, empezaba a usarse el famoso *vinifán*.

Con nuestros aires de suficiencia no dejábamos de ser unos chiquillos bromistas y juguetones.

El año anterior por algunas *barrabasadas* juveniles, fueron expulsados del colegio un número significativo de compañeros del salón.

A todos nos dolió mucho esa *poda* que la calificamos como un exceso de severidad por parte del colegio. En abril sentíamos que el salón se había reducido considerablemente. Desde los primeros días nos advertían con los consejos de rigor: *que éramos la promoción saliente, que estábamos en el último año del colegio, que deberíamos madurar, que la vida no era tan fácil como nos parecía, etc., etc...*

En nosotros había crecido un afán protagónico considerable. Cada uno buscaba liderar o destacar en algo: *brigadier general, delegado del salón, directiva, selección de fútbol, selección de basket, equipo de atletismo, organizadores de la fiesta o del viaje de promoción, gestores para el anillo de promoción, organizadores de un bingo, etc....*

Consejos y orientaciones

En casa mi papá me había ofrecido, *desde el año anterior*, inscribirme en una academia para aprender inglés ya que tenía facilidad para los idiomas (*en el colegio solo enseñaban francés*).

En 1965 quiso inscribirme, además, en una academia de preparación para la universidad. Desde cuarto de media había optado por las letras y la verdad que una academia me parecía excesivo, pensaba que me limitaría el tiempo para todo lo que me había propuesto.

Las academias de preparación todavía no se habían extendido tanto y eran sobre todo para las carreras ciencias.

Además, como frecuentaba un centro del Opus Dei recibía consejos de orientación profesional que me fueron muy útiles. Entrar en academias no era compatible con los de estudios de filosofía, apologética y latín que había iniciado en los cursos de verano de esos años y que me venían bien para los estudios de letras que pensaba seguir en la universidad católica.

Todos procuraban abrirmi los ojos para que me diera cuenta de lo que me encontraría al salir del colegio. Recuerdo una conversación que tuve en el jardín del Centro Cultural Tradiciones con planteamientos interesantes para un futuro profesional que tenía como meta, *además del ingreso a la universidad*, una formación humana y cultural sólida.

Todas las charlas de orientación estuvieron engarzadas dentro de un marco de unidad de vida.

En mi casa mi papá hacía lo suyo. Yo era su hijo mayor y quería darme todas las facilidades para que no tuviera ningún tropiezo. Ese año me compró una colección de libros de historia universal (*de Malet*) y unos libritos de literatura de la colección Aguilar. Así empecé una remota preparación estudiando por mi cuenta. La verdad es que las actividades del colegio me jalaban tanto que los estudios para el ingreso quedaban siempre postergados.

1965 fue un año de mucha inquietud y tal vez de ansiedad juvenil. Los años anteriores habían sido más tranquilos. Me entró una especie de prisa angustiosa cuando comprobaba que se pasaban los días y se terminaba el colegio para siempre. Fue un año *super* sensible de nostalgias y emociones continuas. La amistad con mis compañeros creció sin hacer nada, solo por el hecho de estar juntos en 5to. de media y vivir ese año con sensación de despedida.

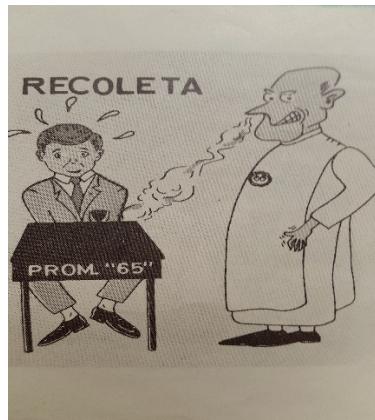
A todos nos entró una especie de activismo desmedido, las clases y los cursos parecían más cortos, los profesores terminaban antes, nos daban permiso para ir a las actuaciones y para organizar nuestros eventos de la promoción. Se multiplicaron las reuniones y las gestiones para tenerlo todo a punto.

Una motivación fuerte fue el viaje de promoción. Entre todos decidimos para que fuera a Miami (*que estaba de moda en esa época*); sin embargo, a la hora de concretar llegaron a ir menos del 50%.

Mis padres me animaron mucho para que vaya, pero a mí me parecía que no debía hacerles gastar tanto dinero, además en el verano quería asistir a otro curso de estudios, después de mi ingreso a la universidad.

Sin hacer demasiadas consideraciones decidí no ir al viaje y me quedé en casa con mis padres. Mis amigos me reclamaron un poco pero después aceptaron y comprendieron mi decisión. Otros compañeros habían hecho lo mismo.

En el segundo semestre el tiempo se pasaba volando, a todos nos entraron las prisas para conseguir la calcomanía de la promoción y fabricación del anillo. Los gestores se movieron bastante bien para lograr un diseño que gustara a todos. Al final salió un anillo de oro quemado con los emblemas de la promoción y una piedra azul turquesa bastante grande y elegante. La calcomanía fue una caricatura de una travesura dentro del aula.



¿Qué quieras ser cuando seas grande?

¿Qué quieras ser cuando seas grande? Era la pregunta que nos hacían constantemente nuestros papás y nuestros profesores durante nuestra etapa escolar.

Cuando éramos más chicos contestábamos, *muy orondos*, lo que siempre mencionábamos en nuestras aspiraciones infantiles. Yo siempre dije que quería ser marino. Pero después, en 4to. de media, *al ver que faltaba un año para terminar*, no sabía realmente que quería ser.

Cuando me preguntaban *¿qué quieras ser cuando seas grande?* Contestaba que ya era grande, pero no estaba muy claro lo que quería ser, y es que aparecían muchas alternativas, me gustaba la música, el teatro, incluso el periodismo, pero pensaba que la literatura o el arte no eran profesiones solventes y el periodismo, lo veía más como un hobby.

En esos años cuando un alumno llegaba a cuarto de media tenía que elegir entre ciencias o letras. Yo elegí letras.

Las angustias del último año escolar

El último año de colegio fue para nosotros el más complicado. Las reuniones, *unas tras otra*, eran constantes y para cualquier cosa que queríamos sacar adelante: *elegir el anillo, la organización del viaje de promoción, los pormenores para la fiesta, etc.*

Pero yo, *gracias a Dios*, no estuve en esos ajetreos, tenía otros, que para mí fueron bastante complicados y estresantes.

Es que vivía metido en las actividades del colegio, pertenecía a la tropa Scout y me habían invitado para asistir a un *Jamboree Scout Mundial*.

No veía cómo hacer para asistir porque tenía compromisos deportivos importantes: partidos de fútbol con la selección del colegio y competencias de velocidad 100 y 200 metros planos, que eran mi especialidad, además la posta 4 x 100.

El profesor **Guerrero**, *que era mi entrenador en el colegio*, me inscribió en la liga de atletismo de Lima, tenía entrenamientos semanales en el Estadio Nacional, allí entrenaban también **Fernando Acevedo**, que luego fue campeón nacional de 100 metros planos y **Roberto Abugattás** que era campeón de salto alto.

En esos años, otros deportistas del colegio como **Manuel Beltroy**, que era lanzador de bala y disco, **Gino Solimano** experto en salto alto, **Augusto León Piqueras** en garrocha y yo, apuntábamos a un campeonato internacional que se iba a realizar el año siguiente.



Recibiendo el trofeo del P. De las Cuevas: Héctor Castro, Manuel Beltroy, Gino Solimano, Manuel Tamayo, Enrique Gabaldoni,

Yo tenía la agenda bastante complicada porque estaba muy comprometido con mi banda de rock (*"Los COETS"*) Todas las semanas ensayábamos; logramos cantar en la radio y en algunos festivales, además, soñábamos con grabar un disco.

Como podrá verse mi cabeza estaba como un *bombo* en esas actividades que me gustaban mucho y me hacían soñar. Con mis amigos conversábamos del éxito que íbamos a tener porque nos estaba yendo muy bien en todo. Nos sentíamos realmente exitosos metidos en nuestra “*burbuja*” Allí se centraban nuestros sueños, que eran alcanzables para nosotros. Nos sentíamos muy seguros.

Un magnífico y oportuno consejo

Un día, el director de Tradiciones me llamó y me preguntó, *¿tú quieres seguir una carrera universitaria?* Le dije que sí y que me estaba animando por las humanidades (Letras), “Muy bien” me dijo y me hizo la siguiente pregunta: *¿y te estas preparando para ingresar a la universidad?*

Me asusté un poco cuando le escuché porque me di cuenta a donde iba. Son esos momentos en los que uno ve, *en un instante*, que estás metido en demasiadas cosas y que no estaba dispuesto a soltar ninguna. Incluso estaba convencido que mi futuro, *tal como se iban dando las cosas*, sería exitoso, siguiendo las actividades en que destacaba.

Entonces, contesté a la pregunta que me hizo el director, como quien quiere cambiar de tema, le dije: *“estoy repasando mis apuntes del balotario y mi papá me ha comprado la historia universal de Alberto Malet, que es un refuerzo bastante bueno para mis estudios”*

El director sonrió y me sugirió, *con mucha amabilidad*, que entre al oratorio y le pregunte al Señor en mi oración a ver si Él estaba de acuerdo con el esfuerzo que ponía en mis estudios.

La verdad es que no me atrevía a entrar, porque intuía que el Señor me iba a reclamar.

Una decisión que me costó mucho

Después de darle muchas vueltas al tema y no encontrar alternativa, tuve que rendirme, y decidí yo mismo renunciar a las actividades que más me gustaban.

Si el día de hoy a un chico se le presenta este dilema, seguramente hubiera seguido con las actividades de sus sueños, y yo me pregunto *¿Qué hubiera sido de mi vida si no renuncio a esas actividades que me gustaban?* Mi vida hubiera tomado otros derroteros.

Hoy tengo que agradecerle a Dios, y a las personas que Dios puso a mi lado, porque valió la pena la elección que hice, con plena libertad.

Efectivamente, en 1965, iba a cumplir 16 años de edad, llevé ese tema a la oración y lo vi muy claro, no era suficiente recordar, había que dejarlo todo: *scouts, atletismo, conjunto musical y mis sueños de ser exitoso.*

A mis amigos no les gustó que los abandonara para ponerme a estudiar y trataron de convencerme para que siguiera con ellos. Me anunciaban todo lo que me iba a perder si los dejaba. Pero ya había tomado una decisión: dejar esas actividades para estudiar.

Me costó mucho, pero el propósito que le había hecho al Señor era firme.

En Tradiciones me ayudaron a ponerme al día en los estudios para la Universidad. La batalla que tuve que librarme fue más brava de lo que había pensado y allí me di cuenta, lo que le he escuchado hace poco al Papa Francisco: *“los chicos quieren correr rápido, pero son los mayores los que conocen el camino”*

Los sueños y las ilusiones humanas

Hoy, cuando veo a la gente joven, afirmar de un modo contundente que quieren realizar sus sueños y que le exigen a los demás que respeten las decisiones que han tomado, recuerdo cuando San Josemaría nos contaba en Roma que él de joven les decía a los demás: *“cuando me muera que me entierren de pie como los árboles”* y al terminar esa frase, que había pronunciado de un modo contundente, alguien comentó en voz alta: *“y en poco tiempo todos los huesos terminarán abajo”*

San Josemaría tuvo que reconocer que era verdad y comentó criticándose a sí mismo: *“pobre sandería humana”*, por la afirmación contundente que había hecho sin mayor fundamento.

Gracias a Dios en esas edades juveniles tuvimos cerca gente muy buena, que nos hacía ver las cosas y coincidían con nuestros papás en los consejos que nos daban, que eran de sentido común y de experiencia humana.

Para nosotros, los mayores tenían una gran autoridad y confiábamos plenamente en ellos.

Con respecto a la vida y al futuro San Josemaría nos decía que el Señor rompe muchas novelas que nos hacemos los seres humanos. Así fue.

No podemos olvidarnos que Dios tiene para nosotros un plan y puede ser bien distinto a nuestras aspiraciones

¿Qué pasó después?

Después de muchos años de estudio, regresé a Lima de sacerdote incardinado en la Prelatura del Opus Dei. Visité a mis amigos que había dejado antes en esas actividades que nos gustaban y que nos habían hecho soñar. Ellos tampoco pudieron cosechar muchos logros de sus sueños juveniles, porque la familia (se habían casado) y los trabajos, les había cambiado la vida y no tenían tiempo.

Ellos al verme de sacerdote, se alegraron mucho y juntos recordamos esos momentos que vivimos cuando éramos adolescentes y nos reímos de las aspiraciones que teníamos con nuestros sueños juveniles.

Se sorprendieron mucho cuando les conté que yo, *habiendo dejado todo por los estudios*, me volví a encontrar con esas actividades que abandoné: seguía tocando guitarra, haciendo deporte y realizando muchos paseos y excursiones en los ambientes juveniles que me tocaron a lo largo de mi vida, por el trabajo que tenía con los jóvenes.

Yo aprendí que cuando tú le entregas a Dios, algo que te gusta mucho, el Señor te lo devuelve multiplicado y al mismo tiempo te llena de un amor increíble.

El ideal que Dios te propone es muy superior a todos los ideales que te puedas proponer tú, y va acompañado de una libertad que te hace ser, un extraordinario sembrador de paz y alegría en todo el mundo.

Acontecimientos mundiales en 1965

En aquel año los acontecimientos mundiales más relevantes fueron la guerra del Vietnam liderada por el presidente *Lyndon Johnson*, el final del Concilio Vaticano II y la visita del Papa *Paulo VI* a los Estados Unidos, para dar un famoso discurso en la ONU.

Ese año también se estrenó el *Dr. Zhivago* que estuvo en cartelera muchos meses seguidos.

Por otro lado, en nuestro país las guerrillas marxistas – comunistas amenazaban los pueblos y ciudades de la sierra. Conocíamos las noticias sin interesarnos demasiado, a nosotros nos dolía más que se quitaran los tranvías de Lima, que fueron nuestro sistema de transporte de toda la vida.

¡Muchas veces viajábamos en los tranvías! para ir al colegio o a la playa era el medio más usado por todos.



Tranvía de Chorrillos

Urbanito de San Miguel

Todavía recuerdo al maquinista mover la perilla para hacer caminar la máquina y al boletero que estaba correctamente vestido con corbata y gorra, llevaba en la solapa una placa metálica color dorado que lo identificaba.

Si uno quería bajarse tiraba de un cordón y hacía sonar una campanita, luego se acercaba a la puerta corrediza que abría el maquinista. Dentro del vagón y encima de la puerta estaban las propagandas de alguna medicina: *"Pastillas Bux o Pec..."*



Nuestra promoción se llamó: *Andrés Aldasoro*



El P. Andrés Aldasoro fue nuestro Jefe de división en 5to. de media, era un vasco fornido de voz gruesa y carácter severo. Un hombre muy franco y noble. De chicos le teníamos un poco de miedo por su aspecto adusto, pero luego nos dimos cuenta que tenía un gran corazón.

Nos hablaba con franqueza y se lo agradecimos mucho. Una vez intentó, aunque pronto desistió, que habláramos el castellano al estilo español utilizando el vosotros. La iniciativa no duró ni una semana. Fue nuestro profesor de literatura, muy culto y versado en los clásicos, motivó nuestro interés por la cultura.

Vestía siempre con el hábito blanco de su congregación y tenía un dominio muy claro de la doctrina cristiana del Magisterio de la Iglesia.

En aquellos años mostraba su descontento con la apertura que había tenido la universidad católica hacia las ideas de *Teilhard de Chardin*, un sacerdote jesuita que defendía las ideas de *Darwin* y ponía en peligro la doctrina de la Iglesia sobre la creación.

Nos contaba que cuando *Teilhard* ya había muerto, el padre *Janssens* (otro jesuita) informó a la Compañía de Jesús, que un decreto del Santo Oficio, dirigido por el cardenal *Ottaviani* requirió a las congregaciones retirar de todas las bibliotecas las obras de *Teilhard*.

El documento dice que los textos del jesuita «representan ambigüedades e incluso errores tan graves que ofenden a la doctrina católica» por lo que «alerta al

clero para defender los espíritus, en particular los de los jóvenes, de los peligros de las obras de P. Teilhard de Chardin y sus discípulos».

Ya nos había advertido antes el P. Armel, (*él era francés*), de estos peligrosos avances de un evolucionismo ateo que siguiendo a Darwin afirmaba categóricamente que el hombre descendía del mono. Con el tiempo estas ideas se fueron orientando mejor gracias a los alcances de la antropología teológica que afirma que la hipótesis de un evolucionismo mitigado puede ser compatible con la doctrina de la creación pero que de ninguna manera el hombre podía proceder de un animal.

El P. Andrés me tenía mucha ley porque sabía que frecuentaba un centro del Opus Dei y a él le parecía muy bien. Hizo migas conmigo para que le ayudara en la orientación de algunos alumnos.

No me gustaba mucho sentirme el “*redentor*” de los demás, sus planteamientos me parecían demasiado verticales, era muy comprensible que fuera así por su trayectoria y procedencia.

Los que se educaron en las épocas de las guerras europeas venían con una mentalidad bastante integrista y de corte monárquico y yo no comulgaba mucho con ese estilo. Las ideas estaban claras pero las formas había que pasarlas por un filtro para suavizarlas más, sin renunciar al fondo.

Un día el P. Andrés entusiasmado de un proyecto a favor de los jóvenes organizó un retiro para un grupo selecto de alumnos de la Recoleta y por supuesto a mí me incluía. Estaba convencido de mi participación, pero yo no fui y tampoco le dí explicaciones, no sabía cómo hacerlo porque no me iba a entender, tampoco tenía derecho a cuestionar sus métodos.

Simplemente no fui y me imaginé que a la vuelta de esa actividad me diría *mi vida*. No me equivoqué, se calentó tanto que me puso 05 en conducta. A pesar de ese *impase* seguimos siendo amigos, lo seguí visitando en los años sucesivos, cuando era exalumno del colegio.

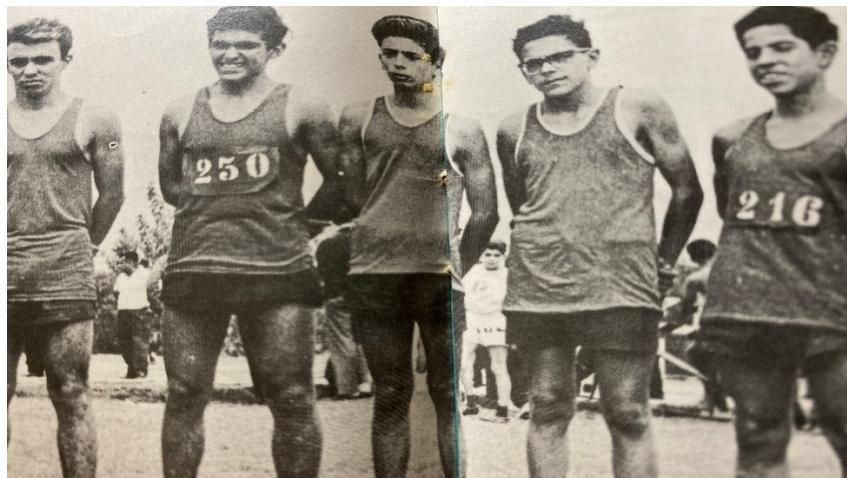
Me gustaba tanto el deporte que ni los estudios me impedían jugar mis partidos e intervenir en los campeonatos. El tiempo lo sacada de donde no lo tenía.

Como todos los años llegaron las competencias del ADECORE y yo como mejor velocista del colegio tenía que participar en las carreras de velocidad. Para los 100 mts. Planos, que era mi especialidad hice dos partidas falsas y me eliminaron.



En entrenador, el Profesor Guerrero, no sabía dónde meterse y yo quedé bastante preocupado, luego me pude “sacar el clavo” en la carrera de los 200 mts. y en la posta de 4 x 100.

Al terminar el campeonato me retiré totalmente del atletismo. Nunca renuncié a los partidos de fútbol que procuraba jugar todas las semanas con mis amigos.



Otras actividades

Al final del año se organizó la fiesta de promoción en casa de Ernesto Benavides. El vivía frente al colegio y al lado del golf en una casa grande y hermosa muy apropiada para una fiesta. Yo me apunté en la lista de los que no fueron. Ahora cuando escribo estos recuerdos me doy cuenta que hoy los escolares le dan mucha más importancia al viaje y a la fiesta que antes.

La presión es más fuerte para no faltar a estos acontecimientos que se han convertido en un signo de solidaridad y lealtad entre los alumnos. La misma consideración la tendríamos que hacer para la ceremonia de graduación, hoy es sumamente importante, los alumnos van con toga y smoking, está presente la familia y se hace una ceremonia solemne por todo lo alto. Cuando nosotros nos graduamos hubo una simple actuación en el patio donde nos entregaron los anillos y nos tomaron unas fotografías. Luego nos fuimos a nuestras casas.

Regresamos al colegio para un almuerzo de promoción y luego cada uno tomó su camino.

Convivencias de estudio en el verano

En el verano de 1965 asistí a una convivencia de estudios en la casa de los Montes de Peralta en Chaclacayo y luego, durante el año, tuvimos otras en “Asis” una casa tipo conventual que era propiedad de los Velaochaga y nos la prestaban para retiros y fines de semana.

En ese año casi todos los sábados, después de la meditación de Tradiciones, salíamos de convivencia para Asis. Partíamos a las 8.00 pm, casi no había tráfico en la carretera Central, en media hora se llegaba a Chaclacayo.

Asís era una casa pintoresca, en vez de timbre tenía una campana para llamar a la puerta, los muros eran de piedra y los techos bastante altos.

En el hall de entrada había una armadura de tamaño natural, que impresionaba y daba cierto miedo porque te la encontrabas de golpe en una zona de penumbra.

El comedor era un auténtico refectorio con mesas y bancas largas de madera, en una esquina había un atril para las lecturas y por supuesto no podía faltar un enorme cuadro de la última cena. El oratorio se había instalado en una habitación muy pequeña del segundo piso, el suelo de madera crujía cuando se caminaba en él. La voz fuerte del P. Tejerizo en las meditaciones, retumbaba en las paredes y nos estremecía a todos.

A esas mini-convivencias íbamos muy bien equipados para pasarla bien: *una canasta con la comida que había preparado la administración de Tradiciones, una botella de licor para que José Ramón preparara una exquisita sangría y la infaltable pelota de fútbol* para nuestros interminables partidos.

El día de llegada, *después de comer*, José Ramón solía contar historias de terror que alternábamos con algunas canciones de la nueva ola, que estaban de moda en esos años. Las convivencias en Asís fueron inolvidables.

En Tradiciones durante el verano había bastante vida y muchas actividades apostólicas que no podían parar. José Ramón nos empujaba para venir siempre con amigos a las charlas y a las meditaciones de los sábados.

Recuerdo que me esmeraba con gusto saliendo a buscar a mis amigos motivado por el ambiente apostólico que todos teníamos en el centro.

A Raúl Osores, *que era menor que yo y estudiaba en mi colegio*, lo iba a buscar hasta su casa y nos veníamos juntos a Tradiciones; menos mal que vivía cerca, yo me sentía responsable de sus horarios y no quería que fallara por ningún motivo.

Cristobal Brambilla, *otro chico que era dos años menor que yo*, también de La Recoleta, vivía en La Victoria, bastante más lejos que Raúl, su papá tenía un taller de carpintería pegado a la casa, muchas veces estuve allí conversando con él, a pesar de la bulla de la sierra eléctrica y de los golpes de martillo que eran constantes.

Ese año Cristobal se fue con su familia a veranear a San Bartolo. Yo me tomaba mi colectivo para ir a visitarlo, y me encantaba hacerlo porque era mi amigo y tenía un afán grande de que encajara en nuestro grupo de Tradiciones, no me importaba recorrer los 40 kilómetros de ida y vuelta.



Foto del 2023: a mi lado Cristobal Brambilla

Hasta ahora seguimos siendo amigos. Ese año también traté a dos chicos que eran mayores que yo en el colegio y llegaron a pitar a finales de 1965: Pedro Durand y Hugo Garavito.

El verano de 1965 lo organizaron muy bien en la casa para que aprovecháramos el tiempo. Jesús Alfaro, *que era mayor que nosotros*, nos animó para que hiciéramos teatro.

Un día nos llevó a la Universidad de San Marcos para ver una obra, que en esos años estaba en cartelera y tuvo mucho éxito en todo el Perú, se llamaba

“Collacocha”. Jesús actuaba en ella con los mejores artistas nacionales de la época, como Luis Álvarez y Ricardo Blume.

Entusiasmado por nuestra presencia nos hizo ensayar la obra durante el verano y la pudimos representar en una convivencia de Larboleda, delante de los mayores de casa. Nos vieron actuar, *y se quedaron las dos horas y media que duró la obra*, nada menos que Mons. Ignacio Orbegoso y Mons. Lucho Sánchez Moreno, entre otros.

A mediados de febrero José Ramón me pidió que fuera a Misa por la mañana a Tradiciones. Yo solía escuchar Misa en la Iglesia de La Recoleta de la plaza Francia en Lima, mi casa quedaba a una cuadra.

El 16 de febrero estábamos desayunando cuando sonó el timbre de la puerta de Tradiciones. Salimos para abrir y nos encontramos con tres ingenieros, que eran agregados del Opus Dei y venían para trabajar en las Escuelas Radiofónicas, Populares, Americanas (ERPA).

En medio de una inusual algarabía pasaron a la casa y hubo con ellos una tertulia improvisada en el *porche*. Nos contaron el aventurado viaje de una larga travesía que hicieron desde que salieron de España en un barco italiano que venía *caleteando* de puerto en puerto. Llegaron al Perú para quedarse a trabajar: Lucho Báscones, Francisco Coll y José Alberto Lasunción.



Francisco Coll

En la residencia de Los Andes vivía Guillermo Oviedo y al poco tiempo se vino a vivir a Tradiciones. A mí, que estaba todavía en el colegio, me parecía que era bastante mayor de lo que era. Vestía elegantemente con unos sacos de gamuza, usaba unos lentes de filo dorado, unos zapatos *florsheim* americanos, y tenía un Volvo deportivo color blanco. Ahora es el Padre Guillermo Oviedo, asesor en la Marina de Guerra del Perú.



P. Guillermo Oviedo Gambeta

Cuando llegó a Tradiciones se hizo bastante popular por su don de gentes y porque era muy hábil en algo que a nosotros nos llamaba mucho la atención: sabía hipnotizar y podía poner sus piernas alrededor de su propio cuello; organizaba, de vez en cuando, algunas sesiones de hipnotismo contando como voluntario a Manolo Quimper que cumplía dócilmente las órdenes que recibía del hipnotizador.

Después de un tiempo dudábamos si se habían puesto de acuerdo o si realmente lo había hipnotizado.

Manolo Quimper, *que era muy abierto y conversador*, entraba en todos los temas con explicaciones originales y muy divertidas.

Le encantaba la música, tenía buena voz para las jaranas criollas y además ponía mucho interés en aprender las canciones que estaban de moda, como vio que yo tenía una guitarra eléctrica se le ocurrió organizar en Tradiciones una banda de rock; para empezar pidió prestada una hermosa batería *Roxi* que estuvo en Tradiciones varios años, pero lamentablemente no se le daban ni el rock, ni los instrumentos musicales.

La guitarra eléctrica me la regaló mi papá por mi cumpleaños. Tocaba en el colegio con mi banda Los COETS y en varios festivales.

Todos los sábados llevaba la guitarra a Tradiciones para tocar después de la meditación. Manolo me acompañaba con la batería y entre los dos hacíamos una bulla infernal.

No duramos mucho en nuestro propósito de querer hacer un conjunto de rock en Tradiciones, habíamos llamado a Arnaldo Chávez para que toque el bajo y a José Antonio Vallarino para una segunda guitarra, pero nos dimos cuenta que no podíamos llegar muy lejos.

Arnaldo tenía una voz ronca y un tanto *aguardientosa*, tenía dos canciones preferidas: “Esos ojitos negros” del Dúo Dinámico y la Bamba. José Antonio Vallarino hacía *pininos* con la guitarra y nunca lograba terminar una canción.

José Ramón, que además de ser director se había convertido en algo como “*un representante musical*” o “*manager*” prefería que cantemos las canciones de la *nueva ola* acompañados de una guitarra española.

Le encantaban las canciones de Rafael, pero también disfrutaba con Leo Dan, Palito Ortega, los 5 latinos y el dúo dinámico. Para este tipo de canciones Marcos D’Angelo era la estrella, pero aún no sabía tocar guitarra.

Marcos D’Ángelo y Jesús Alfaro vestían a la moda con unos pantalones apretados hasta la rodilla y acampanados hacia los talones, poseían ambos una buena peluca, la de Jesús era bastante larga, ahora ambos se han quedado calvos, ¡paradojas de la vida! y tenían también unas patillas bastante largas, que estaban de moda.

Les gustaba cantar canciones románticas de la época y alguna que otra folklórica. A Marcos lo llamaban para que cante “Mi viejo” ó “la cajita de madera”, o de Adriano Celentano. José Ramón apagaba las luces dejaba sola la de la lámpara, porque así había más ambiente... (44)



P. Marcos D’Ángelo



Leo Dan

Adriano Celentano

Palito Ortega



El Duo Dinámico

(44) *Para ir al Centro tomaba el colectivo de la av. Arequipa en el Cine Colón que estaba en la Plaza San Martín, pasando el by pass que cruzaba la Javier Prado el pasaje costaba S/. 2.50. Algunas veces me bajaba la cuadra anterior para ahorrarme los 0.50 centavos y pagar solo S/. 2.00.*

El dulcísimo precepto

San Josemaría decía que con el mismo corazón con que amaba a Jesús, amaba también a sus padres y que era paternalista, porque quería mucho a su papá y a su mamá. A nosotros nos decía que el 90% de nuestra vocación se la debemos a nuestros padres.

Escuchando a San Josemaría hablar sobre la familia y el amor a los padres aprendí a corresponder a todo lo que había recibido de mis papás, y que no es poco.

La deuda que tengo es muy grande y para mí el cuarto mandamiento es el dulcísimo precepto. No dejo de pedir por mis padres a diario y agradecerle a Dios por el amor tan grande que tenían ellos en la casa, conmigo y con mis hermanos. Para todos nosotros, gracias a Dios, nuestros padres fueron ejemplares. Los recordamos con mucho cariño.

La dedicación de mi madre y la vida de la casa

Mi madre era una mujer que estaba dedicada plenamente a su casa, para la atención y el cuidado de sus seis hijos. Yo era el mayor. La veía levantarse temprano todos los días para preparar todo lo que requeríamos para salir por la mañana al colegio, luego iba al mercado y regresaba para cocinar. Muchas veces se escapaba, *cuando podía*, para escuchar la Santa Misa en la parroquia más cercana.

Todos los días el almuerzo en la casa estaba listo, con una puntualidad admirable, nos sentábamos en la mesa toda la familia, como era costumbre en aquella época, los gloriosos años 60.

Por las noches, a primera hora, cenábamos mirando alguna serie de televisión: *Rin tin tin*, *Los patrulleros del Oeste*, *el Niño del Circo* o *Jim de la selva*, que eran las que había en la tele.

Más tarde era el turno de mi padre y mi abuelo, que veían *Combate*, *Perry Mason*, *Bonanza*, *Maverik*, entre otras; a mi mamá le gustaba “*Papá lo sabe todo*” ó “*Yo amo a Lucy*”

Cuando estábamos todos juntos veíamos los programas de Pablo de Madalenoitía o de Kiko Ledgard. Todo sano. Era una televisión limpia y edificante.



El trabajo y la dedicación de mi padre

Mi papá fue Juez de menores de Lima, Vocal de la Corte Superior del Callao y luego terminó su carrera de Magistrado en la Corte Suprema de la República, como Vocal Supremo.

Fue un hombre justo y tremadamente honrado, era un padre de familia que estaba presente en la vida de la casa y nos educó respetando nuestra libertad. Nunca nos impuso nada. Admirábamos su prestigio profesional y humano. La gente lo quería mucho.

Un día un colega suyo le regaló dos pasajes de avión para que se vaya de viaje a Europa con mi mamá durante las vacaciones. El pasaje lo dejó en la mesita de la sala. Nosotros lo veíamos allí esperando el día del viaje, pero resulta que llegó el día y los pasajes continuaban en el mismo sitio. Le pregunté a mi papá ¿porqué no habían viajado? Y me dijo que no sabía quién los había pagado. El que se lo regaló no quiso darle el dato. Mi padre nos hizo ver cómo había que actuar en una circunstancia así. Era sumamente honrado.



Mis padres y sus 6 hijos, (1965)

Justos de dinero

Vivíamos en un departamento, que era de nuestro abuelo materno, los 6 hermanos y mis padres. Ellos tenían el proyecto de comprar una casa con jardín, que a nosotros, *niños todavía*, nos ilusionaba mucho. Era nuestro sueño.

Mi papá logró comprar un terreno en una urbanización de Miraflores, pero resulta que uno de mis hermanos se enfermó y hubo que emplear el dinero en su recuperación, compró otro terreno en Barranco y un departamento en Surquillo para alquilarlo y los asuntos económicos no fueron bien y tuvo que venderlos.

Pasó un poco de tiempo y compró un terreno en Ancón, en una colina muy bonita con vista al mar, pero la construcción allí era muy cara y también tuvo que venderlo.

Cuando al fin compró una casa en San Isidro, yo ya estaba viviendo en un Centro del Opus Dei y a los pocos años me fui a estudiar a Roma, donde conocí a San Josemaría.

Las excelencias de un hogar cristiano

Cuento estos detalles de mi familia de sangre que coinciden plenamente con lo que San Josemaría nos decía de cómo tendría que ser una familia cristiana, un hogar luminoso y alegre, donde los padres se vuelcan con los hijos con una dedicación constante y un cariño inmenso que no para nunca.

Si hoy las familias funcionaran unidas, *tal como la Iglesia nos enseña*, la sociedad caminaría mucho mejor en todos los aspectos.

Da mucha pena ver las tragedias familiares con desuniones, egoísmos, rupturas, violencias, o grandes frialdades, indiferencia, silencios y ausencias.

La familia es la célula básica de la sociedad, urge recomponerla para recuperar los valores esenciales, que son las virtudes humanas que tejen la unidad, con el amor auténtico y fuerte, que hacen felices a una familia entera, en su andadura por este “valle de lágrimas” que es la tierra, para conquistar luego la felicidad de la vida eterna en el Cielo.

Para todos los cristianos el cuarto mandamiento del Decálogo debería ser, *como decía San Josemaría*, el “Dulcísimo Precepto” **Otras actividades interesantes**

Ese año el famoso hacendado Pedro Beltrán, que era además el dueño y director de “La Prensa”, un importante diario limeño, había regalado un terreno en Cañete, que era una pequeña parte de la hacienda Montalván.

Los ingenieros recién llegados construyeron allí una antena para Radio ERPA. Al poco tiempo salió una revista con el mismo nombre y a nosotros en Lima se nos encargó conseguir suscripciones. Salíamos por las calles de San Isidro, *con nuestros amigos*, a tocar las puertas y ofrecer la Revista. Todo se organizaba desde Tradiciones.

Cuando llegó Abril empezó nuevamente el colegio, era mi último año de media. Paralelamente en Tradiciones empezaron actividades culturales. Primero se organizó una orientación profesional. (45)

Los profesores y tutores del curso conversaron con nosotros. En aquella ocasión Guillermo Oviedo fue mi tutor, él solo tenía dos años más que yo, pero en esas

edades se notaba una diferencia significativa, Guillermo era un alumno de derecho en la Universidad Católica y yo un escolar de 5to de media.

Me habló de la vida universitaria y de los estudios que debía realizar con más profundidad y dedicación que los del colegio.

En el primer semestre de 1965 se organizaron en Tradiciones unos juegos florales que se centraban en varios poemas que tenía escritos José Ramón Dolarea y unos pocos de Pepe Navarro.

Era una actividad dirigida a los universitarios. Los que estábamos en el colegio podíamos estar presentes, pero los sitios preferenciales serían para estudiantes universitarios: *Jaime Cabrera, Jaime Chauca, Marcos D'Ángelo, Jesús Alfaro y Ronald Escobedo*, eran los encargados de invitar a la gente.

José Ramón y Pepe Navarro alistaron sus poesías que iban a ser recitadas frente a un público universitario de gente de letras. Se había acondicionado la pérgola y el jardín era bastante espacioso para recibir al público. José Ramón se puso sus mejores galas y le pidió a Nacho que le acompañara con la guitarra, lo instruyó bien para que el fondo musical no entorpezca la recitación, sino que la acompañe delicadamente.

(45) *El primer consejo Local de Tradiciones fue: Director: José Ramón Dolarea, Sub director: Manolo Quimper, Secretario: Jorge Boladeras, sacerdote: P. Antonio Ducay (1964-1965).*

El programa empezaría a las 7.00 pm. Desde las 6.00 pm estaba todo listo, José Ramón repasaba sus poesías y me pidió que le hiciera unas fotografías durante la recitación.

Cuando faltaban 10 minutos para las siete aún no había llegado nadie. Nos pusimos un poco nerviosos. José Ramón preguntaba si íban a venir, todos aseguraban que sí pero al pasar los minutos las dudas aumentaban.

Manolo, para evitar disgustos, llamó a varios residentes de Los Andes y les pidió que vinieran de inmediato a Tradiciones elegantemente vestidos. Cuando ya había pasado la hora llegaron los residentes y pudo empezar la función. Fue un momento un poco angustioso pero que terminó bien.

La casa necesitaba más arreglos. José Ramón invitaba a tomar lonche a algunas familias con el fin de poder conseguir recursos para hacer esos arreglos.

Guillermo Oviedo le contó a José Ramón que iba a venir a Lima una amiga de su familia que era millonaria y que si la invitábamos a la casa nos podría dar un fuerte donativo.

Se coordinó con ella para una fecha y se la invitó a tomar lonche. Todos estábamos elegantemente vestidos. José Ramón ensayaba fórmulas para poder pedirle delicadamente un fuerte donativo. El día previsto se presentó a Tradiciones a la hora señalada. Era una espigada señora de edad que no hablaba ni una palabra de castellano, Guillermo hizo de traductor.

Entramos todos al comedor y se inició una conversación en inglés de Guillermo con ella sobre temas familiares y otros que nada tenían que ver con Tradiciones. José Ramón, nervioso, le hacía señas a Guillermo para que tocara el tema y pudiera entra José Ramón a la conversación para pedirle el donativo.

Todos los demás observábamos callados la amena y prolongada conversación hasta que por fin Guillermo pudo meter el tema que nos interesaba y le dio el pase a José Ramón que naturalmente hablaba en castellano, mientras Guillermo traducía.

Después del *sablazo* ella se quedó pensando y nos miró a todos. Dijo que como éramos muy jóvenes podíamos salir a vender a la calle. Qué ella nos regalaba diez mil ganchos de colgar y si nosotros lo vendíamos conseguíamos el dinero que necesitábamos. Todos nos miramos las caras, pero miramos especialmente la de José Ramón que estaba totalmente desconcertado. Cuando se fue la señora todo eran risas y la anécdota quedó para la historia. A los pocos meses la señora le mandó por avión a Guillermo un perrito que había bautizado con el nombre de: “Inca Oviedo”

El tiempo seguía pasando, José Ramón había contratado a un *hombresito* que hacía todo tipo de trabajos, era super hábil, se trepaba por todos los sitios, tapizaba los muebles y charolaba las puertas y ventanas. Se quedó con el apodo de *charolín*.

Horas en la sala de estudios

Todos los días, después del colegio me venía con mis libros a Tradiciones y me instalaba en la sala de estudios. Tenía la preocupación de mi ingreso a la universidad.

En la casa coincidía con Eduardo Bauman que iba todos los días a estudiar. Los de mi colegio venían esporádicamente. Alternaba mis estudios con algunas pocas actividades que podía hacer.

Como me gustaba la fotografía me dieron ese encargo. Tenía una buena máquina de fotos, una filmadora y un proyector de 8 mm.

Con José Ramón hicimos un buen álbum de fotografías que se colocó en la mesita que había en dirección junto a los confortables, (actual living).

Un día en el closet que estaba junto a dirección instalé un laboratorio para revelar fotos, que duró muy poco. Mis actividades con los Boys Scouts habían terminado al inicio del año.

Recuerdo que el último campamento lo hice en Trapiche junto al río Chillón. Grande fue mi sorpresa en ese campamento cuando me fueron a visitar Víctor Morales y Juan Luis Cipriani. Me dio mucha alegría que tuvieran ese detalle conmigo.

Durante el año fueron llegando más chicos a Tradiciones, la gran mayoría eran escolares, procedían de *La Recoleta, Santa María, Salesianos, La Salle, la Inmaculada y los maristas de San Isidro, Guadalupe, etc.*

Venían indistintamente por diversas actividades, la mayoría a la meditación de los sábados y a las convivencias que se organizaban en Asís.

El Club Saeta que se había quedado en el local de la calle Diez Canseco, tomó impulso con la llegada del P. Clavell que empezó a organizar paseos con los niños. A Jaime Sarmiento le encargaron que sacara el club y empezó a convocar a los niños. (46)

(46) Estaban, entre otros, Joseito Flores Estrada, Coqui y Ricardo Wiesse, Manuel Bello, Carlos Ferraro y sus hermanos más pequeños, Javier Cipriani, etc.

La Prensa, el diario de Pedro Beltrán, organizaba en las vacaciones para los chicos el “interbarrios de fútbol” una actividad que tuvo mucho éxito en Lima. El club Saeta participó todos los años, conforme crecían los niños el equipo subía de categoría. También ayudaba en las actividades del club Pancho Navarro que iba en su bicicleta por todos lados.

En Tradiciones seguían los arreglos. Se decidió erradicar los plátanos que estaban sembrados en la esquina del jardín y se colocó frente a un costado del porche una imagen de la Virgen de mayólica. Paúl hizo el diseño de un portón y se abrió un garaje para los carros en el mismo jardín.

El arquitecto Pérez Rosas hizo un pequeño proyecto para construir la casa de los ingenieros en el terreno que había regalado Pedro Beltrán en Cañete.

En la casa de la escalera vivían los tres ingenieros con Javier González que era el director. El P. Joaquín Diez hacía viajes desde Lima para atenderlos.

Cuando estuvo la casa lista se mudaron a ella y Jorge Boladeras se fue a vivir a Cañete.

Se acaba la etapa escolar

En los últimos meses del año todo mi salón estaba inquieto porque íbamos a egresar del colegio. Las actividades extracurriculares se habían multiplicado. Como era de casa no fui ni a la fiesta ni al viaje de promoción. No me costó absolutamente nada.

Estaba totalmente de acuerdo en que no debía ir y en ningún momento se me pasó por la cabeza algo distinto. Yo estaba feliz en Tradiciones con las actividades apostólicas y los sueños de expansión, pero también muy metido en otras actividades escolares como el deporte y el club de teatro.

Antes de acabar el año presentamos una obra de teatro que había escrito Hugo Garavito, era sobre los incas. Los actores nos vestimos de indios e hicimos lo que pudimos. Menos mal que los parlamentos eran muy cortos. Queríamos hacer más actividades, pero veíamos que el tiempo se acababa y había que parar.

Un profesor del colegio nos asesoraba en los estudios con gran generosidad de su parte para que tuviéramos éxito en nuestras carreras. Nos conseguía libros y nos incentivaba para que tuviéramos más interés por la cultura. En su casa organizaba tertulias culturales.

A mi me encantaba todo eso pero tenía que medir el tiempo y balancear un poco mis horarios para no descuidar el estudio.

Nuca dejé de jugar fútbol, estaba en el equipo de la promoción y del colegio.



Fin de año

Antes de Navidad el colegio nos organizó una despedida a los de 5to de media. Nos entregaron el anillo de promoción nos hicieron unas fotos y algunos tuvimos que presentar unos números artísticos.

Nos presentamos con nuestro conjunto musical “Los Coets”. Cuando estaba en plana función veo que entre los asistentes estaban Juan Luis Cipriani, Víctor Morales y Guillermo Oviedo. A Guillermo le gustó tanto nuestra presentación que hasta ahora me recuerda la impresión que tuvo ese día al vernos tocar.

El Triduo de Navidad se organizó nuevamente en Tradiciones. Como el año pasado el jardín estuvo muy bien decorado pero esta vez con más gente. Guillermo Oviedo al abrir una botella de Champagne no pudo controlar el chorro y mojó la sotana del P. Ducay frente al asombro de todos los concurrentes que no atinaban a decir nada.

Al instante todo era algarabía, ¡Un Feliz Navidad! Y todos contentos. Estaban nuestros padres y familiares, grandes y chicos llenaron el jardín de Tradiciones y agradecían la labor que se hacía en esa casa con la gente joven. En realidad, todos éramos jóvenes.

Personajes ilustres que influyeron en nuestras vidas

Cuando uno es chico está lleno de ilusiones; en mi caso, y en el de mis amigos, estuvieron motivadas por nuestros papás y maestros. Gracias a

Dios las personas mayores que nos tocaron fuenro de primera, como profesionales y como personas.

En el colegio admiraba a los padres de los Sagrados Corazones, habían 17, todos con sus hábitos blancos; estaban cerca de nosotros y se esmeraban para que fuésemos buenos cristianos.

En los Centros del Opus Dei los directores nos hablaban siempre de personas notables, *por su prestigio profesional, por su honradez y que fueran además buenos cristianos*, para que nos fijásemos en ellos, como un ejemplo a tener en cuenta.

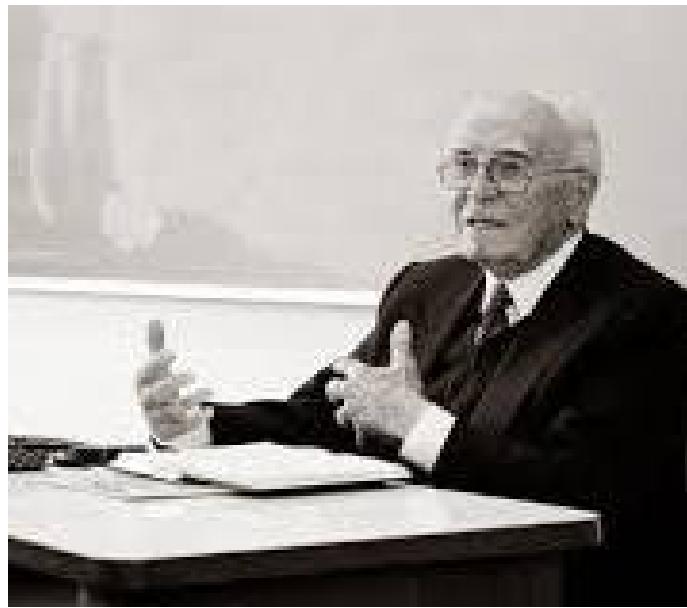
Pudimos conocer bastante bien a **Víctor Andrés Belaunde**, tuve la oportunidad de leer: “la Realidad Nacional” y Peruanidad”, ambos libros me impactaron y los tenía muy a mano para repasarlos.

Pudimos escuchar y estar con **José Luis Bustamante y Rivero**, y con otros intelectuales de renombre como **Guillermo Lohmann Villena, José Antonio del Busto, y José Agustín De la Puente y Candamo**, los tuvimos en charlas de orientación profesional que nos daban para prepararnos a la universidad.

Mi papá era amigo de **Domingo García Rada**, con quien trabajé al salir del colegio en el poder judicial y de Aurelio Miro Quesada, que me daba buenos consejos sobre los artículos que empezaba a escribir para el periódico. Eran unos prestigiosos profesionales de primera línea y muy buenas personas.



Domingo García Rada



Dr. José Agustín De La Puente

Personas del Opus Dei que vinieron de visita a Lima

Quisiera referirme ahora a algunos personajes ilustres del Opus Dei, que conocí en esos años de adolescencia porque vinieron de visita Lima, y dejaron en todos nosotros un gratísimo recuerdo.

El año 1966 pasó por Tradiciones el **P. Alfredo García**, un sacerdote español que venía enviado por Mons. Escrivá para vernos a todos. Era una visita familiar y muy grata.

El anuncio de su llegada nos llenó de entusiasmo y junto a los otros chicos que habían pedido la admisión a la Obra en esos años, nos pusimos a trabajar en la casa para dejarla super elegante y que el P. Alfredo García se pueda llevar una buena impresión. Pero como Tradiciones era una casa vieja no nos dimos cuenta que algunas vigas del techo estaban apolilladas.

El P. Alfredo, que disfrutó con nosotros los días que estuvo en Lima, y nos contó muchas anécdotas de la vida santa del Fundador del Opus Dei, un día antes de irse, me llamó a parte y me dijo que tenía que resolver el problema de la carcoma.

Yo lo miré sorprendido, porque no sabía lo que era la carcoma. Después me explicaron que se trataba de las polillas. No fue fácil hacer ese arreglo, pero

al fin lo conseguimos y los techos quedaron muy bien. A mí me sirvió la lección: había que tenerlo todo bien, aunque no se note.

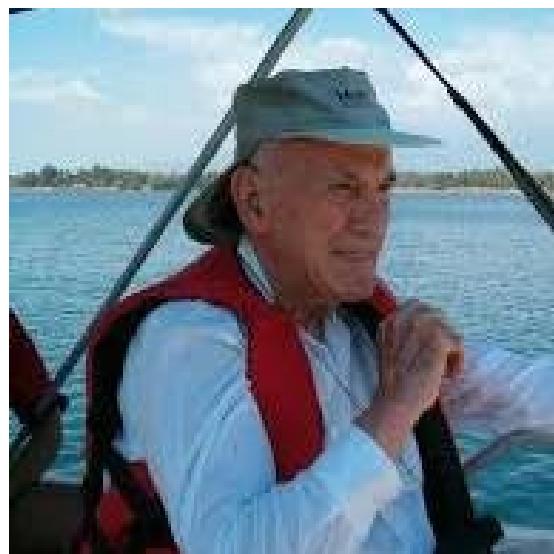
En otra ocasión nos visitó el prestigioso historiador español, **Florentino Pérez Embid**, también numerario del Opus Dei.

Estuvo en Tradiciones con nosotros unos cuantos días, como lo hemos referido más arriba.

Otra visita importante fue la que nos hizo el **P. Antonio Rodríguez Pedraza**, que a la sazón era el consiliario de Guatemala. Vino para contarnos las experiencias del club juvenil los Gurkhas, que fue el primero que se puso en toda América.

Le escuchábamos con mucha atención porque aquí en Lima estábamos armando el club juvenil Saeta.

El P. Antonio nos contó algo que no sabíamos, que el primer numerario de Guatemala era un peruano, que no conocíamos, para nosotros fue una notición! Se trataba del **ing. José Revilla Calvo**, que nos visitó el año siguiente y se alojó en Tradiciones. Era un prestigioso ingeniero civil, de mucha fama en Guatemala y después, en los últimos años, se fue a vivir a El Salvador, donde falleció el 2013 a los 84 años.



Ing. José Revilla Calvo

También nos visitó el prestigioso jurista español **Ismael Sánchez Bella**, que en esos años era el rector de la Universidad de Navarra y hermano del

consiliario del Opus Dei en España **D. Florencio Sánchez Bella**. Nos contó de los inicios de la Universidad de Navarra en la década anterior.

Recuerdo que se refirió al Dr. **Eduardo Ortiz de Landazuri**, supernumerario del Opus Dei, hermano de la beata **Guadalupe Ortiz de Landazuri**. Tuve la dicha de conocer a D. Eduardo años más tarde en el campus de la Universidad de Navarra, era un hombre amable y cariñoso, que sabía transmitir el amor a Dios con una sencillez increíble. Está ahora en proceso de canonización.

D. Ismael Sánchez Bella nos contó que San Josemaría le pidió a D. Eduardo que se traslade a Pamplona para sacar adelante la Universidad de Navarra; y él se trasladó con toda su familia.

A la vuelta de los años San Josemaría visita la Universidad y el D. Eduardo le dice: *“Padre Usted me mandó para que pusiera una universidad”*, y -señalando la universidad añadió: *“mire, ¡aquí está!”*. San Josemaría le contestó de inmediato: **“yo no te mandé para que pusieras una universidad sino para que seas santo”** Le hizo ver que si era santo podría sacar adelante, con otros, una Universidad. D. Ismael Sánchez Bella falleció el 2018 a los 96 años de edad.

En esa gloriosa década de los años 60 nos visitó el **P. Vladimiro Vince**, un sacerdote numerario, de los primeros del Opus Dei, era Croata y San Josemaría nos contaba mucho de él porque precisamente después de visitarnos el avión de regreso se estrelló en el Caribe. Llegaron noticias alarmantes sobre un atentado que se habría cometido y que esa habría sido la causa de la caída del avión. Rezamos mucho por él. Era una bellísima persona. D. Vladimiro falleció el año 1968 a los 44 años de edad.

Otro ilustre visitante fue el **P. Tomás Gutiérrez**, tuvimos con él una tertulia inolvidable; al final nos hizo escribir a todos los presentes, *en una postal*, unas palabras de saludo a San Josemaría. Años después D. Tomás fue consiliario del Opus Dei en España y falleció el año 2013 a los 84 años.

Todas esas visitas ocurrieron cuando éramos menores de edad. En esos años se alcanzaba la mayoría de edad a los 21.

La televisión era en blanco y negro. Al Estadio, al cine y a las fiestas se iba en eterno. Los rostros emblemáticos de la televisión eran *Pablo de Madalenoitía, Kiko Ledgard y Humberto Martínez Morosini*, los tres con riguroso eterno y corbata. *Kiko Ledgard* era el más excéntrico porque usaba

corbata de pajarita (o michi), medias de distinto color y dos relojes, tenía además un carro Isuzu con una hélice, como si fuera helicóptero. Era super simpático y sus programas los veía todo el mundo.

También estaba en la tele Augusto Ferrando, que un día cambió el terno por una Guayabera.

Así vivimos en la década de los años 60 que fueron inolvidables para todos nosotros.

1966 - 1967: más Centros del Opus Dei en Lima

En Octubre de 1966 hubo un terremoto en Lima que dejó más de 200 muertos. Tradiciones quedó muy averiada, una de las ventanas que daba para la av. Del Bosque se convirtió en puerta y la casa quedó bastante afectada.

Fue a media tarde. Una hora después pasó sobre Lima una nube negra formada por el polvo que había levantado el movimiento sísmico.

Solo tuvimos un buen susto, el movimiento fue vertical y casi no podíamos mantenernos en pie. Para muchos de nosotros había sido el primer terremoto de nuestra vida.

En la casa de mis padres, el departamento en la av. Uruguay, no hubo más que un susto. Todos salieron corriendo a la calle a esperar la réplica.

En la universidad salimos corriendo del aula y casi no nos podíamos mantener en pie. Yo vi que del edificio que estaba al frente se rompían las ventanas y los vidrios caían a la calle.

En Tradiciones una ventana del segundo piso se convirtió en puerta, se hizo un agujero tremendo que exigió unos días de trabajo para arreglarlo.

Con mi familia

Mi padre se había comprado un Taunus 17 m y tenía muy buena pinta. Salíamos de paseo y entrábamos más holgados. Muchas veces le pedía el carro para ir a la universidad y al trabajo.



Mi padre se iba a la corte del Callao en los medios públicos cuando no tenía la movilidad del Poder Judicial. Yo no era tan consciente del desprendimiento que tenía para darme a mi la facilidad de la movilidad.

Había sacado un brevete que se renovaba cada mes con el permiso de mi papá y cuando cumplí la mayoría de edad el mejor regalo de cumpleaños fue el brevete. Lógicamente tuve que pasar antes por los exámenes correspondientes.

En el verano fue el examen de ingreso a la Universidad. Me presenté a la Universidad Católica, el examen fue en la sede donde ahora es la Conferencia Episcopal, en la calle Río de Janeiro de Jesús María. Fui temprano y había bastante gente. Nos llevaron al aula y un profesor de mi colegio, era el que daba las instrucciones previas. Creo que él era el único profesor que no era mi amigo y que además existía entre los dos una antipatía mutua. Esto me puso muy nervioso.

El examen demoró en empezar y eso aumentó mi inquietud. Cuando repartieron los cuadernillos y empezaron las preguntas, ocurrió en mi algo inesperado, que nunca me había ocurrido, un sudor excesivo y un bloqueo mental. Contesté como pude y salí muy mortificado.

No ingresé. Ese año no entendía que había ocurrido, ahora lo entiendo perfectamente. La Providencia no quiso que entrara en La Católica.

Mi papá se preocupó y unos amigos suyos lo animaron para que de el examen de la Universidad Garcilaso de la Vega que recién empezaba a funcionar con una especialidad de educación. Su local estaba en la Av. Arequipa.

Me di con la sorpresa de encontrarme allí con Paco Miro Quesada Rada, que era amigo de Guillermo Oviedo e iba por Tradiciones a estudiar, también era amigo de mis primos hermanos Aurelio y Ernesto Pinto-Bazurco. Paco había ingresado también a la Garcilaso y fuimos ese año compañeros de estudios. Las clases en la universidad eran fundamentalmente en las tardes. Uno de nuestros profesores era Vicente González Montolivo, que era famoso porque tenía un programa en la televisión que se llamaba “Comentarios de café”.

Recuerdo que a Paco Miro Quesada le gustaba conversar de Filosofía y quería hacer incursiones en Teología. Un día que fuimos a la playa le preguntaba a Francisco Gómez Antón, un catedrático de Ciencias de la Información de la Universidad de Navarra por las cinco vías de la demostración de la existencia de Dios de Santo Tomás de Aquino. Lo anecdótico es que la pregunta la hacía cuando Paco procuraba cuidarse de las olas en pleno baño.

Años después hemos coincidido con Paco en distintas oportunidades, Él también me hizo el prólogo de mi libro “Educar para comunicar” cuando era director de “El Comercio” Su papá era el Filósofo Francisco Miro Quesada, nunca tuve la oportunidad de tratarlo; en cambio si conversé y me daba buenos consejos Aurelio Miro Quesada, que era amigo de mi familia y también fue director de “El Comercio”

En el año 66 fuimos muchas veces con José Ramón a la playa Santa Rosa, cerca de Ancón, era un paseo recurrente. Había allí una cancha de fulbito y jugábamos antes de bañarnos. A Lima se llegaba fácilmente en media hora. Hoy es imposible.

Acontecimientos mundiales.

Estaba de presidente en los Estados Unidos Lyndon Johnson. El problema de Viet Nam continuaba. Fue un año en el que se incrementó la carrera espacial entre Rusia y los Estados Unidos.

También fue el año del mundial de Inglaterra donde destacaron Eusebio de Portugal y Bobby Moore del equipo Inglés. Inglaterra fue el campeón del mundo. En Roma la Santa Sede elimina el Index de los libros prohibidos y en la China empieza la revolución cultural de Mao. En el Perú se divide la Democracia Cristiana de Héctor Cornejo Chavez y Luis Bedoya Reyes funda el Partido Popular Cristiano.

Volvimos al colegio

En Octubre, fue el tradicional almuerzo recoletano. Fue la primera vez que fuimos de exalumnos. Pasamos un día muy agradable. Ahora éramos universitarios.



El reencuentro siempre es saludable y el primero es casi como una prolongación del colegio. Estaban los mismos profesores que nos recibían con mucho interés, preguntándonos que tal nos había ido en los ingresos para nuestras respectivas carreras.

Los siguientes encuentros traerán más historias y la amistad es algo que perdura a través del tiempo y que se va haciendo cada vez más sólida. Gracias a Dios nuestra promoción ha sido unida y hemos sabido encontrar tiempo para vernos y para conversar tantas cosas que nos tenemos que contar los amigos.

Un nuevo Centro

El año 66 había sido también bastante movido porque se había conseguido una nueva casa para la residencia Los Andes, que se trasladaría de la Av. Pardo a la calle El Rosario de Miraflores, a una cuadra del colegio San Silvestre.

Era una casa grande con tres frentes uno a la calle Piura, otro a General Varela y la entrada principal que estaba en la calle El Rosario. Todo el contorno estaba rodeado de cipreses. La casa había sido de la familia Heredia que eran accionistas de la *Pepsi Cola*. Para la instalación de la nueva casa se fueron a vivir allí, Federico Prieto y Víctor Morales.

Hicimos muchos viajes de Pardo al Rosario en una camioneta *pick up* llevando muebles y camas para que pudieran ir a vivir los directores de la residencia. La mudanza nos duró unos meses. A fin de año nos dijeron que el nuevo director de Tradiciones sería Ignacio Benavente.

La Navidades del 66

Pasamos las fiestas de Navidad y Año Nuevo en Tradiciones. Mis padres fueron al Triduo que predicaba el P. Antonio Ducay, y se quedaron al *resopón* después de la Misa de Gallo con otras familias amigas. En el jardín, *que estaba decorado con luces navideñas*, cantamos villancicos y reventamos toda clase de cohetes como era costumbre.

En enero del año 67 nos informó el P. Vicente Pazos, *consiliario del Opus Dei en el Perú*, que la casa de la calle El Rosario ya no sería una residencia para estudiantes, porque empezaría el primer centro de estudios para las personas del Opus Dei.

Al poco tiempo nos fuimos a vivir allí Ignacio Benavente, que era el director, Juan Luis Cipriani, el P. Antonio Ducay y yo, *que me había ido a vivir a Tradiciones saliendo de casa de mis padres en julio del año anterior*. Tradiciones pasó a ser residencia con José Ramón De Dolarea de director. (47)

Una nueva sede para el club Saeta

Jaime Sarmiento y Jorge Gandolfo eran encargados del Club Saeta que había dejado su sede de la calle Diez Canseco y estaban buscando un nuevo local.

(46) También fueron a la nueva casa Manolo Quimper, Jaime Sarmiento, José Antonio Vallarino, Jorge Gandolfo, Marcos D'Ángelo, Tony Gruther, Arnaldo Chávez, Armando Martens, Alberto Sialer y otros, que fueron apareciendo a lo largo del año 67.

En Lima un supernumerario español, Isidoro Reverte, había montado una fosforera y una tabacalera que poco a poco se hizo famosa con los cigarrillos *Criollos, Fortuna, Premier y Ducal*, que le hacían competencia a los cigarrillos “*Inca*” y “*Nacional*”.

En esos años no estaba prohibido fumar. Conocíamos perfectamente las marcas de cigarrillos y cuando podíamos comprábamos cigarrillos americanos que eran más caros pero de mejor calidad: *Kent, Marlboro, Chesterfield, Lucky Strike, Wiston, Salem, LM.*

Jorge Gandolfo, *que era arquitecto*, consiguió que Isidoro le regalara las cajas vacías donde venían embalado el tabaco y que eran de una madera muy buena. Enseguida hizo los planos y construyó una cabaña con dos ambientes para el club Saeta.

La cabaña se colocó en el jardín de Los Andes y allí venían los niños para sus actividades. Entre ellos estaban: *Joseíto Florez Estrada, Rafael Rey, los Franco, los Sánchez, los hermanos Wiesse y muchos otros*. Ellos participaban del *interbarrios* de fútbol que organizaba, con bastante éxito, el diario La Prensa.

Poner bien la casa

Nosotros, *que todavía éramos menores de edad*, teníamos el encargo de habilitar la casa que era bastante más grande que Tradiciones. Trabajábamos a diario haciendo arreglos, poniendo lámparas, moviendo muebles, arreglando cortinas. Jorge Gandolfo se especializó en los jardines y en los cuadros, instaló rápidamente su mesa de dibujo. El cuarto de herramientas era el que más visitábamos. Los trabajos parecían interminables. Así pasamos los tres meses de verano del año 1967.

Diversas actividades

En el otoño recién iniciado, Juan Luis Cipriani viajó a un Panamericano de Basket con la selección peruana. El campeonato era en Winnipeg, Canadá. Yo tenía una filmadora pequeña de 8 milímetros y se la presté. Al regreso vimos algunas tomas de lo que pudo grabar.

En abril, cuando empezó el año académico, hicimos un programa de actividades para conocer gente nueva. Se organizó un curso de técnicas de estudio y vinieron bastantes chicos.

La buena fama del Presidente Belaunde

Desde los últimos años del colegio, mis amigos y yo seguíamos las noticias de la política peruana. En mi casa leía “La Prensa” y “El Comercio”; al mediodía, cuando llegábamos todos para almorzar, veíamos “*El Panamericano*” que duraba media hora y empalmábamos con “*El hit de la 1.*” que era una revista musical, y por la noche, después de ver algunas series en la televisión, escuchábamos el noticiero “*Conchán*”.

Estábamos bastante al día en las noticias y comentábamos entre nosotros sobre los programas que tenían los políticos en sus respectivos partidos. Todo Lima vio y disfrutó el año 66 el famoso debate televisado de los postulantes para la alcaldía de Lima, Luis Bedoya Reyes y Jorge Grieve Madge.



Cuando ya habíamos empezado las clases, del 12 al 14 de abril de 1967, Fernando Belaunde participó en la segunda reunión de la Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno de la OEA, en Punta del Este, Uruguay. Allí se suscribió la Declaración de los Presidentes de América.



El 15 de abril de 1967, a su retorno a Lima, se dirige a la multitud, *que fue a recibirla a la plaza de armas*, con un memorable discurso en el que agradeció

haber sido enviado por el pueblo a dicha cita para exponer la situación peruana frente a los acuerdos que allí se suscribieron: «*Qué me aplaudes, pueblo peruano, si tú mismo has hablado por mis labios. Qué me aplaudes, si estoy aquí porque tú lo quisiste. Qué me aplaudes, si fui a Punta del Este porque tú me mandaste. Y qué laureles me alcanzas, si tú te los ganaste*». Con estas palabras emotivas arrancó un largo aplauso de todas las personas que se encontraba allí. Su discurso fue hartamente comentado.

La prehistoria de la UDEP

En el año 1967 se hicieron todas las gestiones previas para crear en Piura una universidad que sea obra corporativa del Opus Dei.

Para los pocos que estábamos, *y sin ninguna experiencia en universidades*, nos parecía una locura, que Mons. Josemaría Escrivá aceptara la propuesta de Mons. Erasmo Hinostroza, a la sazón, obispo de Piura, para que el Opus Dei ponga una universidad en su diócesis.

La Universidad particular de Piura fue presentada al Congreso de la República por el senador Luis Alberto Sánchez y fue la última ley aprobada antes del golpe de estado del General Velasco Alvarado.

¿Qué hacíamos los chicos el año 67, en la casa rodeada de cipreses?

Los domingos por la tarde no podía faltar el deporte. En el jardín de la casa, que era *grande, se armaban partidos de fulbito y de vóley que duraban toda la tarde hasta que se iba la luz solar*. Después: rezar, tomar lonche y proyectar una película comercial.

Yo era encargado de cine y tenía que preocuparme de tenerlo todo listo. El día anterior me dedicaba a buscar el proyector y la película. No era un encargo fácil, primero redactaba a máquina una solicitud a la embajada americana solicitando un proyector de 16 mm y una película documental hecha por los gringos sobre geografía o ciencia para verla con estudiantes universitarios.

Al día siguiente iba a recoger el proyector y la película que venía en unas cajas de cuero cuadradas y con asa, de tal modo que los rollos de 16 mm pudieran entrar casi a presión, se cerraba la caja con una correa y quedaba todo listo para el transporte.

Ese mismo día tenía que alquilar la película comercial. Llevaba una lista con unas dos o tres películas posibles. Las oficinas de las grandes compañías de cine (*Metro, Paramount, Warner Brothers, Universal, Columbia*), estaban en el centro de Lima.

En esos años era más fácil acertar con la película porque había censura. Pedíamos películas para menores, que eran de absoluta garantía. Las películas siempre eran bien recibidas, nadie protestaba. Solo había que decir que se proyectaría un *peliculón* y todos estaban allí dispuestos a mirar lo que se les ponía.

El lunes tenía que conseguir una movilidad para devolver el proyector a la embajada y las películas alquiladas a sus respectivas oficinas en el centro de Lima.

Hoy ¡qué distinto es todo! la gente puede ver películas en sus computadoras y también en sus teléfonos; ya no hay que trabajar tanto, todo está a mano y se consigue enseguida.

Seguimos creciendo sin parar

Con el paso de los años la casa fue creciendo con nuevas instalaciones. El mismo año 67 la comisión regional del Perú se mudó a la casa de la calle El Rosario y el centro de estudios pasó a unos edificios contiguos en la calle General Varela.

En 1974 San Josemaría se alojó en la casa de la calle El Rosario. Su visita al Perú marcó una etapa nueva en la historia del Opus Dei, que permitió luego una expansión importante y el recuerdo inolvidable de haber tenido un santo entre nosotros.

La casa ya no está rodeada de cipreses, ahora está rodeada de edificios. Viven en ella algunos pocos de la primera época y muchos otros que llegaron después. Hay una variedad muy divertida de edades y todos

continúan trabajando para sacar adelante las labores del Opus Dei que, *gracias a Dios*, dan mucho fruto para la Iglesia y para la mejora de la sociedad.



San Josemaría visita Lima – Perú en Julio de 1974

Los inicios de 1967

Empezó el año 1967, aprobé mi examen de traslado para estudiar en la facultad de Letras en la Universidad Mayor de San Marcos. Mi tío, Augusto Tamayo Vargas, era el decano de la facultad y además catedrático de Literatura Hispanoamericana. El rector era Luis Alberto Sánchez, que también tenía una cátedra de literatura, pero rara vez se le veía en el campus universitario.

La facultad de letras donde estudiaba estaba en el campus, que quedaba en la avenida Venezuela, antes de llegar a la provincia de El Callao. No era fácil ir hasta allí. Yo salía de Miraflores, hasta la av. Roosevelt en el centro de Lima y tomaba el ómnibus de la Universidad, otras veces lo hacía en el Taunus que me prestaba mi papá.

Por la mañana estudiaba en la universidad y por las tardes estuve acompañando a mi papá en su trabajo, en la Corte Superior del Callao, donde él era vocal superior. Allí me aceptaron como meritorio. Estuve en la corte del Callao unos meses hasta que mi papá consiguió que sea meritorio en la corte Suprema de la República, en el Palacio de Justicia del Centro de Lima. Estuve de meritorio unos meses hasta que me nombraron empleado en la Corte Suprema, con sueldo fijo mensual.

Para ir a mi trabajo, terminaba las clases de la universidad al mediodía, almorzaba un menú en un restaurante barato en la esquina de la av. Uruguay y el jirón Washington, del centro de Lima, y de allí caminaba hasta el palacio de Justicia. Tenía que firmar en una lista poniendo mi llegada. La entrada era a las 2.00 pm. Luego quitaban la lista.

El presidente de la Corte Suprema era Domingo García Rada. Yo trabajaba en la mesa de partes, en lo administrativo. El secretario de la Corte era Ricardo La Hoz Lora y el jefe de mi oficina, Rómulo Doig Paredes, que era unos 6 o 7 años mayor que yo. En ese momento tenía 18 años. Al lado de mi escritorio se sentaba un practicante que sería 3 años mayor, se apellidaba Febres. A la vuelta de los años se hizo abogado democrático y luego en tiempos de terrorismo lo asesinaron en el túnel de La Herradura, él era maoísta y estudiaba también en San Marcos.

En la universidad tenía ilustres catedráticos como Luis Alberto Sánchez, Estuardo Nuñez, Ella Dunbar Temple, Javier Pulgar Vidal, entre otros. Solo estuve año y medio porque en Octubre del 69 viajé a Roma.

En mi clase estaba Javier Iguiñez que luego fue economista y perteneció al partido Izquierda Unida. También estaba en esas aulas San Marquinas Carlos Castillo Mattasoglio, el actual Arzobispo de Lima. El tiempo se fue volando solo recuerdo había una lucha constante entre apristas y comunistas. La universidad estaba totalmente politizada y se consideraba como un foco de violencia.

La vida en Los Andes

Terminando mi trabajo retornaba a la casa de la calle el Rosario, que era el Centro de estudios, rezaba un poco y teníamos alguna clase o charla de formación. Esa era la rutina de todos los días.

Los fines de semana eran intensos: clases y arreglos todos los sábados en la mañana y, por las tardes, al caer el sol, venían los chicos y después de un rato de meditación tocábamos la guitarra. En esa época era fácil cantar

canciones de moda porque todos las conocían e incluso las cantaban. Las tertulias musicales siempre tenían éxito. En la casa teníamos guitarras y yo tenía una eléctrica, con ella y una batería que se prestó Manuel Quimper, armábamos una bulla descomunal.



La casa era grande y necesitaba toques de pintura, el cuidado de los jardines, y arreglos difíciles, como instalar arañas, reconstruir armarios y poner tabiques para separar ambientes.

El domingo por la tarde no podía faltar el deporte. En el jardín, que era grande, se armaban partidos de fulbito y de vóley que duraban toda la tarde hasta que se iba la luz solar.

Jorge Gandolfo construyó en el jardín una cabaña con la madera de cajones que le regaló Isidoro Reverte, de su fábrica de tabaco en Lima, donde se fabricaban los cigarros marca “Fortuna” que eran negros y les hacían la competencia a los famosos, “Inca” y “Nacional” que eran también negros.

Luego se pusieron de moda los cigarrillos rubios, que competían con los americanos. Los días de fiesta en las tertulias aparecían los cartones de cigarrillos rubios, que eran fundamentalmente americanos: Kent, Marlboro, Chesterfield.

Todos participábamos de las actividades y la casa se iba llenando de gente (47)

Los niños del Club Saeta que atendía el P. Alberto Clavell, pasaron del local de Diez Canseco en Miraflores, a la cabaña del jardín de Los Andes.

(47) Nacho Benavent, Juan Luis Cipriani, el P. Antonio Ducay, Jorge Gandolfo, Guillermo Oviedo y yo, tal vez este año habría alguien más, pero no recuerdo. Ya se habían ido a Roma Jesús Alfaro y Jaime Cabrera.

Venían con frecuencia a los medios de formación, David Bauman, Juan Buendía, Pancho Navarro, Marcos D'Angelo, Ronald Escobedo.

Nos ayudaban siempre Dr. Enrique Cipriani, Jacobo Rey, Cuchu Vela ochaga, José Miguel Flores Estrada, Isidoro Reverte.

Los acontecimientos del 67

El año 1967 se pasó volando, Belaunde estaba de presidente en el Perú y su partido Acción popular se había dividido en dos facciones, una de derecha y otra de izquierda, de corte socialista liderada por Edgardo Seoane.

En el APRA continuaba Victor Raúl Haya de la Torre y tenía a Manuel Seoane “el cachorro” como su principal apoyo. El Congreso se dividía en dos cámaras, diputados y senadores, y destacaba en la política Internacional

Víctor Andrés Belaunde. El diario “El Comercio” que era anti aprista, competía con el diario “La Prensa” de Pedro Beltrán. En Expreso estaba Ulloa y en Correo Banchero. “La Prensa” tenía su vespertino que era “Ultima Hora”, también existía el diario “La Crónica” que era de los Prado y la Revista “Caretas” de Doris Gibson que llevaba Enrique Zileri y el semanario “Oiga” de Francisco Igartúa.

Los canales de televisión más fuertes eran América, canal 4, y Panamericana, canal 5. Funcionaba Radio Programas del Perú de los hermanos Genaro, Héctor y Manuel Parker, que había nacido como una cadena de 11 emisoras y el famoso Radio Reloj que daba la hora cada minuto, era parte de Radio Victoria de la familia Cavero y existió hasta los años 70.

En la familia

Mis papás y mis hermanos vivían todavía en el edificio Belén de la Av. Uruguay. A mi abuelo Moisés le habían detectado una diabetes y en casa tenía un régimen especial, sobre todo había que evitarle el azúcar, algo que no era tan fácil porque el manjar blanco y los kincones siempre estaban a la mano y en esa época todavía no existían los edulcorantes que hay ahora.

Mi abuelo sufrió algunas convulsiones y tuvo que ir al hospital Naval para que lo atiendan. Mi madre se encargaba de todas esas gestiones. Mis hermanos iban creciendo. Solo quedaban en el colegio Roberto y Rosita. Augusto quería ser abogado y Guillermo Ingeniero.

Mi padre no estaba bien de salud y tuvo que ingresar nuevamente al Hospital del Empleado por un problema de neumotórax espontáneo. Lo iban a intervenir, pero Gracias a Dios, el pulmón se le expandió y no fue necesaria la operación.

Año 1968: nuevos panoramas

El año 1968 estudiaba Letras en la Universidad Mayor de San Marcos, tenía 19 años. Las clases eran en la mañana y por las tardes de 2.00 a 6.00 pm trabajaba en la mesa de partes en lo administrativo de la Corte Suprema.

Al terminar las clases en San Marcos regresaba en el ómnibus celeste de la Universidad y me bajaba en la Av. Bolivia para almorzar un menú de un restaurante en la esquina de la Av Uruguay con Washington, tenía que hacerlo con mucha prisa para llegar con puntualidad al trabajo. Al llegar había que firmar una lista. Los primeros meses fui meritorio hasta que me nombraron, por fin recibí mi primer sueldo, que para mi fue sensacional y grandioso.



En la buhardilla de Alpakaná

Ese año empezamos un nuevo centro para chicos jóvenes en Lima, se llamó Alpakaná (tierra de luz) y estaba situado en la Av. Arequipa 4055, en una casa alquilada a la familia Alfaro. Era estilo inglés con techo a dos aguas, de dos pisos y una buhardilla muy simpática que tenía tres ambientes, que utilizamos para las diversas actividades que teníamos con los chicos. Tenía un jardín que daba la vuelta a la casa y en el fondo una piscina que estaba enrejada y rodeada de otro jardín que daba a un portón que salía hacia la av. Petit Thouars. Esa parte de la casa no se usaba porque no estaba dentro del alquiler. (48)

(48) El director de Alpakaná era José María Navarro Pascual, el sub director Jaime Chauca, (se desvinculó años después) el secretario Manuel Tamayo y el sacerdote el P. Alberto Clavell.

En la entrada de la casa había un hall donde estaba la escalera, al lado un piano de cola, a la izquierda una sala de visitas grande con ventanas hacia la Av. Arequipa, al lado estaba el oratorio y siguiendo en la misma dirección, más a la derecha, el comedor, que tenía acceso al jardín y lógicamente a la cocina. Arriba estaban las habitaciones y una salita rodeada de ventanas que sobresalía de la casa en forma de torre. Allí teníamos las tertulias del centro.



El Golpe de Estado del General Velasco Alvarado

El año 68 fue el golpe militar de Juan Velasco Alvarado, con una serie de reformas que cambiaron la vida del país, y lo llevaron al borde de la quiebra. En el segundo semestre del 68 el Presidente Belaunde nombró un nuevo gabinete, mi tío y padrino Augusto Tamayo Vargas fue nombrado ministro de educación. Juraron el 2 de octubre de 1968 y el 3 de Octubre fue la revolución. Fue el gabinete más corto de la historia, solo unas horas.

El pretexto de la revolución fue que la International Petroleum Company (IPC), durante décadas se había negado a pagar los tributos de La Brea y Pariñas. El gobierno firmó con ellos el Acta de Talara (agosto de 1968), para que los yacimientos pasaran al Estado: *la IPC conservaba la refinería de Talara, la exclusividad en la compra del petróleo crudo y el monopolio de la distribución de combustible.*

Estalló el escándalo de la "página Once", se dijo que había sido desaparecida, para ocultar el precio del mercado con que el Estado supuestamente los beneficiaba. Entonces Velasco dio el golpe acusando al gobierno de "entreguismo".

El mismo 2 de Octubre mis padres estaban navegando en un buque italiano y cuando se encontraban anclados en Paita se enteraron de la revolución, dejaron el barco y retornaron a Lima por tierra.

En todo el país hubo un rechazo al golpe. Los dos primeros años de la revolución no se notaba todavía la debacle que se notó después, en los años sucesivos.

Ilusiones juveniles y realismo

Ese año tenía la ilusión grande de ser un profesional honesto y honrado, como lo fue mi padre, que fue Vocal de la Corte Suprema, cuando yo estaba estudiando en Roma.

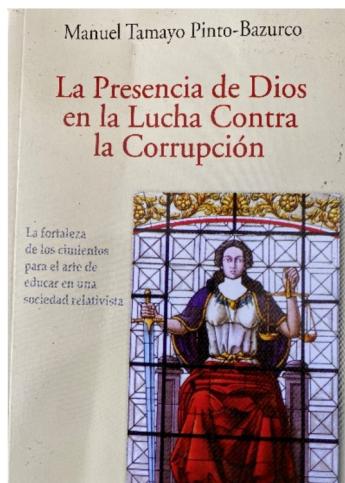
En 1968, cuando estaba trabajando en el Palacio de Justicia de Lima, el presidente de la Corte Suprema era Domingo García Rada y luego el año 69 le sucedió Alberto Eguren Bresani. Para mí ambos tenían mucho prestigio como excelentes magistrados.

Si embargo en la misma corte me di cuenta de las manipulaciones que había entre jueces y abogados y eso me dio pie para escribir, *años después*, un folleto que tenía como título: "*El arte de hablar*" donde hice referencia a los que no

podían defenderse de las injusticias, porque no había nadie que hablara por ellos.

El año 2010, el Presidente de la Corte Suprema Javier Villa Stein, *que había sido compañero mío en el colegio*, me pidió que formara parte de la comisión de ética del poder judicial.

Ese año, al ver todo lo que había y lo que se veía venir, *con respecto a la justicia*, escribí un pequeño libro que se llamaba “*La presencia de Dios en la lucha contra la corrupción*” y lo presenté en el Palacio de Justicia de Lima, delante de varios magistrados. Fue como un *canto de sirena*, porque sabía perfectamente que, aunque me expresara con mucha claridad y precisión, las mismas autoridades me decían con sus ojos: “*padre no se oye*”; cuando terminé mi intervención me felicitaron y me daban la razón de todo lo que había argumentado, pero estaba claro que nadie iba a mover un solo dedo, para curar el cáncer de la corrupción, que amenazaba con extenderse más.



Éxitos y retrocesos del año 68

Volviendo al año 68, debo reconocer que fue emblemático, ese año el hombre llegó por primera vez a la luna; y para nosotros, *en los temas que nos tocaban más de cerca*, ese año fue muy significativo, porque el congreso de la

república aprobó la ley de la Universidad de Piura, que presentó el Senador Luis Alberto Sánchez y al año siguiente la Universidad iniciaba su andadura.

El golpe de Velasco Alvarado

Nuestras alegrías juveniles

Nosotros, *que éramos jóvenes imberbes y sin experiencia*, no advertíamos las consecuencias catastróficas que vendrían después con un gobierno de tinte marxista.

Metidos en Alpakan disfrutábamos de los paseos y de las actividades deportivas con todos los chicos que aparecían por la casa. Nos centrábamos en grandes conversaciones para cambiar el mundo siguiendo los pasos de quienes, *con mucha fe*, nos hablaban de la santidad del Fundador del Opus Dei.

Era todo un ambiente de acogida que nos cautivaba y nos hacía muy felices. Hasta el día de hoy recordamos con agradecimiento y alegría el haber participado de esos ambientes de gente valiosa que nos hacía soñar con planteamientos sanos y nobles que harían felices a todos.

Las protestas y revoluciones del 68

En esas épocas, *a pesar de haberse iniciado en el mundo protestas juveniles y revoluciones*, nosotros estábamos felices en nuestros ámbitos juveniles, metidos, tal vez, en una burbuja dorada.

En 1968, los Estados Unidos acumuló fracasos en Vietnam, la juventud se echó a la calle en Berlín, París y México, y Checoslovaquia desafió a Moscú. Fue un año de revueltas y esperanzas. Ese mismo año aparecían las críticas al capitalismo (*a menudo acompañadas por una fascinación por la China comunista*) se añadieron nuevas reivindicaciones: *libertad sexual, feminismo y ecología*.

Fue el año de la “*primavera de Praga*” En Checoslovaquia, Alexander Dubcek, nombrado a la cabeza del partido comunista en enero, probó un “*socialismo de rostro humano*” y liberalizó el régimen. Pero Moscú no aceptó y el 21 de agosto envió los tanques del Pacto de Varsovia para invadir el país. Hubo que esperar 20 años para ver resurgir la esperanza.

El trajín diario de nuestros años juveniles

Nosotros, *impertéritos*, conversando, cantando y jugando, vivíamos protegidos por el amor y el cariño de nuestros seres queridos que procuraban formarnos bien y no preocuparnos por esos desarreglos que ocurrían con otros jóvenes.

Sabíamos bien del movimiento *Hippie* que había capturado varios jóvenes en USA en la década de los 60 y de la comercialización de las drogas que empezaba a extenderse por todos los continentes.

Pero todo eso estaba muy lejos de nosotros. Me refiero a los que estábamos en esos años formándonos al calor del Opus Dei. Gracias a Dios que fue así.

En mi diario trajinar de aquellas épocas, algunos días, *para ir a la universidad y al trabajo*, mi papá me prestaba su *Taunus 17* m que tenía un radio “*Punto Azul*” ese año estaba de moda Radio *Atalaya*, que lo escuchaba siempre en los viajes a la universidad o al trabajo.

En Alpakana cada vez que había una reunión tocábamos guitarra con las canciones de moda. En noviembre del 68 apareció el álbum blanco de los Beatles, también la Fórmula V con “*La playa, el sol, el mar, el Cielo y tú*”, que la oímos una y otra vez.

Todo era así y los partidos de fútbol de nuestra selección nacional, *tal vez la mejor de todos los tiempos*, con jugadores emblemáticos como *Chumpitaz, Chale, Cubillas, Perico León, Baylón y Gallardo...* Veíamos los partidos por la Tele escuchando las narraciones de *Humberto Martínez Morosini* y los comentarios de *Pocho Rospigliosi*.

Los años tristes de la revolución

Poco tiempo después el gobierno de Velasco inicia la expropiación de los diarios y de los canales de televisión. Fueron años muy duros para todos los peruanos, *quizá los peores*, los vividos en el *septenato* del General Juan Velasco Alvarado.

Existía la posibilidad de que el gobierno comunista de Velasco expulsara al Opus Dei del Perú. El Consiliario del Opus Dei en el Perú, el P. Vicente Pazos, visitó a San Josemaría y le manifestó esta preocupación. El fundador del Opus Dei le regaló la imagen de un burrito que tiene el pie trasero levantado para darle una patada a quien se le acerque y le dijo que no pasará nada porque si alguien se acerca, *con esas intenciones*, el burrito se encargaría de darle una buena coz.

Solo nos queda agradecer a Dios y a la Virgen María, porque estuvieron muy cerca de nosotros en nuestros años juveniles y en esas épocas también

recordamos cuánto le queríamos a ellos. ¡Cuánto bien nos hizo esforzarnos por querer cada día más a Dios y a la Virgen Maríal!.

Ese año llegó de Roma a Alpakaná el padre Juan Antonio Ugarte; vivió con nosotros una corta temporada y se fue a Piura, como sacerdote de la residencia Tangará. Guillermo Oviedo fue a vivir unos meses a la casa para estudiar porque en octubre viajaba al Colegio Romano. También nos visitó ese año el Dr. Ismael Sánchez Bella, que fue rector de la Universidad de Navarra.

Frecuentaban Alpakaná un grupo numeroso de chicos del colegio Pestalozzi que habían conectado el hermano de Jorge Gandolfo (Pepe Lucho).

En 1968, monseñor Ignacio Orbegozo, que era el Prelado en Yauyos, fue llamado a la nunciatura y le comunicaron que el Papa deseaba que fuese obispo de Chiclayo. Monseñor Sánchez Moreno que era obispo Auxiliar de Chiclayo pasó a ser Prelado de Yauyos. Al mismo tiempo, llamaron también al padre Enrique Pélach, que era Vicario General de la Yauyos y le propusieron ser obispo de Abancay.

Si 1967 fue un año de muchos cambios y movidas, 1968 fue bastante más movido, sobre todo por el golpe de estado que hubo en el país que dio por terminado el gobierno de Fernando Belaunde y pasó a gobernar la junta de militares. Estaba comenzando el terrorismo. Belaunde no quería ver problemas, era un tanto idealista, y decía que eran “abigeos, ladrones de ganado”. Vimos el golpe en parte con disgusto y en parte con tranquilidad, porque hacía falta poner orden y efectivamente el ejército lo puso.

El primer comunicado que dio Velasco habló de temas cristianos y parecía bien orientado.

Luego se vio que era un militar de izquierda, socialista, su modelo era el general Tito (que gobernaba Yugoslavia, con un cierto aire nacionalista y comunista). Dio una ley de reforma agraria, confiscando las tierras de los hacendados, nacionalizó los medios de comunicación, prensa, radio y televisión y prohibió la circulación de dólares. Se vivieron 7 años muy duros y difíciles.

El que le seguía en jerarquía era el general Fernández Maldonado, más radical que Velasco y claramente marxista, pero gracias a Dios el General



Morales Bermudez

Jorge Parodi

Jorge Tamayo

Morales Bermudez pudo destituir a Velasco desde Tacna y se quedó con el poder con la ayuda del Almirante Parodi y el Coronel FAP Jorge Tamayo de la Flor; Morales Bermudez estuvo como presidente 5 años, y con habilidad fue desmontando los montajes de la revolución y preparando el retorno a la democracia. Hubo elecciones y las ganó Belaúnde, en su segundo período.

Con los chicos de Alpakaná hicimos varias excursiones largas, primero fuimos a Arequipa, Puno y Cuzco, en las vacaciones escolares; luego, al medio año, recorrimos el callejón de Huaylas, Huaraz, Yungay, la laguna de Llanganuco, el Cañón del pato. Hacíamos también excursiones de fin de semana quedándonos a dormir en el monte, como cuando fuimos a Río Blanco y Chogna. En esos años era fácil salir de Lima y volver, porque no había el problema del tráfico.

El ambiente de la casa fue bastante intenso, casi todos teníamos la misma edad. Los escolares 15 años y nosotros entre 17 y 19; Jaime Chauca era el mayor, estaba para cumplir los 19. Pepe Navarro y el P. Clavell estarían cercanos a los 30 años, pero ellos no salían con nosotros de modo habitual. El P. Clavell sí nos acompañó al Cuzco y a otros paseos.

Todos los días llegaban los chicos a la casa a golpe de 5.30 pm, estudiaban unas horas y por las noches salíamos, con relativa frecuencia, en automóvil, a La Herradura a tomar un helado.

Yo tenía a mi disposición con bastante facilidad, o el Taunus, que era el carro de mi papá o un *Oldsmobil*, que era el carro que le daban a mi papá porque el 68 era Presidente su de la Corte Superior del Callao. En esos años los carros que se adjudicaban se usaban para lo que se quisiera y mi papá me lo prestaba para salir con mis amigos. Lógicamente él sabía qué amigos tenía y cuál era el propósito de esas salidas.

Ningún fin de semana dejábamos de salir. En esos años se podía ir de excursión a sitios relativamente cercanos. Íbamos con frecuencia a jugar fútbol a una hacienda que estaba en Santa Clara, muy cerca de la Granja Azul.

Allí filmamos una película de vaqueros del Oeste, se llamaba “El Reto” y duraba 7 minutos. Lo hacíamos con una filmadora de 8 mm que tenía por mi afición al cine. Nos preparamos muy bien con vestimentas adecuadas, caballos de verdad, nuestras cartucheras y pistolas de juguete. La pasábamos en grande y hasta ahora quienes participaron de esa filmación la recuerdan con cariño.

Los otros paseos los hacíamos a Cieneguilla, a Trapiche (que ahora está totalmente poblado), a Santa Eulalia y Huinco, fuimos muchas veces y a las famosas cataratas de la carretera central. Por supuesto, siempre que podíamos jugábamos al fútbol, la pelota no podía faltar. En algún paseo nos acompañó Lucho Alcázar, él quería venir con nosotros por los partidos de fútbol y a nosotros nos interesaba que nos acompañara porque tenía un Volvo y facilitaba la movilidad para los paseos.

Mientras nosotros, que éramos adolescentes, disfrutábamos con los paseos, deporte y tertulias, los mayores nos hacían soñar con la labor apostólica y con una universidad *ad portas*, (la de Piura), que era la segunda del Opus Dei, después de la de Navarra y que además el gran canciller era nuestro Padre.



En cambio, en el país, el gobierno socialista de Velasco hacía de las suyas confiscando tierras y nacionalizando todo lo que podía. Los precios empezaron a subir, las inversiones ya no venían y existía el peligro de perder los trabajos y que no alcanzara el dinero para vivir. Todo se fue

haciendo cada vez más difícil. Desde luego no faltaron los que se oponían al sistema de los militares. Surgieron algunos impresos que empezaron a dar la batalla contra las grandes limitaciones del socialismo que se había instaurado en el Perú.

En Alpakana seguíamos arreglando la casa, se instaló en el garage, *que tenía unos ambientes bastantes grandes*, una cochera para dos automóviles y una habitación grande, una zona para la administración. Finalmente llegó la administración y en la casa creció el ambiente familiar, todo estaba mejor puesto y elegante. Antes se traía la comida de Los Andes y por la noche y a la hora del desayuno nosotros nos encargábamos. Era divertido y nos encantaba ese sistema de vida provisional.

Había un sacerdote en la casa, pero solo podíamos tener Misa una vez a la semana. íbamos en carro a la Iglesia de Fátima de Miraflores porque tenía un horario tempranero que nos acomodaba muy bien. Ese año no había problema de tráfico, podíamos llegar a esa parroquia que estaba en Miraflores en 5 minutos y luego volver tranquilamente para el desayuno.

Cuando había que salir muy temprano para algún viaje en la parroquia de María Auxiliadora de la Av. Brasil había una Misa a las 5.30 am. También en la Merced, que estaba en el jirón de la Unión, los sacerdotes mercedarios celebraban Misas cada media hora por las mañanas.

Más recuerdos - 1969

Era el último año de la década de los 60. Empezaba la Universidad de Piura en un único edificio que se construyó en un arenal, que luego se convirtió en un hermoso Campus con jardines y áboles.

De Lima viajaban el ing. Eugenio Giménez y Ramón Mujica, luego se sumó Miguel Samper. Ramón había venido a vivir a Alpakana ese verano y de allí iba y venía a Piura.

En uno de los viajes que hizo por tierra llevando cosas para instalarse, en una camioneta Thriumph, tuvo un accidente. Salió solo con algunos golpes, pero la camioneta se destrozó. (iba cargada con muchos libros para la UDEP que quedaron regados por el arenal)

En Alpakana organizamos una excursión a Piura con chicos de colegio. Se apuntaron los del Pestalozzi que frecuentaban la casa y unos amigos más.

El viaje se realizó en enero cuando en Piura ya se habían instalado y vivían José Ramón Dolarea y el padre Javier Cheesman, en un centro ubicado en la calle Loreto, que fue la primera casa de la Obra en Piura.

Los chicos que fuimos de Alpakanas nos alojamos en el último piso del edificio Atlas, recientemente adquirido para la universidad. Estaba totalmente deshabitado y tuvimos que pasar la noche en el suelo con frazadas y alguno con bolsa de dormir. Menos mal que hacía calor.

El viaje que hicimos desde Alpakanas fue realmente una travesía, estuvimos en Trujillo, Chiclayo, Piura, Tumbes y Huaquillas (Ecuador) donde hicimos muchas compras en el mercado de la frontera. El viaje fue muy agotador pero muy divertido y edificante a la vez.

Antes de acabar el verano hicimos otro paseo a una hacienda de Chancay, también asistió Cristóbal Brambilla Dico. Nos acompañó el P. Alberto Clavell que nos mostró sus cualidades en la natación en una acequia muy grande que atravesaba toda la hacienda, nos metimos tras él y nos dejamos llevar por la corriente, que era bastante fuerte y recorrimos algo así como un kilómetro.

Ese mismo año, en la casa de la calle El Rosario, donde estaba el centro de estudios, se hicieron varios arreglos para que la comisión regional pudiera trasladarse.

En Cañete ya se habían pasado de la casa de la escalera a las Escuelas Radiofónicas (ERPA), en el terreno que regaló Pedro Beltrán, allí se construyó el Centro y el IRFA (Instituto Rural de Formación Acelerada), que después fue el Instituto Agropecuario Valle Grande. (Vivían en Cañete Nacho, Paco Coll, José Alberto y Lucho Báscones, el que murió en un accidente. El sacerdote era D. Joaquín Diez).

En Chincha había empezado una Escuela Normal, que estuvo a cargo de Rafael Estartús, pero la revolución de Velasco frenó y modificó esos proyectos, hubo que dejarla.

En Cañete radio ERPA se pasó a un local pequeño que se alquiló al frente, y pasó a ser una radio comercial, que luego se llamó: "Radio Estrella del Sur". El director era Paco Coll.

En julio de este año hubo un acontecimiento mundial: el primer hombre que llegaba a la Luna. En Alpakanas hicimos una actividad para festejar este acontecimiento, invitamos a más chicos y nos quedamos hasta la

madrugada para ver por la televisión como descendían de la cápsula los astronautas y pisaban por primera vez el suelo de la luna.

También en julio regresó de Roma Jaime Cabrera, contaba que había estado cuando el Papa Paulo VI inauguró el centro Elis, con Mons. Escrivá, y que los dos obispos peruanos, Monseñor Ignacio Orbegozo y monseñor Luis Sánchez Moreno, le ayudaron en la misa.

En Alpakaná hicimos un paseo a la hacienda Santa Luisa de la familia de Jaime Sarmiento, que estaba a unos kilómetros de Pisco, por la carretera que sube a Huaytará, y además vino con nosotros el P. Alberto Clavell; también nos acompañó la familia Gianoni, porque su hijo mayor Ernesto (que le decíamos “manano”) participaba de nuestras actividades. La pasamos en grande, sobre todo porque montamos unos buenos caballos.

En septiembre, que había vacaciones escolares. Con el padre Clavell y los Gianoni, fuimos a la hacienda Chiclín (en Trujillo). Fueron días inolvidables de paseo y convivencia con meditaciones y charlas de formación. Estuvimos en un chalet que nos prestó la familia Alarco.

El ambiente del fútbol estaba bastante movido en el Perú porque la selección peruana había tenido varios triunfos para clasificarse al mundial y le faltaba un partido con Argentina donde se jugaba la clasificación.

El partido fue en la “Bombonera” que así se llama el estadio del Club Boca Junior, que tiene unas graderías pegadas a la cancha, lo que facilita la cercanía de las barras para favorecer al equipo local. Contra todo pronóstico Perú empató el partido gracias a dos goles de Cachito Ramírez, que corría más que los defensas, y se escapó quedando solo frente al arco. A las finales consiguió empatar Argentina.

Perú pudo mantener el empate con lo cual los clasificados fuimos nosotros y no Argentina. En casa, hicimos fiesta por ese triunfo, se compuso una polka peruana con los nombres de los jugadores que la cantábamos todo el día y por supuesto fuimos al aeropuerto a recibir a los jugadores. Se armó una verdadera caravana de jolgorio.



En la familia

En 1968 mi abuelo se puso mal y falleció en el Hospital Naval a los 88 años de edad. Allí mismo fue el velorio y la Santa Misa. El entierro fue en el Cementerio El Ángel.

A mi abuelo, Augusto Tamayo Moller, le hicieron un homenaje, en la calle que lleva su nombre en San Isidro y estuvimos presentes todos. En la ceremonia estuvo también José Luis Bustamante y Rivero





Para celebrar los 15 años de mi hermana Teresa mis padres organizaron un viaje a la Argentina y Chile fueron con Roberto y mis dos hermanas. Se embarcaron en el Callao y fueron hasta Valparaíso y Viña del mar. Luego cogieron un tren para Santiago. En el trayecto se agriparon pero no obstante continuaron el viaje en avión hasta Mendoza y luego a Buenos Aires en tren. Eran los días de Año Nuevo. En Buenos Aires celebraron la fiesta de Los Reyes. De allí regresaron a Lima y al llegar mi papá entra nuevamente al hospital para ser operado. Todo quedó bien al final, aunque mi hermano Guillermo también tuvo que entrar al hospital por una dolencia pulmonar. Al poco tiempo mi papá es llamado para integrar la Corte Suprema como Vocal.

Ya estaba lista la casa de San Isidro y todos se mudaron allí dejando el departamento de Belén.



Augusto, mis padres, Rosita y Teresa



Guillermo, mi papá y Augusto

Como éramos chicos adolescentes todo se nos iba entre los paseos, fútbol y las canciones de moda que cantábamos en las tertulias a todo pulmón. El año de pasó volando.

Propuesta para ir a estudiar a Roma

Un día, a mitad de año, el padre Vicente Pazos me preguntó si quería ir al colegio Romano. Me quedé sin habla en un primer instante y cuando ya pude hablar dije que sí, que me encantaba la idea. A partir de ese momento empecé a gestionar todo lo que tenía que hacer para el viaje. Octubre era la meta. Mis amigos me ayudaron, pero a la vez sentía que pronto me alejaría de ellos.

La ida a Roma de Guillermo Oviedo, el año anterior, la mía ese año, además el Centro que se abrió en Piura, motivaron el cierre de Alpakana.

Las gestiones para ir a Roma me tomaron varios días, hasta mediados de Octubre; tenía que adelantar el final de mis cursos en la universidad y sacar mis certificados, y luego las gestiones del pasaporte y el pasaje aéreo.

Mi pasaje lo compré en Avianca haciendo una conexión por New York y de allí a Madrid, porque me salía más barato.

Cuando conversé con mis padres para ir a estudiar Ciencias de la Educación a Roma, no entendieron a la primera y me preguntaban que es lo que realmente quería.

El P. Pazos me había hablado de lo importante que era la educación para la formación de las siguientes generaciones y que era algo que le preocupaba a San Josemaría. Él proponía encontrar personas que quieran seguir periodismo o ciencias de la educación, porque estaban entrando personas politizadas con ideologías anticristianas en ese campo y hacía falta mucha gente bien formada para poder educar bien a las siguientes generaciones.

En ningún momento me presionaron para que estudie Ciencias de la educación, yo mismo me di cuenta y por los ideales que tenía era algo bastante atractivo para mi. No era fácil explicarle a mis padres. También sabía de la posibilidad de ordenarme sacerdote en un futuro y que también avanzaría en estudios de filosofía y de teología.

Mi papá defendió siempre mi libertad y nunca se opuso, al contrario me facilitó las cosas para que pudiera ir a Europa. Mi mamá, más sentimental, se moría de pena, pero ella aceptaba si a mi papá le parecía bien.

Yo le agradezco mucho al Señor por mis papás que para mi han sido maravillosos, por el ejemplo que nos dieron haciendo muchos sacrificios por nosotros y por la libertad, enfocada siempre a proyectos buenos, nobles y limpios.

Mis hermanos se asombraron porque a mitad de año saldría para continuar mis estudios en Roma. Dejé mi puesto de empleado en la Corte Suprema a mi hermano Augusto que entró, primero como meritorio, y luego se ganó el puesto.

Él continuó con la carrera judicial. En la casa seguía la vida normal. Mis hermanos y mis primos salían a pasear con mis padres y mis tíos.



Un almuerzo con mis compañeros de colegio, antes de irme era algo que no podía faltar. Fue un momento muy grato y entrañable.



Cuando llegó el día del viaje salí de Alpakana. Me acompañaron Pepe Navarro, Jaime Chauca, Elías Cabrera, Domingo Fataciolli y varios chicos de Alpakana; estaban también mis padres. Era casi como “el viaje del niño Goyito”, mi madre me preparó todo lo que tendría que llevar, aunque en España tendría que comprar ropa de invierno y de verano. Esa despedida fue muy emotiva, grandes abrazos y algunas lágrimas. El avión despegó cerca del mediodía, hizo escala en Bogotá, en la Guaira y llegó a New York a las 11.00 pm.

En Roma, 1969 - 1972

El avión de Avianca aterrizó en el aeropuerto Kenedy. Después de sacar las maletas, una camioneta me llevó al *Travels Hotel*, ya que era un pasajero en tránsito y la compañía pagaba el alojamiento, al día siguiente tenía que volar a Madrid en Iberia y el avión salía por la noche. Gracias a estas horas que tenía libres pude conocer algo de New York.

Al día siguiente por la mañana, tomé un desayuno ligero en el hotel y salí a la calle para tomar, según unos puertorriqueños que me indicaron, la *guagua* (*un autobús*) para ir al centro de la ciudad. Al final tuve que complementar el trayecto con el Metro para llegar a la 5ta avenida.

Era muy temprano de un día domingo, llegué a la famosa calle que a esa hora estaba desierta, caminé hasta llegar al *Empire State*, que era el edificio más alto de Los Estados Unidos, subí por unos ascensores que iban a unas velocidades supersónicas hasta que llegué al piso 101.

Salí a la terraza y aumentó a la emoción que ya tenía al encontrarme con una tropa de Boys Scouts que hacían turismo. Como no dominaba el inglés no me atreví a acercarme para decirles que yo también había formado parte de una tropa. Di vueltas por la terraza, contemplando desde esas alturas la ciudad de Nueva York. Desde allí también se veía la estatua de la Libertad.

Antes había averiguado el horario de Misas en San Patricio, que era la catedral que quería conocer y como ya estaba cerca la hora bajé rápidamente para tomar nuevamente el Metro y poder llegar a tiempo.

En el metro escuché hablar en castellano a unos chicos de mi edad, me acerqué a ellos y eran también peruanos. Me ayudaron a bajar en el paradero correcto y ellos siguieron su viaje (pensé que era el Ángel de la guarda).

Entré a la Catedral cuando empezaba la Santa Misa. Me impresionó ver que la gente vivía muy bien la liturgia y que todos comulgaban. Al salir era el mediodía, tendría que buscar un lugar para almorzar. Decidí volver al hotel, que estaba cerca del aeropuerto “La Guardia” desde donde saldría mi avión por la noche para Madrid, pensaba que por allí encontraría un restaurante barato para almorzar.

Tomé un Taxi que resultó carísimo, en cambio el restaurante italiano que escogí para el almuerzo resultó baratísimo. Ya no quise experimentar más, terminando de almorzar me fui al hotel, cogí mis maletas y me fui al aeropuerto temprano, aproveché el tiempo para escribir a Lima mis primeras cartas, algún aerograma y postales. Quería escribirles a todos para contarles mis experiencias. Era la primera vez que viajaba en avión y que salía del Perú. Tenía mucho que contar.

Mientras escribía las cartas veía por un *ventanón*, que daba a la pista de aterrizaje, ir y venir aviones. Como si estuvieran haciendo cola para aterrizar y despegar. Llegó la noche y pasé a la sala de embarque, subí a un

Super DC8, que era un avión larguísimo, como un puro, que tenía solo dos asientos a ambos lados del pasillo.

Salimos por la noche y en un poco más de 5 horas, llegamos a Madrid al amanecer. Me pareció más corto que el viaje de Lima a New York. Como no tenía experiencia al llegar al país de destino, después de sacar mis maletas, me acerqué a un mostrador y pregunté ingenuamente: “y ahora, ¿qué tengo que hacer?” la funcionaria que estaba de turno mirándome fijamente levantó la voz y me dijo, con su acento hispánico y en tono enérgico: “usted verá!” Me asustó su recibimiento, era la primera voz que escuchaba en España, pensé que preguntaría si había viajado bien y que se ofrecería a orientarme un poco, pero no fue así.

Menos mal que llevaba conmigo direcciones y teléfonos. Era algo así como las 7.00 am y pensé enseguida que al centro donde iría podría estar empezando la Santa Misa. Con esa inquietud tuve prisa, agarré las maletas y tomé un taxi.

El taxista muy amable colocó las maletas en la maletera, subí al carro y le dije, *Diego de León 14*, le dio la palanca al taxímetro (que yo veía por primera vez porque en Lima no existían) y salió rápido de Barajas. En el camino me fue preguntaba respecto al viaje y sobre cómo era el Perú. Me distrajo tanto con la conversación que no logré ver nada de Madrid en ese recorrido, tal como había sido mi intención.

Al bajar del Taxi descubrí que había que pagar también por las maletas y darle una propina al taxista, costumbres que no existían en mi país donde se acordaba el precio al subir al taxi.

Toqué la puerta de la casa. Me identificaron por el intercomunicador. Tuve que subir por un ascensor, cuando llegué al piso indicado me abrió la puerta del ascensor Rafael Solís, me recibió con un abrazo y una sonrisa, me preguntó que tal estaba y me dijo que en unos minutos empezaría la Santa Misa. Dejamos las maletas a un lado y pasé al oratorio.

Me impresionó ver tanta gente joven, numerarios del Opus Dei. Después de la Misa salí del oratorio entre los chicos que me preguntaban amablemente sobre mi viaje y entre todos me llevaron al comedor para que desayunara. Al terminar el desayuno, Rafael Solís me cogió y después de preguntarme como me encontraba me dijo que me iban a alojar en Covarrubias.

Me llevaron hasta ese centro que estaba en un viejo edificio madrileño. Me llamó la atención el ascensor que era solo para subir y no para bajar, tenía

un sillóncito para sentarse y un gran espejo, todo muy elegante y a la antigua. La casa era muy acogedora, de habitaciones amplias y techos altos.

El director se llamaba Eduardo (creo que el apellido era Guerrero), que fue después administrador en la Universidad de Navarra, el sacerdote era Don Federico del Clox. Él había escrito unos libros sobre la Virgen María.

En esa época el Perú estaba bien económicamente y el cambio era un sol peruano por dos pesetas españolas. Me traje de Lima muy poca ropa porque en Europa necesitaba ropa distinta para el invierno y para el verano. Uno del centro me acompañó al Corte Inglés y a Galerías Preciados donde me compré los ternos y las camisas que necesitaba, también una gabardina.

El sacerdote del Centro, Don Federico me llevó en su carro a Molinoviejo para que lo conociera. Fue un paseo inolvidable porque además me contó la historia que tenía esa emblemática casa de retiros.

Cuando terminé mis compras continué mi viaje hacia Barcelona. Lo hice en un tren TER, saliendo de la estación de Atocha. Al llegar a Barcelona tomé de inmediato un taxi, ya tenía experiencia, le dije al taxista: *Corinto 3*, que era la dirección de Monterols. Llegué después del almuerzo cuando estaban rezando el Rosario. Serían unos 50, que para mí eran muchísimos.



Colegio Mayor Monterols (Barcelona)

En esa casa, que era el Centro de estudios de Barcelona me atendió Use Bazán, que estaba de subdirector. Allí lo conocí y entró directamente a conversar conmigo como si me conociera de toda la vida. Me impresionó su llegada y simpatía. Me instaló en una habitación y le pidió a Paco Pita, un numerario de mi edad, que me acompañara para hacer mis últimas compras y volver pronto a casa para ir a la estación del tren que salía por la noche para Roma.

Nos demoramos un poco en las compras. Volvimos a casa, me habían preparado una cena, y mientras cenaba pedimos un taxi, estábamos sobre la hora. Llego el taxista, me despedí rápidamente de la gente de casa y le dije al taxista que se apurara porque el tren salía en media hora. El taxista se volteó y me echó una bronca por irresponsable, tenía que haber salido con más tiempo, pero igual se esmeró y aceleró el carro para llegar justo a la hora, me ayudó con las maletas y al subir la primera el tren empieza su marcha, me alcanzó las otras maletas cuando el tren ya estaba rodando. Respiré y le agradecí como pude al taxista. Me encontraba con todas las maletas en el pasillo, era de noche y el tren estaba andando.

Las vías del tren eran más anchas que las europeas. Eso traía una dificultad, en la frontera había que pasarse al tren francés para continuar el viaje a Roma. Estaba tan cansado que me quedé dormido cuando llegaba a la frontera. El tren había llegado a Port Bou, los pasajeros bajaron y subieron al tren francés. De pronto alguien me despertó y me di cuenta que estaba solo y que debía cambiar de tren. Saqué mis maletas como pude, corrí con ellas y me trepé al tren francés, que también ya estaba iniciando su marcha. Fue toda una aventura, pero ya estaba en el tren que me llevaría a Roma.

Me habían dicho que al llegar a Ventimiglia, que era la frontera con Italia, el tren se detenía un poco de tiempo y yo tenía que bajar para poner un telegrama a Roma avisando que llegaba. Estuve muy atento, bajé del tren y puse el telegrama: "Tamayo, llego, 8.00 pm". Así se ponían los telegramas, muy escuetos porque cobraban por cada palabra. Subí rápidamente al tren.

En el viaje desde que tomé el tren francés había pasado por varias ciudades Niza, Marsella, por la Costa Azul, pude ver bien los pasajes porque los franceses que viajaban estaban metidos en sus asuntos, no conversaban con nadie. Frente a mí, estaba sentado un francés gordo y colorado que se dedicó todo el tiempo a comer, por supuesto no me invitó nada ni me dirigió la palabra, tenía un aspecto bastante desagradable.

Antes de llegar a la frontera italiana un inspector francés empezó a dar unas instrucciones en francés y yo no entendí bien, le pregunté en el poco francés que yo masticaba por haber estudiado en la Recoleta: "*Comment a dit?*" y el inspector con una cara de desprecio me contestó: "*pas répétition*". Tenía que haber oido bien, ya no había repetición.

Los paisajes durante el viaje de España y Francia eran preciosos, un campo ordenado y floreciente, las casa elegantes y muy bien pintadas, de acuerdo a la zona, la costa azul con sus veleros y malecones era de ensueño.

Cuando pasamos a Italia el paisaje cambió porque aparecían casas despintadas con ropa tendida en las ventanas, era un ambiente más latino, más parecido a lo que veía en el Perú. Los italianos que subían al tren eran habladores hasta por los codos. Se sentó uno a mi lado que hacía esfuerzo para que yo entienda y lo conseguía. La primera palabra italiana que aprendí fue: *sciopero*, (huelga), porque vi varios carteles de esos al entrar a Italia.

El tren llegó a Roma, a *Stazione Termini*, allí me estaba esperando una importante delegación del Colegio Romano con una excelente movilidad. Me llamó la atención, cuando me acerco me preguntan ¿Dónde está Don Rafael? Yo no sabía qué contestar, ni a qué Rafael se estaban refiriendo. Resulta que el telegrama que habían recibido decía: "Camaño, llego, 8.00 pm". Don Rafael Camaño era uno de los directores del Opus Dei en España. El telegrafista italiano no puso Tamayo sino Camaño, quizás mi apellido no le sonaría tanto. Esa confusión permitió que tuviera un mejor recibimiento.

Era de Noche cuando llegué a Roma, el 23 de octubre de 1969, llegamos a *Villa Tévere* y entré por la puerta del garaje. Ya se habían acostado todos. Me llevaron hasta mi habitación, que estaba en *uffici* (*zona de oficinas*).

Mi habitación, como la de los demás era para una persona, pero estábamos 5 en cada habitación, había dos camarotes de dos camas, había un baño con ducha y lavatorio, los demás servicios eran colectivos y había que recorrer un pasillo para ir a ellos. Siendo nosotros jóvenes no había ningún problema.

Saqué mi pijama de la maleta en la penumbra y, sin hacer ruido, me subí a la cama de arriba en el camarote (que era la que me tocaba). Estaba todo oscuro. Así fue mi llegada. Me costó dormirme, era mi primera noche en Roma.

Todo se despejó cuando salí con mi eterno nuevo al oratorio de Santa María donde sería la meditación y la Santa Misa. Todos estaban super elegantes. Era el día de San Rafael Arcángel, gran fiesta, 24 de octubre, de allí al desayuno donde fui abordado por la gente que querían conocerme y darme los primeros consejos de rigor para ese primer día en el Colegio Romano.

Conocí a Don Iñaki Celaya que era el rector del Colegio Romano, a Jesús Ferrer (todavía laico) era el sub director, el secretario era Paulino Busca (todavía laico).

En mi grupo, que era el n. 1, (el de los más jóvenes) el director ese año era Jorge Margarido (portugués), el cura del grupo Don José Luis Pastor. (48)

Estuve en el colegio romano desde octubre de 1969 hasta junio de 1972.

Un mes después pude conocer a San Josemaría. Me lo presentaron al inicio de una tertulia. Me preguntó mi nombre y de dónde venía. Les contó a los demás que en el Perú las frutas son muy grandes y mirándome con cariño me dijo divertido: "ojalá tú crezcas como las frutas de tu país"



Junto a San Josemaría en Roma, 1969

(48) Estábamos alrededor de los 20 años de edad: Vicente Ancona, Germán Arbelaez, Martín Llambías, Rafa Corazón, Josemari Maiz, Tino Anchel, José Manuel Colina, Tomás Alvira, Javier Medina, Tomás Melendo, Perfecto Cid, Juanma Vicens, Paco Bernal, Emilio Daneo, Rodríguez Luño...y otros más.

El legado de San Josemaría

Cuando tenía 15 años me regalaron una foto de San Josemaría donde se le veía sonriente y con una mirada que expresaba cariño, en el anverso de su puño y letra y con un trazo grueso decía en latín: *Semper ut iumentum!* , ¡Siempre como un burrito!

San Josemaría decía que le gustaban siempre los burritos porque tenían cara de catedrático y dos orejas muy grandes para escuchar. Decía que era un animal dócil y que el Señor lo escogió para entrar triunfante en Jerusalén;

también la Virgen y San José lo utilizaron para huir de Belén hacia Egipto cuando el rey Herodes desató su furia para eliminar a Jesús.

Un regalo sorpresivo

Un día uno le pidió a San Josemaría que le regalara una foto suya y le dio una de un burrito, explicándole que él se sentía así, como un burrito sarnoso.



A nosotros San Josemaría nos pedía constantemente fidelidad y decía como la perseverancia del burrito de la noria, que iba “*siempre al mismo paso. Siempre las mismas vueltas. Un día y otro: todos iguales. Sin eso, no habría madurez en los frutos, ni lozanía en el huerto, ni tendría aromas el jardín...*” (Camino n. 998).

La locura del Opus Dei

Al Fundador del Opus Dei se le fue conociendo poco a poco. En los inicios de la Obra las dificultades fueron grandes, lo tomaron por loco o por hereje, él mismo lo cuenta. El Opus Dei parecía un conjunto de cosas imposibles y así fue creciendo en medio de las dificultades. Fue recibiendo todas las aprobaciones y extendiéndose por el mundo entero.

Antes de fallecer Mons. Escrivá hizo varios viajes. Estuvo en España, México y varios países de América. Pudo ver a mucha gente del Opus Dei de diversos países, diversas razas, de distintas edades, y en las diversas circunstancias de la vida ordinaria, luchando para ser santos.

El crecimiento del Opus Dei

Después de su fallecimiento el Opus Dei pegó un estirón más, llegando a nuevos países de diversos continentes, obtuvo más aprobaciones de los sitios

donde iba y el cariño de todos los Papas (*Paulo VI, Juan Pablo I, Juan Pablo II, Benedicto XVI, y el Papa Francisco*). y gran parte del episcopado mundial conoce y valora los apostolados del Opus Dei.

La Obra ha sido cada vez más conocida, aunque las dificultades nunca dejaron de existir, algunas procedían de quienes no veían con buenos ojos su crecimiento por celotipias o por falta de entendimiento. Pero gracias a Dios el Opus Dei siguió su andadura, como siempre, con más labores y más gente dedicada al servicio de Dios en todos los continentes.

El testimonio de los testigos

Muchos hemos sido testigos de este crecimiento, que ha ido en aumento especialmente desde que Mons. Escrivá se fue al Cielo. Hemos visto grandes conversiones, grandes milagros, gente que se entrega a Dios sin pedir nada a cambio, ordenaciones sacerdotales cada año, y constantes peticiones de los obispos para que la Obra vaya a sus diócesis o a sus prelaturas.

Un servicio a la Iglesia

San Josemaría decía que “*el Opus Dei ha nacido para servir a la Iglesia como la mundo y en nuestro país a través de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, que ha estado presente para ayudar y apoyar a distintas diócesis y contribuir al aumento de las vocaciones sacerdotales.*

El crecimiento del conocimiento

Estamos cerca del centenario. El crecimiento del Opus Dei continúa. No se trata de crecer para ser más, sino crecer para servir mejor. En la etapa que nos ha tocado ahora es crecer para que muchos puedan conocer a Dios y a la Iglesia de Dios.

Falta que muchos descubran el Opus Dei como algo querido por Dios para santificar a los miembros de la Iglesia, es decir, a todos los cristianos. Hace falta también que muchos descubran la dimensión humana y sobrenatural que tiene San Josemaría Escrivá, para lograr transformar el mundo en los tiempos actuales.

Es necesario seguir navegando contracorriente, los obstáculos que puedan aparecer son para saltarlos, con el convencimiento de que Dios quiere que muchos más santos en medio del mundo. Como decía San Josemaría: “*Estas crisis mundiales son crisis de Santos*”.

La grandeza del santo de lo ordinario

El legado que nos ha dejado San Josemaría no ha terminado, debe llegar a muchísimos más. Los que lo hemos conocido de cerca tenemos el deber de darlo a conocer a los demás y conseguir que descubran la grandeza del santo de lo ordinario.